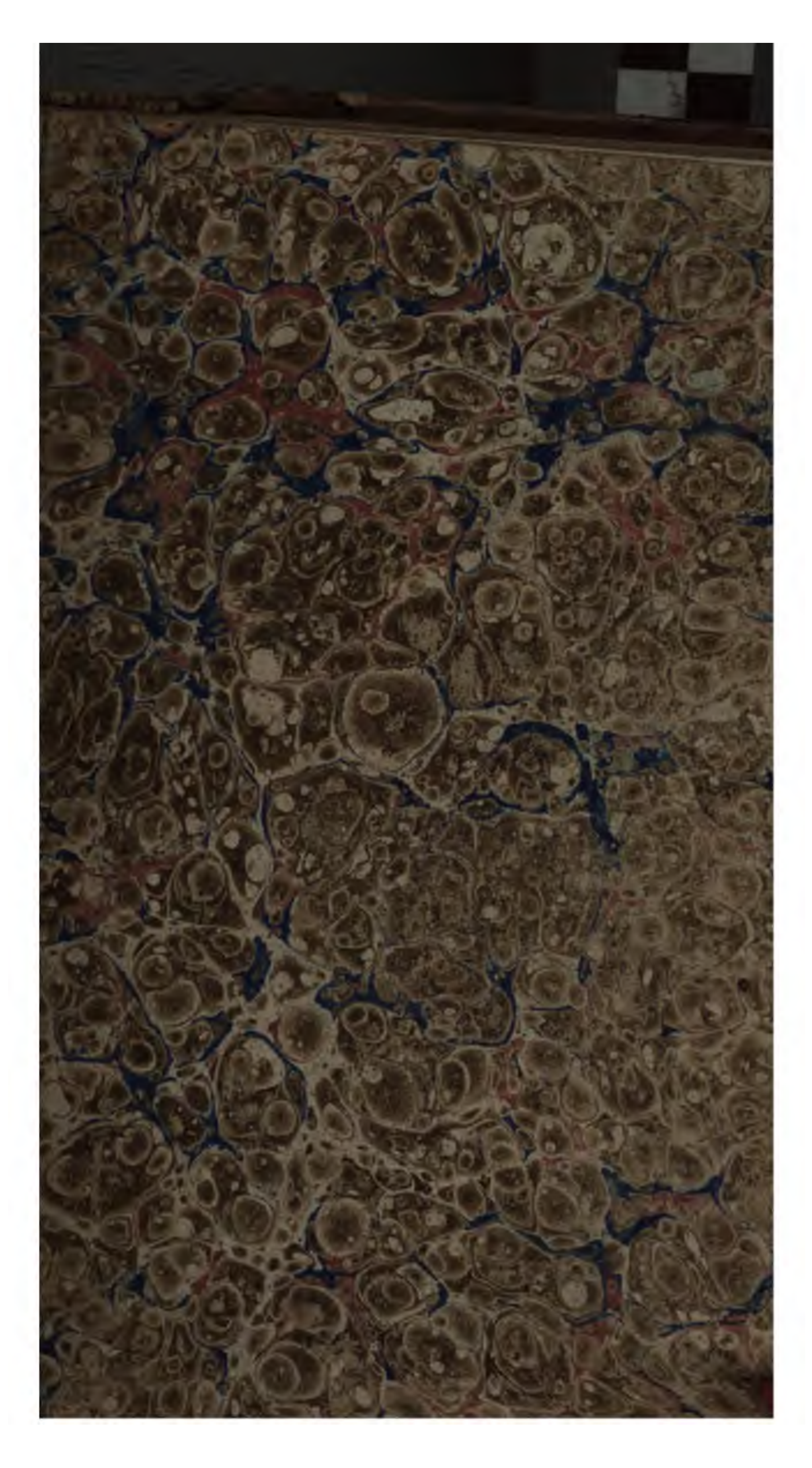

The
University of
Michigan
Libraries



[redacted]

HERNAN CORTÉS



HERNAN CORTÉS.

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE MEJICO.

PORTADA.

[redacted]

GLORIAS NACIONALES.

HERNAN CORTÉS

(DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE MÉJICO)

NARRACION DRAMÁTICA

en presencia de las obras de

Lamartine, Chateaubriand, Solis,

Prescott, Gomara, Roberston, Humbold, etc.

Tomo I.

U. MANINI, editor.

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 11.

MADRID:—1868.

Imprenta de Santos Larxé, calle del Rio, núm. 24.

[redacted]

INTRODUCCION.

Los que guiados por Cristóbal Colon á arrancar al Océano sus secretos, habian llegado á dominar la Española, Puerto-Rico, Cuba y Jamaica, no podian formarse una idea de lo que era el gran Imperio de Motezuma.

Sencillos é ignorantes los indios de Guanahani, dulces y afectuosos los que en Marien vivian gobernados por Guacanajari, astutos y feroces los que mandaba Caonabo, belicosos y antropófagos los Caribes; todos, absolutamente todos carecian de esos elementos que constituyen á los pueblos avanzando por el camino de la cultura.

Su religion era embrionaria, su política la fuerza, sus costumbres sencillas; carecian de vestidos, sus albergues eran chozas semejantes á las madrigueras de

los animales, su jefe era el más fuerte, y carecian de armas, de utensilios. de todo.

Estaban en el período primitivo; la inteligencia no habia derramado un solo rayo de luz sobre aquellas hordas.

Pero á su lado, en el centro de aquel vasto archipiélago, en lo más recóndito del Océano, habia una nacion inmensa, poderosa, superior á las naciones bíblicas por su cultura, por su esplendor, por su magnificencia, con todas las conquistas de la civilizacion, hasta con los perfiles del lujo.

Cuando Colon, guiado por su ardiente fantasía, buscaba en las soledades del Océano los espléndidos dominios del gran Kan; cuando pensaba hallar al final de su derrotero el entonces fabuloso imperio de la China, pasó muy cerca del Yucatan, las descripciones de los indios debieron impulsarle á avanzar; pero la Providencia, en sus inescrutables designios, habia dejado la conquista de aquella esplendorosa region al soldado que, arrojado de la casa paterna, combatido por una naturaleza enfermiza y abandonado de la suerte, fué á las Indias, más que con la esperanza de medrar, con el deseo de hallar en una muerte oscura el término á sus penas.

Una ligera descripcion de Méjico bastará á demostrar cuán distinto era de los países que hasta entonces habian subyugado los españoles en el Nuevo-Mundo.

En aquel vasto imperio habia ejércitos hábilmente organizados, con el refinamiento de llevar pintores,

[redacted]

que se encargaban de reproducir las tropas enemigas, los parajes de las batallas, todos los datos necesarios á ilustrar al monarca.

Habia ciudades con magníficos edificios, en las que se contaban quince y veinte mil almas. Una de ellas, que era Ciudad Sagrada, ofrecia el espectáculo de cuatrocientos templos, todos grandiosos, y consagrados cada cual á una divinidad distinta.

La religion de los mejicanos, que era una idolatría repugnante y horrible, reconocia, sin embargo, el principio de la inmortalidad del alma.

Tenian libros de ritos y escribian su historia pátria en pieles y en hojas, por medio de geroglíficos, comunicándose entre sí los ciudadanos por medio de correos perfectamente montados.

La correspondencia pública era para ellos tan sagrada, que incurria en grandes penas, no sólo el que trataba de apoderarse de las cartas, sino el que detenia á su portador.

El emperador tenia ministros y senado.

Las ciudades estaban gobernadas por alcaldes, y la administracion municipal ofrecia un modelo acabado.

La justicia se administraba por ministros, que tenian obligacion de asistir diariamente á la audiencia á dirimir las cuestiones que se suscitaban entre los ciudadanos.

Habia en los mercados celadores que examinaban cuidadosamente el estado de los artículos que se expendian, y revisaban con esmero las medidas de los vendedores.

Los ejércitos estaban uniformados, regimentados y acuartelados.

La medicina se ejercia por profesores hábiles, y en una de las huertas del emperador se cultivaban las plantas medicinales de virtud más eficaz.

En las ciudades habia recintos destinados al solaz del pueblo, y los más arriesgados ejercicios gimnásticos, los juegos de habilidad y destreza deleitaban á millares de espectadores.

Entre las diversiones se contaban la música, la danza, y muy principalmente el juego de pelota.

En todas las ciudades importantes habia magníficos trinquetes.

La arquitectura y el decorado eran sorprendentes.

En Méjico, en la capital, por ejemplo, las calles principales eran anchas y alineadas; algunas, como las de Venecia, eran canales navegables, atravesados por puentes de madera, sólida y graciosamente construidos.

Las casas bajas, como las de Pekin y otras grandes poblaciones asiáticas; eran de madera y de *tetzoutli*, especie de piedra esponjosa, fácil de pulimentar, y de gran consistencia.

La ciudad estaba dividida en cuadriláteros, y en cada uno de ellos se levantaba un templo gigantesco. Uno estaba consagrado á *Tezcatlipoca*, la primera de las divinidades aztecas; otro á *Teotl*, sér supremo é invisible, y otro á *Huitzilopochili*, dios de la guerra.

En el recinto que ocupaba este último, podian haberse construido quinientas casas espaciosas.

[redacted]

Cinco mil personas estaban empleadas en el servicio del templo, y tenian en él sus habitaciones.

En la fachada de este inmenso edificio estaban las cabezas de las víctimas sacrificadas al ídolo, y los primeros españoles que lo vieron afirman que habia ciento treinta mil cabezas, sin contar las que se hallaban suspendidas en las torres.

El palacio del emperador consistia en una gran agrupacion de casas. La principal tenia más de mil aposentos y un salon capaz de contener tres mil personas. Las paredes estaban incrustadas de riquísimos mármoles y piedras preciosas; las vigas eran de ciprés y de cedros.

El monarca tenia un palacio para sus mujeres, otro para sus ministros, otro para sus augures y otro para sus bufones.

El oficio de bufon era tan lucrativo, que muchos padres desfiguraban desde niños á sus hijos, y los aleccionaban para que más tarde divirtieran á la córte de Motezuma.

En otros edificios tenia encerradas fieras, aves y animales domésticos, aves de rapiña y reptiles de todas clases. Sólo al servicio de la pajarera habia trescientos hombres, y se mataban diariamente quinientos pavos para alimentar á las aves de rapiña.

En los jardines se cultivaban infinitas variedades de flores, y habia fuentes bellísimas.

El arsenal contenia gran número de armas ofensivas y defensivas; y en un edificio próximo habia contínuamente millares de operarios fabricándolas.

El mercado era inmenso: rodeábale un pórtico, bajo el cual se exponian para la venta comestibles, adornos de oro, plata, piedras finas, hueso, concha, plumas; vendíase tambien loza, cueros y algodon hilado.

Las artes y oficios se ejercian por operarios hábiles: la policía y el ornato en las poblaciones eran sorprendentes.

Los mejicanos conocian la division del tiempo con arreglo al año solar, y tenian meses, semanas y dias como la mayor parte de los pueblos del Asia.

En una palabra: nada faltaba en aquel vasto imperio para satisfacer los caprichos de la comodidad y del lujo.

Todo auguraba, pues, una completa y pronta destruccion á los audaces españoles que se aprestaban á poner la planta en una nacion tan formidable con el designio de conquistarla.

¿Y qué pasó?

Esto es lo que vamos á narrar con todo el colorido dramático, con todas las inesperadas peripecias que hacen de la conquista de Méjico la historia más interesante de cuantas se refieren á los descubrimientos de América.

PARTE PRIMERA.

LA FORTUNA.

Capítulo I.

Embarque en la Habana de las tropas de Hernan Cortés.

I.

El dia 10 de Febrero del año 1519 habia gran movimiento y animacion en el puerto de la Habana.

En la hermosa bahía se hallaban aprestados para darse á la vela once bajeles, y en la orilla se habia colocado un altar para que un sacerdote celebrase el sacrificio de la misa ante la inmensa muchedumbre, compuesta de los bizarros soldados que se disponian á partir á las órdenes de Hernan Cortés, y de los curiosos que asistian á despedirlos, entre los que se hallaban multitud de damas y caballeros, y un crecido número de indios.

II.

Las lanchas conducian á bordo de los buques el cargamento con las provisiones.

Los soldados, mezclados en los grupos de la muchedumbre, se despedian de los amigos, referian sus esperanzas, y eran, por decirlo así, los héroes de la fiesta.

Los ancianos, muchos de ellos compañeros del inmortal Colon desde el descubrimiento del Nuevo-Mundo, envidiaban á los jóvenes por la gloria que les esperaba, ó con la sensatez de la experiencia censuraban el arrojo de su caudillo.

III.

El jefe de la escuadra habia pasado la noche anterior en el palacio del gobernador de la ciudad, Pedro de Barba, y como más adelante verá el lector, le habia dado este tantas muestras de afecto, que no queria separarse de él hasta el último instante.

A la puerta del palacio le esperaba su escolta y un tercio de soldados con el estandàrte, en el que habia colocado la famosa inscripcion:

«In hoc signo vinces.»

Uno de sus pajes debia avisarle en el instante en que el sacerdote se dirigiera á la playa.

En aquel momento saldria con el gobernador de

[redacted]

palacio, y se encaminaria con el acompañamiento á presidir aquella solemnidad religiosa.

IV.

Entre tanto, se oian animadas conversaciones en los grupos, y no estará demás que el lector sepa lo que pensaban los españoles que en aquellos momentos asistian al comienzo de una de las más grandes epopeyas del mundo.

—Yo creo,—decia uno,—que es una locura la empresa que vais á acometer.

—Cuando Grijalva, que es un valiente, no ha podido llevar á cabo ese propósito, ¿qué hará Cortés, que al fin y al cabo no es más que un soldado á quien la fortuna se ha mostrado propicia?

—Cuentan que es muy audaz.

—Y muy valiente.

—Pero es jóven, apenas ha viajado, y no es lo mismo seguir un derrotero conocido, que entregarse á las olas para ir en busca de soñadas conquistas.

—Hay quien cuenta que tuvo una entrevista con Colon algunos dias antes de morir, y que le confió muchos secretos importantes.

—Nada podria decirle del Yucatan. Aquel famoso visionario estuvo cerca, pero lo despreció.

—Eso sucede siempre.

—Lo extraño es que Velazquez se haya resuelto á confiar el mando de la escuadra á un hombre tan jóven y tan poco experimentado.

—He oido decir que debe su fortuna á la influencia de Andrés de Duero, el secretario de Velazquez, y á la de Amador de Lariz, contador del rey, que es el que más le ha favorecido.

—Yo desconfio del éxito de la empresa.

—Pues yo lo que siento es que la ceguedad del gobernador de Cuba sea causa de que se pierdan once de los mejores navíos de cuantos han surcado el Océano, y los infelices soldados que van á embarcarse.

V.

En otro grupo de personas mejor informadas:

—Digan lo que quieran,—exclamó uno,—no se puede negar á Hernan Cortés energía de carácter, audacia, valor, y al mismo tiempo sangre fria.

—Y qué actividad, qué seguridad en sus juicios, qué decision en sus resoluciones.

—Si no hubiera sido por eso, no estaria á punto de embarcarse.

—He oido decir que envió Velazquez órdenes á Pedro de Barba para que le prendiese.

—Tenedlo por seguro.

—Y órdenes terminantes.

—No me explico cómo no las ha cumplido.

—Porque Pedro de Barba es un hombre de corazon, que ha comprendido desde luego que Hernan Cortés es el único hombre capaz de llevar á cabo la empresa que tantas veces han intentado otros. Los

[redacted]

dos se han entendido, y en vez de ser adversarios, son hoy amigos de corazon.

—¡Qué deferencias le ha guardado!

—En los pocos dias que ha permanecido aquí, no se ha separado de él un instante. Ha contribuido á completar el número de los soldados que necesita; le ha ayudado con su consejo á organizar las compañías, á confiar á cada cual la mision que mejor pueda cumplir...

—De cualquier modo, me parece arriesgada la empresa.

—¿Qué gente lleva?

—Muy poca para ir á conquistar un país desconocido.

—Algunos otros han intentado explorarle antes que él, y dicen que es difícil apoderarse de aquellas gentes.

—Pues Cortés lleva, segun he oido decir, seiscientos diez y siete infantes y diez y seis ginetes.

—Item más, diez piezas de campaña.

—De todos modos, los soldados son pocos y están muy mal armados.

—Un capitan me ha dicho que sus armas de fuego se reducen á cuatro falconetes, treinta y dos arcabuces y trece mosquetes.

—Y los demás, ¿qué llevan?

—Picas y espadas.

—Pero les sobra corazon, y yo no dudo que triunfarán.

VI.

En otro grupo, en que la gente del pueblo hablaba con los militares, puede el lector, oyendo á estos, saber qué idea habian formado de los enemigos á quienes iban á combatir.

—No nos asustan,—decia un sargento de colosal estatura y atléticas formas;—todo cuanto nos cuentan los que han estado allí con Grijalva, es patraña. ¿Serán aquellos indios por ventura más formidables que estos?

—¡Qué han de ser!

—Y aunque fueran, cada uno de nosotros vale por diez de ellos.

—En cuanto vean llegar seiscientos hombres con armas y con bríos, dejarán abandonadas sus míseras chozas; huirán á las montañas, ó vendrán á implorar nuestra piedad de rodillas.

—¡Harto sabemos los puntos que calza el valor de los indios!

—Un solo ginete hace correr á un ejército entero.

—Y luego, como están desnudos, como no tienen armas defensivas...

—No hay que hablar; tenemos gran ventaja sobre ellos.

VII.

Para formar una idea del aspecto que presenta-

[redacted]

la la playa, figúrese el lector en otro grupo á muchos esclavos despidiéndose con lágrimas en los ojos de los que á todas horas los apaleaban en calidad de amos; á algunas de las pocas mujeres que habia á su lado, despidiéndose de sus amantes ó de sus esposos; á los soldados fanfarrones prometiendo á sus amadas collares hechos con cabezas de indios; á los ancianos, ó querellándose de su edad, ó lamentándose de la obcecacion del caudillo de aquellas fuerzas.

Todas las conversaciones cesaron de pronto ante una voz que circuló con rapidez eléctrica.

—¡Hernan Cortés, Hernan Cortés!—repitieron en todos los grupos.

VIII.

Casi al mismo tiempo se acercaba al altar un sacerdote, y dos soldados le acompañaban para ayudar la misa.

Los treinta y dos arcabuceros formaron en dos filas en torno del altar, la muchedumbre abrió paso, y Hernan Cortés, que con la frente erguida, el ademan arrogante, el paso reposado y firme, la donosura y la esperanza en los labios, la ambicion y la gloria en la mirada, y la gentileza y gallardía en todo él, avanzó hácia donde estaba el altar, acompañado de Pedro de Barba, de algunos otros altos personajes de la colonia, seguidos de no pocas damas, de escuderos, de arcabuceros de todas clases, en torno

de los cuales se agrupó el público, reinando un gran silencio y doblando todos la rodilla al acercarse al altar el sacerdote.

¡Sublime momento aquel en que un puñado de hombres, á las órdenes de un aventurero, antes de emprender aquel largo, difícil y problemático viaje, recordando que eran cristianos, se postraban de hinojos y pedian á Dios que les diese fuerzas, valor é inteligencia para llevar á las apartadas regiones en donde se proponian poner la planta, la luz del Evangelio y la dominacion de los reyes de España!

IX.

El cielo estaba despejado.

La brisa movia suavemente las ramas de las altas palmeras, y de cuando en cuando los bellísimos pájaros del trópico cruzaban á bandadas, aumentando con sus cánticos y su espléndido plumaje los bellísimos detalles de aquel grandioso cuadro.

Terminada la misa, los clarines anunciaron que habia llegado la hora de partir.

La muchedumbre se distribuyó á los dos lados de la orilla, que separaban el sitio designado para el embarque de las tropas, y todos los soldados, guiados por sus jefes, fueron embarcándose en lanchas y distribuyéndose en los buques.

La operacion duró cerca de media hora.

[redacted]



HERNAN CORTÉS. — ...y sus compañeros de expedicion oyen misa en la playa de la Habana, momentos antes de embarcarse para ir á la conquista de Méjico.

[redacted]

X.

El caudillo presenció el embarque al lado del gobernador y de los personajes más notables de la colonia.

Las lanchas del navío almirante se acercaron á la orilla para conducirle á bordo.

—Jamás olvidaré,—dijo Cortés al gobernador,—las pruebas de adhesion y de afecto que me habeis dado. No sé cuál es la suerte que la Providencia me depara; valor me sobra, y resignacion para sufrir tambien. Pedid á Dios que vuelva victorioso, ó que no vuelva nunca.

Pedro de Barba le tendió los brazos.

XI.

Al embarcarse resonaron grandes aclamaciones. Todas las miradas se fijaron en el endeble barco que conducia al caudillo.

Poco despues resonó el cañonazo de leva.

Los buques comenzaron á hacer las evoluciones, y el sacerdote, desde la orilla, bendijo por última vez aquellas naves, que iban á difundir la luz del Evangelio en países donde reinaban las tinieblas de la idolatría.

XII.

Las naves partieron, y hasta que las perdió de

vista, no se retiró la muchedumbre de la playa.

Poco á poco fueron desbaratándose los grupos, y una hora despues reinaba en la Habana una profunda tristeza.

—¡No volverán!

Esta era la frase que se oia en todos los lábios.

¿Tenian motivos para creerlo así?

[redacted]

Capítulo II.

Donde se vé cómo se empezó á sospechar la existencia de Méjico.

I.

La fé que animaba á los soldados de Hernan Cortés contrastaba singularmente con el temor que se habia apoderado de los ánimos, no sólo en la Habana, sino en toda la isla de Cuba.

No era una misma causa la que inspiraba aquel recelo, la que hacia mirar con pena la partida de aquellos buques.

Unos temian que el escaso número de soldados que llevaba Hernan Cortés diese por resultado una derrota.

Otros, los más, sólo consideraban la esterilidad de la empresa, y veian con dolor que aquellos hombres no iban á perecer luchando con los habitantes de un país á quienes se proponian arrebatar su inde-

pendencia, sino luchando con las tempestades en medio del Océano, con la falta de víveres en las llanuras que iban á recorrer, con las enfermedades, con el desaliento.

Y como en aquellos tiempos apenas estaban pobladas las regiones conquistadas por los españoles, tenian naturalmente que condolerse de la partida de aquellos hombres, cuya vuelta no podian atreverse á esperar.

II.

Para que el lector comprenda bien los verdaderos motivos de estas cavilaciones, es necesario que se haga cargo de cuál era el pensamiento y la actitud de los moradores europeos del Nuevo-Mundo.

El inmortal Colon, impulsadó por la inspiracion del génio, por el estímulo de la observacion y del estudio de la ciencia, creyendo hallar un derrotero para un país conocido de oidas, descubrió en medio de las soledades del Océano, primero la hermosa y fértil isla de Haiti, á la que dió el nombre de la *Española*; despues hizo ondear la bandera de España en Puerto-Rico, entró en Jamaica, y obedeciendo á los impenetrables arcanos de la Providencia, dejó para otro hombre las conquistas más grandes y provechosas que podian hacerse en la vírgen América.

A su muerte sus enemigos desmayaron; la envidia, avergonzada del perdon, cedió su puesto á la justicia; y un rey ingrato y un pueblo indiferente, die-

[redacted]

ron al hijo del ilustre marino el premio que merecia su padre.

III.

Devastadas por la codicia y el desenfreno de los que habian sucedido en el mando á Colon (Bobadilla y Ovando); devastadas, repito, aquellas tierras, en otro tiempo asilo de la paz y del bienestar, los dos hombres que sin otro deseo que el de destruir la obra del almirante habian sembrado la desolacion y el espanto en la isla de Santo Domingo, fueron reemplazados á su vez por Diego Colon, el hijo mayor del ilustre descubridor del Nuevo-Mundo; el cual, siguiendo en todo las tradiciones de su adorado padre, consiguió en breve tiempo regularizar la administracion, organizar la sociedad, dar, en una palabra, á aquella fértil isla las condiciones indispensables para que pudieran vivir en ella, no sólo los conquistadores, no sólo los soldados, sino los colonos: para que pudiera establecerse la religion cristiana, la industria, el comercio, la administracion, en una palabra, para que los soberanos de España recogiesen el fruto de aquel descubrimiento, cuya importancia no habia podido todavía conocerse en Europa.

IV.

Un valiente caudillo que pasó á las Indias occidentales, como las llamaban entonces, con el gober-

nador Diego Colon, conquistó con muy escasas fuerzas todo ese vasto territorio que hoy conocemos con el nombre de isla de Cuba.

La pobló en breve, y en prueba de sus últimos servicios, le confió el almirante su mando.

Diego Velazquez era ambicioso; pero no sólo de riquezas, sino de gloria.

En aquella época, aunque buscaban oro los españoles en el Nuevo-Mundo, estimaban mucho más su fama que sus ganancias.

Realizar un descubrimiento, era para cualquiera de aquellos capitanes que seguian las tradiciones de Colon, un triunfo que no lo hubieran cambiado por el lucrativo de favorito de un monarca.

V.

Velazquez, hijo de una noble, pero pobre familia, habia abandonado la metrópoli más ansioso de gloria que de fortuna.

Estos deseos le habian llevado á ser conquistador de la isla de Cuba.

Pero su valor, su energía, su amor á lo desconocido, todas las cualidades que habian hecho de él un guerrero y un conquistador, se habian amortiguado desde el momento en que la suerte le habia elevado al primer puesto en aquellas regiones.

Ser gobernador en una de las colonias, era lo mismo que ser rey absoluto.

Si eran pocos los españoles que estaban á sus ór-

[redacted]

denes, tenia millares de indios, que no eran sólo súbditos, sino esclavos del jefe de la colonia.

VI.

La fortuna acerca á los lábios del hombre á quien favorece una copa para que libe en ella un verdadero narcótico.

Ved á los grandes guerreros de la antigüedad dormirse sobre sus laureles, entregarse en los brazos del placer, perder desde el momento en que llegan al apogeo todas las condiciones, toda la energía, todo el valor que les han ayudado á encumbrarse.

Y es natural.

El hombre que siente en su alma la ambicion, y que se vé sujeto en la oscuridad, en la pobreza, rompe sus ligaduras y arrostra todos los peligros para realizar sus ensueños.

Pero desde el momento en que los realiza, desde que se vé colmado de honores, desde que encierra en sus arcas ricos tesoros, se despierta en él un inmenso amor á la vida.

Los peligros más insignificantes toman grandes proporciones á sus ojos; le estremece la idea de la lucha, las aventuras le horrorizan, y es que la idea de perder los goces que posee enerva sus fuerzas; es que la fortuna, como dicen muy bien, unce á su carro á aquellos mismos á quienes favorece.

VII.

Diego Velazquez oyó desde el primer momento que no lejos de la isla de Cuba habia países riquísimos, y aunque en su alma se despertaba la idea de salir á descubrirlos, de disponer expediciones para conquistarlos, una voz secreta resonaba en su corazon, y le decia:

—No pierdas lo que has conseguido; no abandones lo cierto por lo dudoso.

Y durmiendo sobre sus laureles, se contentaba con el tributo que los colonos y los indígenas le entregaban para ofrecerlo á la madre pátria.

Pero las empresas que no se atrevia él á acometer, debian desearlas, y las deseaban en efecto, otros soldados ménos favorecidos por la suerte.

VIII.

Francisco Fernandez de Córdoba consiguió, no sin gran trabajo, fletar un buque y obtener el permiso del gobernador para seguir el derrotero que le indicaban y descubrir los países espléndidos de que tantas maravillas contaban los indígenas.

Aquella expedicion fué desastrosa.

El jefe de ella descubrió el Yucatan; pero apenas desembarcó en aquel país, se vió obligado á trabar una lucha desesperada con sus naturales, y sucumbió

[redacted]

en ella, pereciendo en aquel encuentro gran parte de los soldados que le acompañaban.

Los que pudieron trasladarse á bordo, regresaron contando aquel desastre.

XI.

Habia, pues, la evidencia de que existia un país, al parecer más rico que los que hasta entonces se habian descubierto.

Pero habia costado demasiado cara la primera prueba, para que Velazquez no se opusiese al deseo que se despertó en muchos de los que habian regresado, de volver en gran número á vengar los ultrajes que habian hecho á sus hermanos los moradores del Yucatan.

—No sólo nos han maltratado,—decian;—no sólo, valiéndose de la sorpresa y de nuestras escasas fuerzas, nos han asesinado vilmente. Podríamos renunciar á la venganza; pero entre ellos se han quedado algunos de los nuestros, los habrán martirizado; si viven, aun suffrirán horribles tormentos. Por la gloria de la pátria, por el deber de salvar á nuestros hermanos, debemos volver á derrotar á esos miserables.

X.

Para animar al gobernador y para excitar en los colonos de la isla de Cuba el deseo de acompa-

ñarlos de nuevo á la proyectada expedicion, mostráronles algunas joyas de oro que habian podido arrebatar á sus adversarios durante la pelea.

Pero Velazquez, que veia un súbdito ménos en cada español de los que se aprestasen á tomar parte en aquella empresa, empleó todos los medios para disuadirlos, dándoles á entender, apenas supo que la mayor parte de los objetos de oro que habian traido los expedicionarios habian sido encontrados en los adoratorios, que no debian poseer en abundancia aquel metal, puesto que le apreciaban tanto y le consagraban á sus ídolos.

XI.

Entre los expedicionarios habia ido un soldado que profesaba verdadero afecto á Velazquez.

Al notar su tenaz resistencia, le pidió una entrevista, y le manifestó que á juzgar por el número de indios que habian salido á su encuentro, por la calidad de sus armas, por el aspecto de sus trajes, por las moradas en que vivian, debia ser aquel país uno de los más vastos y más adelantados de cuantos podian hallarse en el Océano.

Comunicó estas noticias el gobernador á un misionero confesor suyo que habia logrado dominarle, y este despertó un tanto su ambicion.

—Si las noticias del soldado son ciertas,—le dijo,—si, como todos aseguran, ese país que no ha podido conquistar Fernandez de Córdoba, es tan espléndi-

[redacted]

do y grandioso, en lugar vuestro intentaria su conquista. Al fin y al cabo, ¿qué sois aquí sino un gobernador, que tiene á otro gobernador por inmediato jefe? ¿No dependeis de Diego Colon? ¿Podeis por ventura entenderos directamente con los soberanos? Pensad que una nueva conquista, hecha, no por órden de un jefe, sino por vuestra propia voluntad, con vuestros solos recursos, os elevaria á los ojos de los soberanos.

XII.

La codicia se despertó de nuevo en el alma de Velazquez.

Fray Benedicto, que así se llamaba el misionero, le exhortó de nuevo á que pensase en la conquista del Yucatan.

—No tengo ningun secreto para vos,—dijo Velazquez;—pero la idea de encontrar una muerte oscura, abandonando una posicion que me orgullece, me obliga á desistir de esa empresa.

—No es menester que vayais vos. Capitanes valientes teneis á vuestras órdenes que os obedecerán, y al fin y al cabo, si se logra el triunfo, tomando vos la iniciativa, la gloria redundará en vuestro provecho.

—Es cierto; pero ¿dónde hay un caudillo que despues de obtener el triunfo me le ofrezca?

—Hay hombres para todo en el mundo. Buscad bien en torno vuestro, y hallareis la persona que necesitais.

—Los emprendedores, los valientes, están sedientos de gloria y de fortuna.

—Hay, sin embargo, á vuestro lado un hombre, que en mi concepto es el que necesitais.

—¿Quién?

—Vuestro pariente Juan de Grijalva.

—Es valiente, en efecto.

—Valiente y no conoce la ambicion; es además aguerrido, y os debe todo cuanto es.

—Cierto; nunca ha olvidado que conseguí arrancarle de las manos de la justicia, cuando en mal hora dió muerte en Búrgos al hermano de su adorada Beatriz.

—Además obtuvísteis su perdon, aprovechándoos de vuestra privanza con el virey, y de un momento á otro, casada doña Beatriz por poderes con Grijalva, vendrá á buscarle y á ofrecerle la felicidad que espera de su union.

—Pero por lo mismo que está enamorado, que sólo vive para esa mujer á quien ama tanto, no querrá abandonar la vida tranquila que aquí hace por una vida aventurera.

—El no desea gloria; pero la fortuna no viene mal á nadie, y mucho más cuando se quiere repartirla con una mujer á quien se ama. Ofrecedle en cambio de la conquista de ese país los medios de volver á España con su esposa, de vivir allí lejos del mundo, entregado á su amor, con la fortuna necesaria para que nada falte á su felicidad, y vereis á ese hombre, á quien hoy mata la impaciencia, dirigir la

[redacted]

expedicion, luchar con brío y volver á ofreceros, para que le ofrezcais á vuestra vez al monarca español, un nuevo tesoro.

XIII.

Tanto insistió fray Benedicto, que al fin inclinó el ánimo de Velazquez á meditar en aquel proyecto.

Poco tiempo despues, Juan de Grijalva, con tres amigos suyos, soldados de probado valor, partió en tres bajeles con muchas más fuerzas que las que habia llevado Fernandez de Córdoba á la conquista del Yucatan.

Todos se dieron á la vela el dia 8 de Abril del año 1518.

Pocas personas supieron el objeto de aquella expedicion.

Capitulo III.

Los tres capitanes de Juan de Grijalva.

I.

Juan de Grijalva aceptó con entusiasmo la proposicion que le hizo Diego Velazquez, porque, en efecto, amaba á doña Beatriz, y el único sentimiento que tenia era no poder ofrecerle con su amor la felicidad que ofrece la fortuna á aquellos á quienes sonrie.

La esperanza de medrar llevando á cabo aquella expedicion, y volviendo de ella triunfante; la seguridad de que su amigo y pariente Velazquez pagaria sus servicios con largueza, le decidieron á arriesgar la vida para poder adquirir los medios de volver á España con su esposa, y de vivir en la madre pátria bajo el amparo del amor.

—Es necesario que busqueis compañeros que os ayuden con su consejo y su valor,—dijo Velazquez á

[redacted]

Grijalva.—Puesto que vos habeis de dirigir la expedicion, escogedlos, que nadie mejor que vos podrá elegirlos.

II.

Hallábanse á la sazon en Cuba, entre otros muchos soldados ansiosos de aventuras, tres, notables por su franco carácter, por su bravura, por el poco aprecio que hacian de la vida y por el gran deseo que tenian de abandonar el ócio por la guerra.

Llamábase uno de ellos Pedro de Alvarado, y en lo sucesivo de esta historia tendremos ocasion de conocerle muy á fondo, porque desempeña un papel muy importante.

Eran los otros dos Francisco Montejo y Alonso Dávila.

III.

El primero habia pasado su juventud en un convento.

Su humildad, su modestia, habian hecho creer que seria con el tiempo un eclesiástico modelo, y nadie, al verle en los primeros años de su vida, hubiera podido creer que más tarde llegaria á encontrarle apurando sendos vasos de vino en alguna hostería, jugando á los dados, tomando parte en pendencias y cambiando gustoso la vida del campamento por la regalada tranquilidad de la paz.

Pero ¡lo que es el mundo!

Siendo lego, y estando un dia á la puerta de su convento, pasó por allí una jóven de peregrina hermosura, acompañada de una dueña.

Tarde ó temprano, el torrente oprimido rompe el obstáculo que le sujeta y le desbarata.

Francisco, obedeciendo á un impulso desconocido, siguió á la jóven y averiguó dónde vivia.

Tornó á su celda y no pudo dormir aquella noche.

Su único afan, á partir de aquel momento, fué cambiar el hábito de paño burdo por la cota de malla, ó cuando ménos por las calzas listadas, el airoso tonelete, el elegante capotillo, y el donoso birrete con la blanca y rizada pluma.

Pero esto era imposible.

Dependia de un convento, carecia de recursos para proporcionarse aquellas galas, y al mismo tiempo sabia que sin ellas no podia aspirar á hacer el trovador delante de los balcones de su amada.

Cayó en una profunda melancolía.

IV.

Su convento era de Franciscanos, y como lego, le enviaban á hacer cuestaciones por los pueblos de los alrededores.

Un dia que volvia con copiosa limosna, y á bastante distancia del asno en donde conducia los regalos de las beatas, se vió de pronto detenido por unos cuantos salteadores.





HERNAN CORTÉS.—Las beatas dan comestibles, pero no monedas.

[redacted]

Al dirigir los ojos en torno suyo, vió cerca de su pecho la boca de unos cuantos arcabuces.

Lo primero que hizo fué hincarse de rodillas y pedir piedad.

—¿Traes monedas contigo?—le dijeron.

—¡Ay! No, señores,—exclamó.—Las beatas dan comestibles; pero no monedas.

—Pues sigue tu camino, que nosotros no trabajamos sólo para comer.

Deslizóse en cortesías el lego, y no hubo andado cinco pasos, cuando volviéndose llamó á los salteadores.

—Oidme, amigos,—les dijo:—acaba de ocurrírseme una idea.

—¿Qué és lo que quiere el lego?

—Yo no sé lo que sois; pero os veo libres, con armas, y acaso con dinero, porque si no lo llevais encima, es muy posible que os entregue el que lleve cualquier caminante que venga detrás de mí. Vuestro oficio me gusta más que el mio. ¿Qué podria hacer para cambiar el que profeso por el vuestro?

V.

Uno de los salteadores, prendado de la soltura con que hablaba el mancebo:

—Una cosa muy fácil,—le respondió:—ahorcar los hábitos.

—De buen grado seguiria vuestro consejo; pero si tal hiciera me tomarian las gentes por Adan.

—¿Quieres de veras formar parte de nuestra banda?

—Es lo que más deseo.

—Pues mira, lleva el burro á la cuadra y ven mañana aquí.

—Si no es más que eso, el burro se irá solo; conoce ya el camino. Yo no me separo de vos.

—¿Y en ese traje has de venir?

—Con unas calzas saldria del paso.

—¿Unas calzas no más?

—Dádmelas y vereis la idea tan peregrina que se me ha ocurrido.

VI.

Uno de los salteadores sacó de su zurron unas calzas viejas, y despues de ponérselas Francisco, se quitó el hábito.

—Dadme una daga,—dijo.

—¿Qué vais á hacer?

—Dádmela y lo vereis.

—Tomadla.

Con la daga cortó una media vara de la falda del hábito, y volviendo á ponérsele, quedó hecho un tonelete con capucha.

En la capucha guardó los pedazos del hábito, y con inmensa alegría, despues de dar un palo al burro y de decirle:

«Echa á correr y dá expresiones á los hermanos.»

[redacted]

—Ya me teneis á vuestra disposicion;—dijo á sus compañeros.

VII.

Satisfechos los salteadores de la compañía de aquel mozo, que bajo tan buenos auspicios se les presentaba, le llevaron á su lado, y no tardó en presenciar una operacion bastante dolorosa para un arriero que hallaron en un camino.

Por la noche lo presentaron al jefe de la banda, le proveyeron de traje y de armas, y al dia siguiente le confiaron una arriesgada empresa.

Francisco habia logrado lo que queria.

Pero no podia prestar su apoyo á unos salteadores, y resolvió escaparse de su lado.

VIII.

En efecto; apenas se separó de ellos, tomó el camino de la ciudad, en donde habia residido hasta entonces, y de buenas á primeras, como quien desconoce el peligro, se fué á la casa de la jóven que tan vehemente amor le habia inspirado; llamó á la dueña, la manifestó sus deseos, y la buena mujer, sorprendida de aquella temeridad, no halló otra salvacion que la de llamar en su auxilio á los lacayos de su amo, que era uno de los caballeros más principales de la ciudad.

Los lacayos arremetieron contra el galanteador,

y fué tal la bravura que desplegó en aquellos momentos, que hizo correr á cuatro hombres, dejando mal herido á uno.

No dudó que la justicia trataria de prenderle, y saliendo precipitadamente de la ciudad, anduvo quince dias de posada en posada, llegando al cabo de este tiempo á Cádiz, precisamente en el momento en que se alistaba gente con el objeto de embarcarse para la Española.

IX.

Alistóse Francisco, y todavía pudo servir algun tiempo á las órdenes de Ovando.

En las escaramuzas para someter á los indios desplegó tal valor, tal energía y se acostumbró de tal modo á la vida militar, que muy en breve se hizo notar de todos, y á la llegada de don Diego Colon fué nombrado capitan de un tercio, y contribuyó con Velazquez á la conquista de Cuba.

Este hombre fué, como hemos dicho, uno de los capitanes que eligió Grijalva para su expedicion.

X.

Dávila no era ménos valeroso que él, por más que no hubiera sido su vida tan aventurera como la de Montejo.

Hijo segundon de una noble familia de Castilla la

[redacted]

Vieja, con decidida aficion á las armas, lanzó un dia al aire una moneda.

—Si sale cara,—dijo,—pelearé en Flandes; si sale cruz, en las Indias.

Salió cruz, y se embarcó.

XI.

En cuanto á Pedro de Alvarado, el autor nos permitirá que por ahora aplacemos la narracion de su historia. Vá á figurar demasiado en este libro, y por otra parte, los acontecimientos de su vida fueron tan extraordinarios, que bien merece dejarle para uno de los momentos en que más interesante aparezca su figura.

Grijalva habló á los tres de sus deseos, y ellos, entusiasmados ante la esperanza de la honra y del provecho, se aprestaron á acompañarle.

XII.

Como hemos dicho, las carabelas partieron de Santiago de Cuba á principios de Abril.

Llevó consigo Grijalva á algunos de los soldados y á dos pilotos de los que habian formado parte de la anterior expedicion.

Desde luego dispuso que siguieran los navíos el mismo derrotero que la embarcacion de Fernandez de Córdoba.

Pero el impulso de las corrientes los llevó, mal de

su grado, por otro camino, y al poco tiempo descubrieron, cuando ménos lo pensaban, la isla de Cozumel.

Los naturales, muy parecidos á los indígenas de Cuba, se mostraron indiferentes, y creyendo Grijalva que nada adelantaria con desembarcar allí, mandó á los pilotos que volvieran á buscar el primitivo rumbo, y sin contratiempo de ningun género dieron vista á los pocos dias al Yucatan, doblando la punta de Catoche en la parte más oriental de aquella provincia.

XIII.

Los pilotos y los soldados de la primera expedicion indicaban los nombres de los sitios á Grijalva, y deseando aprovecharse de su experiencia, en vez de desembarcar en aquella parte, siguió costeando la sierra, y llegaron á Potonchan, paraje en donde habia sufrido tan atroz derrota el intrépido Fernandez de Córdoba.

La primera obligacion de Grijalva era vengar la muerte que habia sufrido aquel caudillo, y salvar á los infelices que se habian quedado en poder de los indios.

Animado por este deseo, con gran asombro de los naturales, y al mismo tiempo con la mayor tranquilidad, porque presumian vencerlos del mismo modo que habian vencido á los otros extranjeros, saltaron en tierra y se aprestaron al combate.

[redacted]

La primera vez no habian visto los indios más que un navío, y entonces llegaban tres.

El número de enemigos se habia aumentado. Necesitaban unir á la fuera la astucia, y en tanto que unos se internaron para buscar nuevos combatientes, los otros se ocultaron con el objeto de tender un lazo á sus adversarios.

XIV.

Empezaba á anochecer, y Grijalva dispuso que sus soldados no se alejaran de la orilla.

Encendieron hogueras, se sentaron al amor de la lumbre, y dejando centinelas que avisasen de cualquiera tentativa de los indios, se entregaron al sueño, dispuestos al amanecer del dia siguiente á emprender la campaña.

Capitulo IV.

Donde se vé que Grijalva prefiere lo cierto por lo dudoso.

I.

Es de todo punto indispensable que el lector conozca, antes de seguir en su arriesgada empresa á Hernan Cortés, las tentativas que se habian hecho, porque sólo de esta manera es como puede llegar á comprenderse la energía del valiente soldado, que con tan escasas fuerzas se disponia á llevar á cabo una empresa tan colosal.

Grijalva pasó toda la noche en vela, entregado á los más extraños pensamientos.

La idea de adquirir fama y fortuna para compartirla con su esposa le habia halagado, y la esperanza del logro de sus deseos habia acallado en su corazon los temores que habia despertado un momento la lucha en su imaginacion.

[redacted]

Pero aún estaba á bastante distancia de la colonia, con tres bajeles y un reducido ejército, en un país extraño, poblado por salvajes, cuyo número ignoraba, y se apoderó de su alma un vivo desaliento, se abultó á sí mismo las consecuencias de la guerra, sintió que desmayaban sus bríos, y de buen grado, despues de aquella lucha interior, hubiera dado órdenes á los pilotos para variar de rumbo y tornar á Santiago de Cuba.

II.

Los primeros rayos de la aurora le hallaron en esta incertidumbre, y poco despues le sacó de su meditacion el vocerío de millares de indios, que armados con flechas, cayeron de pronto sobre los extranjeros, sin darles tiempo apenas para ponerse en guardia y resistir el empuje.

Con la precipitacion y la sorpresa formó tres divisiones, al mando cada cual de uno de los tres capitanes que llevaba, y al aproximarse los indios les hicieron retroceder las balas de los españoles.

III.

Esta retirada dió tiempo á los soldados de Grijalva para rehacerse y atacar á su vez á los indios.

Pero alentados estos por sus jefes, volvieron de nuevo á la pelea, y durante una hora duró la encar-

nizada lucha, quedándose al fin los españoles dueños del campo.

—¡Estéril triunfo!—dijo Grijalva á sus compañeros.—Nada tenemos que hacer aquí, porque viéndonos obligados, para cumplir los deseos de Velazquez, á proseguir nuestro viaje, seria inútil que conquistásemos este territorio.

—Pero al ménos hemos vengado á nuestros hermanos,—dijo uno de ellos.

—Debemos permanecer aquí más tiempo, y explorar las montañas de la isla para ver si encontramos á los españoles que aprisionaron estos indios cuando mataron á Fernandez de Córdoba.

—¡Inútil empeño! Esos hombres habrán asesinado á nuestros indefensos compañeros.

IV.

Prevaleció la opinion de Grijalva, y dándose á la vela sus soldados, siguieron por la costa, observando á lo lejos poblaciones con edificios, aunque groseros, mucho mejores que los de los indios de Haiti y de Cuba.

Deseaban los capitanes desembarcar á menudo para explorar el país; pero Grijalva, en quien se habia despertado un inmenso amor á la vida, los disuadia, y valiéndose de mil excusas, continuó navegando por el Golfo de Méjico.

[redacted]

V.

Al llegar á Tabasco no tuvo más remedio que desembarcar, y aunque los indios de aquel país salieron á su encuentro decididos á combatir, animado por el espíritu que le guiaba, y pretextando que era mejor para su causa ganar amigos que luchar con adversarios, logró entrar en relaciones con el cacique de aquella provincia.

No agradaba mucho á sus capitanes la conducta de Grijalva, y como el que más le censuraba éra Alvarado, dispuso que volviera con un bajel á Cuba, para dar cuenta al gobernador de la expedicion que habia hecho, y animarle á que enviára mayor número de fuerzas para verificar la conquista.

VI.

Con los otros dos capitanes, á quienes dominaba, continuó el viaje, llegando hasta el puerto que conocemos con el nombre de San Juan de Ulna, siempre en actitud pacífica, sin internarse, y como un hombre que desprecia las ventajas que le ofrece la suerte por temor de ser engañado.

Llegó por fin á la costa de Panuco, y entraron en el rio, al qué diéron el nombre de Las Canoas, porque diez y seis de estas pequeñas embarcaciones rodearon al navío que mandaba Alonso Dávila, y disparando una nube de flechas sobre los soldados de su

tripulacion, cortando además una de las amarras para apoderarse de la carabela.

VII.

El navío de Grijalva acudió en auxilio del de Dávila, y los indios fueron puestos en fuga.

Grijalva resolvió por fin suspender el viaje, y convocando á los capitanes y pilotos, y exponiéndoles ante todo que faltaban los víveres y que los soldados estaban desanimados y descontentos:

—Volvámonos á Cuba,—les dijo;—ya conocemos el camino, ya sabemos los enemigos con quien tenemos que luchar; pero nuestras fuerzas no son suficientes. Recojamos allí provisiones y refuerzos, y entonces volveremos á conquistar estos países.

VIII.

Conociendo todos su irrevocable resolucion, la apoyaron, y el 15 de Noviembre, despues de siete meses de navegacion, llegó á Santiago de Cuba.

Las noticias que habia llevado Pedro de Alvarado á Velazquez, habian aumentado el entusiasmo del gobernador, y aguardaba de un momento á otro que llegase Grijalva noticiándole que habia llevado á cabo la conquista.

Su inesperada aparicion irritó profundamente á Velazquez.

[redacted]

IX.

Recibiéndole con marcada descortesía, calificando su indecision de exagerada prudencia, llegando en su arrebato hasta calificarle de cobarde, procuró, para no verle, que abandonara la isla de Cuba, y con nuevo brío, con verdadera fiebre, se dedicó á proporcionarse los medios de emprender aquella conquista que anhelaba, y que habia perdido por la poca resolucion de Grijalva, sin acordarse de que por una causa análoga continuaba él en Santiago de Cuba en vez de correr los azares de aquella expedicion.

X.

Confió su pensamiento á los religiosos de San Jerónimo que residian en la isla de Santo Domingo; envió un emisario á la córte de España para que anunciase su esperanza de añadir una nueva conquista á las que se habian hecho en el Nuevo Mundo; mandó carenar los buques de Grijalva; se proporcionó algunos más; los pertrechó, armó y abasteció con el mayor esmero, y consumados estos preparativos, buscó un caudillo á quien confiar la empresa más resuelto que Grijalva. y al mismo tiempo oscuro para que no pudiera arrebatarle la gloria de su soñado triunfo.

XI.

Por más que hizo todos los trabajos indirectamente, cundió la noticia de sus proyectos, y no fueron pocos los que, poniéndose de parte de Grijalva, le aconsejaron que le nombrase jefe de aquella nueva expedicion.

Solicitaron tambien el mando de los buques Antonio y Bernardino Velazquez, parientes muy cercanos del gobernador, á quienes habia dado empleos en Santiago de Cuba, y algunos otros caballeros de los más distinguidos que habia en la isla.

XII.

Perplejo el gobernador, no sabia á quién confiar mision tan delicada, cuando despues de haberse puesto de acuerdo Amador de Lariz, contador del rey, y Andrés de Duero, secretario del gobernador de la colonia:

—Nosotros conocemos al hombre que necesitais,—le dijeron.

—¿Quién es?

—Un jóven de valor, en quien sin duda no habeis reparado hasta ahora.

—¿Cuál es su nombre?

—Hernan Cortés.

—¡Ah, sí! El protegido de Ovando, el amigo de Diego Colon...

[redacted]

—Vuestro antiguo secretario,—dijo Andrés de Duero, interrumpiéndole.

—¿Y teneis valor de hablarme de él?—exclamó Velazquez.

—¿Todavía le conservais rencor?

—He perdonado sus calaveradas, hijas de la impetuosidad de su carácter; he consentido ser padrino de su hijo... Y no hay duda de que tiene todas las condiciones necesarias para mandar la escuadra. Jamás olvidaré su valor, su pericia, su arrojo cuando á mi lado luchó para conquistar la isla de Cuba. Pero es ambicioso y soberbio, y en un acceso de ira será capaz de echar á tierra mis planes.

—Hace ya mucho tiempo que apenas le veo,—dijo Andrés de Duero.—Ya sabeis que, como heredé su puesto cerca de vos, no pueden ser muy amistosas nuestras relaciones; pero soy justo, y aun en mis enemigos reconozco las cualidades que tienen. Cortés vive muy retirado. Si fuera ambicioso, ocasiones ha tenido de medrar. Por otra parte, está muy agradecido á vuestras bondades. Aun no ha olvidado que le pusísteis en libertad cuando los alguaciles le prendieron por órden vuestra, y yo creo que, ofreciéndole más provecho que honra, aceptará gustoso el mando de la escuadra y servirá vuestros deseos.

Velazquez miró con sorpresa á su secretario.

XIII.

—Me extraña mucho,—le dijo,—que le reco-

mendeis, habiendo sido siempre vuestro enemigo.

—La pasion quita conocimiento. Cuando él dejó de ser vuestro secretario, ocupé yo su plaza. Siempre he temido verme obligado á cedérsela.

—¿Y por esa razon quereis alejarle de Santiago de Cuba?

—No por cierto. Estoy seguro de que merezco toda vuestra confianza, porque os sirvo lealmente. Yo sé que por nada del mundo me arrojareis de vuestro lado; pero por lo mismo, y como una muestra de mi gratitud, reconociendo las cualidades de Hernan Cortés, aunque enemigo natural mio, os recuerdo su nombre, porque no hay otro ni en Cuba, ni en Santo Domingo, ni en la Española, que pueda serviros mejor que él.

XIV.

Amador de Lariz esforzó los argumentos de Andrés de Duero, y tales fueron las razones que alegaron, que inclinaron á Velazquez á confiar el mando de la escuadra á Hernan Cortés.

Tardó aún algunos dias en llamarle á su presencia para comunicarle esta resolucion.

En este tiempo su secretario y el contador del rey continuaron trabajando en favor de su protegido.

XV.

La historia de Hernan Cortés desde su llegada á

[redacted]

Santiago de Cuba con Velazquez, era la única causa de las dudas del gobernador.

Para comprender á qué altura rayaba la habilidad del caudillo á quien hemos visto embarcarse en la Habana con rumbo á un país desconocido de todos, es necesario que el lector sepa lo que le habia pasado.

Capítulo V.

La ambicion.

I.

Hernan Cortés habia asistido desde los primeros dias de su infancia al espectáculo de la gloria de los conquistadores del Nuevo Mundo.

Y sin embargo, no habia envidiado la fama, la admiracion que aquellos hombres despertaban en la muchedumbre.

II.

Cuando conozcamos á fondo la historia de los primeros años de su vida, el papel que representaba en el seno de su familia, las causas que hicieron de su infancia y de su juventud una contínua enfermedad, los motivos que le obligaron á alejarse de la casa paterna, comprenderemos por qué razon no habia po—

[redacted]

dido llegar hasta su corazon la chispa que debia más tarde encender en él ese fuego sublime que constituye la esencia de los héroes.

Pobre, sin esperanza de vivir, viejo sin haber sido jóven, cansado antes de andar, se habia apoderado de su alma el tédio, y únicamente le sonrió la idea de atravesar los mares y de llegar á los países descubiertos recientemente, porque podian ofrecer á sus ojos el espectáculo de la novedad, porque le brindaban los placeres del peligro, porque le apartarian para siempre de las personas y de los objetos que habia visto en torno suyo en aquellos largos años de cansancio, de aburrimiento, que habia pasado en el hogar de sus padres.

III.

Se embarcó para Santo Domingo con una carta de recomendacion para el gobernador Ovando, con el que tenia algunos lazos de parentesco.

Desde su llegada fué uno de tantos colonos.

Separado de don Luis Sagredo, su compañero de viaje, y uno de los más leales amigos y servidores de Colon, no pudo distinguirse, y vivió una vida oscura, sin ocultársele los desaciertos que cometia el gobernador de la colonia.

IV.

Los infortunios de Colon, la augusta majestad que

rodeaba á aquel hombre, que desde la puerta de un monasterio, adonde habia acudido á pedir una limosna, habia logrado con su génio arrancar al Océano uno de sus mayores secretos, y con la gloria llegar hasta el mismo sólio de los soberanos de España y ser objeto de las más entusiastas ovaciones, despertaron en el jóven oscuro una inmensa sed de gloria, con la que combatia la indiferencia que se habia apoderado de su alma.

Los restos del aburrimiento, que habia sido su eterno compañero; el deseo de oscuridad, de desaliento, que aun tenia arraigado, desaparecieron en una entrevista en España, adonde volvió con una comision del gobernador de Santo Domingo; en una entrevista, repito, con Cristóbal Colon, dejó en su corazon la semilla que debia fructificar más tarde y producir los laureles de su inmortal corona.

V.

Al volver á Santo Domingo llevaba otro argumento poderoso dentro de sí, para contrarestar la sed de gloria que le devoraba.

La ingratitud de los hombres, el infame pago que una nacion y un soberano habian dado al ilustre marino genovés, eran bastante á inspirarle la idea de no hacer nada por aquella pátria desagradecida, y hasta en sus momentos de orgullo se decia:

—No merecen los que tal hacen el sacrificio de ningun hombre.

[redacted]

VI.

Volvió á Santo Domingo, y en aquel suave clima recuperó las fuerzas, se trasformó por completo.

El mancebo débil se tornó en robusto varon, y á esta plenitud de facultades físicas sucedió naturalmente un deseo de actividad, que le obligó á tomar las armas para acompañar á Diego de Velazquez en la conquista de Cuba, mostrando en aquel gigantesco paso su energía, su valor, su pericia, su grandeza de espíritu.

VII.

Trescientos hombres bastaron á someter un país inmenso, poblado por millares de habitantes.

Hernan Cortés decidió la victoria, y sin embargo, todos los plácemes, todas las ventajas del triunfo, fueron para Velazquez.

VIII.

En aquel momento el guerrero se hizo político.

El amor propio es un terrible consejero.

Ofendido el suyo, se permitió alcanzar la gloria que le habian usurpado, y no perdonó medio de conseguir su intento.

IX.

Velazquez envió fuerzas á la Jamaica para someter aquella isla.

Hernan Cortés fué uno de los caudillos.

En aquella empresa dió grandes muestras de su valor, y obedeciendo á la conducta que se habia propuesto emplear, borró de aquel triunfo su nombre, para que recayera toda la gloria sobre Velazquez.

Este acto inspiró al gobernador de Cuba la resolucion de nombrar á Cortés su secretario.

X.

En el desempeño de este cargo tuvo ocasion de desplegar un gran talento, del que hasta entonces no se habia aprovechado.

Preparándolo todo para llegar al logro de sus fines, prestó leales servicios á Velazquez, y no tardó en captarse toda su confianza.

XI.

Un defecto de su carácter, que era al mismo tiempo una de sus cualidades, le impidió representar alguna vez su papel como se habia propuesto.

La impetuosidad de su temperamento lo arrollaba todo.

Trascurrió algun tiempo, y un dia fueron á bus-

[redacted]

carle algunos colonos, y quejándose amargamente en su presencia de la conducta que observaba el gobernador, le dieron á entender que si secundaba sus planes, si se ponia al frente de una conspiracion que estaban tramando para derrocar al gobernador, le elegirian, y obtendrian del monarca de España que confirmase su eleccion.

Esto fué ofrecer á sus planes un atajo.

XII.

La imaginacion dominaba á la razon.

La impetuosidad, al cálculo frio.

Cortés se unió á los conspiradores, y lo preparó todo para producir un tumulto.

XIII.

Uno de los conjurados fué débil, y confió á Velazquez lo que pasaba.

Momentos antes de estallar la conspiracion, irritado el gobernador profundamente, considerando la conducta de Hernan Cortés como una de las más negras ingratitudes, mandó prenderle, y al mismo tiempo firmó su sentencia de muerte.

XIV.

Un hombre que hasta entonces habia vivido en

la colonia sin dar á conocer sus cualidades de sagaz político, pero cuya amistad habia cultivado Hernan Cortés, favoreciéndole hasta el punto de ponerle indirectamente en relaciones con Velazquez, le anunció el peligro que corria su vida, y pudo escaparse de las manos de los soldados que fueron en su busca para prenderle y ejecutar la sentencia, guareciéndose en una iglesia, asilo inviolable en aquellos tiempos.

Andrés de Duero, que era la persona á quienes tantos favores habia prestado Hernan Cortés, presentándose como adversario suyo, logró reemplazar en su puesto al condenado á muerte y trató con maña de apaciguar las iras del gobernador.

XV.

A pesar de esto, contínuamente vigilaban las puertas de la iglesia soldados encargados de prenderle en el momento en que atravesara los umbrales del templo.

Andrés de Duero tuvo una conferencia secreta con el valiente jóven, en la que le ofreció obtener su perdon.

Pero le indicaba al mismo tiempo que no abandonase aquel sagrado asilo, porque de lo contrario no respondia de su vida.

Hernan Cortés lo abandonó.

[redacted]

XVI.

Por la primera vez de su vida sintió en su alma el amor.

Dominado por aquel sentimiento desconocido, grandioso para él, olvidó su ambicion, renunció al papel que se habia propuesto desempeñar, obedeció á su impetuosidad de carácter, y el amor estuvo á punto de costarle la vida.

Capítulo VI.

El amor.

I.

Vivia en Santiago de Cuba un anciano llamado don Lope Suarez de Pacheco.

Era un verdadero marino.

Desde los primeros años se habia consagrado con particular aficion á los viajes marítimos, y habia adquirido tal destreza, que habia pocos pilotos que le aventajasen, y no tenia rival para mandar á la tripulacion de un buque.

II.

Camarada afectuoso de los marineros, cuando se trataba de cumplir el deber, no habia un jefe más severo, más intransigente, más terrible que él, y tales habian sido sus actos para someter á la obedien-

[redacted]

cia á los díscolos, que una sola mirada suya habia llegado á producir en las tripulaciones más efecto que el látigo de los contramaestres.

III.

Al servicio de Portugal, cuando tuvo lugar el descubrimiento del Nuevo Mundo y la conquista de la Española, no pudo tomar parte en aquella empresa.

Recordando que era español, se resolvió á abandonar los buques portugueses para prestar servicios en su pátria, y se embarcó para mandar uno de los navíos que el hijo de Cristóbal Colon llevó á sus órdenes al dirigirse á las Indias para recoger la herencia de su padre.

IV.

Una niña de once á doce años acompañaba á todas partes á Suarez de Pacheco.

Era el fruto de su amor con una dama portuguesa que habia muerto, y amaba tanto á aquella criatura, que no podia separarse de ella.

Catalina. que así se llamaba, parecia haber heredado la energía de carácter de su padre, y la belleza y bondad de alma de su madre.

Se habia quedado huérfana á los cinco años, y habia sido educada por su padre y por los marineros que le rodeaban.

V.

Sin perder los encantos propios de su sexo, habia en ella algo de varonil.

No sólo no se mareaba en los buques, sino que trepaba por los palos y hácia las maniobras como los marineros.

Disparaba con mucha gracia un arcabuz, y cuando en medio de los mares le sorprendia la tempestad, sin dejar de elevar su plegaria á la Vírgen, animaba á los desalentados marineros, razon por la cual todos la querian con delirio.

VI.

Al llegar á la Española comenzó su padre, que ya era muy viejo, á padecer ataques de gota, y no tardó en verse imposibilitado á continuar su viaje.

En premio de sus servicios le dió un empleo Diego Colon en Santiago de Cuba, y allí, con su hija y con los indios de la servidumbre, vivia feliz, si no completamente satisfecho, porque su mayor gusto era volver al mar ó tomar parte en empresas difíciles.

VII.

Creció la jóven al lado del autor de sus dias, y en la época á que nos referimos habia cumplido veintiun años, y era por su hermosura y su talento la

[redacted]

admiracion de todos los que habitaban la colonia.

Muchos jóvenes se habian acercado á ella para ofrecerle el amor que habia despertado en ellos.

Catalina habia desoido sus súplicas, porque habia reconcentrado toda su alma en el cariño de su bondadoso padre.

No por eso dejaba de tener simpatía por los guerreros que más se distinguian por su bravura, y bajo este punto de vista habia fijado sus ojos en Hernan Cortés, y pensaba en él á menudo, sin explicarse los motivos que la sumian en aquella meditacion.

Hernan Cortés apenas habia reparado en ella.

VIII.

El dia en que, avisado por sus amigos, buscó asilo en la iglesia para librarse de las persecuciones de Velazquez, al entrar en el templo halló á la jóven que salia con una india anciana que la servia de aya.

Los alguaciles llegaron hasta la puerta del templo, y se detuvieron en ella.

La jóven se informó de lo que pasaba, y obedeciendo á un sentimiento que se despertó en su alma, sin dar tiempo á que la reflexion modificase su resolucion, volvió á la iglesia, y acercándose á Hernan Cortés:

IX.

—Permaneced aquí,—le dijo,—porque fuera os

esperan los alguaciles. No temais: nada os faltará mientras esteis aquí. Vivo en frente: mi padre os estima, aunque no os trata, y os enviará cuanto podais necesitar mientras os veais obligado á permanecer en este asilo.

En aquel momento, arrepentido de su debilidad Hernan Cortés, calificando de cobardía el acto que acababa de consumar, iba á salir, y ya tenia la mano puesta en la empuñadura de su espada para abrirse paso luchando con los alguaciles, y morir si era preciso, combatiendo con todo cuanto se le opusiera, antes que ser aprisionado ó tener que permanèr en sagrado.

X.

Las palabras de Catalina, sus súplicas al comprender la resolucion que habia tomado, el acento de su voz, que resonó en toda su alma, su mirada de fuego, todo aquello en el lugar en donde estaba, bajo la influencia de su religion, produjo un cambio radical en la existencia del valiente soldado, y deteniéndose:

—Sois el ángel de mi guarda,—le dijo;—no olvidaré nunca que os debo la vida.

Catalina se separó de Hernan Cortés, y comprendió que habia hecho mal en ser tan bondadosa.

XI.

Desde aquel momento el jóven soldado fué un personaje interesante para ella.

[redacted]

Nó podia apartar su recuerdo de su imaginacion.

Necesitaba verle, y temia que sus miradas se encontrasen con las suyas.

Refirió á su padre el encuentro que habia tenido, y el viejo marino fué al templo á visitar á Hernan Cortés para ofrecerle todo su apoyo.

Catalina no se atrevia á volver á la iglesia.

Estaba completamente subyugada.

El amor se habia despertado de pronto en su corazon, y lo habia avasallado por completo.

XII.

El mismo efecto habia producido la jóven en Hernan Cortés.

Todos los amigos del soldado influyeron con Velazquez para que le perdonase.

Pero este no podia olvidar que habia sido el hombre de toda su confianza, que habia querido suplantarle, y el amor propio le aconsejaba que no fuese clemente con él.

Deseoso de apoderarse de él, de humillarle al ménos, mandó que dia y noche estuviesen apostados en los alrededores de la iglesia alguaciles suficientes en número para apoderarse de él si intentaba evadirse.

XIII.

Trascurrieron algunos dias, en los que la espe-

ranza de volver á ver á Catalina hicieron ménos penosa su situacion á Hernan Cortés.

Pero la jóven no iba al templo.

Sólo la india anciana que le servia de aya iba á llevarle regalos de su parte.

XIV.

El enamorado galan comunicó á Catalina el amor que sentia por medio de una carta.

La jóven le respondió que habia adivinado sus sentimientos.

La felicidad de los amantes fué inmensa.

Cortés no podia calmar su ansiedad, y una noche, á las altas horas, creyendo que nadie podria verle, salió del templo, llamó á la reja de su amada, cuya casa estaba muy próxima, y pudo hablar con ella, jurarle eterno amor, y disfrutar una felicidad en que hasta entonces no habia soñado.

XV.

Al volver á la iglesia, los alguaciles, que se habian colocado á la puerta, se apoderaron de él antes de que pasase el dintel, y cuantos esfuerzos hizo para librarse de ellos fueron inútiles.

Entre seis hombres le sujetaron y le llevaron á una prision, dando cuenta inmediatamente á Velazquez del triunfo que habian conseguido.

Catalina se enteró de lo que habia pasado, y en-



HERNAN CORTES.—Los alguaciles que se habian colocado á la puerta se apoderaron de él.

[redacted]

vió con un indio una carta á su amante, en la que le decia:

«Fingios humilde por mí, y sereis perdonado.»

El amor venció la impetuosidad del que por nada del mundo se doblegaba.

XVI.

Cediendo á las instancias de Catalina y á las insinuaciones de Andrés de Duero y Amador de Lariz, sus particulares amigos, manifestó que estaba arrepentido de su tentativa, y que deseaba celebrar una entrevista con Velazquez.

Velazquez no era malo en el fondo.

Sin darse cuenta de sus sentimientos, simpatizaba con Hernan Cortés.

Aquel acto de humildad le desarmó, y dispuso que el prisionero fuera conducido á su presencia.

XVII.

Hernan Cortés repitió las protestas que habia hecho.

—Para daros pruebas de mi lealtad, de mi senceridad, de los vivos deseos que tengo de volver á vuestra gracia, no sólo os pido mi libertad, sino que os ruego que pidais para mí á don Lope Suarez de Pacheco la mano de su hija.

Esta mision agradó en extremo á Velazquez.

Aquel debia ser el primer casamiento que la re-

ligion cristiana celebrara en aquella apartada y hermosa region.

XVIII.

Inmediatamente fué á ver al anciano marino, le manifestó los deseos de Hernan Cortés, y consultada Catalina por su padre, obtuvo el gobernador la vénia para el casamiento de su protegido.

Algunos dias despues se celebró aquella union con grandes fiestas, siendo padrino de la boda el gobernador, y apadrinando más tarde al fruto de la boda.

XIX.

No insistiremos por ahora más sobre este lazo que contrajo el valiente caudillo, porque su amor á Catalina, su union con ella, y la conducta que observó más tarde para con la madre de su hijo, nos ofrecerán en lo sucesivo algunas de las páginas más interesantes de esta historia.

Cumple sólo ahora á nuestro propósito manifestar, que aunque Velazquez perdonó á Hernan Cortés y le dió tantas muestras de afecto, no quiso nunca reponerle en su empleo de secretario, y procuró por todos los medios dejarle en una oscura posicion, sin duda por que presentia que podia eclipsarle.

[redacted]

XX.

Hernan Cortés, que no habia nacido para ver satisfechas las aspiraciones de su alma en el reducido y hermoso círculo de la familia, que daba más cabida en su pecho á la ambicion que al amor de padre, que al amor de esposo, volvió á emplear la habilidad, la astucia, y catequizando con dádivas y promesas á Lariz y Duero, consiguió que influyendo poderosamente sobre Velazquez, se inclinase este á nombrarle jefe de la expedicion que debia llevar á cabo la conquista del Yucátan.

Antes de despedirse quiso celebrar una entrevista con Velazquez.

Vamos á ver lo que pasó.

Capitulo VII.

Hernan Cortés y sus enemigos

I.

Andrés de Duero y Amador de Lariz, al aconsejar á Velazquez que diese el mando de la expedicion á Hernan Cortés, le hicieron creer, que no solamente no deseaba aquel importante cargo, sino que ni siquiera se atrevia á sospechar que pudiera ser designado para confiárselo.

Partiendo de este supuesto, quiso el gobernador explorarle.

Hernan Cortés iba preparado para obtener el triunfo.

II.

—¿Habeis oido hablar,—le dijo cuando estuvo en

[redacted]

su presencia,—á algunos de los soldados que acompañaron á Grijalva en su expedicion á la conquista del Yucatan?

—He oido á algunos.

—¿Y qué os han dicho?

—La mayor parte de ellos aseguran que los habitantes de ese país son formidables, y que no hay medio de luchar con ellos. Otros dicen que es inútil la empresa, porque no valen aquellas tierras los hombres que se pueden perder, ni los navíos que arrollen las olas.

—Y vos, ¿qué pensais de eso?

—No ignorais que vivo en el seno de mi familia, y que abrigo deseos de volver á la Península para ver á mis padres, y vivir con mi esposa y mi hijo en el lugar de mi nacimiento.

III.

—Pues bien,—dijo Velazquez despues de vacilar algunos momentos:—yo, que como gobernador de la colonia tengo necesidad de pensar en el medio de dar ocupacion á los españoles, en beneficio suyo, y sobre todo en beneficio de la madre pátria, he pensado intentar de nuevo la conquista del Yucatan, y como me es de todo punto imposible confiar á nadie el mando, necesito buscar un capitan valeroso, que haga olvidar con su bravura la incalificable prudencia de Grijalva. Sabeis que, aunque vivimos apartados, os esti-

mo, y os he llamado para consultaros. ¿Quién creeis que puede desempeñar ese cargo?

—No hay un sólo soldado en la colonia que no sea valiente.

—Pero al valor es necesario unir la discrecion, el tacto. ¿A quién podria elegir?

—Ahí teneis á Alvarado.

—Es demasiado frívolo, demasiado ligero.

—¿Cómo no pensais entonces en vuestros parientes don Antonio Velazquez, don Bernardino?...

—Por ser parientes los conozco de sobra.

—Pues no sé qué deciros.

IV.

—Si os encargase á vos del mando de la expedicion, ¿aceptaríais?—preguntó de pronto Velazquez.

—Con una sola condicion,—respondió Hernan Cortés.

—¿Cuál?

—La de no ser más que un representante vuestro, la de partir con vos la gloria que alcanzara.

—¿Hablais sinceramente?

—No me he olvidado de los lazos que nos unen.

—Pues bien: cumplir la condicion que me exigis es lo que necesito. Yo quiero un hombre valeroso como vos, capaz de vencer todos los obstáculos, de luchar y triunfar; pero al mismo tiempo un hombre que comprenda el inmenso favor que le dispenso, prefiriéndole á todos los demás caballeros que tienen ma-

[redacted]

yores títulos que él para conseguir tan importante mision, y que agradecido á estas bondades, no me usurpe, ni la gloria de esa conquista, ni el provecho de haberla realizado.

—Disponed de mí,—dijo Cortés.

—En este momento voy á extender nuestro nombramiento.

V.

Aquel mismo dia se publicó la resolucion de Diego Velazquez, causando gran sorpresa en toda la colonia.

Pero los que aspiraban á dirigir la expedicion murmuraron grandemente; alegaron que el hombre que no podia gobernar su casa, era incapaz de dirigir una expedicion tan arriesgada como aquella, y no contentos todavía con censurar el nombramiento por haber recaido en un hombre oscuro, habiendo tantos nobles caballeros en la colonia, fueron á ver á Velazquez para disuadirle de su empeño.

VI.

—Ved que os fiais mucho de un hombre de muy poca conciencia,—decian unos.

—Volved los ojos á su pasado,—añadian otros,—y vereis que sus palabras han sido siempre contrarias á sus actos.

—No os fieis de las apariencias. Despues de haber sido vuestro confidente, quiso venderos; despues de haber obtenido el amor de doña Catalina, por el que hubieran dado toda su vida muchos hidalgos distinguidos, la trata mal, la ha hecho infeliz, y ni aun de su propio hijo se cuida, porque la ambicion le devora.

—Acordaos de que le habeis humillado, de que ha sido vuestro prisionero, de que en cuanto pueda dominaros os dominará.

—Pensad,—decian por fin algunos,—que ese nombramiento os vá á acarrear muchos enemigos. Todos los que han sido acreedores os harán una guerra sorda. Dios sabe si en esta jugada os vá el gobierno de la colonia.

VII.

Velazquez desoia todas estas murmuraciones, porque el amor propio le cegaba siempre, y no queria dar su brazo á torcer, aun cuando algunas de las razones que alegaban hicieran mella en su ánimo.

Viendo los envidiosos que Hernan Cortés paseaba por la ciudad erguida la frente, con ademan arrogante; viendo que cuantas intrigas ideaban para desprestigiarle á los ojos del gobernador eran inútiles, se valieron de una estratagema, y llamando algunos de ellos á un loco que andaba por la ciudad diciendo á todo el mundo, escudado con su locura, verdades de á fólio, le ofrecieron una gran dádiva si se atrevia á acercarse

[redacted]

á Velazquez cuando pasease como acostumbraba por la tarde, y le hablaba en contra de Hernan Cortés.

VIII.

El gobernador quiso demostrar á todos los murmuradores que su resolucion era irrevocable, y llamando á Hernan Cortés, quiso pasear con él, para dar á entender á todo el mundo cuán íntimas eran las relaciones que con él tenia.

El loco aceptó el papel que le habian confiado.

IX.

En medio del paseo comenzó á dar grandes voces:

—¡Gobernador; gobernador,—dijo;—detente y escucha!

Velazquez solia darle limosna y reir sus gracias.

A la indicacion del loco se detuvo, y no tardó en formarse en torno suyo un numeroso círculo.

—Buena la has hecho, amigo Diego,—dijo el demente.—¿Vas á enviar á Cortés con una armada? Pronto necesitarás otra para salir á pelear con la que le confies.

X.

Al oir aquellas palabras no pudo contenerse Cortés, y echó mano á la espada.

—Miserable,—exclamó.

—Deteneos, amigo mio,—dijo Velazquez;—ese infeliz no sabe lo que dice. Toma una limosna,—añadió,—y está tranquilo. Paso, caballeros.

La muchedumbre le abrió camino, y mientras él partia con Hernan Cortés, se quedaron todos murmurando con el loco.

XI.

Velazquez se quedó pensativo.

—Aun estamos á tiempo,—dijo Hernan Cortés.—Si dais crédito á las palabras del loco, pronto estoy á renunciar el cargo que me habeis confiado.

—¿Por quién me tomais?—dijo Velazquez.—Sois jefe de la escuadra que vá á partir á la conquista del Yucatan. Aprestad los preparativos.

XII.

El dia siguiente, Hernan Cortés, que habia dado ya los primeros pasos para formar el núcleo de su tripulacion, se presentó en Santiago con un estandarte, en el que escribió la frase que ya conocen nuestros lectores.

La murmuracion no cesó.

Velazquez experimentaba un secreto pesar.

No podia explicarse cuál era el motivo de su disgusto.

[redacted]

XIII.

Hernan Cortés, entre tanto, reunia dinero, alistaba gente, buscaba navíos, y con los capitanes más distinguidos formaba su estado mayor.

Desde luego pudo contar con Diego de Ordaz, uno de los servidores más queridos de Velazquez; con Francisco de Morla, valiente capitan; con Alvarado, á quien ya conocemos; con Bernal Diaz del Castillo, militar y escritor, y con otros muchos hidalgos, que conocedores del valor del caudillo, se aprestaban gustosos á seguirle.

XIV.

Catalina trató de influir poderosamente en el ánimo de su esposo para que no partiera.

La ambicion habia sustituido en el alma de Hernan Cortés al amor, porque ¡cosa extraña! aquella hermosa niña, que se habia criado en medio de hombres, en medio de marinos, que parecia tener todas las condiciones de un muchacho, dominada por el amor, cambió por completo.

Era la mujer dulce, apacible, tranquila, cariñosa; la mujer que cifraba su dicha en los goces del hogar, en el amor de su esposo, en el de su hijo, y cada dia que pasaba veia con dolor que no bastaba su cariño

á hacer amar aquellos goces al futuro conquistador de Méjico.

Sus quejas, sus lamentos, sus súplicas, hallaron un corazon sordo.

—Necesito fortuna, quiero gloria,—respondia Hernan Cortés.

XV.

Terminados los preparativos para su marcha, se despidió de Catalina, dejándola con los ojos arrasados de lágrimas; se despidió de su hijo, fué al palacio del gobernador, en donde le reiteró de nuevo las promesas que le habia hecho, y á la madrugada del dia 18 de Noviembre de 1518 partió la escuadra de Santiago, costeó la isla por la banda del Norte, llegó en breve tiempo á la villa de la Trinidad; los amigos que tenia Cortés en ella le auxiliaron con recursos y con hombres, se ofrecieron á acompañarle Juan de Escal, Gonzalo Meyra, Pedro Sanchez Farfan, todos esforzados adalides; se unieron á él más tarde Alonso Dávila, Jorge Gomez y Juan de Alvarado; desde la villa de Sancti-Espíritus acudieron á alistarse Alonso Hernandez Portocarrero, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, y con estos capitanes, con los soldados que se agregaban, con las municiones, las armas y los caballos que recogia, se encaminó á la Habana, de cuyo puerto le hemos visto salir.

XVI.

Indicamos que en la Habana le habia prestado grandes servicios Pedro de Barba.

En efecto; le salvó de las asechanzas de sus enemigos, que para apoderarse del ánimo de Velazquez emplearon hasta el recurso de la mágia.

Capítulo VIII.

Un astrólogo.

I.

Habia en Santiago un viejo, llamado Juan de Milan, de orígen italiano, que habia ido á aquellas tierras de marinero en uno de los buques de Cristóbal Colon.

Antes de emprender aquel viaje, habia llevado á cabo otros muchos; habia permanecido algun tiempo cautivo en Argel, y todas estas vicisitudes le habian hecho maestro en el arte de vivir.

II.

Cansado de las faenas marítimas, y viendo que con su gramática parda podria sacar gran partido de la ignorancia y de la incuria de los españoles que es-

[redacted]

taban en las colonias, abandonó su primitiva profesion y se dedicó á la de curandero.

Acercándose á los indios que conocian mejor las virtudes de las yerbas, pudo en breve tiempo aprovechar con éxito las que producia el país para curar ciertas enfermedades, y convirtiéndose en Galeno, comenzó á vivir bien con aquella industria, siendo respetado y admirado por los españoles y por los indios.

III.

No contento con ejercer de aquella manera fraudulenta la ciencia de curar, recordando mañas antiguas, se hizo astrólogo judiciario, y pretendia que con sólo mirar á las estrellas podia leer en el porvenir, dar consejos para prevenir males y adivinar el destino de los pobres mortales.

Era una nueva industria, que aumentaba sus ganancias y los obsequios de que era objeto.

IV.

Dejó crecer su barba, blanca ya, su cabellera, del mismo color; y formándose con una tela de algodon una especie de traje de nigromante, despues de explotar la credulidad de los colonos de la Española, se trasladó á Santiago de Cuba.

Allí adornó su cuarto con calaveras y redomas, y toda esta operacion fué causa de que aquellas gentes,

ignorantes las unas, y supersticiosas las otras, le acreditasen con su credulidad y le tuvieran por poco ménos que por un oráculo.

V.

Los dos parientes de Velazquez, que desairados por el gobernador, querian vengarse de su desden y evitar que la expedicion fuese mandada por Hernan Cortés, buscaron al astrólogo Milan, y ofreciéndole unas cuantas láminas de buen oro que poseian:

—Necesitamos vuestros servicios,—le dijeron,—y esté ha de ser el premio que en cambio de ellos os otorguemos. Pero tened entendido al mismo tiempo, que si no accedeis á nuestros deseos, si no coadyuvais á la realizacion de nuestros planes, jugais la vida...

VI.

El astrólogo, que era hombre de mundo:

—Me poneis en una alternativa,—contestó,—de las más difíciles. Deberia, para demostraros que no tengo miedo, aceptar la primera proposicion; pero os estimo tanto, que aun á riesgo de pasar por cobarde, decido ponerme á vuestras órdenes.

Y guardó silencio.

[redacted]

VII.

Poco despues dijo:

—Hablad.

—Es necesario que pidais una audiencia al gobernador para hacerle importantes revelaciones, y que una vez admitido en su presencia, le demostreis que al confiar el mando de la escuadra que marcha á la conquista del Yucatan á Hernan Cortés ha labrado su propia ruina.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Pues id tranquilos, que muy en breve quedareis satisfechos.

El astrólogo Milan conocia de sobra á Velazquez para poder dar aquellas seguridades.

VIII.

Velazquez, ya lo hemos dicho, no estaba dotado de un gran talento.

Era una verdadera medianía, favorecida por la suerte.

En más de una ocasion, víctima de su aprension, cuando se sentia indispuesto ó subyugado por sus recelos, cuando vacilaba, que era muy á menudo, habia consultado al astrólogo, y este habia tenido un buen acierto en sus pronósticos y en sus consejos, y aunque Velazquez no se atrevia á decir en público que

le consultaba, la verdad era que tenia sobre él un gran ascendiente.

IX.

Al oir las murmuraciones que los enemigos de Hernan Cortés pronunciaban para desacreditarle, pasó por su imaginacion la idea de llamar al astrólogo y de pedirle consejo.

Pero temia que este consejo fuera contrario á sus propósitos, temia verse obligado por la influencia de aquel hombre á destituir al jefe de la expedicion, y como este acto equivalia á poner de relieve su debilidad, pudo más su amor propio que su incertidumbre, y desechó la idea.

X.

Aun estaba en la Trinidad Hernan Cortés esperando los refuerzos que en aquella ciudad y en la de Sancti-Espíritus le proporcionaban sus amigos, cuando el astrólogo Milan mandó á decir al gobernador por uno de sus servidores que deseaba verle.

Velazquez se apresuró á recibirle.

—Vuestra visita me pone en cuidado,—le dijo.

—Eso quiere decir que adivinais el objeto de ella..

—Tal vez.

—Me parece que no os equivocais. Creo haberos dado suficientes pruebas de afecto y de consideracion, y lo que es más, haberos demostrado repetidas veces

[redacted]

que no en vano he empleado los mejores años de mi vida en consagrarme al estudio de una ciencia cuya importancia es tan grande, que puede, advirtiendo á los hombres, apartarlos del abismo adonde las pasiones pueden llevarlos.

XI.

Despues de mirar fijamente á Velazquez, prosiguió el astrólogo:

—Habeis tomado recientemente una disposicion, y no me habeis consultado sobre ella. No me quejo, ni lo extraño. Pero yo no soy rencoroso. Sois el jefe de la colonia, os debo respeto; sois además mi amigo: por eso vengo á distraeros en vuestras ocupaciones, á llamaros la atencion sobre un problema que habeis creido resolver, sin haber hecho otra cosa que complicarle.

Estas palabras alarmaron á Velazquez.

XII.

—¿Qué quereis darme á entender?

—He pasado muchas noches sin apartar mis ojos de las estrellas. Yo veo en su resplandor signos que no conocen los demás hombres. Ellas son en el cielo el reflejo del alma de los mortales. Cada hombre tiene una estrella, buena ó mala, y los que estamos familiarizados con ellas, sabemos á quién representa cada cual, y segun las alteraciones que sufre, pode-

mos presumir el porvenir de cada uno de los mortales.

XIII.

Velazquez oyó profundamente conmovido la narracion de Milan.

—Proseguid,—le dijo.

—Habeis nombrado jefe de una expedicion á un hombre que es vuestro mayor enemigo,—añadió Milan.—Fijas mis miradas constantemente en la estrella de Hernan Cortés, he visto dilatarse su claridad, lo que prueba que una inmensa alegría rebosa en el alma de ese caudillo, que el júbilo le embriaga, que su ambicion está satisfecha, y que si alcanza el triunfo, no vendrá á rendirle á puestras plantas. Dejará de ser soldado para convertirse en jefe, eclipsará vuestra gloria, destruirá vuestros proyectos y su grandeza implicará vuestra ruina.

—Tal vez exagerais.

—No, no exagero. Tambien he contemplado con asídua atencion el astro que os protege, y he visto amenguarse su luz. Le he visto rodearse de un cerco oscuro; no lo dudeis, Cortés lleva en sus manos vuestra destruccion y su apogeo. Acaso aún sea tiempo de evitar el peligro que os amenaza. Capitanes ilustrés hay en Santiago que pueden reemplazarle. Si no escuchais mis vaticinios, si no dais crédito á mis palabras, si persistís en vuestro empeño, no os lamenteis mañana, no dirijais acusaciones contra mí.



HERNAN CORTES.—Habeis nombrado jefe de una expedicion á un hombre que es vuestro mayor enemigo.

[redacted]

Os veia caminar al abismo, quise tenderos una mano para impedir vuestra caida: cumplí con mi deber.

XIV.

El astrólogo, dejando atónito á Velazquez, se retiró pausadamente.

Una lucha terrible se levantó en el alma del gobernador.

El acento profético de las palabras del astrólogo, la actitud de Hernan Cortés, las noticias que habian llegado hasta él de los refuerzos que adquiria por cuenta propia en la Trinidad y en Sancti-Espíritus, aquel vehemente deseo que demostraba de conquistar el Yucatan, de alcanzar una victoria; la envidia que empezaba á despertar en él la admiracion de que era objeto el valiente soldado, pudieron dominar al amor propio, despertar el recelo en su corazon, y decidirle á destruir su obra, rompiendo, si era preciso, toda clase de relaciones con Hernan Cortés, y arrebatándole el mando de la armada.

XV.

Era alcalde mayor de la Trinidad Francisco Verdugo, casado con una hermana de Velazquez.

Las últimas noticias que tenia, eran las de que Hernan Cortés estaba en aquella villa reforzando sus huestes.

Dominado por la envidia, despachó aquel mismo

dia dos correos con una órden expresa para el alcalde mandando despojar súbitamente á Hernan Cortés del mando de la armada, y notificándole que ya habia nombrado persona que le reemplazase.

XVI.

Hernan Cortés habia dejado al lado del gobernador una persona estrechamente unida á él por los lazos del interés: Andrés de Duero.

Este oculto aliado le dió conocimiento de lo que pasaba, al mismo tiempo que recibia la órden el alcalde.

La situacion no pudo ser más crítica.

XVII.

Hernan Cortés llamó á sus capitanes y reunió á sus soldados.

—He sabido,—les dijo,—que Velasquez quiere destituirme; quiere separarme de vosotros, quiere renunciar á la empresa que nos ha hecho llevar á cabo, ó reemplazarme por uno de los intrigantes que le han hablado mal de mí. Por mi parte, estoy dispuesto desde ahora á abandonar el mando, si tal es vuestro gusto; pero si me prestais vuestro apoyo, si estais resueltos á combatir para aumentar vuestra gloria, para alcanzar los favores de la fama, para obtener nuevas riquezas, yo no os abandonaré: os se-

[redacted]

guiré y os guiaré en el combate, y el triunfo será nuestro.

XVIII.

Los capitanes y los soldados se mostraron dispuesto á seguirle.

—Sólo con vos iremos,—exclamaron todos.

Unicamente Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon, aliados y servidores inmediatos del gobernador, se mostraron ménos resueltos.

—Por nuestra parte,—le dijeron,—con sentimiento, porque os estimamos, creemos deber obedecer las órdenes de nuestro superior.

—No condenaré esa lealtad,—dijo Hernan Cortés;—pero aguardad para tomar una resolucion á los sucesos que han de tener lugar en breve.

XIX.

Acto contínuo fué Hernan Cortés á ver al alcalde mayor.

—Sé,—le dijo,—que habeis recibido una órden para destituirme.

—Es cierto.

—Pronto estoy á obedecer la voluntad de don Diego de Velazquez; pero antes de cumplirla, consultad á los soldados que él ha puesto á mis órdenes, á los que se han unido á mí despues.

Ellos se han enterado de los deseos del gobernador, y están profundamente irritados.

No quieren abandonarme, no quieren que los abandone.

Dadle cuenta al gobernador de lo que pasa; decidle que jamás faltaré á la lealtad que le he ofrecido; que con los soldados, que hoy están dispuestos á pelear para castigar el ultraje que se me quiere inferir, aumentaré su gloria y su fortuna... Por otra parte, si cumplís sus órdenes, me poneis en una triste alternativa.

Yo no puedo aparecer cobarde ni débil ante mis soldados.

Deseo obedecer, pero las circunstancias me impiden que obedezca. Obrad ahora.

XX.

Esta actitud, á un tiempo diplomática y enérgica, influyó poderosamente en Francisco Verdugo, quien desde luego le manifestó hallarse resuelto á no dar cumplimiento á la órden de Velazquez, sino á aconsejarle que desistiese de su resolucion.

Diego Ordaz y Leon expresaron los mismos deseos.

XXI.

Hernan Cortés escribió entonces al gobernador, y los consejos, las súplicas y la misiva de aquellos

hombres fueron inmediatamente trasmitidos á Velazquez por un correo.

Al mismo tiempo envió por tierra á Pedro de Alvarado con parte de sus tropas, algunos caballos, y con el resto de sus fuerzas se embarcó, dirigiéndose á la Habana á esperar la resolucion del gobernador, dispuesto á jugar el todo por el todo.

Capitulo IX.

Efectos de la astrología.

I.

Mientras Hernan Cortés tomaba las medidas que hemos visto, apoderados sus enemigos del gobernador, influian en su ánimo para que le destituyese.

La carta del caudillo fué desatendida.

El alcalde de la Trinidad recibió un oficio, censurándole por no haber obedecido ciegamente las órdenes que se le habian dado.

En cuanto á las súplicas de Velazquez, de Leon y de Orgaz, sólo diremos que sufrieron la misma suerte.

II.

Acto contínuo envió emisarios á la colonia para saber dónde estaba Hernan Cortés, mandando la órden de prenderle.

[redacted]

Ocho dias trascurrieron en esta operacion, dias de mortal angustia para una gran parte de los soldados del bizarro caudillo, por los motivos que vamos á referir.

III.

Las embarcaciones de Hernan Cortés salieron precedidas de la carabela capitana, y anduvieron cerca una de otra durante algun tiempo.

Sobrevino la noche, con ella una horrible oscuridad, y los pilotos, poco prácticos en aquellas aguas, separaron las carabelas de la que llevaba á bordo á su jefe.

Al amanecer se encontraron en el puerto de la Habana.

Pero su pena fué inmensa al ver que la carabela capitana no parecia.

IV.

El gobernador de la Habana era Pedro de Barba.

Tenia ya noticia de aquella expedicion, y saliendo al encuentro de los soldados de Cortés, los hospedó en la Habana, ofreciendo su casa y su mesa á los capitanes.

Aguardaron todo el dia para ver si llegaba Hernan Cortés, y por la noche se aumentó su zozobra al ver que sus esperanzas no se habian realizado.

V.

Los unos proponian que saliesen á buscarle dos carabelas.

Otros creian que era necesario nombrar un jefe que le sustituyese para mantener la disciplina de los grupos.

Y otros, por último, capitaneados por Ordaz, que no podia olvidar los lazos que le ligaban con Velazquez, pedian, en vista de la desercion del caudillo, que volviesen todos á Santo Domingo para recibir nuevas órdenes del jefe superior.

VI.

Discutiendo estas tres proposiciones, sin tomar resolucion alguna, pasaron unos dias, y cuando ya estaban todos ellos á punto de dividirse por completo y de ir cada cual por su lado, apareció la carabela capitana.

Su ausencia habia sido ocasionada por un contratiempo.

Al llegar á unos bajíos que se hallan en el puerto de la Trinidad y en el de San Anton, á muy corta distancia del puerto de Pinos, quedó encallada la carabela en la arena, poniendo en gran peligro á todos los tripulantes.

[redacted]

VII.

Allí empezó Cortés á dar á conocér sus grandes cualidades.

En vez de atribularse, dominó con su serenidad de espíritu á todos los que le acompañaban.

—Las imprecaciones á los elementos son inútiles,—dijo;—vencer el peligro es lo que conviene. Obedecedme todos, y yo os aseguro que salvaremos nuestra vida y sacaremos á alta mar el buque.

Inmediatamente dispuso que se echasen al mar los botes y que en ellos se trasladase á una isleta ó arrecife todo el cargamento del navío.

VIII.

Con esta medida no tardó en ponerle á flote, y cuando estuvo en plena mar volvió á cargar, dando gran prueba de prudencia y de tino.

Los dias que permaneció ausente los empleó en estas maniobras, y al cabo de ellos se presentó á sus soldados.

Aunque lo hubiera hecho de exprofeso, no habria conseguido un triunfo tan grande como el que consiguió.

IX.

Pedro de Barba le hospedó en su casa.

El número de sus tropas se aumentó con algunos vecinos de la Habana.

Varios capitanes, entre los que la historia cita á Francisco de Montejo, á Diego de Soto, á Garci Cano y á Juan Sedeño, se unieron á los que ya llevaba.

Los más ricos colonos le ofrecieron recursos.

X.

Hernan Cortés ordenó á sus soldados que diariamente se ejercitasen en el servicio de las armas.

Hizo desembarcar la artillería para acostumbrar á los soldados á hacer uso de ella.

Dispuso que con algodon en rama entre dos telas de algodon tejido, hicieran los soldados una especie de cota, á la que llamó escampil, la más á propósito para librarlos de los estragos de las flechas de los enemigos con quienes iban á combatir, y con estos simulacros logró su intento, disponiéndose, cuando todo estuvo preparado, á partir para la conquista.

XI.

Fijóse el dia, y como buen cristiano, mandó Cortés que se erigiese un altar en la playa para que los soldados oyeran misa antes de partir.

El dia anterior al señalado para su marcha, se presentó en la Habana Gaspar de Garnica, criado del gobernador Velazquez, con urgentes despachos para Pedro de Barba.

[redacted]

Era una órden terminante, sin apelacion, para que se apoderara de Hernan Cortés y le llevase preso.

—No imiteis á Francisco Verdugo,—le decia,— que ha sido débil. Estoy profundamente irritado con él, y sufrirá el castigo que merece. Ved por mi enojo cuánto arriesgais si no cumplís mis órdenes terminantemente.

XII.

El emisario entregó á Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon pliegos, en los que el gobernador les mandaba que se uniesen á Pedro Barba para ejecutar la órden que les daba.

No bien entregó Gaspar de Garnica las cartas á las personas á quienes iban dirigidas, fué á buscar á Cortés.

Andrés de Duero era un fiel servidor y un buen amigo.

El mismo emisario le notició lo que pasaba.

Capítulo X.

El ascendiente del valor.

I.

La noticia de la resolucion de Velazquez sorprendió en extremo á Hernan Cortés.

Presumia que despues de las cartas que desde la Trinidad habian dirigido el alcalde mayor, Ordaz y Leon á Velazquez, habria este desistido de su empeño, dejando de dar crédito á las murmuraciones de sus enemigos.

Pero la nueva órden que recibió el gobernador de la Habana demostraba claramente que no habia renunciado á perseguirle, que estaba completamente resuelto á arrebatarle el mando que le habia confiado, y esto podia producir una gran complicacion.

II.

-Cuando venís á verme,—dijo á Garnica,—me

[redacted]

demostrais que servís lealmente á Andrés de Duero.

—Es un deber en mí de gratitud.

—En ese caso, sabreis cuánto se interesa por mí.

—Por esa razon he venido á veros.

—Pues bien: hablad con sinceridad. ¿Está verdaderamente resuelto don Diego de Velazquez á despojarme del título de jefe de la armada?

—No vive ni sosiega desde que vuestros enemigos se han apoderado de su alma. A cada instante le hacen ver que sois su mayor enemigo, que estais resuelto á desobedecer por completo sus instrucciones, á emplear los recursos que os ha facilitado en adquirir nombre y prestigio para vos, en conservar las riquezas que conquisteis, en desacreditarle á los ojos del monarca de España, y unido en su ánimo el temor y la envidia, le han cegado de tal modo, que no respirará hasta veros en su poder.

—¿Hasta verme encadenado querreis decir?

—Tales son en mi juicio sus intenciones.

III.

—Bien está,—añadió Hernan Cortés.—Habeis cumplido fielmente las órdenes de Antonio de Duero. Al volver manifestadle mi gratitud, y aseguradle, que cualquiera que sea la suerte que me depare la Providencia, no olvidaré nunca los favores que le debo.

Hernan Cortés se quedó solo, y repuesto de su

sorpresa, pudo apreciar en todo su valor lo crítico de la situacion en que estaba.

IV.

—Si para demostrarle que no han sido nunca mis intenciones contrarestar su autoridad,—se dijo,—me entrego por mí mismo al gobernador de la Habana, ó vuelvo á Santiago á presentarme á Velazquez, es seguro que empleará la fuerza.

Me encerrará en un oscuro calabozo, y cuantos esfuerzos haga serán inútiles.

Es necesario resolverse una vez á jugar el todo por el todo.

Los soldados que están á mis órdenes me apoyarán; verterán hasta su última gota de sangre en mi defensa; pero una lucha en las actuales circunstancias podria privarme de gran número de servidores, podria perder los elementos con que cuento, y mi empresa se malograria.

No todo lo consigue el valor: que la astucia me ayude.

V.

Por circunstancias especiales, que á su tiempo sabremos, profesaba Hernan Cortés particular simpatía hácia Francisco Montejo.

Conocia sus cualidades, su excelente golpe de vista, su arrojo, y no vaciló en consultarle.

[redacted]

Despues de darle cuenta dè lo que pasaba:

—Oid mi plan,—añadió.

—Si me permitís que antes os diga el mio...

—Le adivino; y creo que no dudareis de mi resolucion para luchar.

—No por cierto; por lo mismo me extraña que vacileis.

—Un general no es un soldado. El soldado puede sacrificar su vida; pero él jefe de un ejército necesita economizar la sangre de los que se hallan á sus órdenes, y mucho más cuando tanta necesidad tiene de ellos. Es preciso emplear otros recursos. ¿Qué pensais de Diego de Ordaz?

—Que es muy adicto á Velazquez, que tiene un carácter díscolo que es difícil de someter.

—La misma opinion he formado de él.

—Quiero decir que es el obstáculo más fuerte que teneis que destruir.

—Ha recibido órden de auxiliar á Pedro de Barba para prenderme.

—Pues la ejecutará.

VI.

Hernan Cortés meditó un momento.

—¿Y si le confiase una mision que le alejase de la Habana?—dijo despues de su meditacion.

—¡Dios sabe si la aceptaria!

—Todavía es un soldado mio, y tengo derecho para exigirle obediencia.

—¿Y qué habeis proyectado?

—Dos embarcaciones, que han de acompañarnos á la expedicion, se encuentran en Guanicanico, y es necesario que salga una de las carabelas á buscarlas. Ordaz puede desempeñar esta mision.

—Pero aunque os desprendais de él, queda Velazquez de Leon, que es pariente de vuestro enemigo.

—Por la misma razon de que es pariente es más fácil de seducir.

—¿Pensais hablarle?

—Y hablarle al alma.

—¿Y Pedro de Barba no os inspira recelo? Es valiente.

—Pero es un hombre de corazon, y se pondrá de mi parte. Si así no fuera, cuento con mis soldados.

—Contad con todos nosotros; si es preciso luchar, lucharemos.

—En ese caso, partid inmediatamente á comunicar mis órdenes á Ordaz.

VII.

Montejo obedeció, y halló solícito al deudo de Velazquez en poner en práctica las deseos de Hernan Cortés.

Temia irritar al caudillo, y las órdenes que le daba le evitaban aquel disgusto.

Aquella misma tarde partió en una embarcacion á buscar los navíos que debian completar la escuadra.

Hernan Cortés llamó á Velazquez de Leon.

[redacted]

VIII.

—Sois pariente del gobernador, y sin embargo, no habreis medrado mucho,—le dijo.—Ambicioso como ninguno, honores y riquezas los guarda para sí. A su lado no os faltará nunca su amparo; pero tendreis que depender de él, y esto para un hombre de honor es un sonrojo.

Sé que habeis recibido órdenes suyas para auxiliar al gobernador de la Habana y prenderme. Todo cuanto hagais es inútil. Tengo tomadas mis medidas, y los soldados no consentirán que se cometa una felonía.

Elegid entre cumplir vuestras órdenes ó ser mi amigo. A mi lado os esperan la fortuna y la gloria.

—Soy vuestro,—exclamó Velazquez de Leon.

IX.

Mientras que esta escena tenia lugar, Montejo, que no podia ocultar ningun secreto, habia confiado á algunos capitanes las noticias que le habia comunicado Hernan Cortés.

Estos se habian alarmado; los soldados tambien eran sabedores de la noticia, y en breve tiempo se la trasmitieron unos á otros, sintiendo todos un vehemente deseo de defender á su caudillo.

Sin recibir órden de nadie se armaron y acudieron á su morada.

X.

—¿Qué pasa?—preguntó Hernan Cortés á algunos capitanes, al ver el movimiento que habia en sus tropas.

—Vuestros soldados han sabido que se trata de prenderos, y vienen resueltos á contrarestar esa inícua órden.

—Todos moriremos por vos,—exclamaron aquellos hombres.

XI.

Hernan Cortés experimentó una secreta satisfaccion.

Con aquellos hombres era poderoso.

—Tranquilizaos,—les dijo;—yo nada temo; y al contrario, agradezco á mis enemigos la ocasion que me ha proporcionado el medio de conocer vuestros sentimientos, de experimentar hácia vosotros una inmensa gratitud.

XII.

No bien terminó aquella frase, cuando circuló entre todos la noticia de que se acercaba el gobernador con unos soldados.

—Viene á prenderos,—dijeron.

—Retiraos.

[redacted]

—Nosotros destruiremos á vuestros enemigos.

—Deteneos,—exclamó Hernan Cortés.—Si me estimais en algo, ni un solo movimiento mientras yo no os lo mando. Voy á salir al encuentro del gobernador.

XIII.

Por más que quiso ir solo, no pudo contener á los soldados que le acompañaban.

Aun se hallaban distantes del gobernador, cuando este, al ver la actitud amenazadora de los soldados, gritó:

—Paz, paz; no vengo contra vuestro caudillo, sino á ponerme á sus órdenes.

XIV.

Pedro de Barba se adelantó, dejando atrás á sus soldados y tendiendo los brazos á Hernan Cortés.

—Soy vuestro amigo, y prefiero faltar á mi deber á cumplir la órden que he recibido.

Estas palabras produjeron un gran entusiasmo en los soldados de Hernan Cortés.

Los que estaban resueltos á luchar, prorumpieron en gritos de alegría, en aclamaciones, en vítores, y desvanecidas las oscuras nubes que amenazaban convertirse en tormenta, todo fué júbilo y algazara en la Habana.

XV.

Pedro de Barba leyó á Hernan Cortés y á sus capitanes una comunicacion, que iba dirigida á Diego de Velazquez.

En ella declaraba que le era de todo punto imposible obedecer sus órdenes, no sólo por no creerlas justas, sino porque el entusiasmo que habia despertado Hernan Cortés entre sus soldados, la actitud que aparentaban todos de morir en su defensa, ocasionarian una lucha terrible, que ensangrentaria las calles de la Habana, y no queria ser responsable de aquella catástrofe.

Al mismo tiempo le aseguraba que no tenia motivo para dudar del jefe de la escuadra, y le aconsejaba que borrase la ofensa que habia tratado de inferirle, devolviéndole su favor.

XVI.

Gaspar de Garnica salió aquel mismo dia para llevar á manos de Velazquez la comunicacion de Pedro de Barba.

A pesar de haber obtenido aquel triunfo, quiso Hernan Cortés apresurar su partida.

El gobernador obsequió al jefe y á los principales capitanes con un espléndido banquete, y al dia siguiente, cuando regresó Ordaz, le manifestó lo que

[redacted]

habia pasado, aconsejándole que prestara obediencia á Hernan Cortés.

XVII.

Hízolo de buen grado, tanto más, cuanto que en caso contrario hubiera estado sólo; y Hernan Cortés, para apresurar su marcha, terminó la organizacion de sus tropas, dividiéndolas en once compañías; dispuso que cada una de ellas fuera á bordo de una embarcacion, y nombró capitanes á Juan Velazquez de Leon, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Alonso Hernandez Portocarrero, Juan de Escalante, Pedro de Alvarado, Francisco del Moral, Diego de Ordaz y Francisco Salcedo.

XVIII.

Los nombramos á todos, y á medida que las circunstancias lo reclamen, daremos á conocer sus antecedentes, porque todos ellos son figuras interesantes en nuestra historia.

Confió la artillería á Francisco de Orozco, militar que habia adquirido gran renombre en las guerras de Italia; nombró piloto mayor á Anton de Alaminos, que ya habia acompañado á Fernandez de Córdoba y á Juan de Grijalva; encargó el mando de un bergantin á Ginés de Nortes, con el que le ligaban estrechos lazos de afecto, y como indicamos al

en poder de los que le acechaban, se aumentó su deseo de verla.

No pudiendo conocerla, su imaginacion le presentaba á todas horas á aquella mujer, y sin darse cuenta de lo que sentia, llegó á creer que la amaba.

III.

Catalina á su vez le amó, pero sin equivocarse.

Hasta entonces le habia bastado para vivir el amor de su anciano padre, la leal adhesion de los marineros que habian sido los compañeros de su infancia; pero su alma estaba sedienta de esas caricias, de esas venturas que ofrece el amor maternal, y guardaba tesoros de ternura para el hombre que despertase en ella un verdadero amor.

IV.

Hasta que se habia fijado la jóven en Hernan Cortés, ninguno otro habia logrado descubrir el filon de aquel rico tesoro.

Una mirada sólo del pobre prisionero bastó para encender su alma.

La mujer no es verdaderamente débil hasta que siente el primer latido de amor.

Entonces se convierte en esclava, reconoce superioridad en su dueño, y se entrega desarmada á su cariño, convirtiendo en un nuevo atractivo su misma debilidad.

[redacted]

Obedecer, sufrir por el objeto amado, sacrificarse: hé aquí la ventura de la mujer enamorada.

V.

Instantáneamente perdió Catalina su libertad.

Fué tímida la que habia sido audaz hasta entonces.

No se atrevió á alzar los ojos la que hasta entonces habia mirado como el águila.

En una palabra: fué el tipo de la esposa y de la mujer.

VI.

Pero si todo su corazon era amor, todo el corazon de Hernan Cortés era sed de gloria.

Tenia una esclava; pero carecia de fama, de ocasiones en que poder demostrar su valor.

Deseaba las riquezas con que podria eclipsar en lujo y en poderío á los hombres más grandes del mundo.

VII.

Desde el primer momento conoció que los lazos que habia contraido para siempre, debian ser para él las cadenas que tenian atado á Prometeo á la roca.

Para conseguir gloria, para adquirir honores,

para dominar á la fortuna, necesitaba romper aquellas cadenas.

El nacimiento de su hijo las apretó más y más.

VIII.

Cuando se contemplaba en el seno de su familia, no veia más que un hombre vulgar, sujeto como todos á las necesidades de la vida, que tanto él despreciaba.

Catalina atribuia á la ociosidad en que se hallaba el disgusto contínuo que se pintaba en su rostro.

No podia sospechar que fuera el desamor.

Si lo hubiera sospechado siquiera, hubiera muerto.

IX.

Sonriéndole siempre, sin exigirle nada en cambio de sus cuidados, se resarcia de su pena contemplándo en la cuna á su hermoso hijo, y pensando que la edad y los desengaños le atraerian de nuevo el amor de su esposo.

No pensaba del mismo modo su padre, que hombre de mundo, leia muy bien en el corazon de Hernan Cortés.

El porvenir de su hija se presentó á sus ojos tal como debia ser, y este triste espectáculo aceleró su muerte.

[redacted]

X.

Cuando Cortés decidió partir, hizo Catalina los mayores esfuerzos para disuadirle.

Ya hemos oido lo que respondió á sus súplicas.

Negándose rotundamente á escucharlas:

—Yo no sé la suerte que me aguarda,—dijo á su esposa.—Tú debes partir á España con nuestro hijo y buscar á mi familia. Si triunfo, yo iré allí, y partiré con vosotros mis riquezas y mi gloria; si sucumbo, en el seno de mi familia hallareis lo que no puedo daros.

XI.

Catalina salió de Santiago de Cuba antes que Hernan Cortés, en uno de los buques que mensualmente hacian la travesía entre la colonia y la metrópoli.

La pobre madre estaba ya segura de haber perdido el amor de su esposo.

Pero reconcentró toda su alma en su hijo, y partió con él á Extremadura en busca de los padres de Hernan Cortés.

Las amarguras que le esperaban, debian formar un doloroso contraste con el porvenir que estaba reservado á su esposo.

Capítulo XII.

Una visita al cielo.

I.

Tiempo es ya de seguir en su arriesgada expedicion á Hernan Cortés y á sus soldados.

Aunque el lector pudiera desear más pormenores acerca del nacimiento y de la infancia del valiente caudillo, ocasion tendremos de conocerle sin entretener el tiempo que nos ha de faltar para asistir á la conquista con todos sus sorprendentes y grandiosos detalles.

II.

Aunque la sed de gloria se habia apoderado por completo del corazon de Hernan Cortés, hasta el punto de debilitar sus sentimientos de esposo y de pa-

[redacted]

dre, no habia podido aquella pasion destruir la fé cristiana que ardia siempre en su pecho.

Esta fé la debia á su madre.

Desde muy niño le habia acostumbrado á ver en todos los actos de su vida la intervencion de la Providencia, y por una circunstancia especial le habia hecho en extremo devoto de San Pedro.

III.

En otra ocasion hemos indicado ya que Hernan Cortés se crió muy enfermizo, muy débil.

La enfermedad le puso muchas veces á las puertas del sepulcro.

En una ocasion llegó á agravarse de tal modo. que el médico y sus padres llegaron á tener por segura su muerte.

Todas las noches le hacia su madre rezar un padre nuestro al primero de los Apóstoles, y á las preguntas que le habia dirigido el niño, habia contestado detalladamente su madre, haciéndole formar una idea completa de aquel insigne apóstol.

IV.

Sobrevino la enfermedad, y el pobre niño cayó en un sopor muy semejante á la muerte.

Cuarenta y ocho horas pasó en aquel estado, y todos auguraban que no despertaria de aquel sueño.

Al cabo de las cuarenta y ocho horas hizo el niño un movimiento.

Su pulso, que apenas se sentia, comenzó á latir más fuertemente.

Una hora despues abrió los ojos.

Cuando llegó el médico le encontró limpio de calentura.

V.

—Le habeis salvado,—dijo la pobre madre al doctor, cayendo de rodillas á sus piés para manifestarle su gratitud.

El niño permaneció silencioso, y cuando se alejó el médico:

—No, madre mia,—dijo;—no ha sido él quien me ha salvado; todo el tiempo que he estado ausente lo he pasado en compañía de mi patrono, de mi santo tutelar, de san Pedro. El me ha abierto las puertas del cielo, y me ha permitido visitar aquella hermosa morada, donde he visto á los ángeles, en donde he podido acercarme al deslumbrante trono de la Vírgen, en donde las armonías celestes han derramado un dulce bálsamo en mi alma.

VI.

Desde aquel dia se arraigó más y más en su corazon la fé católica, y consideró siempre como su

[redacted]

protector, como su númen; al apóstol predilecto de Jesucristo.

Resuelto á emprender la conquista de aquel imperio poderoso de que hablaban todos los indios con asombro y temor, recordando los móviles que habian guiado á Cristóbal Colon á la conquista del Nuevo-Mundo, se propuso difundir la fé católica en aquellas regiones y encontrar en el Evangelio la fuerza poderosa que habia de sostenerle en todas sus adversidades.

VII.

Cortés no quiso embarcarse sin llevar en su compañía misioneros, y eligió dos, notables por sus virtudes, por su talento, por su abnegacion: el licenciado Juan Diaz, y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la piadosa órden de nuestra señora de la Merced.

Los dos eran sus íntimos amigos.

El segundo su director espiritual.

Sabian dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y conociendo la impetuosidad del caudillo, podian con su palabra elocuente, con su ejemplo moral, templar su fogosidad, calmar su ira, y rendir homenaje á la justicia.

VIII.

Hablaron á los capitanes de gloria.

Hablaron á los marineros del supremo triunfo que alcanzarian difundiendo la luz del Evangelio en aquellos países, que aun vivian bajo las tinieblas de la idolatría.

Tales eran los sentimientos que animaban á Cortés al abandonar el cielo de la Habana.

IX.

En cuanto á la actitud del gobernador don Diego de Velazquez, se propuso obedecer en todo á las circunstancias.

Diéronse, pues, á la vela los navíos, y dispuso Cortés que el que mandaba Pedro de Alvarado fuese en busca de una de las embarcaciones que se habia quedado en Guanicanico, dándose cita en la isla de Cozumel, último punto adonde, como recordará el lector, habia llegado Juan de Grijalva en su expedicion.

X.

La tristeza que la partida de las embarcaciones habia despertado en el corazon de los habitantes de la Habana, contrastaba singularmente con la alegría que revelaban en los rostros aquellos marinos.

Con el murmullo de las ondas al estrellarse en la obra muerta de los buques, formaban coro los cánticos de júbilo de los tripulantes.

Pero no tardó en apaciguarse aquella alegría,

[redacted]

porque los marinos experimentados notaron en el movimiento de las aguas y en las nubes que se descubrian en el horizonte, los síntomas precursores de una horrible tempestad.

XI.

En efecto; al poco tiempo de separarse de la escuadra la carabela de Pedro de Alvarado, se encresparon las ondas, impulsadas por un fuerte vendaval, y como aquel impulso era favorable al derrotero que seguian las embarcaciones, no tuvieron más remedio que separarse unas de otras lo bastante para no chocar, y que arriar las velas para confiarse al azaroso torbellino.

XII.

Empezaba á anochecer, y el temor de los navegantes aumentaba para ellos los horrores de aquella noche.

Oraban unos, juraban horriblemente otros.

Los pilotos hacian los mayores esfuerzos para evitar el naufragio.

Los capitanes, dominando su ansiedad y su incertidumbre, animaban á los soldados.

XIII.

Hernan Cortés invocaba á su santo patrono, y re-

cordaba como un remordimiento, en medio de aquella espantosa tempestad, á su esposa y á su hijo, á quienes su sed de gloria habia obligado á abandonar, descubriendo tal vez en la muerte que le amenazaba un castigo por su ingratitud.

La carabela de Francisco del Moral sufrió un golpe de mar terrible.

Perdió el timon y estuvo á punto de sumergirse.

XIV.

Hizo señales para pedir auxilio, y al verlas se aumentó la ansiedad de los que iban á bordo de los demás navíos.

Querian acudir á su socorro y no podian.

Todos estaban á gran distancia entre sí, y casi todos los capitanes habian perdido de vista la carabela en donde iba su jefe.

Es imposible describir la tortura de aquellas almas durante las largas y penosas horas que duró aquella espantosa tempestad.

XV.

No se libró de ella tampoco la embarcacion que dirigia Pedro de Alvarado.

El vendaval le impulsó á gran distancia del punto adonde debia dirigirse, y cuando se calmó la tormenta, consultando el piloto la brújula y la carta, aconsejó á su jefe que en vez de volver atrás, toma-

[redacted]

sen rumbo hácia la isla de Cozumel por hallarse muy próxima.

Hízolo así, en efecto, y llegó dos dias antes que la escuadra al punto en donde debian encontrarle.

XVII.

La tempestad se calmó, y echándose el viento, pudieron reunirse los buques de Hernan Cortés para prestar auxilio á la embarcacion de Francisco del Moral, que estaba á punto de perderse.

Un dia emplearon en las maniobras; pero al fin lograron sacar á flote la carabela.

XVI.

Comprendiendo Hernan Cortés que el vendaval podia haber obligado á Pedro de Alvarado á variar de rumbo, envió, mientras salvaba la embarcacion de Pedro del Moral, un buque á recoger el que se hallaba en Guanicanico, y reunidos todos, avanzaron hácia Cozumel.

Al llegar se vieron sorprendidos por la presencia de Alvarado y sus tropas, los cuales, creyendo agradar á Hernan Cortés, le ofrecieron tres indios que tenian prisioneros y una porcion de objetos que habian tomado de las casas y los templos de los habitantes de la isla.

Capitulo XIII.

Una arenga oportuna.

I.

Pedro de Alvarado llegó, como hemos dicho, dos dias antes, y desembarcó en la isla de Cozumel.

Penetrando en el pueblo, encontró desiertas las casas.

Sus moradores se habian fugado, llevando consigo todos los objetos de valor.

II.

—Cuando huyen, es que nos temen,—se dijo el capitan,—y no conviene que estemos ociosos; ya que todos hemos podido cumplir las órdenes de Hernan Cortés, ahorremos trabajo á sus compañeros, y ex-

[redacted]

ploraremos la isla para poder informarle de su estado.

Alvarado era audaz y valiente.

III.

Entre los que le acompañaban iban algunos de los soldados que habian estado en aquella isla con Grijalva, y aprovechándose de sus conocimientos del terreno, se internó con ellos, encontrando á muy corta distancia otra poblacion.

Los habitantes habian huido tambien.

Pero no habian podido llevarse todos los objetos de su mesa.

IV.

Los españoles encontraron algunos comestibles, gran porcion de gallinas, y despues de apoderarse de todo aquello, penetraron en un adoratorio.

Lo dejaron limpio de las joyas que servian de adorno á los ídolos, de los instrumentos del sacrificio, en su mayor parte de oro, y con aquel botin se dispusieron á regresar á la orilla del mar.

V.

Alvarado comprendió entonces que habia hecho mal, permitiendo á sus soldados llevar á cabo aquel despojo.

Presintiendo la impresion que la narracion de aquellos sucesos causaria en Hernan Cortés, se arrepintió verdaderamente de no haber tenido suficiente energía para oponerse al impulso de su soldadesca; y á fin de paliar un tanto su poder, resolvió prender algunos habitantes de la isla, para que ellos al ménos, entendiéndose con el intérprete que llevaba el caudillo, pudiesen informarle de todo cuanto necesitara conocer el país.

VI.

Tomando un camino distinto del que les habia servido para llegar al pueblo que acababan de saquear, hallaron á una india y á dos indios jóvenes, que corrian para librarse de los españoles.

Cortándoles la retirada, logró hacerlos prisioneros, y volvió con ellos á su embarcacion.

Al dia siguiente los presentó á Hernan Çortés, dándole cuenta de lo que habia pasado, y fundando sus actos en el deseo de servirle.

VII.

Hernan Cortés no ocultó su disgusto.

No era persiguiendo á los indios, saqueándolos, apoderándose de ellos, como podria llegar á conquistarlos con las escasas fuerzas que llevaba.

Necesitaba, pues, más de la astucia que del valor, más de la habilidad que de la fuerza, y aprove-

[redacted]

chando aquella ocasion para dar á entender á sus soldados cuál era su intencion, formó á todos, y llamando á su presencia á Pedro de Alvarado, le reprendió severamente.

VIII.

Acto contínuo dispuso que los tres prisioneros compareciesen ante él.

Habló á Melchor, su intérprete, un jóven indio de Santiago de Cuba, que habia sido su esclavo desde el primer momento y le profesaba un vehemente afecto.

Por su órden participó á los prisioneros las intenciones del jefe de los españoles.

—Podeis volver á vuestros hogares,—les dijo.—No se os ha querido hacer daño, ni se os hará jamás. El deseo de veros que tienen los españoles, su afan en manifestaros el afecto què os profesan, su intencion de favoreceros, han sido la única causa de que os hayan detenido.

Pero sois libres, y en prueba de que no han querido los españoles despojaros de vuestros bienes, su jefe y señor os manda que elijais de todos los objetos que han traido aquí los que querais, y os los lleveis. Asimismo os hace estos regalos.

IX.

Al terminar la frase ofreció á los indios abalo-

rio, cuentas y rosarios, espejos y otra porcion de chucherías de las que tan poderosamente habian ayudado á los españoles á conquistar á los indios.

Los prisioneros partieron sumamente satisfechos, y divulgaron entre sus compatriotas lo que les habia sucedido.

X.

Hernan Cortés dispuso que se alojase su gente en las casas deshabitadas de la poblacion, que se hallaban en la orilla del mar; pasó revista á sus tropas, y contó quinientos ocho soldados, diez y seis jinetes y ciento nueve hombres entre maestres, pilotos y marineros.

Cada dia que pasaba se despertaban nuevas ideas en el brillante caudillo.

XI.

Conoció desde luego que el estado de sus tropas exigia una palabra elocuente que las identificase con él.

¡Apenas terminada la revista, rodeado de sus capitanes, agrupados los soldados en torno del cuadro que formaron aquellos, oyeron de sus lábios una arenga, que la historia conserva en sus páginas, y que para no faltar en nada á la historia creemos oportuno trascribir.

[redacted]

XII.

«Cuando considero, amigos y compañeros mios, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad; cuántos esfuerzos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, y entiendo que en su altísima Providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos.

»Su causa nos lleva y la de nuestro rey (que tambien es suya), á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros.

XIII.

»No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor, miserias de la necesidad, inclemencias del cielo en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazon como el primero; que en la guerra más veces sirve la paciencia que las manos, y quizás por esta razon tuvo Hércules el nombre de *Invencible*, y se llamaron *trabajos* sus hazañas.

»Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en estas islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra

empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos.

XIV.

»La antigüedad pintó, en lo más alto de los montes, el Templo de la Fama, y su simulacro es lo más alto del Templo, dando á entender que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era necesario el trabajo de los ojos.

»Pocos somos; pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecucion; comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistase. Del valor de cualquiera de nosotros, se ha de fabricar y componer la seguridad de todos.

»Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados; más tendreis que obedecer en mí ejemplo que en mis órdenes, y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué movimiento extraordinario.

»Alto pues; á convertir en obras las palabras, y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.»

XV.

Animados todos de un vehemente entusiasmo, juraron seguir á tan bizarro jefe, obedecerle ciegamente, y sacrificar su vida gustosos por el triúnfo de la causa que iban á defender.

Los indios no tardaron en presentarse á los espa-les en actitud amenazadora.

Capitulo XIV.

La isla de Cozumel.

I.

Empezaba á amanecer, cuando los centinelas avanzados del cuartel general que habia establecido Hernan Cortés en aquella parte de la isla, anunciaron que de cuando en cuando veian aparecer entre los árboles y los bosques á algunos indios, los cuales acechaban sin ser vistos, y huian en cuanto fijaban sus ojos en él.

Esto puso en guardia á los españoles.

II.

Se prepararon á cualquiera eventualidad, reforzaron las guardias, y no tardaron en ver aparecer á lo *lejos una* numerosa falange de indios, algo más

[redacted]

vestidos que los que habian dejado en la Española y Santiago de Cuba, y armados con flechas, que á juzgar por su actitud, parecian resueltos á emprender el combate.

III.

—¿Qué hacemos, capitan?—dijo Pedro de Alvarado á Hernan Cortés.

—Son enemigos débiles para nosotros. ¿A qué emplear la fuerza? Vale más recurrir á la maña.

—Es que parecen decididos á luchar con nosotros.

—No abrigo temor alguno; pero no es enemigos lo que conviene encontrar, sino aliados. Para ese formidable ejército que tenemos delante basta un solo hombre.

—¿Quién?

—Melchor, él sólo vá á ganarnos la batalla.

IV.

Y dando órdenes para que buscasen al intérprete:

—Eres un amigo leal,—le dijo,—y sabes mis proyectos. Acércate á los indios, díles quiénes somos, demuéstrales que deseamos su amistad, y evitarás que nuestras armas causen destrozo en sus filas.

V.

Melchor era un indio inteligente.

Podria tener unos veintiocho años, y á un rostro expresivo, franco, que revelaba los buenos sentimientos de su alma, unia un cuerpo vigoroso, una musculatura de cíclope.

El valor de Hernan Cortés le entusiasmaba.

Aquel hombre era un ídolo para él.

VI.

Inmediatamente se puso en camino, y su sola presencia produjo gran movimiento en las filas del ejército enemigo.

Algunos pocos, los más valientes, salieron á su encuentro.

Lograron entenderse, y depusieron su actitud hostil al informarse de las intenciones de los españoles.

VII.

No era la primera vez que veian extranjeros, ni formaban parte de un pueblo tan aislado que no hubiesen tenido ocasion de ver llegar á su puerto embarcaciones de otras islas vecinas, y hasta de paises lejanos.

Como más tarde veremos, la isla de Cozumel era, respecto de aquel archipiélago, lo que Malta en el Mediterráneo.

[redacted]

VIII.

Por estar en su territorio un ídolo al que veneraban profundamente, no sólo los naturales del país, sino los de otras islas próximas; por tener, aunque embrionario, un comercio importante, acudian peregrinos y mercaderes á la isla, y no podian asustarse de la presencia de los extranjeros.

Pero habian tenido noticia de que hombres vestidos como aquellos, con armas como las que ostentaban, habian subyugado el imperio de Haiti, habian esclavizado á los caribes de Boriquen, habian llevado el exterminio y la desolacion á aquellas apartadas poblaciones, y querian prepararse para no sufrir la misma suerte que sus hermanos.

IX.

Las palabras de Melchor, confirmadas poco despues por un mensaje que envió el cacique á los jefes de sus tropas, dándoles cuenta de la benévola acogida que habia dispensado á los indios que Pedro de Alvarado habia hecho prisioneros, tranquilizaron el espíritu de aquellos, y su actitud amenazadora se convirtió en una inmensa curiosidad.

—Venid conmigo adonde se halla nuestro jefe,—dijó Melchor á los indios.—Enviad un mensaje á vuestro cacique para que venga á visitarle, y su trato os convencerá de que no son mentidas sus palabras.

X.

Hiciéronlo así algunos.

Cortés y sus capitanes los recibieron con señaladas muestras de afecto, los obsequiaron con los regalos que llevaban dispuestos para reducir á los indios, y los dejaron partir al anochecer satisfechos de su amistad.

Al dia siguiente, desde muy temprano, se acercaron al cuartel muchos indios, y uno de ellos, hincando la rodilla delante de Hernan Cortés, repitió muchas veces, con asombro del bizarro caudillo y de sus capitanes, la palabra *Castilla*.

XI.

Por conducto del intérprete, le preguntaron qué queria decir, y él respondió, repitiendo con alborozo la misma palabra.

Poco despues se presentó el cacique de la isla con ricas galas, esclavos con presentes que llevaba á sus huéspedes, y un numeroso séquito.

Despues de saludarse afectuosamente, y de ofrecerse paz y amistad, Cortés, que no habia podido olvidar aquella extraña palabra en boca de un indio, preguntó su significado.

El cacique satisfizo su ansiedad.

[redacted]

XII.

—El indio ha querido decir,—respondió,—que vosotros y vuestros soldados os pareceis á unos hombres de Castilla que se hallan prisioneros en poder del cacique del Yucatan.

No podia imaginarse tal fortuna el intrépido aventurero.

El capitan Montejo y algunos soldados de los que habian formado parte de la anterior expedicion, mandados por Grijalva, añadieron que aquellos hombres de quienes hablaban podian ser algunos de sus compañeros, que en la refriega quedaron heridos ó prisioneros.

XIII.

Inmediatamente dispuso Hernan Cortés que saliera en su busca Diego de Ordaz con direccion al Yucatan para apoderarse de los cautivos.

El cacique, hombre de gran prudencia, de gran penetracion, adivinó la órden de Hernan Cortés, y por medio del intérprete le dijo:

—No debeis emplear la fuerza para recuperar á vuestros compañeros. Aunque sois poderosos, puede muy bien el dueño de los cautivos, viendo amenazada su independencia, vengar su derrota, mandando asesinar á esos infelices. Vale más la prudencia que

la fuerza. Yo pondré á vuestras órdenes á cuatro de mis más leales súbditos, é iré con vuestro capitan, y á nombre mio tambien, á pedir al cacique que respete á los prisioneros, para lo cual debeis hacerle algun agasajo.

XIV.

Admiró á Hernan Cortés aquella determinacion que revelaba un tacto, una prudencia, una habilidad política, impropia de un hombre tan primitivo, por no decir salvaje.

Accediendo á las instancias del cacique, se dispuso Hernan Cortés á visitar la isla.

XV.

Hemos indicado ya que acudian á ella en peregrinacion muchos indios de las islas vecinas, que profesaban particular devocion al ídolo Cosumel, que habia dado nombre á aquella comarca.

Expuso el cacique al capitan de los españoles los poderosos motivos que tenian él y sus súbditos para sentir tan vehemente adoracion hácia el ídolo, que era, segun ellos, su númen tutelar, y le instó mucho para que lo visitara cuanto antes.

XVI

Hernan Cortés, con algunos de sus capitanes y un

destacamento de soldados, se dispuso á seguir al cacique.

Anduvieron largo trecho por medio de dos filas de habitantes del país, que miraban con asombro y curiosidad á los extranjeros, y al fin llegaron á la puerta de un gran edificio de forma cuadrada y construido con piedra berroqueña.

Capítulo XV.

Un triunfo moral.

I.

—Este es el templo,—dijo el cacique;—entrad y adorareis al ídolo.

Penetraron, en efecto, Cortés y los suyos, y encontraron en medio de la estancia que formaban las espesas paredes de piedra un ídolo de figura humana; pero tan extremadamente feo, tan horrible, que si no despertó pavor en sus varoniles pechos, hizo experimentar á todos una gran aversion hácia aquella repugnante figura.

Sobre pedestales habia otros ídolos inferiores, de no menor fealdad.

II.

Cuando penetraron Cortés y sus capitanes en

[redacted]

templo, habia en él varios indios rodeando con la mayor atencion á otro vestido de diferente manera, y al parecer sacerdote.

Sin alterarse al ver entrar á los extranjeros, continuó perorando, y los indios estaban tan atentos á su palabra, que ni siquiera volvieron el rostro para informarse de quién eran los que entraban á turbar su meditacion religiosa.

El sacerdote estaba vestido con una especie de túnica de algodon, salpicada de adornos de oro.

III.

El cacique manifestó á Cortés, siempre por medio del intérprete, que los que se hallaban escuchando al sacerdote eran peregrinos de otras islas, que habian ido al templo á cumplir votos y promesas en descargo de sus pecados.

Aquel era un momento propicio para el valiente capitan, que llevaba en su pecho la fé cristiana, de dar á conocer su error á los idólatras.

IV.

—Si deseais sostener la amistad que hemos pactado,—dijo al cacique,—es necesario que abandoneis la falsa adoracion de estos ídolos, y que sigan el ejemplo vuestros vasallos.

—¿Qué decís?...—exclamó asombrado el jefe de aquella numerosa tribu.

—Que no hay más que una religion verdadera, la que predica el Evangelio; que todos esos monstruos á quienes rendís tributo y adoracion son ficciones, creadas por una imaginacion calenturienta.

V.

—Ya veis nuestro poderío,—añadió Cortés,— nuestras armas, nuestros bajelos, los elementos de dominacion que tenemos sobre todos vosotros: esta preponderancia nos la dá el culto que rendimos al verdadero Dios.

Si quereis que nuestra amistad sea duradera y fecunda, debeis renunciar por completo á la falsa idolatría, hija de vuestra torpe ignorancia.

IV.

El asombro del cacique creció de punto.

—No puedo responderos sin hablar antes con los sacerdotes. Esperad un instante.

Adelantóse el cacique.

Los indios abrieron paso.

El cacique les comunicó las palabras que habia pronunciado el jefe de los extranjeros.

VII.

La indignacion de los sacerdotes no pudo contenerse.

[redacted]

—Dejadnos ir á confundirle,—exclamaron.—

Y sin dar tiempo al cacique para detenerlos, se adelantaron hácia Cortés, y uno de ellos, el más anciano, el más venerable, el que parecia jefe de todos, pronunció un sermon, que se encargó de dar á conocer á los españoles el intérprete.

VIII.

—¿Quién sois vos,—habia dicho el sacerdote,—para pretender que vuestra religion es la verdadera y no la que profesamos?

¿Con qué derecho os atreveis á penetrar en este sagrado recinto?

¡Temblad, temblad!...

Si dais un solo paso para acercaros á nuestro ídolo, si intentais arrebatarnos nuestras creencias, vereis cómo los cielos desencadenan las tempestades sobre vosotros, vereis cómo tiembla la tierra bajo vuestros piés, vereis las muestras palpables de la justa indignacion de nuestros manes protectores.

IX.

Tal amenaza hizo perder á Hernan Cortés la calma que habia resuelto tener en aquellas negociaciones, y obedcciendo á una inspiracion, pensando que si demostraba todo lo contrario á aquellos rudos hombres, ganaria, si no su voluntad, por lo ménos su temor:

—Quiero probaros,—dijo,—que vuestro ídolo es impotente para desafiar nuestras iras; que si lo queremos destruir, lo destruiremos sin que la tierra tiemble, sin que se desencadenen las tempestades, porque á nuestro lado está la verdadera luz, el verdadero Dios.

X.

Haciendo una indicacion á sus capitanes y á sus soldados, en medio del asombro de los indios, que se retiraron para abrirles paso, y del estupor de los sacerdotes y el cacique, que no sabian qué resolucion tomar, se adelantaron los capitanes y soldados que acompañaban al caudillo español, y en un instante, cayendo sobre el ídolo, le arrojaron al suelo, convirtiéndole en mil pedazos.

XI.

Los sacerdotes creyeron, en efecto, que aquel atentado costaria un tremendo castigo á los extranjeros.

Con su imaginacion vieron agitarse las paredes del edificio, desprenderse las piedras unas de otras, y anonadarlos á todos.

Vieron el firmamento cubrirse de nubes, y salir de su seno el rayo y el relámpago.

[redacted]

XII.

Pero los españoles permanecieron tranquilos sobre las ruinas de la idolatría, desafiando la indignacion de los indios; y estos, y sobre todo los sacerdotes, al ver que nada sucedia, al ver que todo permanecia tranquilo, quedaron atónitos, y se despertó en todos una terrible indignacion hácia sus ídolos, porque no habian tenido bastantes fuerzas para castigar á sus destructores.

Terribles imprecaciones salieron entonces de aquellos lábios, acusando á sus ídolos de una impotencia indigna.

Llegaron hasta avergonzarse de haberles tributado culto, y considerando á los extranjeros como superiores á sus mismos ídolos, quedaron completamente dominados por ellos.

XIII.

—No conviene desmayar,—dijo Hernan Cortés á los suyos;—prosigamos nuestra obra; destruyamos los falsos adoratorios para levantar sobre su ruina un templo al cristianismo, y hacer que estos infelices, que viven ciegos, vean la luz.

El cacique huyó á refugiarse á su morada.

XIV.

Los indios permanecieron temerosos.

Mientras tanto, los españoles, por órden de Hernan Cortés, destruyeron el templo, en donde durante tanto tiempo habian adorado los indios al ídolo Cozumel, y levantaron una modesta capilla, reemplazando aquella figura con el sagrado símbolo de la Redencion, y una imágen de la Vírgen de las que habian llevado para los templos que establecieran.

XV.

Un mes se tardó en la obra, durante el cual fueron los indios tributarios de los españoles.

Ellos obedecieron en todo y por todo, consideraron como una felicidad ser sus esclavos, y al cabo de este tiempo dijo uno de los misioneros que acompañaban al ejército español solemnemente la misa en el improvisado templo, y acudieron á ella con gran contriccion el cacique con gran número de indios.

XVI.

Ocupados en estas cosas, casi se olvidaron de Diego de Ordaz y de la mision que le habia llevado al Yucatan.

Pero su regreso les hizo saber que no habia podido encontrar á los prisioneros, y que los indios que

[redacted]

el cacique de Cozumel habia puesto á sus órdenes para que negociasen su rescate, habian desaparecido tambien, siendo inútiles cuantos esfuerzos habia hecho para encontrarlos.

XVII.

Hernan Cortés dispuso entonces ir él mismo con todas sus fuerzas al Yucatan.

Antes de partir se despidió cortésmente del cacique, le encargó mucho la custodia del templo, y le aseguró que mientras no faltase á la amistad que le habia jurado, tendria en él y en todos los suyos un defensor.

XVIII.

Al dia siguiente de tomar este acuerdo, se puso en marcha toda la escuadra, siguiendo el mismo rumbo que Juan de Grijalva, con ánimo de rescatar á los españoles, obedeciendo al mismo tiempo que al sentimiento humanitario, á la necesidad que tenia de sus conocimientos del país, para llevar á cabo su empresa de una manera satisfactoria.

Capítulo XVI.

Una avería y un buen encuentro.

I.

La desaparicion de los indios que habian acompañado á Diego de Ordaz en su viaje á rescatar á los cautivos, no habia tenido por causa, como habia presumido el capitan de la carabela, y habia hecho creer á Hernan Cortés, el propósito de quedarse con los dijes y bagatelas que les habian entregado para obtener con ellos la libertad de los españoles.

Tuvieron necesidad de internarse mucho, de sostener negociaciones bastante largas y complicadas, y por efecto de esto tardaron en volver á la carabela, é hicieron creer á Diego de Ordaz en su desercion.

Volvió este capitan sin los cautivos, y como hemos dicho ya, dispuso Hernan Cortés la partida de la escuadra.

[redacted]

II.

Un siniestro fué causa de que la escuadra se viese obligada á retroceder.

No habria aun trascurrido desde su salida del puerto media hora, cuando en alta mar estremeció á todos el ruido de un cañonazo.

III.

Dirigieron la vista hácia el sitio de donde habia partido el estruendo, y vieron que el buque de Juan de Escalante pedia auxilio á toda prisa.

Su navío se habia quedado muy atrás.

Insensiblemente, y por un orificio que las olas habian ensanchado, penetró el agua en el buque, y cuando lo notó el capitan, dispuso que todos los tripulantes se dedicasen á arrojarla fuera, para evitar su inmersion.

IV.

Inmediatamente mandó disparar el cañonazo para pedir auxilio, y dió órden al piloto para que dirigiese el rumbo hácia la costa.

Las demás carabelas que formaban la escuadra estaban á bastante distancia unas de otras, y la de Hernan Cortés más lejos aun que todas, razon por

la cual no pudieron prestar auxilio inmediatamente á Escalante.

V.

Creyendo todos interpretar los sentimientos de Hernan Cortés, viraron para auxiliar á la carabela que se perdia; y como, gracias á los esfuerzos de los marinos y de los soldados, avanzaba hácia la costa, puede decirse que la escuadra empleó el dia inútilmente, porque á la caida de la tarde todos los buques estaban en la orilla de la isla de Cozumel.

Alarmados los indios por aquel intempestivo regreso de las embarcaciones, acudiéron en tropel á la playa, mientras el cacique tomaba algunas medidas de precaucion.

VI.

Se habian despedido de él los españoles con las mayores protestas de amistad.

El habia cumplido todas las promesas que les habia hecho, y sin embargo, ver llegar de nuevo las embarcaciones le sorprendió en extremo.

Al llegar cerca de la orilla, envió Escalante en una canoa varios marineros para que pidiesen auxilio al cacique; pero como aquellos hombres sólo podian entenderse por signos con los indios, y estos estaban recelosos, no lograron dar á entender su mi-

[redacted]

sion, hasta que uno de los indios pudo notar la avería que estaba experimentando el buque.

VII.

Cuando el cacique comprendió que le pedia auxilio, mandó á sus vasallos que acudieran en canoas á recoger á los marineros y trasportar á tierra todo el cargamento del navío.

Gracias á este socorro, cuando llegaron los buques á la carabela capitana, ya estaban en salvo todos los tripulantes, y el buque náufrago en disposicion de que los calafates pudieran carenarla y reparar sus averías.

VIII.

—Ya que este inesperado siniestro nos ha obligado á tornar á vuestros dominios,—dijo Hernan Cortés al cacique,—no extrañareis que busque una prueba de vuestra amistad en la conducta que hayais observado durante nuestra ausencia. Mientras que los soldados encienden hogueras en la playa para cocer los víveres y calentar su entumecido cuerpo, quiero ir en vuestra compañía con mis capitanes á visitar el templo cuya custodia os he confiado.

—Venid enhorabuena, que me dareis gran alegría,—dijo el cacique á Hernan Cortés.

IX.

Trasladáronse, en efecto, al paraje en donde sobre las ruinas de la idolatría se habia levantado un templo al verdadero Dios, y vieron con asombro los españoles gran número de indios postrados de hinojos ante la imágen de la Vírgen, ante la Cruz, y notaron gran esmero y limpieza, aspirando los riquísimos aromas que habian quemado en aras de nuevos patronos los indios de Cozumel.

X.

—Hemos adelantado mucho para nuestros planes,—dijo Cortés á los suyos;—esta gente nos ayudará siempre, nos profesará amistad, porque hemos ofrecido á su alma las dulzuras desconocidas de la religion más pura y más verdadera, y unidos á nosotros por ese sentimiento, serán siempre nuestros aliados, lucharán por nosotros si es preciso.

No se equivocaba el hábil político y valiente guerrero al hacer aquella suposicion.

XI.

Retiróse con sus capitanes, y debiendo partir al dia siguiente, porque los carpinteros de todos los buques habian trabajado para dejar como nuevo el *navío de Escalante*, dispuso que durmiesen á bordo de

[redacted]

cada una de las carabelas los marineros y soldados de su dotacion, cenando en la capitana con todo su estado mayor.

Al amanecer del dia siguiente, un vigía anunció que á lo lejos se divisaba una gran canoa, en la que iban muchos indios armados.

XII.

Hernan Cortés mandó que Andrés de Tapia saliese con algunos soldados para averiguar quiénes eran aquellos indios, y qué actitud tenian respecto á la escuadra.

Melchor acompañó al enviado de Hernan Cortés.

¡Cuán grande no seria el asombro del enviado español, al ver que entre los indios, uno de ellos, casi con el mismo traje que usaban los demás, adelantándose al frente de todos, gritó en idioma castellano:

—¡Salud, hermanos mios! ¡Dios sea loado, que me trae á vuestros brazos!

Los españoles se miraron unos á otros sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

XIII.

El hombre que les hablaba de aquel modo tenia todo el aspecto de un indio.

Una manta de algodon cubria en parte sus formas.

Sus cabellos caian en desórden por su frente y por sus espaldas.

Melchor, el intérprete, calmó el asombro de los españoles, diciéndoles:

—Los indios que acompañan á ese que os ha hablado en vuestro idioma, son los emisarios que envió el cacique de Cozumel para que el capitan Diego de Ordaz pudiese rescatar á los cautivos. Tal vez ese que os ha hablado es uno de los prisioneros.

XIV.

En vista de estas explicaciones, mandando acercar Tapia el bote donde estaban á la canoa de los indios, hizo pasar á bordo al que tan bien hablaba el castellano, le abrazó afectuosamente, y el infeliz, deshaciéndose en caricias hácia aquellos hombres, que le recordaban su niñez, su pátria, su idioma, todo su pasado, que condensaban todas sus esperanzas, no pudo ménos al verse entre ellos de caer de rodillas, y pronunciar con sublime emocion una de las oraciones que habia aprendido en los hermosos dias de su infancia.

XV.

—¿Sois español?—le preguntó Andrés de Tapia.

—Sí, hermano vuestro.

—¿Estábais cautivo?

—Hace ya mucho tiempo.

—¿No vinisteis á estos parajes con don Juan de Grijalva?

[redacted]

—No; no sé de quién me hablais.

—Tal vez vinisteis antes con Fernandez de Córdoba?

—No le he conocido tampoco.

—¿Entonces ha venido antes que esos capitanes que os he nombrado algunos otros á estas islas?

—Lo ignoro; ya he perdido la cuenta del tiempo que estoy aquí; pero lo ménos han pasado ocho años.

—¡Venid, venid á ver á nuestro jefe, Hernan Cortés, que él se alegrará mucho de veros, de oir todo cuanto sepais acerca de estos parajes, y sobre todo, experimentará una inmensa alegría por haberos arrebatado de manos de los indios.

—¡Si supiérais cuánto he sufrido!

—Tranquilizáos ahora, y venid. Tú, Melchor,—añadió dirigiéndose al intérprete,—haz que vengan con nosotros los indios de Cozumel, para explicar su conducta y los motivos en que han fundado su prolongada ausencia, su abandono, la falta de disciplina á don Diego Ordaz.

XVI.

El inesperado encuentro del español, bajo la forma de indio, reunió á todos los capitanes en la carabela de Hernan Cortés para conocer á aquel hombre extraordinario, y sobre todo, para oir la narracion de sus interesantes desventuras.

Todos le acosaban á preguntas; pero era tal la emocion que experimentaba, tal la alegría que sen-

tia en su pecho al volverse á ver entre españoles, entre hermanos, que durante mucho tiempo no pudo hablar.

Todo era en él exclamaciones de júbilo.

XVII.

Al mismo tiempo notaba una cosa muy triste.

Durante ocho años no habia hablado el español, y en este tiempo habia olvidado muchas palabras, muchas frases.

A lo mejor no sabia expresar sus ideas, y con la vehemencia de los mudos, con la mirada ardiente y escrutadora, parecia pedir las frases, las palabras de los que le rodeaban, y se desesperaba cuando tardaban en comprenderle.

XVIII.

No era este hombre el único español que habia cautivo en poder de los indios del Yucatan.

Oigamos lo que oyeron Hernan Cortés y sus capitanes: la historia de aquel hombre que la Providencia ponia en contacto con uno de sus hijos predilectos.

[redacted]

Capítulo XVII.

Historia de un cautivo.

I.

El cautivo, que volvia gozoso al lado de los españoles, sus hermanos, llamábase Jerónimo de Aguilar, y habia nacido en la ciudad de Ecija en 1488.

Apenas habia cumplido treinta años, y sin embargo, las arrugas que surcaban su rostro, las canas que se mezclaban con sus cabellos negros, daban á su fisonomía el aspecto de la vejez.

Para simplificar, relataremos á grandes rasgos su historia.

II.

Nació en el seno de una pobre familia.

Su padre habia sido un modesto alfarero.

A los veinticuatro años se casó con una labradora muy rica y muy devota.

Siempre estaba honrada la alfarería con la presencia de algunos de los padres de los conventos de la ciudad.

Antonio de Aguilar amaba á Aldonza, su mujer, y saludó con entusiasmo el nacimiento de su primer hijo Jerónimo.

III.

Aun no habia cumplido un año la criatura, cuando su esposa falleció, y uno de los amigos del viudo, queriendo consolarle:

—No llores tanto,—le dijo;—al fin y al cabo, aunque sienta decírtelo, no has perdido gran cosa. Tu mujer admitia con frecuencia las visitas que sabes, y por el pueblo se murmura...

IV.

No quiso oir más Antonio.

Desde aquel momento cerró su puerta á los antiguos amigos de su casa, y confió el cuidado de su hijo á una gitana del arrabal.

Sin saber por qué, fué perdiendo el cariño al fruto de su amor, y cuando al llegar este á los doce años manifestó gran vocacion por la carrera de la Iglesia, su oposicion creció de punto al saber que queria entrar de lego en un convento.

[redacted]

V.

Dos años trascurrieron, en los que el jóven luchó cuanto pudo con la autoridad paterna para realizar sus intentos.

Viendo que no podia conseguir nada por buenas, se escapó de su casa, se encaminó á Sevilla, y entró en un convento de frailes de la Merced, obteniendo el apoyo del obispo fray Diego de Deza.

Desde allí escribió al autor de sus dias, y por toda respuesta recibió su maldicion.

VI.

Desesperado el jóven, apenas profesó aprovechó la circunstancia de salir para la Española Diego Colon, el hijo del almirante, y fué llevado á bordo de uno de los buques en calidad de marinero.

En la Española trabajó mucho poseido de un celo vehemente en favor de la religion, para convertir á los infieles, para predicar el Evangelio.

VII.

Admirados todos de su celo, le designaron para formar parte de una expedicion que envió el gobernador de la Española al estrecho de Darien.

Al tornar, una fuerte tempestad empujó con tal furia la embarcacion, que la echó á pique, y sólo

veinte hombres pudieron salvarse en el bote, siendo arrojados por el viento hasta la desierta costa del Yucatan.

Allí salieron á su encuentro una porcion de indios caribes, y aprisionándolos, los llevaron á la presencia de su cacique.

Mas les hubiera valido perecer.

VIII.

El soberano de aquellos salvajes, ébrio de gozo ante la perspectiva del placer que le prometia su gula, eligió de entre todos á los más corpulentos, á los más sanos, y dió órden á sus caudillos para que los matasen, ofreciendo su vida en holocausto á su Dios, y preparando despues sus miembros al fuego para que sirvieran de manjares en un espléndido festin.

Ocho españoles perecieron de este modo.

IX.

Los doce restantes quedaron aprisionados, dando órden á sus guardianes de que los alimentaran y nutrieran para poder repetir con ellos el banquete.

Otros ocho sirvieron de pasto á la voracidad de los caribes algun tiempo despues, y Jerónimo de Aguilar, con un marinero llamado Gonzalo Guerrero y dos soldados, Juan Marquez y Pedro Elena, quedaron para el tercer festin.

[redacted]

X.

Por entonces, y á fin de que no se escaparan, mandó el cacique construir cuatro jaulas con troncos de árboles, y encerró en cada una de ellas á un prisionero.

Salvaba á Jerónimo de Aguilar el ser enjuto de carnes; pero temeroso de sufrir la misma suerte horrible que sus compañeros, se puso de acuerdo con Gonzalo Guerrero, que estaba en una jaula inmediata á la suya, y los dos convinieron en romper las barras y en escaparse.

Logró Aguilar separar dos barrotes de la jaula, y como era muy delgado, pudo evadirse por el espacio que dejó abierto.

XI.

Era de noche, y aprovechándose del sueño de sus enemigos, ayudó á Gonzalo Guerrero á romper su cárcel.

Libres los dos, se pusieron en fuga, decididos á morir luchando antes que á sucumbir de la manera horrible que sus camaradas.

El miedo aumentó su ligereza, y al amanecer del dia siguiente se encontraron á gran distancia de los dominios del gran cacique antropófago.

Pero no tardaron en ser aprisionados por otros

caribes, quienes se apoderaron de ellos, y los condujeron á presencia de su soberano.

XII.

Respondiendo á sus preguntas, le refirieron las crueldades que habia cometido con ellos el primer cacique, y tuvieron la suerte de que el soberano que tenian delante fuese enemigo capital de aquel á quien habian abandonado.

Esto bastó para que censurase su crueldad, y para que, tomando á su servicio á los dos españoles, les prometiese proteccion y amparo.

XIII.

Los dos españoles fueron separados.

Gonzalo fué entregado como esclavo á un hijo del cacique, y Jerónimo de Aguilar quedó al servicio de este.

La dulzura de su carácter, los conocimientos que tenia en el idioma de los indios, las historias que les contaba de su país, los misterios de la religion que desarrollaba á sus ojos, fueron otros tantos motivos para conquistarle el aprecio de aquellos salvajes, y no tardó en llegar á tener sobre ellos un gran ascendiente.

[redacted]

XIV.

Lo que más admiraba al cacique era la pureza de costumbres del extranjero.

A fin de poner á prueba su virtud, le colocó en ocasiones difíciles, y al ver que salió de ellas victorioso, no sólo le profesó estimacion, sino que llegó hasta á tenerle respeto.

XV.

Ocho años trascurrieron de esta suerte para el pobre Aguilar, que ignorando á qué distancia estaba de sus hermanos, no pensaba ya volver á verlos nunca, y vivia sin más esperanza que una muerte gloriosa con un martirio tan acerbo.

El cacique murió, y le recomendó muy eficazmente á su hijo, el cual tuvo ocasion de apreciar su inteligencia y su cualidades, y los consejos que le dió al verse empeñado en guerras con otros jefes de tríbus vecinas á la suya.

XVI.

Lleno de prestigio y admiracion, querido y hasta venerado por los indios, cuando llegaron los emisarios de Hernan Cortés á obtener su rescate, pudo alcanzar su libertad inmediatamente.

La idea de su partida entristeció á todos, y le despidieron con lágrimas en los ojos.

Sólo la promesa de que volveria allí con los españoles, pudo consolar á los que tan de veras le estimaban.

XVII.

El marinero Gonzalo, á quien, segun manifestó, dió cuenta de la llegada de Hernan Cortés, no quiso abandonar á los indios.

Se habia unido con una mujer á quien amaba en extremo; tenia hijos de ella, se habia connaturalizado, por decirlo así, con los indios, y preferia, á volver al lado de los españoles, la triste situacion en que le colocaba su estado.

XVIII.

En cuanto á los otros dos que habian quedado en las jaulas, no pudo dar noticia de ellos, como tampoco de los españoles que al ir con Grijalva hasta el Yucatan habian quedado en poder de los indios.

—Vuestra venida,—añadió Jerónimo de Aguilar, dirigiéndose á Cortés,—ha sido providencial. Casi tengo derecho para creer que es un premio que me dá Dios por mis martirios. Yo le ofrecí si me salvaba ir á España en seguida, y desde el punto en donde desembarcase encaminarme á pié y descalzo hasta el templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en

[redacted]

Extremadura, cuya imágen se me ha aparecido muchas veces, ofreciéndome que me salvaria de la esclavitud un hijo del país que protege con su amor.

XIX.

Hernan Cortés, que no queria desprenderse de los grandes servicios que podia prestarle Aguilar, ofreciéndole más tarde ayudarle á realizar sus designios, le suplicó que no le abandonase en aquellos momentos, porque su amistad con los indios, sus grandes conocimientos en el país, su facilidad para conversar con los hombres cuyos dominios iba á conquistar, eran de gran precio para él.

Aguilar accedió á los deseos de Hernan Cortés.

XX.

Despues de celebrar todos su buena suerte, resolvieron continuar al dia siguiente la navegacion, lo que verificaron en efecto, doblando la punta de Cotoche y la parte oriental del Yucatan.

Las embarcaciones llegaron al lugar de Champoton, en donde tenia necesidad de desembarcar Hernan Cortés para castigar á los indios que habian mostrado resistencia á Fernandez de Córdoba y á Juan de Grijalva.

Algunos de los soldados que habian acompañado á estos capitanes, excitaban en Hernan Cortés el deseo de cumplir aquel deber, de vengar las ofensas

inferidas á los españoles anteriormente, y todo reunido fué causa para decidir al caudillo á desembarcar.

XXI.

Pero los pilotos de los buques, instigados por el piloto mayor, se opusieron al desembarco, fundándose en que el viento era favorable para continuar el viaje y contrario para llegar á tierra.

Estas razones debian pesar más en el ánimo del político que el deseo de venganza, y ofreciendo á los que le incitaban que no olvidaria su deber, y animándoles por otra parte con la perspectiva del oro que en la provincia de Tabasco habian hallado los primero exploradores de aquella parte del país que iban á conquistar, continuó la escuadra el viaje, llegando hasta la entrada del rio que habia tomado el nombre de Grijalva.

XXII.

Durante el trayecto, celebró Hernan Cortés una conferencia con Aguilar.

En ella dió el cautivo al bizarro capitan una idea detallada de lo que era el imperio adonde se disponia á conducir sus huestes.

[redacted]

Capitulo XVIII.

Ante el peligro.

I.

La sinceridad con que hablaba Aguilar despertó muy pronto hácia él en Hernan Cortés una viva simpatía.

No era el cautivo hombre capaz de comprender en toda su extension las altas miras del caudillo, que tanto se exponia para conquistar en nombre de los reyes de España aquellos desconocidos dominios.

Pero los hombres de verdadero génio tienen el privilegio de admirar aun á aquellos que no les comprenden, y de aquí el prestigio que alcanzan sobre las masas en breve tiempo.

II.

—Confieso ingénuamente,—dijo Cortés á Jeróni-

mo de Aguilar,—que me ha sorprendido vuestro encuentro. No podia figurarme que antes que Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva hubieran penetrado en estos países otros españoles. Me asombra más, que habiendo llegado Cristóbal Colon hasta el estrecho de Darien, y habiéndose llevado á cabo expediciones por otros capitanes, sólo la casualidad os haya á vos hecho conocer las costumbres de los indios ,de estas comarcas.

—Ved lo que son las cosas,—contestó Aguilar.—Yo he creido al oir el mensaje de los indios para obtener mi libertad, que habiéndose tenido noticia de la pérdida de nuestro buque en la Española, os enviaba su gobernador para ver si encontrábais á algunos de los que iban á bordo del navío.

—¿Segun eso, ignorais que los españoles han conquistado otra isla, á la que han dado el nombre de Cuba?

—Colon la costeó; pero ignoraba que estuviese en poder de nuestro soberano.

III.

Esta absoluta ignorancia de lo que pasaba exigia una explicacion.

Cortés se la dió.

—No es de ahora,—le dijo,—el proyecto de la expedicion que estoy llevando á cabo. Antes que yo han venido hasta estos sitios dos bizarros guerreros; pero los indios que habitan este territorio que em-

[redacted]

pezamos á costear, son más feroces que los de la Española y los de Cuba, más feroces aun que los de Boriquen, porque han podido contrarestar el empuje de las armas españolas.

—No sabeis lo que son.

—Desde luego he contado con su bravura. y estoy resuelto á conquistar su territorio como hemos conquistado otros en medio de las soledades del Océano.

Algunos españoles quedaron prisioneros en poder de los indios años atrás.

Mi primer deseo era buscarlos.

Doy gracias al cielo de todos modos de haberos encontrado, porque habiendo vivido tantos años en medio de esta gente, conocereis sin duda alguna sus costumbres, los elementos con que cuentan para contrarestar nuestra dominación.

—¡Ah! Sí,—exclamó Agüilar.—Y cuando pienso en lo que valen, lo que son, por más que reconozca la superioridad de mis hermanos sobre ellos, no puedo ménos de presentir la catástrofe.

—Explicaos,—dijo Cortés.

IV.

Aguilar se dispuso á referir cuanto sabia.

—Yo no he salido del Yucatan; pero sé que más lejos hay poblaciones numerosas con formidables ejércitos; sé que hay un poderoso monarca, del que son tributarios otros muchos, sobre los que ejerce un

imperio despótico; sé que no se parecen en nada, no ya esos indios á quienes no he visto, de quienes sólo he oido hablar, á los que hallamos en la Española, sumisos, afectuosos, débiles, complacientes; sé que son todos valientes, arrojados, que desprecian la vida, porque los mismos habitantes del Yucatan, que sólo tienen comparacion con los caribès de que hemos oido hablar á los soldados que acompañaron á Alonso de Ojeda, se estremecen al oir hablar de ellos, y acatan las órdenes que emanan de ese gran imperio con verdadera mansedumbre.

V.

—Y ese imperio, ¿está lejos?

—A juzgar por las noticias que me han dado, está á mucha distancia de la provincia en donde vamos á entrar, que se llama Tabasco.

Ya en ella, empezarán á descubrirse elementos de vida mucho más grandes que los de la isla Española.

Los caciques tienen ejércitos numerosos, disciplinados; habitan en casas fabricadas con piedra y troncos de árbolês, y su religion es más perfecta que la de los vasallos de Guacanajari y de Caonabo; pagan tributos á sus jefes, y tienen una organizacion parecida, aunque más imperfecta, á la de las naciones europeas.

El amor á la independencia es en ellos un culto, una religion.

[redacted]

VI.

—¿Y no habeis oido nunca el nombre del monarca poderoso que extiende sus dominios por todo ese inmenso territorio que empezamos á costear,—preguntó Hernan Cortés.

—Le he oido nombrar muchas veces: se llama Motezuma.

—Pues bien,—dijo Cortés en un arranque de entusiasmo;—por grande que sea su poderío, por innumerables que sean los soldados que le defienden, estoy seguro de que le venceremos.

—Quiera Dios que vuestras esperanzas se realicen; pero, creedme: presiento una catástrofe.

—¿Dudais del valor de vuestros hermanos?

—No; pero cada uno de ellos hallará cien enemigos delante, y no basta ni la fuerza ni la astucia de un hombre contra el odio de ciento.

—Razon de más para que os consagreis á ayudarme.

La Providencia os ha traido á mi lado, y es preciso acatar sus designios.

Yo no tengo más que un intérprete para poder entenderme con los habitantes de este país.

Si pudiera llegar hasta el palacio de ese soberano sin derramar una gota de sangre, realizaria mi bello ideal.

Para llevar á cabo este designio, vuestra ayuda

es preciosa; pero si fuera necesario luchar, seria más preciosa aún.

Sacrificaos, pues, por la santa causa que venimos á defender, y si, como yo espero, Dios nos libra de la catástrofe que presentís, y podemos volver victoriosos, os ofrezco resarciros con creces del sacrificio que haceis ahora por mí.

VII.

Por más que fuese grande el ánimo de Hernan Cortés, los temores formulados por Jerónimo de Aguilar eran bastantes para hacerle pensar sériamente respecto de la actitud de los habitantes con quienes iba á entrar en negociaciones.

Los peligros aumentaban su valor.

La idea de ejecutar actos heróicos le entusiasmaba.

Por otra parte, tenia fé, y no dudaba, que siendo su principal propósito derramar la luz del Evangelio sobre aquellas hordas de hombres sin religion, triunfaria más con la palabra y con sus actos políticos, que con la fuerza y con las armas.

VIII.

Las embarcaciones penetraron por el rio á que Grijalva habia dado su nombre, y tuvieron que colocarse unas detrás de otras, por las dificultades de la navegacion.

[redacted]

Hernan Cortés reunió en su carabela á los capitanes y aprovechó aquella ocasion para darles cuenta de las noticias que le habia comunicado Aguilar, aconsejándoles la mayor energía para obtener el triunfo.

IX.

—Mi opinion es,—dijo,—que no debemos detenernos, ni á negociar, ni mucho ménos á luchar con los habitantes de las provincias que nos separan del sitio donde tiene su asiento el gran imperio de Motezuma.

Un golpe en la cabeza ó en el corazon, paraliza todos los miembros.

Hé aquí por qué debemos guardar todas nuestras fuerzas para ese golpe.

Apoderarnos de ese soberano, infundiendo pavor á sus vasallos, dominándolos, esclavizándolos, hé aquí cómo se centuplicarán nuestras fuerzas. Con este golpe de audacia realizaremos la conquista.

X.

Aunque todos los capitanes aplaudieron esta determinacion, conveníales detenerse algun tiempo en Tabasco, más que nada para satisfacer la codicia de los soldados, que habiendo oido á los que acompañaban á Grijalva que en aquella provincia se encon-

traban grandes cantidades de oro, querian recorrer el país y apoderarse de aquel rico metal.

No todos los navíos de la escuadra pudieron continuar la marcha.

Los de mayor calado se detuvieron atracados á la orilla, y en los demás y en los esquifes de los que se quedaban atrás, avanzaron á las órdenes de su jefe todos los soldados, hasta llegar á un punto en el que se aparecian ante su vista multitud de canoas llenas de indios en actitud amenadora.

XI.

Su aspecto les detuvo.

Al poco tiempo vieron en las dos orillas del rio nuevos indios, que armados de flechas parecian querer acometer á los que se acercaban, y prorumpian en gritos salvajes, atronando el espacio.

Ofrecian la batalla, y era de todo punto imposíble rechazarla.

XII.

Hernan Cortés dispuso que se concentraran sus fuerzas, y dió órden para que ninguno de sus soldados hiciese el menor uso de sus armas.

—Aguilar,—dijo al cautivo,—vais á adelantaros en un esquife con doce hombres valientes para enteraros de lo que significan esas voces, esa actitud con

[redacted]

que nos reciben los indios, y para demostrarles que no queremos luchar con ellos, que nuestro objeto es visitarlos y pactar amistad con sus jefes.

—Sé que es inútil cuanto me pedís; pero debo obedeceros, y os obedezco con gusto.

XIII.

Once soldados, Aguilar y el capitan Francisco de Montejo se adelantaron en una canoa hasta el paraje en donde estaban los primeros indios.

Las carabelas y las lanchas se detuvieron.

Los emisarios de Hernan Cortés no tardaron en volver.

XIV.

—No me habia equivocado,—dijo Aguilar á su jefe.—El número de indios que aguarda á la orilla nuestra llegada para caer sobre nosotros es inmenso. Parece que han venido de todas las montañas, que de todas las provincias se han reunido como si esperasen nuestra invasion. Cuantas protestas he hecho en nombre de la paz, han sido oidas con desprecio. Están resueltos á no dejarnos avanzar, y si volvemos los que hemos ido en nombre vuestro, es por que me han reconocido algunos y no han dudado de mí.

—Pues yo no me vuelvo atrás,—exclamó Hernan Cortés.

—Os seguiremos todos,—dijeron los capitanes y soldados.

El entusiasmo fué grande.

XV.

—Ved,—dijo Aguilar,—que hay millares de indios con flechas aceradas; ved que están en la orilla, que nos dominan, y una lluvia de flechas vá á caer sobre nosotros y nos vá á aniquilar.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo el caudillo;—es tarde ya, la noche se echa encima; detengámonos aquí para prepararnos al combate mañana.

—Mañana será nuestro último dia,—dijo Aguilar.

—Más vale perecer que volver la espalda al peligro.

Esta frase entusiasmó á los soldados de Hernan Cortés.

XVI.

Mientras todos se aprestaron á combatir como fieras al dia siguiente, el caudillo, por la primera vez de su vida, sintió una emocion, que si no era en él miedo, era la pena del que vé próximo á perder para siempre lo que no ha podido alcanzar.

En medio de la noche, rodeado de un inminente peligro, en vísperas de su muerte tal vez, pensó Cortés en su pasado, pensó en su orígen, en sus padres, en su esposa, en su hijo, y sintió que las fuerzas le abandonaban.

[redacted]

XVII.

Deseando dominarse, alzó los ojos, y vió á su lado á Francisco Montejo.

Acercándose á él y cogiéndole su mano:

—No digais á nadie,—exclamó,—que me habeis visto llorar.

—Yo comprendo vuestras lágrimas.—dijo Montejo,—y làs respeto.

XVIII.

¿Cuáles eran las ideas que cruzaban por la mente del soldado?

Creemos que ha llegado la ocasion, antes de asistir con él al primer combate, al primer peligro, de dirigir una mirada retrospectiva; y en breves líneas, á grandes rasgos, trazar la historia íntima de los primeros años de Hernan Cortés.

Capitulo XIX.

La infancia de un gran hombre.

I.

En el antiguo reino de Extremadura hay una villa que debe su celebridad á la circunstancia de haber nacido en ella Hernan Cortés.

Esta villa, que se levanta en las márgenes del Guadiana, es Medellin.

En la época en que vió la luz bajo su hermoso cielo el héroe de nuestra historia, estaba habitada, en su mayor parte, por labradores, pecheros, casi todos del conde de Medellin.

Tenian tambien en la villa su casa solariega algunas familias de las más nobles del reino, y entre ellas figuraban las de los Pizarros, Altamiranos y Cortés de Monroy.

[redacted]

II.

En épocas pasadas, y aun en las guerras contemporáneas, habian alcanzado honra y prez en el combate muchos hijos de estas ilustres familias.

Don Martin Cortés, despues de haber derramado su sangre en las luchas contra los moros, habiendo quedado huérfano muy jóven todavía y en posicion de una pingüe fortuna, se retiró á la villa de su nacimiento, y poco tiempo despues, enamorado de doña Catalina Pizarro y Altamirano, se unió con ella, animados ambos por un entrañable amor.

III.

Era doña Catalina mujer de raras virtudes.

Tan jóven y bella como piadosa, desde los primeros años de su vida habia buscado la paz para su alma, y no habia creido hallarla sino tomando el título de esposa de Jesucristo.

Su familia habia procurado disuadirla de este empeño, esperando que los años destruyeran sus ideas, y lo único que consiguió fué que aplazase la resolucion formal que manifestaba á todo el mundo de entrar en el claustro.

IV.

Don Martin Cortés supo ganar su voluntad en

breve tiempo, y consiguió con sus rendidos obsequios atraer á la felicidad conyugal aquella alma que sólo ansiaba los dulcísimos consuelos de la religion.

Pero pasados los primeros años, volvió á caer la jóven esposa en una profunda melancolía.

Su idea, fija en las aspiraciones de su pasado, debilitó sus fuerzas físicas, y la melancolía de doña Catalina amenazaba á cada instante al solícito esposo con un siniestro fin.

V.

Tenia fortuna, y comprendiendo que la distraccion era el único remedio que podia salvar á su esposa, fué un dia á Badajoz, habló con un judío que prestaba á los nobles cantidades sobre sus bienes, recibió de sus manos una crecida suma, no sin asegurarse antes del pago el israelita, y con el dinero volvió en busca de su esposa, y fué con ella á la córte.

VI.

Desde Castilla pasó á Aragon y á Navarra, y consiguió que doña Catalina distrajese sus penas y recuperase la salud perdida.

Al cabo de dos años de contínuas distracciones, regresaron á Medellin, y ya la esposa no pensaba en el claustro.

Una felicidad le sonreia.

En sus entrañas latia el fruto de su amor, y la

[redacted]

esperanza de estrechar en sus brazos á un hijo, constituia para él la suprema felicidad.

VII.

Pero aquel goce debia costarles caro.

El judío continuó prestando dinero á su víctima, y llegó un tiempo en que sólo quedó á don Martin Cortés la casa de sus padres, pero sin las tierras, que constituian la mayor parte de su fortuna.

La familia de su esposa habia experimentado tambien con las guerras grandes calamidades, y al nacimiento de Hernan Cortés se hallaban sumidos sus padres en la mayor pobreza.

VIII.

Los dos esposos sufrian horriblemente al considerar el triste porvenir que podian brindar á su querido hijo.

A fuerza de pensar en su situacion, doña Catalina volvió á afligirse.

Adoraba á su hijo, y cuando le contemplaba dormidito en su cuna no podia ménos de pensar en los sufrimientos que le aguardaban, mayores aún cuando supiera que descendia de una familia noble y rica.

IX.

Don Martin, por su parte, en vez de hallar en su

casa la satisfaccion que dá el desahogo, encontraba el martirio del que vé que no puede atender á sus obligaciones, y tanto para no aumentar la tristeza de su esposa, como para no dar lugar á inculpaciones de ningun género, parecia huir de la madre de su hijo, y cuando estaba en su presencía, ó hablaba poco ó callaba siempre.

Cualquiera que hubiera entrado en aquella casa, hubiera creido que un profundo abismo separaba á ambos esposos.

Y sin embargo, los dos se amaban entrañablemente.

X.

Don Martin quiso recuperar lo perdido, volviendo á la guerra.

Desgraciadamente, enemigos suyos se interpusieron entre él y el monarca, y no pudo obtener lo que deseaba.

Por aquel tiempo falleció un tio suyo, dejándole una heredad insignificante, pero que de todos modos aumentaba sus rentas.

Era la época en que el niño necesitaba maestros para ilustrarse.

XI.

Los niños tienen una gran penetracion.

Cuando al abrir los ojos los fijan en los de sus

[redacted]

padres, y ven lágrimas, parece que aquellas lágrimas caen en su corazon y mantienen siempre viva una pena que no se explican, que no les hace daño moralmente; pero que debilita sus fuerzas, que empobrece su sangre, que quita la sávia á su naturaleza.

En todas partes hallaba el niño la tristeza.

Ni sus juegos, ni sus gracias se celebraban, porque sus juegos y sus gracias aumentaban la tristeza de aquellos séres que no se creian con derecho para gozar.

XII.

No habia en torno suyo más que lágrimas.

Todos en aquella casa vivian en un contínuo silencio.

La madre no se atrevia á acariciar á su hijo delante de su esposo.

Este parecia evitar sus miradas, por no encontrar en ellas una reconvencion.

Aquella pobre flor en campo tan estéril, creció entumecida, débil, pobre, raquítica.

La inteligencia se desarrollaba á expensas del cuerpo.

XIII.

Y sin embargo, su alma parecia querer romper aquella cárcel estrecha y dura.

Bajo aquel niño habia un hombre, y un hombre que sufria.

Los frailes le enseñaron á leer y á escribir.

No siendo rico, la única esperanza de sus padres fué la de que entrase algun dia en un convento.

A los doce años habló por la primera vez de su porvenir con su madre.

XIV.

—He oido,—le dijo,—que hay una ciudad en Castilla, adonde acuden todos los que quieren saber.

Esa ciudad es Salamanca.

Aun los más pobres pueden ir hasta allí pidiendo limosna, y asistir á las aulas sin sacrificios pecuniarios.

Madre mia, yo querria ir á Salamanca.

XV.

Este noble deseo fué satisfecho.

Procurando que no salieran á sus ojos las lágrimas que brotaban de su corazon, ofreció doña Catalina á su hijo contribuir á realizar sus esperanzas.

—Desgraciadamente,—exclamó,—no somos ricos, y no podemos enviarte á disfrutar de las comodidades que otros obtienen, ni tan siquiera nos es dado *poner* á tu servicio un escudero.

[redacted]

Pero si hoy no comprendes cuán triste es haber nacido en una noble cuna y carecer de bienes para satisfacer las necesidades que engendra un nacimiento de esta clase, un dia llegará en el que comprendas lo que hoy sufren tus padres por no poder dar á tus propósitos toda la proteccion que merecen.

XVI.

Doña Catalina habló á su esposo, y los dos convinieron en que no tenian más remedio que acceder á los deseos de su hijo.

—Hagamos el último sacrificio,—dijeron.

Don Martin buscó á un arriero para que condujera á su hijo á Salamanca, y no atreviéndose ni aun á darle consejos, pero deseándole en secreto toda clase de felicidades, le despidió sin derramar una sola lágrima en su presencia.

XVII.

El pobre jóven, sin saber por qué, experimentó un profundo pesar.

Tenia una idea fija.

Esta idea la formulaba á medias con una frase.

—Mis padres no me quieren,—decia.

—Nada hemos podido hacer por nuestro hijo,—se dijeron aquellos desconsolados padres.

XVIII.

A su tormento se unió la horrible soledad en que quedaron.

Hernan Cortés partió á estudiar, partió á hacerse hombre, llevando en el alma el desaliento y en el corazon el dolor.

[redacted]

Capítulo XX.

Camino de Salamanca.

I.

Era el arriero que acompañaba á Hernan Cortés un extremeño en toda regla.

De buen humor, aficionado á cuentos, de carácter alegre; sobre todo cuando acababa de comer y de empinar la bota.

De figura gordinflona, de fisonomía franca y ojos saltones y vivarachos, de frente escueta, su conjunto grotesco contrastaba con la delicadeza de facciones de Hernan Cortés, con la debilidad física que se retrataba en su rostro, y sobre todo con la expresion de tristeza de sus ojos, que era los únicos que parecian tener vida en él.

II.

Ya habia sufrido el jóven la enfermedad de que hemos hablado anteriormente.

Ya era devoto de San Pedro, y al ponerse en camino se habia encomendado á él, pidiéndole que se apiadase de sus padres.

Salió de Medellin una mañana muy temprano, montado en una mula, y guiado por el arriero, á quien llamaban el tio Picos-pardos.

III.

El arriero intentó varias veces entablar conversacion con el jóven, porque su mayor goce era charlar por los codos.

Hizo varias tentativas inútiles.

El futuro estudiante respondia siempre con monosílabos.

Trascurrieron dos horas, durante las cuales, no pudiendo el tio Picos-pardos hablar con Hernan Cortés, se puso á cantar.

IV.

El jóven le oia con envidia, y le miraba con una mezcla de tristeza y de afecto.

El hubiera sido tambien feliz si hubiera podido, como aquel hombre, gozar ante el espectáculo de la

[redacted]

naturaleza que se desarrollaba á su vista, expresar con esos cantos, que la soledad de los caminos dá como compañeros á los caminantes, la alegría de su corazon.

V.

—Tio Picos-pardos,—dijo de pronto,—¿tardaremos mucho en llegar á alguna venta?

—Media hora lo más. ¿Por qué lo dices? ¿Te aprieta la gazuza?

—No.

—Pues á mí sí, hijo. Antes de salir me eché entre pecho y espalda un torrezno; pero tengo buen diente, no le gusta estar ocioso, y desea emplearse bien y pronto. ¡Ah!—añadió.—Si tú hicieras lo que yo, no estarias tan esmirriado. ¡Qué diablo! Si tú quieres, yo te ofrezco que llegarás á Salamanca más gordo que un provisor.

—No es sólo la comida lo que engorda.

—Pues por Dios y por mi alma juro que yo estaba más flaco que los galgos de tu padre, cuando caí en la tentacion de enamorarme de la Blasilla, la hija del escudero del conde de Medellin, nuestro amo, y si no me decido cuando me dió calabazas, acordándome del refran de que los duelos con pan son ménos, de darle que le das á los tasajos, de empinar bien el codo y de reirme de mí mismo, te aseguro que se hubiera podido enterrarme en la vaina de una espada.

VI.

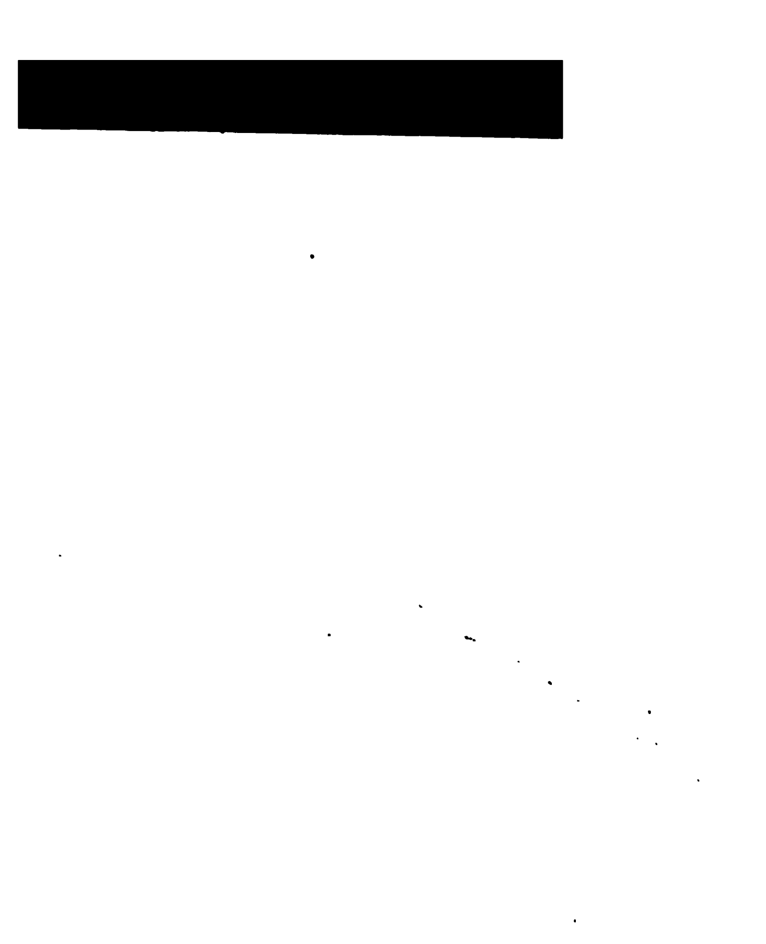
—Siempre está usted de buen humor,—murmuró Hernan con expresion de envidia.

—Porque no soy tan tonto como tú. Ya sabes que te quiero y que te hablo así, con esta llaneza, porque te he visto nacer, y más de cuatro veces he corrido detrás de tí cuando con otros chicos entrabas en el huerto de mi amo á robar frutas, y al verte así tan enfermizo que pareces un viejo, me he dicho muchás veces: «Hé ahí un muchacho de provecho, que se vá á desgraciar por tanto mimo...»

¡Ay! Hijo mio, si tus padres en vez de ser nobles fueran pecheros, más lucido estarias. Habrias comido mal, pero con hambre, y te habria hecho provecho; habrias ganado el pan con el sudor de tu frente, y ahora quizás, en ver de ir á llenarte la cabeza de tonterías en Salamanca, ó de grado ó por fuerza, habrias ido á la guerra, y allí es donde los hombres aprenden, donde se hacen fuertes, donde se hacen hombres.

—Tiene usted razon,—dijo el mancebo,—y muchas veces siento en mí unos deseos de buscar la fortaleza que me falta en el ejercicio de las armas.

—Sí, hijo mio, sí; pero ya en Salamanca te despavilarás. ¡Hay por allá unos lagartones! Y has de andarte con tiento con las damas, porque los estudiantes les gustan mucho, y no es siempre oro todo lo que reluce.





HERNAN CORTES —Te avergüenzas de tus padres.

[redacted]

VII.

La idea que despertaron las palabras del tio Picos-pardos en Hernan Cortés, la rechazó con ese pudor que conserva el niño cuando apenas se ha separado del lado de su madre.

Llegaron en esto á una posada; el arriero mandó matar un gallo, con el que uno de los mozos hizo un sabroso chilindron, y sentándose los dos caminantes á la mesa, lo devoraron con apetito.

Bebieron sendos tragos, y al volver á ponerse en marcha, su conversacion fué más seguida, más interesante, más trascendental.

VIII.

—Vamos á ver, ¿quieres decirme por qué estás triste?—preguntó el arriero al jóven caminante.

—Aunque quisiera no podria.

—¿Por qué?

—Porque lo ignoro.

—Sabes lo que he pensado... Me vas á perdonar que te lo diga así, sin miramientos... Te avergüenzas de tus padres.

—¿Yo?—preguntó el jóven, lanzando rayos por sus ojos al mirar al arriero.

—No te incomodes, hombre,—dijo el tio Picos-pardos;—como no hablas, tiene uno que pensar...

—Mis padres me han dado el sér, y les debo por eso eterna gratitud.

—Pero, vamos, segun se dice por nuestro pueblo, no andan muy corrientes. Siempre están tristes; han sido ricos, y ahora no tienen mucho.

Natural es que donde no hay harina todo es mohina, y la pena que tú sientes se funda en que tus padres no son dichosos.

—¿A qué vienen esas preguntas?

—En el pueblo dicen algunos, que siendo tu madre muy devota, ha querido hacerte cura; que tu padre se ha opuesto, y que han tenido grandes reyertas por esta causa.

—Pues en el pueblo mienten. Mis pobres padres se aman, y si sufren es por que no son ricos para satisfacer á manos llenas mis necesidades.

Yo lo he comprendido así, y mi único deseo es aprender, buscar los medios de serles útil, de mejorar su suerte, de aliviar su desgracia.

IX.

—¿Sabes que piensas como un hombre?—dijo el tio Picos-pardos despues de una breve pausa, que empleó en echarse un trago de la bota que llevaba.

—Creo que sólo pienso como un hijo.

—No en vano dice fray Matías que eres un mozo de provecho. ¿Cuánto hubiera dado el reverendo padre por que entrases en su convento?

[redacted]

—No era esa mi vocacion. Quiero estudiar humanidades, ser licenciado, y si es posible, ganar la vida enseñando despues lo que ahora aprenda.

—Lo que tú aprendas en Salamanca que me lo claven á mí en la frente.

—¿Qué dice usted?

—Que por lo mismo que has pasado la vida en un rincon, al verte libre y solo harás ni más ni ménos que lo que hacen los otros estudiantes.

—Qué, ¿no estudian?

—La gramática parda.

—¿Qué dice usted?

—Estudiante y demonio es todo uno. Ya verás, ya verás; entre amoríos, pendencias, juego y orgías te se pasará el tiempo sin sentir, y antes de un mes no habrá quien te conozca.

X.

—Por de pronto,—dijo Hernan Cortés,—ya veo que usted no me conoce.

—Sí, sí, hazte el santo. Otros más fuertes que tú han caido; tú no sabes lo que es tentacion. Aquí donde me ves, yo mismo, cuando jóven, era más timorato que un sacristan de monjas. ¿Acercarme yo á una mujer? Ni á cien leguas. ¿Mirarlas á la cara? Primero me dejaba ahorcar. Pero sin mirar me fuí acercando poco á poco á ellas, y hoy mi misma mujer no me deja á sol ni á sombra, siempre está rabiando de celos, y te aseguro que no le falta razon.

XI.

Para un alma que se habia desarrollado en medio del infortunio y la tristeza, aquellas palabras eran un sacrilegio.

Las nuevas ideas que la conversacion del arriero despertaron en la mente del jóven, aumentaban su tristeza.

—No,—se decia,—yo no seré uno de esos hombres como él los pinta. Mis padres sufren; la pobreza les hace desgraciados.

Debo consagrarme á ellos, debo adquirir los medios de ganar el sustento para mejorar su situacion. Su cariño no es muy grande hácia mí; tal vez al verme enfermizo, casi inútil, me consideren como una carga pesada. ¡Oh! Yo les demostraré que sé morir luchando, ó vencer para ofrecerles el triunfo.

XII.

Animado por estos pensamientos escuchó sin oirlos algunos chascarrillos que le contó el tio Picospardos, y al fin llegaron los dos á Salamanca.

Hospedóse Hernan Cortés en un meson, á cuyo dueño conocia el arriero; se lo recomendó eficazmente y se despidió del jóven, ofreciendo á su vuelta pasar antes por casa de sus padres, para ver si, como era regular, le enviaban con él algunos ducados.

[redacted]

XIII.

Las impresiones que recibió Hernan Cortés en aquella ciudad, emporio de la ciencia, contribuyeron á su trasformacion.

Pero el espíritu se desarrollaba con detrimento de la materia.

El alma devoraba al cuerpo.

Capitulo XXI.

El amor, el juego y las armas.

I.

Juventud es sinónimo de pasion.

Cuando el hombre llega á esa edad en que sus facultades se desarrollan por completo, en que no sólo vé, sino que quiere comprender los objetos que le rodean, en que la vida es para él un espacio que tiene que recorrer con rapidez eléctrica, las ideas apenas se despiertan en su mente, son patrimonio de su alma, y toman el carácter de pasiones.

La primera impresion que recibió el jóven estudiante en Salamanca, fué la que dió direccion á su conducta.

II.

Acababa de salir de una casa en donde la triste-

[redacted]

za de sus padres habia entumecido su inteligencia.

Se hallaba libre en medio de una gran poblacion, foco de luz y de alegría en aquella época.

Una inmensa, y para él desconocida animacion, reinaba en todas partes.

Deseaba tomar parte en aquel torneo del saber y de la galantería, y desde el primer momento comprendió que le faltaban alas para volar por aquel luminoso espacio.

III.

A la tristeza, á la pena contínua é inexplicable que experimentaba, sucedió en su corazon la codicia.

Disculpábase á sí propio en la necesidad que tenia de hacer felices á sus padres.

Pero la verdad era que la ambicion que nació y se desarrolló rápidamente en su corazon, obedecia más á un sentimiento de egoismo que á un sentimiento de amor filial.

IV.

La idea de ser rico, de poder adquirir con las riquezas los goces que otros disfrutaban al lado suyo, le dominó por completo.

Esta idea no tardó en convertirse en pasion, y dominó á todas las demás ideas que podian cruzar por su mente.

¿Qué era el amor con todas sus felicidades y sus triunfos al lado del poderío que daba la riqueza?

¿Qué era el sabér?

¿Qué la veneracion que consigue el maestro de los discípulos al lado de los medios de realizar todos los caprichos de una imaginacion calenturienta?

V.

Hospedábanse en el mismo meson que él dos estudiantes del reino de Valencia, y como era natural, trabaron amistad desde el primer momento con la franqueza peculiar de los jóvenes, y mucho más de los estudiantes.

Ponderaba uno de ellos, llamado Cárlos de Osorio, la excelencias del amor.

Elogiaba otro, llamado Vicente Finat, las emociones del juego.

En la primera entrevista se dieron á conocer al recien llegado.

VI.

—Vereis en Salamanca las mujeres más bellas de Castilla,—dijo Cárlos al jóven.

—Vereis cómo se juega aquí más que en ninguna parte,—añadió Vicente.

—Sobre todo, lo mejor que hay que hacer es

[redacted]

proponerse no estudiar, no ir á las aulas más que de tarde en tarde.

—Así es cómo se pasa mejor el tiempo.

—Tomar parte en las riñas.

—Aprender á tirar los dados para que salga el punto que convenga.

—En una palabra, si aceptais nuestra amistad, lo pasareis muy bien, y si al fin y al cabo no salís hecho un licenciado en jurisprudencia ó en medicina, os hareis un doctor en picardías.

VII.

Por naturaleza rechazaba Hernan Cortés los goces que le brindaban.

Pero no podia negarse á ser amigo de aquellos jóvenes, y se resolvió á cumplir con ellos, nada más que á cumplir.

Sacáronle á pasear por la ciudad para que viera las calles en donde vivian las mujeres más hermosas, y donde existian las hosterías de más empuje para el juego, procurando cada cual infiltrar en su alma la aficion que le dominaba.

VIII.

Vicente llevó á Hernan Cortés á la *Hostería del Ahorcado*, porque en ella se jugaba fuerte, y era el

punto de reunion de todos los jugadores de fama.

Aquella impresion dejó hondas huellas en su alma.

Asistia, al parecer, impávido á aquel contínuo cambio de monedas.

Veia la alegría en los ojos del que ganaba, y la desesperacion en los del que perdia su última dobla.

IX.

Aquella noche conoció á la fortuna, y la amó desde entonces, y con delirio.

No se atrevió, sin embargo, á jugar.

Pero al dia siguiente buscó á Finat para que le llevara al juego.

Dos noches le habian trasformado.

Tampoco se atrevió á jugar en la segunda.

Pero Vicente tenia en la posada dados, y el jóven pasó algunos dias aprendiendo á jugar para arriesgar alguna de sus escasas monedas.

Al mismo tiempo, Cárlos hacia que le acompañase á sus aventuras amorosas.

Necesitaba despertar en él el culto que ofrecia á las mujeres.

X.

La pasion le hizo buscar con más frecuencia la compañía de Vicente.

[redacted]

Pero esto no fué obstáculo para que una dama á quien servia Cárlos de Osorio, se prendase de él é hiciese lo posible para obtener su afecto.

El jóven estudiante no lo notó siquiera.

Su amigo sí, y aunque estaba seguro de que no habia faltado á la lealtad su compañero, estaba desesperado por que notaba desdenes en su amada al mismo tiempo que su solicitud en favor de Hernan Cortés.

XI.

Mas de un mes trascurrió, y una noche, hallándose presente Hernan Cortés, se suscitó una pendencia entre dos jugadores.

Los dos eran valientes, y convinieron en arreglar su asunto por medio de las armas.

Eran los contendientes militares.

Uno de ellos, aunque no conocia á Hernan:

XII.

—Jóven,—le dijo,—permitidme que os exija un favor.

—Hablad.

—Apadrinadme en este duelo.

—Estoy á vuestras órdenes.

XIII.

En aquellos tiempos no pasaban los que tenian

que batirse una ó dos noches en blanco, ni aunque fueran ricos se molestaban en hacer testamento, porque los lances de honor se improvisaban.

Ofendia uno á otro, y no lograban los mediadores establecer la paz: por regla general sacaban las espadas los contendientes y se despachaban á su gusto.

Otras veces, muy pocas, amparándose con padrinos iban á una callejuela sin salida ó á alguna alameda, y allí lavaba la sangre su honra manchada.

XIV.

Hernan Cortés no conocia toda la importancia de la mision que desempeñaba.

Los adversarios llegaron á un callejon sin salida, desenvainaron las espadas y se pusieron en guardia.

El adversario del protegido de Hernan Cortés y su padrino, se habian puesto de acuerdo.

Aprovechando la oscuridad de la noche, cayeron como fieras sobre su enemigo, y gracias á la sorpresa, lograron herirle en el brazo derecho, imposibilitándole de manejar la espada.

XV.

Hernan Cortés, que comprendió la infamia que acababan de cometer, desenvainó la espada, y arre-

[redacted]

metiendo contra los dos miserables, logró ponerlos en fuga, hiriendo gravemente á uno de ellos.

Al ruido de las espadas acudió la justicia; pero al mismo tiempo que entraban por la boca del callejon se abria el postigo de una puerta, y llamados por una mujer, entraron en una casa el herido y su noble padrino, burlando de este modo la vigilancia de la Santa Hermandad.

XVI.

Cuando la justicia desapareció, la misma mujer que habia abierto el postigo, dirigiéndose á los dos hombres á quienes habia salvado:

—Ya podeis estar tranquilos. En cuanto á vos,—añadió, dirigiéndose á Hernan Cortés,—sabed que debeis esta gracia á doña Leonor de Quiñones, que os estima mucho.

La mujer que así hablaba era una dueña.

La dama á quien habia nombrado era la que galanteaba Cárlos de Osorio, y por la misma razon de que no habia hecho caso de ella el jóven Hernan, habia puesto sus ojos en él.

XVII.

Estas dos coincidencias determinaron para el porvenir el carácter de nuestro protagonista.

Osorio hizo los mayores esfuerzos para que su compañero despreciase á Leonor.

El militar á quien habia salvado de la muerte completó la obra del amante celoso.

Vamos á ver de qué manera.

[redacted]

Capitulo XXII.

Las rayas de la mano.

I.

Osorio procuró distraer á su amigo para que no notase los esfuerzos que hacia Leonor en atraerle á sí.

El amor no podia despertarse en su pecho, porque la ambicion le absorbia por completo.

Por otra parte, hizo gran amistad con el militar á quien habia salvado la vida.

II.

En las dos ó tres primeras entrevistas, logró este captarse todas las simpatías.

Le refirió con esa naturalidad propia de los hom-

bres de guerra las acciones en que habia tomado parte.

Le pintó con vivos colores todos los detalles de las batallas, y con estas narraciones hirió una de las fibras más poderosas de su corazon.

Habia nacido para luchar, y las impresiones que el soldado despertaba en su alma desarrollaban en su espíritu el sentimiento que más tarde debia engrandecerle.

III.

No ocultaba á su amigo Osorio el amor que le inspiraban las armas.

—¡Ah! Si yo no me hubiera criado tan recogido en el seno de mi familia,—decia,—si yo hubiera podido vivir al lado de los valientes que luchan por la religion ó por la pátria, en vez de venir á estudiar á Salamanca, hubiera pedido que me enviasen á luchar con los moros.

A pesar de estas confesiones, no estaba más tranquilo el enamorado doncel.

Atribuia los desdenes de Leonor al interés que le inspiraba su camarada, y resolvió destruir en él todos los sentimientos que podian inclinarle á rendir culto á la belleza de la dama.

IV.

En un arrabal de Salamanca, donde se hospeda-

[redacted]

ban muchas gitanas, vivia una bohemiana, llamada Clavellina.

Era célebre por su belleza y por su acierto al decir la buenaventura á los que iban á consultarla.

Hernan Cortés luchaba con la ambicion que se habia apoderado de su ánimo, fundado en el noble deseo de sacar de la pobreza á su familia, y con la pasion que se habia despertado en él por la carrera de las armas, que podia sin duda alguna facilitarle los medios de llegar antes que por el camino de la ciencia á la realizacion de sus esperanzas.

V.

Osorio atribuyó su tristeza á otra causa que la verdadera.

Era amante y era celoso.

—Os veo muy apesadumbrado, mi querido Hernan,—le dijo.—¿Qué teneis?

—¿Por ventura lo ignorais?

—Cuando os lo pregunto...

—La causa de mi tristeza es la seguridad que tengo de no alcanzar nada asistiendo á las aulas, y el deseo cada vez más vehemente en mí de consagrarme á la carrera militar.

VI.

Como Osorio estaba celoso, creyó que le engañaba su amigo.

—¿Y no teneis bastante resolucion para tomar un partido?

—No sé qué hacer. Pienso en mis padres, y mi tristeza se aumenta.

—¿Creeis en esas mujeres que tienen el privilegio de adivinar el porvenir de las personas?

—He oido hablar de ellas.

—En Salamanca hay una muy célebre, que se llama Clavellina. ¿Quereis que vayamos á verla?

—Tengo miedo.

—¿Miedo un hombre que desea batirse con los moros?

—Los infieles no me amedrentan. Es mi porvenir el que me intimida.

—¿Qué sabeis vos?

—Hay séres que nacen con la desgracia, y que la llevan siempre al lado hasta la tumba.

—Eso es dudar de la Providencia.

—Soy cristiano.

—No lo dudo. ¿Quereis que vayamos ahora mismo á ver á Clavellina?

—Vamos.

VII.

Los dos jóvenes cruzaron las estrechas y tortuosas calles que les separabán del arrabal, y llegaron al modesto albergue de la gitana.

Osorio habia visitado, antes de hablar á su ami-

[redacted]

go, á Clavellina, y le habia enseñado el papel que debia desempeñar.

VIII.

La jóven que adivinaba el porvenir, los recibió con ese gracejo, con esa naturalidad, con esa poesía que en su lenguaje y en la expresion tienen las hijas del antiguo Egipto.

—Aquí tienes á un jóven,—dijo Osorio, que desea saber cuál es la suerte que le espera.

—Bien haya ese deseo,—exclamó la gitana,—porque si no me engaño, son aprensiones lo que tiene.

—¿Es cierto,—le preguntó Cortés,—que tú puedes leer en las rayas de mi mano el porvenir que me aguarda?

—Si lo dudais, ¿para qué venís á verme?

—Te hablo así, porque exijo ante todo sinceridad. Si doy fé á tus palabras puedo sufrir mucho, puedo aumentar la pena que me devora. Tú debes tener buen corazon, y no debes desear que nadie sufra.

IX.

—¡Ah!—exclamó Clavellina con tristeza.—Si yo pudiera dar la dicha á aquellos cuyo sino es la desgracia!... ¿Creeis que no seria feliz? Las monedas que recibo en cambio de mis adivinaciones, despiertan

en mi alma la más viva gratitud. ¿Cómo he de engañar á los que me hacen el bien?

—Pues habla entonces.

—Dadme la mano.

—Tómala.

—¡Cómo late vuestro pulso! Teneis fiebre.

—Es mi estado normal.

—Pues parece mentira, porque hay aquí una raya que me dice: «Clavellina, en tus manos tienes las de un valiente.»

—Sí,—dijo Hernan Cortés enardeciéndose.

—¿Es verdad,—añadió la gitana,—lo que me dice esta otra raya? Sois pobre, habeis vivido en el seno de una familia distinguida. Por eso lo veis todo negro. Tranquilizaos, jóven; la desgracia se cansará muy pronto de perseguiros, si empleais el valor que Dios os ha dado para luchar con ella.

Abandonad el camino que seguís; por él os acompañará la tristeza. Seguid otro más brillante, más explendoroso; id á combatir contra los árabes, tomad parte en las guerras de vuestra pátria.

En la lucha encontrareis un bálsamo dulcísimo á vuestras penas: en el triunfo, la satisfaccion de vuestras esperanzas.

X.

—¿No me engañais?—preguntó entusiasmado Hernan Cortés.

—¿Quién sabe si me engaño? Si mi ciencia no



HERNAN CORTÉS.—«Clavellina, en tus manos tienes las de un valiente.»

[redacted]

miente, es verdad lo que os digo. Pero esperad;—añadió la gitana, viendo al jóven sacar una moneda de su escarcela para dársela;—debo advertiros que eviteis un peligro. Vuestro porvenir será risueño si sois fuerte contra el amor; no os dejeis seducir por sus halagos; os perderíais.

—¿Qué me importa? Mi corazon no le ha dado cabida.

—Temed, sin embargo; el amor nace de una mirada, se apodera del alma contra la voluntad de su dueño.

—Mi corazon está helado.

—Eso es lo que os salva. Huid de las mujeres; que nó os fascinen, que no os detengan en vuestra marcha; de lo contrario, ni una sola de vuestras esperanzas llegará á realizarse.

XI.

La gitana habia adivinado la historia de Hernan Cortés.

Habia predicho su porvenir de una manera que le halàgaba.

El esfuerzo que habia tenido que hacer el jóven para rasgar el velo de su porvenir, le habia destrozado el alma.

XII.

Al abandonar la casa de Clavellina le devoraba la calentura.

XIII.

Aquella noche temieron por su vida sus compañeros, y el médico se retiró al amanecer creyéndole perdido.

Inmediatamente envió Osorio un peaton á Medellin para que anunciara á los padres de Hernan Cortés el estado en que se hallaba su hijo.

La gravedad del mal duró muchos dias.

XIV.

Cuando llegó doña Catalina á la cabecera de la cama de su hijo, la crísis era horrible.

Sólo la Providencia podia salvarle.

Despues de una convalecencia muy larga y muy penosa, en la que los padres del enfermo agotaron todos sus recursos, pudo volver con su afligida madre al pueblo en donde habia nacido.

Allí acabó de restablecerse.

XV.

Cuando estuvo bueno, acercándose á sus padres:

—Quiero que me otorgueis vuestra licencia para ir á la guerra.

[redacted]

¿Tenian derecho para negarle nada los que nada le habian podido dar?

Los dos esposos ocultaron sus lágrimas, y le concedieron el anhelado permiso.

XVI.

En aquel tiempo la guerra que más llamaba la atencion de los hombres pundonorosos, era la de Italia.

El Gran Capitan hacia envidiar su compañía á los que sentian el valor en sus venas.

Hernan Cortés se dispuso á ir á Italia.

Pero una terrible recaida le impidió realizar este deseo.

Parecia mentira que una naturaleza tan débil pudiera resistir tantas enfermedades.

XVII.

Se restableció, sin embargo, gracias á los cuidados de sus padres, que se sacrificaban por él; però se quedó tan débil, tan enfermizo, que vió que era una carga para ellos.

Desde entonces su único deseo fué morir.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, los portentos que le contaban de aquellos países, las acciones heróicas de los capitanes que iban á las órdenes del

gran hombre, todo aquello reanimó el fuego que se extinguia poco á poco en el corazon de Hernan Cortés.

Yendo á las Indias, dejaba de ser gravoso á sus padres, y podia realizar sus ensueños de gloria.

O la muerte ó la vida: tal era el dilema que queria resolver.

XVIII.

Su padre era pariente de don Nicolás de Ovando, y accediendo á los ruegos de Hernan, le dió una carta para él.

Se despidió de sus padres, dándoles gracias por los sacrificios que les habia merecido, y ofreciéndoles pagar aquella deuda si no perecia antes.

Llevaba la muerte en su corazon.

XIX.

Los que han leido la historia del descubrimiento de América por Cristóbal Colon, saben cómo llegó hasta la Española, en qué circunstancias conoció al ilustre marino, por qué volvió á la madre pátria, y cuáles fueron las ideas que despertó en su alma el almirante casi en los momentos de su agonía.

¡Cómo no habia de pensar Hernan Cortés al contemplar su pasado y al ver que habia podido vencer á su naturaleza, que habia logrado una gran parte

[redacted]

de sus sueños, que estaba al frente de un ejército valeroso, próximo á empeñar una lucha, cuya victoria debia abrirle camino, y colocarle á la altura de los hombres más grandes de su siglo?

¿Cómo no habia de pensar en las desventuras de su vida, en las lágrimas que habia devorado, y cómo no habia de acordarse ante la idea de sucumbir en el combate, precisamente cuando se acercaba el colmo de su felicidad?

XX.

Montejo conocia toda su historia.

Hallándose los dos en la Española, tuvieron un choque.

No pudiendo contener su pena ninguno de los dos, sacaron los espadas para matarse, y Montejo, que era generoso y valiente, obedeciendo á un impulso instantáneo, arrojó el arma que ostentaba en la diestra.

—No quiero mataros. Sois un hombre de corazon, el porvenir os sonrie: dadme la satisfaccion de veros grande.

Hernan Cortés le tendió sus brazos.

XXI.

Su amistad fué desde entonces en extremo íntima.

Hernan Cortés le refirió sus desventuras.

Montejo pagó esta confianza con la narracion de la historia de su vida.

Hé aquí por qué Cortés en vísperas de la primera batalla se estremecia, no de miedo, que no le conocia, sino por el temor de que sus esperanzas quedasen destruidas con una derrota.

[redacted]

Capítulo XXIII.

El político y el guerrero.

I.

La presencia de Montejo reanimó al capitan.

—Olvidaos de que me habeis visto pensativo,—le dijo.

—Soy vuestro amigo de corazon, y lo único que deseo es ayudaros.

—Aprestémonos al combate.

—Yo por mi parte no tengo miedo. Ya sabemos lo que son los indios, y hasta dónde alcanzan sus flechas.

—Que los soldados asistan al combate con esas cotas de algodon que he mandado fabricar para ellos en la Habana, y que han de preservarlos de las aceradas puntas de las flechas.

—Con los mosquetes y las lanzas pronto pondrán en fuga á los enemigos.

—Es necesario desde el primer momento intimidarles.

—Fácilmente se consigue; con disparar á un tiempo los falconetes de una banda y luego los de la otra.

—Teneis razon.

—Id inmediatamente á dar las órdenes á Francisco de Orozco para que traslade á los botes toda la artillería.

II.

Montejo partió á cumplir sus órdenes, y Hernan Cortés concilió un rato el sueño.

Estaba cansado.

La meditacion habia aniquilado todas sus fuerzas, y necesitaba prepararse para el combate del dia siguiente.

Los primeros rayos del alba le despertaron.

Todos los capitanes llegaron á bordo de la carabela que habian convertido en capitana por su escaso calado.

III.

—¿Estais dispuestos?—les preguntó Cortés.

—Sí,—contestaron.

—Es preciso morir ó vencer.

—Venceremos, no lo dudeis.

—Los indios nos esperan, y es necesario que ten-

[redacted]

gamos precaucion para que no nos pierda el arrojo. Avanzaremos formando con las carabelas un semicírculo; desde el rio dispararemos contra nuestros adversarios, y aprovechando el primer momento en que retrocedan, desembarcaremos y caeremos sobre ellos para que la refriega dure poco.

—Excelente idea,—exclamaron á una los capitanes.

IV

Tomadas todas las medidas, para ejecutarla se pusieron en movimiento los buques.

Poco despues descubrieron los españoles á sus enemigos, que en canoas los unos, y tomando las orillas los otros, aguardaban con ánimo resuelto á los invasores.

V.

Una idea cruzó de pronto por la imaginacion de Hernan Cortés.

El número de sus adversarios era inmenso.

Todo el esfuerzo, todo el heroismo de los españoles podia quedar destruido en un momento por aquella falanje aterradora.

A una órden suya detuvieron su marcha los bajeles.

VI.

Llamó á los capitanes, y una vez reunidos en su presencia:

—No nos bastan las fuerzas para luchar con los enemigos que tenemos delante,—les dijo;—es necesario que nos ayude el talento, la habilidad.

La única arma que debemos emplear contra ellos es la rodela. Defendámonos de sus agudas flechas, y que nos vean avanzar majestuosos hácia donde están; al convencerse de que las aceradas puntas de sus armas se embotan en nuestros escudos, al ver que despues de haber sufrido su ataque caemos sobre ellos, es más posible que huyan amedrentados, que no empeñando una lucha franca y abierta.

VII.

No agradó á los capitanes tener que limitarse á tomar la defensiva.

Pero Hernan Cortés insistó en que era de todo punto necesario convertir en amigos á los enemigos que encontraba.

—No es nuestro objeto,—añadió, —limitarnos á dominar estos países. El fin de nuestra expedicion es otro.

Aún está muy distante la capital del imperio,

[redacted]

que es adonde deben dirigirse nuestras miradas, y si avanzamos sin dejar amigos detrás, nuestra situacion será terrible y nuestra muerte cierta.

VIII.

Las reflesiones de aquel hábil político, garantizadas con el valor que tanto habia demostrado, influyeron poderosamente en el ánimo de todos, y sus órdenes se ejecutaron al pié de la letra.

Aun hizo más: envió por segunda vez á Jerónimo de Aguilar para que parlamentase con los indios.

—Id y pedid de nuevo la paz; aseguradles que si no nos la conceden no tendremos más remedio que luchar, y no seremos responsables de lo que suceda. Insistid en demostrarles que sólo venimos á proporcionarles el bien.

IX.

Aguilar se adelantó en un esquife con el intérprete y algunos marineros.

No quisieron ni oirle.

Apenas vieron acercarse la lancha en donde iba Aguilar, hicieron señas para que se alejase, porque estaban resueltos á luchar.

Algunos reconocieron en este al antiguo cautivo de su cacique.

La estimacion que le profesaban fué causa de que por salvar su vida no le acometiesen.

Pero Aguilar comprendió desde luego que no habia medio de hablar con ellos y conseguir la paz que deseaba Hernan Cortés, y volvió á comunicarle lo que habia pasado.

X.

Las canoas de los indios avanzaron al encuentro de las embarcaciones de Hernan Cortés.

Todo revelaba en ellos una resolucion completa de rechazar la invasion extranjera.

Más de cien canoas se colocaron enfrente de los buques de los españoles, y cuando estuvieron á bastante distancía para que sus flechas pudieran herir á sus enemigos, las dispararon á un mismo tiempo, de tal manera, que aquello fué una granizada.

XI.

Todas las órdenes que habia dado Hernan Cortés, todos los deseos que tenian sus soldados de obedecerle, todas las reflexiones que les habia hecho el valiente caudillo para sustituir el valor con la prudencia, fueron inútiles desde el primer momento en que aquella inaudita provocacion tuvo lugar.

Los soldados de Cortés se acordaron de que eran españoles.

[redacted]

XII.

A fuerza de remo no tardaron en hallarse á muy corta distancia de los indios que estaban en las canoas, y una vez allí dispararon sobre ellos, y llegando á juntarse las bandas de las canoas con las de los botes, en tanto que los indios luchaban con las flechas á guisa de puñales, los españoles con las espadas y las lanzas hacian una horrible matanza en aquellos infelices.

Los más prudentes retrocedieron.

Los más audaces, cayendo al agua, teñian con su sangre el trasparente líquido.

Despues de una heróica resistencia, los indios dejaron libre la orilla.

XIII.

Los españoles desembarcaron con presteza, y se detuvieron un instante para organizarse.

Muy pocos fueron los heridos en aquella sangrienta refriega.

Los misioneros que llevaban en sus embarcaciones, se quedaron cuidándolos en una de las carabelas.

XIV.

Entre tanto, avanzaron los españoles; pero á poca

distancia de la orilla encontraron un suelo pantanoso, donde se hundian sus piés.

Aquel lodo no les permitia avanzar.

Al llegar á muy corta distancia de un bosque, en donde esperaban hallar mejor terreno, vieron de pronto aparecer una porcion de indios, que disparando sobre ellos sus flechas, volvieron á ocultarse.

XV.

No habia duda: estaban emboscados.

La lucha iba á ser más terrible.

Aquellos hombres, defendidos por los troncos de los árboles, subidos otros en sus ramas, iban á recibirlos con una lluvia de flechas.

El político dominó al guerrero.

—Alto,—exclamó Cortés;—soy vuestro jefe, y debo velar por vuestra vida.

Por aquí caminamos á la tumba.

Conozcamos antes de avanzar las fuerzas de nuestros enemigos, y busquemos antes que todo sus flancos vulnerables.

[redacted]

Capítulo XXIV.

La toma de Tabasco.

I.

Siempre está lo ridículo al lado de lo sublime.

La historia, al describir la batalla que hemos referido en el capítulo anterior, consigna un detalle, pueril si se quiere, pero que no tenemos más remedio que reproducir por no faltar á la verdad histórica.

En la refriega luchó con tal denuedo Hernan Cortés, que perdió un borceguí, y tan enardecido estaba y tan preocupado, que ni siquiera lo notó al cruzar trabajosamente aquel terreno pantanoso, ni lo hubiera notado si su escudero no le hubiera llamado la atencion.

Estos detalles, por pueriles que parezcan, completan más y más los rasgos y la manera especial de ser de los grandes hombres.

II.

Conteniendo su ímpetu Hernan Cortés, y dictando las medidas que acabamos de escuchar dè sus lábios:

—¿Conoceis el terreno?—preguntó el caudillo á Aguilar.

—Sí,—dijo este.

—El camino del bosque...

—Está erizado de peligros. Los indios se han emboscado sin duda alguna entre los árboles, y cuantos soldados penetren en la selva perecerán.

—¿Hay próximo algun pueblo, alguna ciudad?

—Sí; la ciudad que dá nombre á esta parte del territorio, Tabasco.

—¿Y no hay otro camino?...

—Sí, uno un poco más largo; pero no ofrece riesgo alguno...

—¿Le conoceis?

—Le he recorrido muchas veces.

—En ese caso, Alonso Dávila os acompañará con cien soldados.

III.

Llamó al capitan de este nombre, y le dió las órdenes para que siguiera á Jerónimo de Aguilar.

—Yo atravesaré el bosque con mis soldados,—dijo Hernan Cortés.

[redacted]

IV.

Partieron Alonso Dávila y Aguilar, y Melchor, que por órden de su amo se acercó á la entrada del bosque, anunció que los indios, al ver partir un destacamento de los españoles, se habian retirado, quedando franco el camino.

Cortés arengó á sus soldados.

Sus palabras los entusiasmaron.

V.

Envió á Pedro de Alvarado con un destacamento para que formase la vanguardia.

A muy poca distancia le siguió con sus huestes, y aun no habian trascurrido dos horas, cuando las tropas de Hernan Cortés se hallaron en frente de la ciudad de Tabasco, admirablemente fortificada por los indios.

VI.

Todo el perímetro de la ciudad estaba rodeado por una muralla formada con grandes troncos de árboles enclavados en la tierra, y tan juntos, tan compactos, que sus aberturas sólo dejaban espacio para que los indios pudieran arrojar desde ellas sus afiladas flechas con la mayor impunidad.

Aquella originalísima muralla formaba un círculo, y sólo por un lado tenia una abertura, en la que la muralla formaba una calle espaciosa con castilletes, fabricados tambien con troncos de árboles, en los qué podian guarecerse los indios para disputar el paso á sus enemigos.

VII.

No intimidó al caudillo aquel inesperado obstáculo.

Los más valientes de los soldados que formaban en sus filas se estremecieron al ver aquella muralla inexpugnable que les separaba de la ciudad, desde cuyas troneras podian los indios atacar sin temor de ser heridos.

VIII.

Volviéndose á sus huestes:

—Esa ciudad,—les dijo Hernan Cortés,—ha de ser esta noche nuestro alojamiento. En ella se han encerrado los enemigos á quienes habeis vencido en el campo. Esa frágil muralla que les defiende, sirve más á su temor que á su seguridad. Vamos, pues, á seguir la victoria comenzada antes qué pierdan esos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva nuestra detencion á su atrevimiento.

[redacted]

IX.

Aún no habian llegado Aguilar y Dávila.

Enviando un emisario á su encuentro, y dándoles las órdenes necesarias para que reforzasen el ataque empuñando con la siniestra la bandera que hemos visto ondear en la playa de la Habana en el momento del embarque de sus tropas, y blandiendo la espada en la diestra:

—Animo, amigos,—dijo;—penetremos en la ciudad, y destruyamos á nuestros enemigos. Sus murallas me irritan y sofocan en mi alma todos los sentimientos de piedad; en mi inteligencia todos los consejos de la astúcia. ¡Santiago y á ellos!

Y dando el ejemplo, avanzó con ánimo resuelto, y seguido por todos sus soldados, que se desplegaron en ala hácia el pié de aquellas murallas, sin retroceder ante la lluvia de flechas que los indios dispararon contra ellos.

X.

Tal fué el empuje, que no tardaron los soldados de Hernan Cortés en acercarse á la muralla y en aprovecharse de las mismas aberturas para disparar sus arcabuces y lombardas.

Mientras los unos atacaban á los indios, otros destruian aquella empalizada, y no tardaron en abrir

grandes brechas, por las cuales penetraron en el punto fortificado.

Desde las chozas, desde las casas, continuaron resistiendo los indios.

XI.

Aguilar y Dávila llegaron con refuerzos.

Los españoles avanzaban por instantes.

Atravesando por una hilera de casas, llegaron á una gran plaza, donde los indios les opusieron nueva y tenaz resistencia.

Desde las calles que afluian á la plaza, procurando ocultarse siempre, disparaban sus flechas los naturales contra los extranjeros.

Las mismas calles tenian á su entrada maderos atravesados á guisa de barricadas.

XII.

La bravura, el arrojo, el entusiasmo de los españoles fué tan grande en aquellos momentos, era tal el deseo que tenian todos de imitar á su jefe, el cual peleaba como un simple soldado al lado suyo, que los indios, viendo lo inútil de sus esfuerzos y las bajas que hacian en sus filas los arcabuces y las ballestas de los españoles, dieron por perdida su causa, y abandonando sus hogares, dejando atrás á sus muje-

[redacted]

res y á sus hijos, corrieron á refugiarse en las montañas y en los bosques.

El triunfo de los españoles fué completo.

XIII.

Al lado de Hernan Cortés iba siempre uno de sus capitanes predilectos: Bernal Diaz del Castillo, que más tarde fué uno de los historiadores del gran hombre.

En el combate quedó gravemente herido, y con él quince soldados.

Los españoles se alojaron en tres adoratorios de los más principales de la ciudad, y aunque penetraron en muchas casas animados por la idea del saqueo, inevitable compañero de la guerra, sobre todo en aquellos tiempos, tuvieron ocasion de conocer cuán precavidos eran sus enemigos.

XIV.

En efecto; temerosos desde el momento en que envió Cortés el emisario para redimir á los cautivos de que los extranjeros intentarian dominarlos, como habian dominado á los habitantes de la Española, se prepararon para resistirlos.

Animados por sus caciques y por sus sacerdotes, todos los habitantes de Tabasco, sin distincion de cla-

grandes brechas, por las cuales penetraron en el punto fortificado.

Desde las chozas, desde las casas, continuaron resistiendo los indios.

XI.

Aguilar y Dávila llegaron con refuerzos.

Los españoles avanzaban por instantes.

Atravesando por una hilera de casas, llegaron á una gran plaza, donde los indios les opusieron nueva y tenaz resistencia.

Desde las calles que afluian á la plaza, procurando ocultarse siempre, disparaban sus flechas los naturales contra los extranjeros.

Las mismas calles tenian á su entrada maderos atravesados á guisa de barricadas.

XII.

La bravura, el arrojo, el entusiasmo de los españoles fué tan grande en aquellos momentos, era tal el deseo que tenian todos de imitar á su jefe, el cual peleaba como un simple soldado al lado suyo, que los indios, viendo lo inútil de sus esfuerzos y las bajas que hacian en sus filas los arcabuces y las ballestas de los españoles, dieron por perdida su causa, y abandonando sus hogares, dejando atrás á sus muje-

[redacted]

res y á sus hijos, corrieron á refugiarse en las montañas y en los bosques.

El triunfo de los españoles fué completo.

XIII.

Al lado de Hernan Cortés iba siempre uno de sus capitanes predilectos: Bernal Diaz del Castillo, que más tarde fué uno de los historiadores del gran hombre.

En el combate quedó gravemente herido, y con él quince soldados.

Los españoles se alojaron en tres adoratorios de los más principales de la ciudad, y aunque penetraron en muchas casas animados por la idea del saqueo, inevitable compañero de la guerra, sobre todo en aquellos tiempos, tuvieron ocasion de conocer cuán precavidos eran sus enemigos.

XIV.

En efecto; temerosos desde el momento en que envió Cortés el emisario para redimir á los cautivos de que los extranjeros intentarian dominarlos, como habian dominado á los habitantes de la Española, se prepararon para resistirlos.

Animados por sus caciques y por sus sacerdotes, todos los habitantes de Tabasco, sin distincion de cla-

ses, construyeron aquella fortaleza, aquellas murallas que se presentaron á la vista de los españoles.

Seguros de su valor, pero temerosos de una derrota, la mayor parte de ellos llevaron á los bosques y á las montañas á sus esposas y á sus hijos.

Todos desalojaron sus casas y se llevaron sus bienes.

XV.

Cuando quedaron vencedores los españoles, encontraron las viviendas completamente desalojadas.

El botin fué para ellos una ilusion.

Aun demostraron los indios de Tabasco su experiencia en la guerra, su carácter independiente, su valor heróico, con un acto que no pudo ménos de sorprender á Hernan Cortés y á sus capitanes.

XVI.

Pocos muertos hallaron en las calles de la ciudad, y eso que la matanza habia sido horrible.

En cuanto á heridos, no hallaron uno solo.

No querian que sus enemigos pudieran gozarse en contemplar sus víctimas.

No hubo uno solo de los que huyeron que no llevase á cuestas un herido y un muerto, para robar esta parte de gloria al triunfo que habian alcanzado sus adversarios.

[redacted]

XVII.

—Hemos logrado nuestro deseo,—dijo Hernan Cortés á los suyos.—Hemos vencido á un ejército formidable, y sus flechas no han podido matar á ninguno de nosotros.

Cuidemos á los heridos, descansemos de nuestras fatigas, y que este primer triunfo que hemos obtenido nos aliente en lo sucesivo.

XVIII.

Despues de disponer que recorrieran patrullas toda la ciudad y que se colocasen centinelas en los alrededores, se entregó al descanso.

Antes de conciliar el sueño quiso dar una órden á su intérprete Melchor.

Dispuso que le buscasen, y los escuderos á quienes dió la órden volvieron, anunciándole que no parecia.

XIX.

Hernan Cortés recordó entonces que desde el momento en que entraron en la ciudad le habia perdido de vista.

—Habrá muerto,—pensó.

XX.

Insistió entonces en buscarle, y cuantas tentativas se hicieron al efecto fueron inútiles.

Melchor habia desaparecido.

Cortés le creyó muerto.

Desgraciadamente para él no era así.

[redacted]

Capítulo XXV.

Una disección.

I.

El amor ha cometido grandes crímenes en el mundo.

Por él se han trasformado los hombres más leales en traidores, los más valientes en tímidos, los más cobardes en denodados.

Un nuevo ejemplo de estas profundas alteraciones que se operan en el carácter de los mortales, vá á ofrecernos el leal servidor de Hernan Cortés.

II.

Melchor habia nacido en Cuba.

Diez y seis años tendria, sobre poco más ó ménos, cuando los españoles, á las órdenes de Velazquez, conquistaron aquella isla.

Algunos indios, viéndose perdidos, se alejaron en las canoas de la isla en donde habian puesto su planta los extranjeros, y corrieron á refugiarse en el Yucatan.

Otros quedaron heridos ó prisioneros en poder de los españoles.

III.

Melchor, que entonces se llamaba Ibo-ibo, fué uno de los más denodados defensores de la independencia de su pátria; pero quedó herido en el campo al decidirse la victoria por los extranjeros.

Su buena suerte quiso que cayera en poder de Hernan Cortés.

IV.

Le habia visto batirse con arrojo, le habia visto caer herido por una ballesta, y la juventud del indio, la inteligencia que revelaban sus ojos, el heroismo con que habia peleado, despertó hácia él vivas simpatías en el entonces oscuro capitan, á quien más tarde debia servir de intérprete.

Bajo su custodia le prestó los mayores cuidados, y fué para él, más que un vencedor, un hermano.

[redacted]

V.

Ibo-ibo tardó más de un mes en curarse de su herida.

Poseia un noble corazon, y la gratitud le hizo considerar á Cortés como su Providencia.

Cuando estuvo completamente bueno y supo que los indios eran esclavos de los españoles:

—Amo mio,—dijo á Hernan Córtés,—yo no quiero separarme de vuestro lado: si he de ser esclavo como todos, que halle la recompensa de mi sacrificio al pagaros con mi lealtad una deuda de gratitud.

VI.

Cortés escuchó sus ruegos, y pidió á Velazquez que le diese á Ibo-ibo.

El indio buscó á sus padres.

Habian perecido en la refriega.

Buscó á Caoniana, jóven india de diez y seis abriles, que habia despertado en su alma el sentimiento del amor.

—Caoniana ha muerto,—le dijeron sus hermanos.

—¿Y sus padres?

—Tambien.

Ibo-ibo habia quedado completamente huérfano.

VII.

Un solo consuelo quedaba á su dolor: el cariño que le profesaba Hernan Cortés, aquella adhesion que sentia hácia su persona.

Ibo-ibo devoró sus penas en silencio.

—Es necesario que aprendas á hablar nuestro idioma,—le dijo Hernan Cortés.

El indio se aplicó, y en breve tiempo supo el idioma de los españoles.

—No basta que hables como nosotros,—le dijo Hernan Cortés;—es necesario, para que seas digno de mi amistad, para que adquieras superioridad sobre todos los indios, que profeses la religion cristiana, que recibas el agua del bautismo, que aprendas nuestras oraciones, que te identifiques con nosotros.

Ibo-ibo renunció á su idolatría, escuchó con atencion las pláticas de los misioneros, se instruyó en los misterios de la religion, y fué bautizado en un dia de la Epifanía, razon por la cual recibió el nombre de Melchor.

VIII.

En muchos años demostró de tal modo su cariño, su lealtad á Hernan Cortés, que el ilustre caudillo no vaciló en honrarle con toda su confianza, y en llevarle á su lado como intérprete y como guia al tomar el

[redacted]

mando de las tropas que iban á conquistar á sus órdenes el gran imperio de Motezuma.

IX.

Como Hernan Cortés le estimaba, le habia observado siempre con atencion y habia notado con sorpresa que la fiebre del amor estaba muerta en su corazon.

Los otros indios, esclavos y todo, rendian culto al ménos á la ley natural.

Melchor huia de todas las ocasiones, y parecia tener un profundo ódio á todas las mujeres.

X.

Le hemos visto salir de la Habana con Hernan Cortés, y en los peligros prestarle muchos servicios.

¿Qué habia motivado su desaparicion?

¿Cómo aquel hombre leal, sincero, capaz de todos los sacrificios imaginables siempre que se trataba del bien de su amo, habia desertado de aquel modo?

El amor habia sido su tentacion.

XI.

Cuando los españoles, creyendo tomar por sorpre-

sa la ciudad de Tabasco, se precipitaron sobre sus murallas y abrieron brechas para penetrar en el punto fortificado, Melchor, movido por el deseo de secundar los planes de su amo, escaló la muralla de troncos, y hablando á los indios en su idioma, trató de convencerlos á que se rindieran.

Pero cuál fué su sorpresa al ver que de entre los indios que peleaban salió uno, y llamándole por su primitivo nombre, le tendió los brazos.

—¡Padre mio!—exclamó Melchor, reconociendo en el indio al autor de sus dias.

XII.

Hubo una explicacion entre los dos.

Melchor supo que habiendo logrado escapar su padre del poder de los españoles, se habia refugiado en Tabasco, logrando salvar de la muerte á Caoniana, á quien por el lazo amoroso que habia contraido con Ibo-ibo consideraba como su hija.

La idea de que vivia Caoniana, de que podia volver á verla; la noticia que tuvo por su padre de haber sido fiel á su amor, que pensaba en él á todas horas y que le esperaba segura de que él iria á buscarla, hizo olvidar al mancebo su lealtad.

XIII.

El torrente tanto tiempo oprimido se desbordó.

[redacted]

—¿Dónde está Caoniana?—dijo á su padre.

—Con todas las mujeres se ha refugiado en la montaña. Hace ya tiempo que esperábamos á los extranjeros; como la suerte les favorece siempre, hemos creido que peligraria nuestra independencia, y antes de que este caso llegara, hemos salvado á nuestras esposas, á nuestras madres, á nuestras hijas.

—¡Ah!—exclamó Melchor, sintiendo renacer el amor pátrio en su pecho.—El deber es ante todo; yo pelearé á vuestro lado, yo sacrificaré mi lealtad á la defensa de vuestra causa. El amor de Caoniana me dará fuerzas para vencer.

XIV.

El ataque de los españoles fué tan rudo, que mientras duró este diálogo entre padre é hijo lograron penetrar en la plaza.

Los indios se replegaron.

—Arroja ese ignominioso traje,—dijo á Ibo-ibo su padre,—y corre presuroso á la Montaña Verde, donde Caoniana al verte recobrará la felicidad que ha perdido. Yo he jurado morir ó vencer; si muero, recibe mi bendicion.

XV.

Melchor se despojó de su traje, semejante al de los españoles, y obedeció las órdenes de su padre.

Para llegar á la Montaña Verde tenia que cruzar

por una espesa calle de árboles, de uno de los muchos bosques que rodeaban la ciudad.

Colgando en uno de los árboles el traje, corrió para llegar cuanto antes adonde estaba Caoniana.

XVI.

Mientras tanto, luchaban poco ménos que cuerpo á cuerpo los indios con los extranjeros.

Caoniana recibió en sus brazos á Ibo-ibo.

La felicidad embriagó al intérprete de Hernan Cortés.

No trascurrió mucho tiempo sin que los indios, vencidos, llegasen á guarecerse entre las rocas de la Montaña Verde, conduciendo sobre sus hombros los heridos y los muertos.

Entre los últimos vió Ibo-ibo á su padre.

XVII.

Dominado por el dolor:

—Juro sobre tu cabeza,—dijo,—ayudar á exterminar á los españoles.

Yo os guiaré al combate; mi dolor me dará fuerzas, la esperanza del amor me ayudará á combatir; busquemos en el descanso trégua á nuestro dolor, y mañana mataremos á los españoles.

El amor habia convertido á Ibo-ibo en uno de los más encarnizados enemigos de Hernan Cortés.

[redacted]

XVIII.

Este era un verdadero contratiempo para los españoles.

Melchor sabia las intenciones de su amo.

Conocia á los soldados que le acompañaban, y habia aprendido de los españoles las maniobras más decisivas en los combates.

XIX.

Cuando al penetrar en el bosque que conducia á la Montaña Verde encontraron los emisarios de Hernan Cortés el traje que habia dejado en un árbol Melchor, y lo llevaron á su jefe, asegurándole que no parecia por ningun lado, Hernan Cortés comprendió lo que pasaba.

—Es una verdadera desgracia,—dijo;—esa desercion nos obliga á duplicar nuestras fuerzas. La ingratitud de ese hombre puede costarnos cara; pero á nuestro lado pelean la razon y la fé.

Capítulo XXVI.

Zozobras.

I.

El caudillo no se habia equivocado.

Despues de las primeras declaraciones que habia hecho Melchor á los indios para que considerasen ménos definitiva de lo que pensaban su derrota, dominado por el amor de su pátria, que se habia despertado en él por el deseo de salvar á su amada, insistió en ayudar á los indios.

Durante toda la noche fueron regresando los que con tanto denuedo se habian batido.

Todos estaban desanimados.

II.

—Es imposible luchar con esos hombres,—decia uno.

[redacted]

—Muestras armas no les hieren,—exclamaba otro.

—¿Qué poder sobrehumano les defiende, que nuestras flechas se embotan en su cuerpo sin producirles mal alguno?

—En cambio, con sus armas nos matan.

—Disponen del rayo.

—Por eso son inmortales.

—¡Desgraciados de nosotros!...—dijo otro.—Nos aguarda la misma suerte que á los indios de Haiti.

III.

En medio de la consternacion que estas palabras producian, no habia uno solo que abrigase la esperanza de poder contrarestar el empuje de los enemigos.

—Huyamos, huyamos pronto de aquí á tierras más lejanas.

—Dejémosles libre el campo.

—Que se apoderen de nuestros dominios, de nuestras casas; pero que al ménos no se gocen contemplando á sus víctimas.

IV.

Todos se disponian á seguir estos consejos, cuando Melchor, llamando en torno suyo á los caciques:

—No temais,—exclamó;—estais completamente equivocados. El miedo os hace creer lo que no es.

—¿Por ventura no nos basta luchar cuerpo á cuerpo con los españoles?

—Yo he vivido con ellos, yo hé estado á sus órdenes, yo he devorado algun tiempo la afliccion de la esclavitud, y los conozco mejor que vosotros.

—¿Que no son inmortales?

—No; al contrario, si nuestras flechas no les hieren, es por que esos petos de hierro, esos casços del mismo metal, cubren su cuerpo y su cabeza; y además por que saben defenderse mejor que nosotros.

V.

—¿Y hay por ventura algun medio de proveernos de esa defensa?—preguntaron algunos.

—No hay otro medio que luchar con ellos.

—Nos han vencido.

—Eso no importa: algunas horas de trégua para descansar, y mañana volveremos á combatir con ellos.

Son pocos; yo los he contado.

Nosotros somos muchos, pero no sabemos batirnos.

Yo he aprendido á su lado á hacer que un hombre valga por ciento.

Dadme el mando de todos vosotros, dejadme que os guie en el combate, y no dudeis del triunfo.

Lo que conviene es separarlos; con veinte ó treinta que caigan en nuestro poder podemos ganar mucho terreno.

[redacted]

Despojándolos de sus armaduras, nos las pondremos y desafiaremos entonces el poder de sus balas.

VI.

—¿Pero no son dueños del rayo?—añadió uno de los indios.—¿Por ventura esas detonaciones, esos pedazos de metal que matan á nuestros hermanos, no son obra de un poder supremo?

—Estais en un error. Son tan mortales como nosotros, y si logramos que agoten las municiones que traen, si llegamos á luchar cuerpo á cuerpo con ellos, entonces ya no hay duda, la victoria es nuestra.

VII.

Aquellas tranquilizadoras esperanzas reanimaron el abatido espíritu de los indios.

Todos, hasta los caciques más poderosos, proclamaron como jefe y caudillo á Melchor.

La idea de obtener un triunfo, de poder presentarse á los ojos de Caoniana como un héroe, le embriagó por completo.

¡Ah! En aquellos momentos obraba mal.

Cometia un crímen, pagaba con la ingratitud una deuda sagrada, y la Providencia no podia velar á su lado.

VIII.

Mientras hacia los preparativos para el próximo combate, mientras formaba á los indios en batallones, como habia visto que se formaban los españoles; mientras enviaba espias para que le diesen noticia de los movimientos de los extranjeros; mientras, en una palabra, se aprovechaba de los conocimientos militares que habia adquirido al servicio de los dominadores de Cuba, los españoles, en medio de la más profunda soledad, no sabian qué partido tomar.

IX.

El mismo Hernan Cortés, que habia tenido ocasion de apreciar el gran número de fuerzas con que contaban los indios, que habia observado su bravura, que los consideraba más feroces, más inteligentes, más capaces del heroismo que los indios de las demás islas que hasta entonces habian dominado las armas españolas, temblaba en medio de aquella soledad.

Sus navíos más importantes estaban á alguna distancia.

Las carabelas de pequeño calado y los esquifes, atracados en la orilla y cuidados por muy pocos marineros.

[redacted]

X.

Todo el ejército se encontraba en Tabasco alojado en los adoratorios de la gran plaza.

Melchor no parecia; Melchor podia haber muerto, era verdad; pero de ser así, aquellos hombres, que recogian los cadáveres para que no gozasen sus enemigos al contemplarlos, se hubieran apresurado á enviar á Hernan Cortés el cadáver de su intérprete, seguros de causarle un hondo pesar.

No lo habian hecho; Melchor no parecia, sus vestiduras se habian encontrado colgadas de un árbol; habia renunciado á la proteccion que le dispensaban, habia olvidado su gratitud, habia arrojado aquel dogal, símbolo de la esclavitud, y entre sus hermanos, ansioso de venganza, con todos los elementos para llevarla á cabo, se aprestaba en aquellos instantes á sorprender á los españoles y á anonadarlos con el número de combatientes.

XI.

Para aumentar las dudas, las zozobras, las inquietudes del caudillo, de sus capitanes, de sus soldados, hasta la misma naturaleza parecia confabularse con sus enemigos.

La noche estaba oscura, lóbrega.

Durante el dia habia abrasado el sol á los guerreros.

Al anochecer se habia levantado uno de esos terribles huracanes del trópico, y á lo lejos resonaba ese lúgubre sonido que produce el vendaval cuando agita los frondosos árboles.

Aquel ruido impedia á los centinelas oir si se acercaban los pasos de los enemigos.

Se habian alejado, pero podian volver de un momento á otro.

Si dividia su pequeño ejército para que cada uno de los capitanes saliese con unos cuantos hombres á explorar el terreno, podia muy bien verse sorprendido; permanecer allí sin hacer nada, era para un hombre como Hernan Cortés, una de las situaciones más horribles en que podia encontrarse.

XII.

A la mañana siguiente, casi al romper el alba, resolvió enviar dos fuertes destacamentos en direccion al refugio que habian buscado los indios, para saber á qué atenerse.

Necesitaba para ponerlos al frente de aquellas tropas dos hombres de corazon y de prudencia.

Eligió desde luego á Pedro de Alvarado y á Francisco de Lugo.

Dió á cada uno cien hombres, y los mandó que por distintas sendas se encaminasen hácia la monta-

[redacted]

ña, en donde suponia que se habian refugiado los indios.

—Si hallais al enemigo,—les dijo,—volved hácia el cuartel general. Conviene darle una nueva batalla; pero estando todos reunidos. Lo demás seria hacer alarde de un valor estéril.

Prometieron obedecer sus órdenes los dos capitanes, y partieron.

XIII.

Su marcha no amenguó la zozobra de Hernan Cortés.

Aquella misma tarde recibió un parte por uno de los soldados de Alvarado, pidiéndole refuerzos.

—La batalla se ha empeñado,—le dijo;—volved en socorro de los dos capitanes.

Capítulo XXVII.

Emboscada.

I.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Francisco de Lugo tomó la senda que conducia directamente á un bosque que separaba el llano de la montaña.

Por muy de prisa que se hicieron los preparativos, no pudieron salir las columnas hasta muy cerca de las ocho de la mañana.

A aquella hora habia ya organizado su ejército Melchor, y comprendiendo que los españoles elegirian el camino más natural, más llano y más derecho, distribuyó en el bosque el grueso de sus fuerzas.

II.

Dos horas de camino llevarian los soldados de

Francisco de Lugo cuando llegaron á la entrada del bosque.

Un sargento de hercúleas fuerzas, de un valor y de un arrojo sin igual, penetró con cuatro soldados á través de los árboles, se internó un poco y volvió, diciendo á Francisco de Lugo:

—Los enemigos están muy lejos. La derrota de ayer los ha amedrentado sin duda, y podemos entrar en el bosque sin peligro de caer en alguna emboscada.

III.

Era Francisco de Lugo hombre prudente, y dispuso que sus cien soldados se dividieran en ocho ó diez pequeños destacamentos, por lo que pudiera suceder.

Penetraron en el bosque en esta forma, y no oyeron el menor ruido.

El viento habia cesado, y la naturaleza estaba en uno de esos momentos de calma tan propios de los trópicos.

IV.

No eran las calles de aquella selva tan regulares como las de los bosques que hay en Europa.

Desiguales y tortuosas, eran puramente estrechas en algunos espacios, y formaban plazas ó esplanadas en otros.

Los españoles avanzaban en pequeños grupos, muy poco separados unos de otros.

Todos ellos llegaron á una esplanada que habia á un cuarto de legua de la entrada del bosque.

Allí mandó hacer alto el capitan.

V.

No bien se reunieron los soldados, cuando desde las ramas de los árboles de las calles que partian de aquella especie de encrucijada cayeron sobre los españoles una lluvia de flechas, y en un momento se vieron rodeados por millares de indios, que no se atrevian á acercarse: por lo ménos parecian resueltos á concluir con sus enemigos.

VI.

La situacion de Francisco de Lugo fué angustiosa.

No se intimidaron los soldados: eran españoles.

Pero el enemigo les habia sorprendido.

Estaban completamente acorralados.

No tenian más recurso que formar un cuadro dentro de la esplanada y defenderse hasta morir.

Dispúsolo así el capitan, y formando con sus pechos murallas mientras cargaban sus arcabuces, los que disparaban los suyos pudieron defenderse y can-

[redacted]

sar grandes pérdidas al enemigo, sin que gracias al temor que tenian los indios á las balas, pudieran hacerles daño con sus flechas.

VII.

Estaban colocados á una distancia suficiente para que los proyectiles no les hiriesen.

Las flechas, por lo tanto, llegaban sin fuerza á los pechos de los españoles.

Pero á cada minuto se aumentaban las fuerzas de los indios.

Nuevos guerreros acudian de la montaña al llamamiento de sus hermanos, porque podian realizar el deseo de Melchor.

VIII.

Allí habia cien hombres.

Todos ellos estaban armados.

Todos ellos tenian petos, espaldares, cotas de algodon, y se figuraban que apoderándose de estos objetos podian desafiar con más probabilidades de triunfo á los demás soldados de Hernan Cortés.

Más de dos horas sostuvieron el puesto los españoles, haciendo disparos certeros.

IX.

Ya estaban á punto de acabarse las municiones

de los españoles, cuando llegaron á su lado para favorecerles los soldados que habian salido á explorar el terreno á las órdenes de Pedro de Alvarado.

Este bizarro capitan habia seguido la senda que le trazó Hernan Cortés; pero llegó á un paraje pantanoso y desde allí torció á la derecha.

Apenas avanzó algunos pasos, oyó la detonacion de los arcabuces.

Esto le hizo comprender que sus compañeros estaban en peligro.

X.

Guiado por el ruido de los tiros, pudieron acercarse hasta donde estaban y prestarles una gran ayuda.

A la llegada de los soldados de Alvarado se rompió el cuadro.

Aquellos hombres, que venian de refresco, persiguieron á los indios, y despues de obtener el primer triunfo sobre ellos, al ver que se alejaban, comenzaron á efectuar una de las más admirables retiradas que se han llevado á cabo por los ejércitos del mundo.

XI.

Los indios, instigados por Melchor, fueron á través de los árboles hasta la entrada del bosque para

impedir á los españoles que pudieran llegar á Tabasco.

Los soldados, á las órdenes de sus capitanes, retrocedian haciendo disparos certeros.

Cuatro horas, cuatro eternas horas duró este combate, y en ellas solo consiguieron llegar hasta la entrada del bosque.

Allí eran los árboles muy espesos.

Detrás de sus troncos podian defenderse los indios y disparar impunemente cası al lado de sus enemigos.

XII.

Todo iban á perderlo, cuando Hernan Cortés, avisado por un soldado que le envió Francisco de Lugo, llegó con nuevas fuerzas, alejó de la entrada del bosque á los indios, y los persiguió, luchando cuerpo á cuerpo con ellos.

XIII.

La desesperacion de los indios fué horrible.

Olvidándose del peligro que corrian, caian á grandes bandadas sobre los españoles, rodeando el cuerpo de algunos de ellos como culebras, cortándose las manos con las espadas al querer cogerlas, empleando, en fin, todos los medios que la desesperacion y el valor aconsejan á los hombres.

La batalla fué mucho más terrible que la del dia anterior.

Los indios llenaron el suelo de cadáveres.

XIV.

De los españoles sólo once quedaron heridos.

Muertos no tuvieron más que dos.

Al regresar Hernán Cortés al cuartel estaba más satisfecho, más tranquilo.

El triunfo que habia obtenido era inmenso; á sus ojos definitivo.

¡Cuánto se engañaba!

XV.

Los indios que quedaron vivos resolvieron libertar á su pátria de la opresion de aquellos extranjeros, ó morir todos.

Enviaron inmediatamente emisarios á las provincias próximas, á las islas vecinas.

Melchor convocó á los caciques de todas ellas, y todos acudieron al llamamiento.

Miéntras dormian sobre sus laureles los españoles, los indios, resueltos á jugar el todo por el todo, á sucumbir antes que ser esclavos, juraban ante altar de sus ídolos sacrificar su vida, la de sus esposas y sus hijos en aras de la pátria.

[redacted]

XVI.

¡Qué hermoso, qué simpático es el valor cuando defiende la independencia de un pueblo!

Aquellos infelices tenian derecho á que se respetaran sus hogares, sus creencias, y estaban dispuestos á sacrificar en aras del amor de la pátria todas sus esperanzas, toda su felicidad, todos sus bienes.

XVII.

Cualquiera otro caudillo que no hubiera sido Hernan Cortés, hubiera retrocedido ante el espectáculo que los habitantes de Tabasco presentaron á sus ojos algunos dias despues de la victoria que habian alcanzado sobre ellos...

XVIII.

Es necesario todo el heroismo, todo el genio, toda la grandeza de ánimo de aquel hombre privilegiado, para no retroceder ante aquel formidable ejército, no contando más que con un escaso número de hombres, cansados ya y convencidos de que no realizaban las ideas que los habian llevado á aquellas lejanas tierras.

¡Qué empuje no tendria la voz de aquel guerrero!

¡Qué ascendiente tan poderoso no ejerceria sobre sus soldados, cuando pudo lograr que un puñado de hombres se presentase frente á frente de un ejército de más de cuarenta mil.

Aquella batalla fué superior á las anteriores, y merece capítulo aparte.

[redacted]

Capitulo XXVIII.

Los prisioneros.

I.

Durante la refriega que sostuvieron con los indios Francisco de Lugo y Pedro Alvarado, al aproximarse Hernan Cortés con tropas en su auxilio, se pusieron en precipitada fuga los indios, y los españoles, aprovechándose de aquel pavor de sus enemigos, persiguieron á algunos de ellos y lograron apoderarse de doce.

Volvieron con ellos al cuartel general, y Hernan Cortés dispuso que les trataran con la mayor atencion, porque desde luego concibió la idea de apoderarse de su voluntad y de obtener con astucia en sus declaraciones las noticias más importantes, y que necesitaba para saber á qué atenerse respecto á las condiciones en que se hallaban sus adversarios.

II.

Llamó á Jerónimo de Aguilar y le dijo:

—Vais á prestarme un gran servicio.

—Disponed de mí.

—En primer lugar, deseo que tengais una conferencia con los prisioneros, que les pregunteis en mi nombre si están contentos del trato que han recibido, y que les asegureis de nuevo que mis intenciones no han sido nunca conquistar este país, ni mucho ménos hacer daño á sus moradores.

Decidles además, que habeis vivido mucho tiempo á mi lado, que habeis intercedido por ellos cerca de mí, y cuando estén bien penetrados de que estas son vuestras intenciones, vais á excitarles á que os declaren los motivos que tienen para luchar contra nosotros, los elementos con que cuentan, la resolucion que han tomado sus jefes. Es indispensable que yo conozca estos datos para poder resolver.

—Dejadlo á mi cuidado. Yo os aseguro que quedareis satisfecho.

—En vuestras manos teneis el porvenir de todos nosotros.

Si deseo averiguar estas noticias, no es para aprovecharme de ellas con detrimento de esos infelices, á quienes de buena gana no haria daño alguno; pero no debo, como capitan, conducir á la muerte á mis soldados, sino á la victoria.

[redacted]

Necesito someter al juicio de los capitanes las resoluciones que tome.

Ved cómo la Providencia os ha colocado en medio de mi camino, y cuán buena, cuán generosa es la mision que podeis desempeñar en nuestro favor.

III.

Aguilar era hombre de corazon, y además, la actitud, los actos de Hernan Cortés, desde que estuvo á su lado, le parecian, no sólo los de un bizarro soldado, sino los de un hábil político, de un hombre honrado á toda prueba, razon por la cual no podia ménos de simpatizar con él y de estar resuelto á hacer los mayores sacrificios.

Sin pérdida de tiempo fué á ver á los prisioneros.

IV.

Los infelices, á pesar de los agasajos de que habian sido objeto, estaban atemorizados.

Habiendo cundido entre ellos la voz de que no eran invencibles, de que no poseian el rayo, de que sus armaduras únicamente eran las que les defendian de las flechas de los indios, alentados por estas creencias, habian combatido contra ellos durante todo el dia, y se habian convencido de nuevo de que toda su furia, de que todo su heroismo, de que todas

sus fuerzas eran inútiles para contrarestar el empuje de aquellos hombres sobrenaturales.

V.

Los indios perecian bajo los golpes de las certeras balas, en tanto que las flechas que disparaban contra sus enemigos se embotaban en sus armaduras, y no lograban ni siquiera herirles.

Por fuerza peleaba con ellos una fuerza sobrenatural que no podian comprender, pero qué les amedrentaba.

En poder de los extranjeros, creian segura su muerte, y los que no hubieran sentido morir luchando por la independencia de la pátria, lejos de sus hermanos experimentaban una profunda tristeza, un miedo indescriptible.

Les parecia que la muerte en aquellas circunstancias debia ser para ellos infinitamente más cruel, más terrible de la que hubieran alcanzado en medio de la pelea.

VI.

Antes de que pudieran atarles codo con codo para que no se escapasen, hicieron los mayores esfuerzos á fin de libertarse de aquella esclavitud que les aguardaba.

Arrojándose en el suelo, hubo necesidad de arras-

[redacted]

trarlos algun tiempo para que siguieran á los españoles.

VII.

Todos estos actos se consumaron sin anuencia de Cortés.

Cuando supo que habian llegado al cuartel general, dispuso que se rompiesen sus ligaduras.

Les dió por habitacion uno de los adoratorios, y les dejó completamente libres, sin perjuicio de poner á su puerta centinelas para que no pudieran escaparse.

Encargó su custodia á Francisco de Lugo, y dispuso que les llevasen en nombre suyo multitud de avalorios, de diges, de bagatelas de aquellas que tanto entusiasmaban á los indios, y acto contínuo ordenó que los soldados partiesen con ellos sus víveres.

VIII.

Al pronto despreciaron los indios aquellos agasajos.

Pero al ver que les dejaron aquellos, que á sus ojos eran preciosas joyas, y los sabrosos alimentos que constituian el rancho de los soldados, fueron poco á poco calmando su ansiedad, y terminaron por aprovecharse de dádivas tan generosamente ofrecidas.

IX.

Cuando Jerónimo de Agúilar entró en el adoratorio para hablar con ellos, se estremeció.

El cautivo no llevaba ningun arma.

Sólo uno de los soldados entró con él, y colocándose en uno de los extremos del adoratorio con un hacha encendida, iluminó la escena.

Las primeras palabras que pronunció en su idioma Jerónimo de Aguilar, tranquilizaron á los indios.

X.

—No temais,—les dijo;—no ereais que os aguarda la muerte; al contrario, os espera la vida, y una vida llena de satisfacciones, porque nuestro jefe no es enemigo vuestro. Si se defiende, es por que le atacais. Pero su único deseo es mantener la paz con vosotros, colmaros de presentes, y ofreceros los beneficios de la religion que profesa.

—¿Por qué no nos deja ir á unirnos á nuestros hermanos?—dijo el más atrevido de los prisioneros.

—Porque desea que os convenzais de su afecto, y que cuando vayais á reuniros con vuestros amigos, podais manifestarles cuáles son sus intenciones.

—Vosotros habeis muerto á nuestros soldados, os habeis apoderado de nuestras casas.

[redacted]

—Porque vosotros nos habeis interceptado el camino, no habeis querido dar oidos á sus ofertas de paz, y nos habeis atacado.

—Nuestros caciques dicen, que en otras islas no lejanas habeis reducido á la esclavitud á sus moradores, habeis destruido sus ídolos y habeis impuesto vuestra religion.

—¿Por ventura creeis que si hubiéramos querido aniquilaros no lo hubiéramos hecho ya? ¿Qué quieren decir esas dádivas que vuestro jefe os envia? ¿Qué esos agasajos de que sois objeto? ¿Por ventura se os trata como á prisioneros, ó como amigos? ¡Ah! La Providencia ha querido al traeros aquí que os convenzais una vez más de lo injusto de vuestros ataques, y os ha elegido para que salveis á vuestra pátria.

XI.

—¿Qué decis?—preguntaron todos, disponiéndose á prestar mayor atencion al intérprete.

—¿No me reconoceis?—dijo Aguilar.—¿No os dicen mis palabras, pronunciadas en vuestro mismo idioma, qne he vivido algun tiempo entre vosotros, que soy el fiel amigo del cacique Albihigui? ¿No recordais que al morir me confió el cuidado de su hijo, vuestro actual soberano Aisbanuco?

—Sí, sí; tú eres Katey,—dijo uno de los prisioneros.

XII.

Katey, quiere decir en el idioma de los indios *cristiano.*

—Venid, venid aquí, amigos mios,—dijo Aguilar, estrechando la mano de aquellos infelices.—Sed buenos; salvad á vuestra pátria de la catástrofe que le espera si vuestros hermanos persisten en luchar con nosotros.

Los indios respondieron á las preguntas de Aguilar.

XIII.

Por ellos supo que las declaraciones que habia hecho Ibo-ibo habian alentado á los caciques á sostener la guerra, que habian convocado á los de las tribus vecinas para que les auxiliasen, que habian formado un numeroso ejército, que habian jurado todos morir ó destruir á los extranjeros, y que estaban seguros de que cuantos esfuerzos se hicieran para disuadirles serian inútiles.

XIV.

—Aunque fuéramos nosotros mismos,—añadió uno,—á ofrecerles la paz en nombre vuestro, no nos creerian, y nos tendrian por traidores.

—Pues bien,—dijo Aguilar,—yo quiero que os

[redacted]

escuchen, que sepan por vos cuán estériles son sus sacrificios.

Mañana muy temprano vendreis conmigo á ver los elementos que tenemos para destrüir á nuestros adversarios.

Despues os dejaremos en libertad, y podreis ir á reuniros con vuestros hermanos.

XV.

Despidiéndose de ellos, fué á comunicar á Hernan Cortés las noticias que habia adquirido, y al mismo tiempo la idea que habia cruzado por su imaginacion.

—Nada nos importa,—les dijo,—que esos infelices vayan á aumentar el número de nuestros adversarios. Pero que vean nuestra artillería, que vean nuestros caballos, y no dudeis que lo que cuenten á los indios les intimidará.

XIV.

Hernan Cortés aprobó el pensamiento, y convocando inmediatamente á sus capitanes, les participó lo que pasaba.

Capitulo XXIX.

Preparativos de los contendientes.

I.

Era la víspera de la Anunciacion de nuestra Señora.

Reunidos en el adoratorio en torno de una hoguera, que para calentar sus entumecidos miembros habian mandado encender aquellos valientes, habló Cortés á sus capitanes, y no les ocultó ni uno solo de los detalles que le habia referido Jerónimo de Aguilar.

II.

—Hemos llegado á un punto de nuestra expedicion,—les dijo,—que es necesario resolver cuál es el partido que nos conviene tomar.

Ya sé que sois valientes.

[redacted]

¿Quién podria dudarlo, aun cuando volviéramos á Santiago de Cuba sin haber conseguido nuestro objeto?

Pero el valor no basta cuando quinientos hombres tienen que luchar contra cuarenta mil.

Es cierto que hasta ahora hemos conseguido grandes victorias sobre nuestros adversarios.

Es cierto que no hay uno solo que no esté dispuesto á sacrificar su vida en aras de la gloria.

Yo, por mi parte, os aseguro que prefiero morir á volver la espalda al peligro.

Pero ya lo sabeis: nombrado por Velazquez para desempeñar esta expedicion, antes de salir de la Habana me quitó el mando que me habia dado.

Si nos embarcamos, si hemos seguido el derrotero que nos ha conducido hasta aquí, si yo os he dirigido en la lucha, ha sido por que me aclamásteis por vuestro jefe, por que desobedecísteis las órdenes del gobernador de Cuba.

Yo me debo á vosotros, yo necesito vuestro consejo, vuestro beneplácito, para seguir adelante ó volver atrás.

En todas las empresas de guerra es necesario que haya un solo pensamiento, una sola voz, una sola direccion: así lo habeis comprendido, y me habeis investido con un cargo que me honra sobremanera, que me enorgullece, que me entusiasma.

Pero seria indigno de vuestra confianza, de vuestro amor, de vuestros sacrificios, si no escuchase vuestros consejos, si no doblegase mi voluntad á la

Capitulo XXIX.

Preparativos de los contendientes.

I.

Era la víspera de la Anunciacion de nuestra Señora.

Reunidos en el adoratorio en torno de una hoguera, que para calentar sus entumecidos miembros habian mandado encender aquellos valientes, habló Cortés á sus capitanes, y no les ocultó ni uno solo de los detalles que le habia referido Jerónimo de Aguilar.

II.

—Hemos llegado á un punto de nuestra expedicion,—les dijo,—que es necesario resolver cuál es el partido que nos conviene tomar.

Ya sé que sois valientes.

[redacted]

¿Quién podria dudarlo, aun cuando volviéramos á Santiago de Cuba sin haber conseguido nuestro objeto?

Pero el valor no basta cuando quinientos hombres tienen que luchar contra cuarenta mil.

Es cierto que hasta ahora hemos conseguido grandes victorias sobre nuestros adversarios.

Es cierto que no hay uno solo que no esté dispuesto á sacrificar su vida en aras de la gloria.

Yo, por mi parte, os aseguro que prefiero morir á volver la espalda al peligro.

Pero ya lo sabeis: nombrado por Velazquez para desempeñar esta expedicion, antes de salir de la Habana me quitó el mando que me habia dado.

Si nos embarcamos, si hemos seguido el derrotero que nos ha conducido hasta aquí, si yo os he dirigido en la lucha, ha sido por que me aclamásteis por vuestro jefe, por que desobedecísteis las órdenes del gobernador de Cuba.

Yo me debo á vosotros, yo necesito vuestro consejo, vuestro beneplácito, para seguir adelante ó volver atrás.

En todas las empresas de guerra es necesario que haya un solo pensamiento, una sola voz, una sola direccion: así lo habeis comprendido, y me habeis investido con un cargo que me honra sobremanera, que me enorgullece, que me entusiasma.

Pero seria indigno de vuestra confianza, de vuestro amor, de vuestros sacrificios, si no escuchase vuestros consejos, si no doblegase mi voluntad á la

vuestra, si no aceptase como mejores vuestras resoluciones, hijas todas del valor, de la lealtad, de la abnegacion, del heroismo.

Resolved, pues: ó volvemos á nuestras embarcaciones, y regresamos á Santiago, ó jugamos el todo por el todo.

—Sí, si,—gritaron todos á una;—luchemos hasta morir.

III.

—Pensadlo bien,—añadió Hernan Cortés,—el ejército que nos aguarda es formidable, es casi segura nuestra derrota.

—Preferimos morir á retroceder.

—En buen hora: no seré yo quien insista en volver atrás.

Pero es preciso que me otorgueis plenos poderes, ó nombreis otro que me reemplace.

Cualquiera que sea el que os guie, necesita vuestra obediencia.

—Vos, vos,—gritaron todos;—vos debeis dirigirnos.

IV.

—En ese caso oid.

Es necesario no perder tiempo.

Llevad los heridos á los bajeles grandes, desembarcad los caballos, y conducidlos aquí.

[redacted]

Traed tambien la artillería; que todo esté preparado para mañana. Mañana es la fiesta de la Anunciacion de nuestra Señora, ¡que ella nos proteja!

Este último recuerdo despertó en el corazon de aquellos católicos á toda prueba un heroísmo sin límites.

V.

Inmediatamente se pusieron en marcha Pedro de Alvarado y Diego de Ordaz para ejecutar las órdenes de su jefe.

Al romper el alba todo estaba dispuesto para emprender la marcha en busca de los enemigos.

Cortés dispuso que se dijera una misa en medio del campamento.

Uno de los misioneros la dijo ayudado por el otro.

Todos los soldados rodearon el altar que se improvisó en medio de la gran plaza de Tabasco.

VI.

Mientras estaban en aquella solemne ceremonia, Jerónimo de Aguilar fué á buscar á los del adoratorio, les hizo ver los caballos, que produjeron en ellos gran asombro, la artillería, y les dijo que de la boca de los cañones salian rayos y truenos.

Despues de mostrarles todas aquellas maravillas

—Ved,—les dijo,—á los nuestros inspirándose en su Dios para ir á pelear contra vosotros. Ahora partid adonde se hallan vuestros hermanos; decidles lo que habeis visto, exhortadles á la paz. Nosotros vamos en su busca muy pronto. Si nos atacan, perecerán á nuestras manos.

VII.

Los prisioneros se alejaron aterrorizados.

Por atajos llegaron adonde estaba el grueso del ejército indio dispuesto ya al combate.

Sus palabras fueron escuchadas con desden.

Al ver su insistencia,

—Estos son unos traidores,—dijo uno de los caciques;—mueran como tales.

Los infelices sucumbieron á manos de los indios, y colocadas sus cabezas en picas, se adelantaron con ellas los que las llevaban, creyendo de aquel modo aterrorizar más y más á los españoles.

VIII.

Conviene antes de pasar adelante que demos una idea exacta de la composicion del ejército, de las armas que usaban aquellos hombres, de su organizacion militar.

Sólo de esta manera podrá el lector formarse una idea aproximada de la formidable pelea que iba á te-

[redacted]

ner lugar entre los habitantes de Tabasco y los conquistadores del Nuevo Mundo.

IX.

Todos los indios eran guerreros.

Al frente de cada tribu habia un cacique, que era, por decirlo así, el capitan de todos los hombres que habia aptos para luchar en su tribu.

Algunos de ellos usaban armas defensivas muy semejantes á las de los europeos.

Pero no las usaban más que los capitanes ó jefes, y consistian en petos y rodelas de tabla, en conchas de tortugas forradas con láminas de oro, y algunos, muy pocos, se pusieron colchados de algodon por consejo de Ibo-ibo, que habia visto cuán eficaces eran á los españoles.

X.

En la cabeza llevaban los jefes una corona de plumas de colores de gran elevacion.

Los soldados iban casi desnudos.

Pero se pintaban el cuerpo con rayas y figuras horrorosas, en la persuasion de que sólo su vista intimidaria á sus adversarios.

Cuanto más horribles, cuanto más repugnantes podian presentarse á los ojos de sus enemigos, más seguro tenian el triunfo.

XI.

Sus armas ofensivas consistian en flechas.

Sujetaban el arco con nervios de animales ó correas torcidas, y en la punta de sus flechas, á falta de hierro, colocaban afilados huésos y espinas de pescados.

Tenian tambien una especie de espada larga, que manejaban con las dos manos, hechas de madera con las puntas de pedernal, y los más robustos llevaban mazas de un peso formidable.

Los jóvenes usaban tambien hondas, con las que despedian á largas distancias grandes y puntiagudas piedras.

XII.

Divididos en escuadrones, cada uno de ellos llevaba al frente algunos músicos que tocaban flautas hechas con cañas gruesas, caracoles marítimos y una especie de tambores formados con huecos troncos de árboles.

Los discordes sonidos que producian estos instrumentos les entusiasmaban, y servian en los grandes combates para dar órdenes, como las cornetas de nuestros regimientos.

[redacted]

XIII.

Los batallones eran numerosos, pero en extremo compactos.

Creian que cuanto más juntos estaban más difícil era derrotarlos.

No tenian vanguardia.

Al atacar, se lanzaban todos en masa sobre sus enemigos; pero dejaban á su espalda nuevos escuadrones de refuerzo para que auxiliasen á los primeros cuando se viesen perdidos.

XIV.

En el momento de romper las hostilidades, prorumpian en desaforados gritos.

Este ha sido en todo tiempo el primitivo modo de pelear de los hombres.

No faltan historiadores que atribuyan el triunfo de Julio César sobre Pompeyo, á la agitacion, á los gritos, al movimiento de los soldados del dictador, que contrastaba con el silencio sepulcral de las huestes del enemigo.

Tales eran los adversarios que iba á encontrar Hernan Cortés.

XV.

Hasta entonces, solo los habitantes de Tabasco

habian defendido su ciudad con flechas, con espadas, con hondas y con mazas; pero sin concierto, porque no eran los más hábiles en el arte de la guerra.

Los consejos de Ibo-ibo, el concurso de los caciques de los países próximos, bastaron en breves horas á constituir un ejército inmenso, formidable.

XVI.

Sedientos todos de venganza, ansiosos de destruir á los extranjeros, animados ante la vista de la sangre de los infelices prisioneros que les habian propuesto la paz, con sus cabezas á guisa de trofeo, apartándose de los bosques y buscando un campo raso para dar la batalla, se pusieron en movimiento, y fueron decididos á buscar en su mismo cuartel á los españoles.

Hernan Cortés y los suyos no perdian tampoco el tiempo.

Capitulo XXX.

La civilizacion y la barbárie.

I.

Con ánimo sereno, con la seguridad que dá la más completa resolucion de morir ó vencer, se presentó Cortés á sus soldados, y les animó con su ardiente palabra.

Aprovechándose de una eminencia, colocó á sus soldados delante de ella para que no pudieran ser atacados por retaguardia, y situó la artillería en paraje á propósito para que diezmase al enemigo.

II.

La infantería, á las órdenes de Ordáz, se dividió en tres grupos, mandados, el uno por Alvarado, el

otro por Alonso Dávila, y el tercero por Juan de Escalante.

Hernan Cortés con sus quince caballos se emboscó entre las malezas, parà caer en un momento dado sobre los enemigos.

III.

Los indios avanzaron con tal intrepidez, que parecian, más que hombres, un torrente desbordado.

Una lluvia de flechas cayó sobre los españoles.

Los arcabuces y las ballestas no bastaban á contener el empuje de los enemigos.

El arrojo fué tal de una parte y dė otra, que llegaron á juntarse los dos ejércitos y á hacer más uso de las armas blancas que de las de fuego.

La artillería llevaba la muerte á las filas de los indios.

IV.

Como avanzaban tan compactos, una sola bala destruia centenares de hombres.

Con sus gritos atronaban el espacio.

Y tenian tal empeño en que no viesen los españoles los muertos que causaban sus certeros proyectiles, que se valiàn de mil medios para ocultar los cadáveres.

El denuedo de los españoles rayó en lo maravilloso.

[redacted]

Pero todo su empuje se estrellaba en el gran número de los combatientes.

V.

El campo estaba sembrado de cadáveres.

Pero los indios se reemplazaban á cada instante, y luchaban con más ardor.

Diego de Ordaz empezó á temer.

Sus pérdidas eran escasas.

Los heridos continuaban luchando.

Ni uno solo se desmayaba.

Pero la densidad de la columna enemiga aumentaba por momentos, é iba á caer como una enorme masa sobre los españoles.

Un instante más, y hubieran perecido.

VI.

Hernan Cortés, que aguardaba aquel momento, saliendo de entre las malezas con los quince ginetes que tenia, dirigiéndose al grueso de la columna de los indios, hiriendo á muchos, produjo en ellos tal sorpresa, que casi decidió la batalla.

No habian visto caballos, y les parecieron mónstruos horrendos, capaces de destruir cada uno un ejército.

Al sentir el primer empuje de los ginetes, no só-

lo retrocedieron, sino que abandonaron sus armas para poder correr con más ligereza.

VII.

Diego de Ordaz se aprovechó de aquella turbacion para caer de nuevo sobre sus adversarios, los obligó á ceder, y fué ganando el terreno que perdia.

Los enemigos se batian en retirada; pero eran más los que corrian que los que sostenian el combate.

Melchor, que habia dirigido la batalla, saliendo de entre los que huian, les exhortó á volver de nuevo á la pelea.

Sus palabras reanimaron el abatido espíritu de los indios.

VIII.

Uniéronse de nuevo todos, y volvieron á hacer frente á los españoles.

Aquello fué un delirio.

Cortés, con sus ginetes y sus peones, rompió infinitas veces la columna enemiga.

Puso en fuga á los más esforzados.

Los caballos y los peones tropezaban á cada instante con los cadáveres que llenaban el suelo.

[redacted]



HERNAN CORTES.—¡Perdon! ¡Perdon!—exclamó.

[redacted]

IX.

Hubo un momento en el que llegó Hernan Cortés con cuatro ginetes hasta el paraje donde estaba Melchor con algunos caciques, procurando evitar la fuga de los indios.

Al verle quiso huir el intérprete, pero no pudo.

Hernan Cortés le reconoció.

—¡Miserable!—le dijo.—Tú me has vendido.

Y llegó hasta acercar la punta de su espada al pecho de su intérprete.

Melchor cayó de rodillas.

—¡Perdon! ¡Perdon!—exclamó.

X.

Al verle en aquella actitud, huyeron los caciques.

—Huye tambien con ellos: no quiero ensangrentar mi espada en el pecho de un villano,—dijo Hernan Cortés.

La batalla estaba ganada por los españoles.

¡Qué brillante triunfo de la civilizacion sobre la barbárie!

XI.

Los españoles cogieron más de doscientos prisioneros.

Los demás que quedaron con vida corrieron á refugiarse á sus provincias y á las montañas, dejando dueño de todo el territorio de Tabasco á Hernan Cortés.

XII.

Algunos historiadores de aquel tiempo dicen que los soldados, al contar la batalla, referian que Santiago peleó con ellos, y que á su intercesion debieron tan señalado triunfo.

La verdad es que la fé religiosa fué la que dió vigor á aquel brazo y la que obtuvo el triunfo.

Los caballos, á los que los indios miraron desde entonces con horror, contribuyeron tambien no poco á la derrota de aquellos infelices.

XIII.

Terminada la lucha, volvieron los españoles al cuartel, auxiliaron á los heridos y vieron con sorpresa que, á pesar de lo encarnizado del combate, no habian tenido una sola baja.

Mientras se entregaban al descanso, tenia lugar una escena horrible en el campamento de los indios.

Capitulo XXXI.

Expiacion.

I.

Los indios que corrian, despues de haber sido vencidos, á refugiarse en las montañas, anunciaban á las mujeres y á los ancianos el triunfo que alcanzaban sobre ellos los españoles.

Melchor los animaba con sus palabras y con su ejemplo.

Pero en su mayor parte desoian su voz.

II.

Cuando los caciques se retiraron, dejando en manos de Hernan Cortés á Ibo-ibo, ya hemos visto que el valiente caudillo perdonó la vida á su traidor intérprete.

Melchor corrió como los demás indios á refugiarse en la montaña, y refirió á Caoniana el triste resultado de aquella lid sangrienta.

III.

Su llegada fué acogida con marcadas muestras de ódio.

—Nos has engañado miserablemente,—le dijeron todos.

—¿Yo?

—Sí, tú, que nos has hecho creer que las armas de los extranjeros no éran armas divinas, que nos has dicho que no tenian en su poder el rayo, que nos has ocultado que habia entre ellos mónstruos feroces que habian de caer sobre nosotros para sembrar la desolacion y la muerte en nuestras filas.

—Una fuerza superior los protege.

—No hay duda; esos hombres son hijos del cielo.

—Por tí hemos visto morir á nuestros hermanos.

—Que su sangre caiga sobre tu cabeza.

—Ni con la vida puede pagar las muertes que ha causado su obstinacion.

IV.

Un griterio inmenso se levantó en torno suyo.

—Muera Ibo-ibo,—gritaron los desesperados indios.

[redacted]

Y al mismo tiempo dispararon sobre él sus flechas algunos de los más indignados.

Una de ellas hirió de muerte al amante de Caoniana.

A sus gritos acudió la jóven india.

V.

Un momento despues, consternados los indios por aquel suceso, dejaron solos á los dos amantes.

Ibo-Ibo agonizaba.

Caoniana procuraba curar sus heridas; pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

—Voy á morir,—dijo Ibo-ibo á su amada;—voy á morir, y bien merezco la muerte que me han dado, porque he sido traidor.

—Has querido defender á tu patria.

—Sí, pero antes de ahora juré amar al Dios de los españoles, que es un Dios poderoso; juré fidelidad á su culto, y he faltado á mis juramentos.

La maldicion de Dios ha caido sobre mí: no puede darme mayor castigo que arrebatarme la felicidad que con tu amor me ofreces.

¡Ah, Caoniana! Yo siento que mis fuerzas se acaban, que mis ojos se oscurecen, que quedan muy pocos latidos en mi corazon; pero antes de morir júrame, vida mia, júrame pagar á los españoles la gratitud que les debo; júrame ser su amigo, ir á su lado, buscar su ayuda, decir á Hernan Cortés en mi nom-

bre que en los últimos momentos he deseado su perdon.

Sacrifícate por ellos: tus sacrificios serán un bálsamo dulcísimo, y caerán en mi corazon; y cuando en la otra vida nos veamos, cuando tú vuelvas á mis brazos despues de haber purificado mis culpas, entonces disfrutaremos la felicidad que yo he perdido por mi ingratitud.

VI.

¡Pobre Caoniana!

Queria hablar, y las palabras se ahogaban en sus lábios.

Queria llorar, y no encontraba lágrimas en el fondo de su corazon.

¡Todo lo habia perdido!

Sus hermanos derrotados, muertos.

Sus hogares hollados por la planta del extranjero.

Sus templos profanados.

En torno suyo no habia más que la soledad, el silencio.

VII.

Ibo-ibo exhaló el último suspiro.

Caoniana estrechó sus manos, y las halló heladas.

Quiso devolverle el calor con su aliento.

Su desesperacion fué inmensa.

[redacted]

Dió gritos para que acudieran á su socorro.

Nadie la oyó.

Las sombras de la noche cubrieron aquella escena de tristeza y de luto.

Todo estaba en silencio...

VIII.

Caoniana llamó en su auxilio á sus hermanos, á sus amigos.

Todos la abandonaron.

Pidió que dieran sepultura al cadáver de Ibo-ibo.

—¡Está maldito!—le dijeron todos.

Desesperada de ver como la trataban sus hermanos.

—Cumpliré su deseo,—dijo la india.

IX.

En medio de la oscuridad de la noche, arrastró el cadáver de su amante hasta el bosque inmediato.

Allí cavó una fosa para enterrarle, y despues de permanecer toda la noche al lado suyo, al rayar el alba partió á cumplir la voluntad de Ibo-ibo.

X.

Las primeras avanzadas de Hernan Cortés detuvieron á la india.

No pudiendo entender lo que decia, anunciaron

su llegada á su jefe, y este la comunicó á Hernan Cortés.

El ilustre general en jefe del ejército dispuso que Aguilar fuese á saber cuál era el motivo de la inesperada visita de la india.

XI.

Caoniana reconoció á Aguilar.

Mientras habia estado cautivo en poder del cacique de Tabasco, habia tenido ocasion de inspirar en su alma los más puros sentimientos.

Caoniana cayó de rodillas ante él.

Le refirió en breves palabras sus desventuras, y le dijo:

—Vengo á cumplir la voluntad de Ibo-ibo.

Estoy sola en el mundo.

Viviré mientras pueda prestar algun auxilio á vuestros hermanos.

Aguilar la condujo á la presencia de Hernan Cortés.

Capítulo XXXII.

Caoniana.

I.

Era Caoniana un modelo perfecto de belleza.

De una estatura regular, esbelta, con un color ménos cobrizo que el de las demás indias, muy parecido al hermoso moreno de las andaluzas; con unos ojos negros, grandes, poblados; con unos lábios gruesos y suaves; en una palabra, era al mismo tiempo la mujer que habla al alma y á los sentidos.

Era una de esas mujeres que inspiran al mismo tiempo el amor y el respeto, una de esas mujeres por las que haria un hombre cualquier sacrificio sin más esperanza que una mirada.

II.

El sentimiento que llevaba en su corazon, el te-

mor que despertaba en su alma la presencia de los guerreros que habian destruido al poderoso ejército de sus hermanos; la noche de insomnio y de lágrimas que habia pasado, todo contribuyó á presentarla á los ojos de Hernan Cortés como una aparicion sobrenatural, como un tesoro de belleza y de poesía.

III.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó á Aguilar, sin atreverse á fijar sus ojos por segunda vez en ella.

—Es una pobre india,—contestó el intérprete,—que ha hecho el juramento de sacrificar su vida á los españoles, y viene á cumplirle.

Hernan Cortés la miró entonces, y quedó deslumbrado de nuevo ante su peregrina hermosura.

IV.

—¿Por qué ha hecho ese juramento?—preguntó.

—Era la amada de Melchor.

—¿De ese traidor? ¿De ese infame?—dijo Hernan Cortés.

—Sí; nacida en Santiago de Cuba antes de que los reyes de Castilla tomaran posesion de esa isla, creció al lado de Ibo-ibo.

Los dos se amaron.

Esta pobre jóven huyó con su familia, se refugió en Tabasco, y Melchor la lloró muerta.

[redacted]

Al llegar nosotros á esta ciudad se encontraron.

El amor dormido se despertó en su pecho.

Entonces fué cuando vuestro leal servidor os abandonó, cuando incitó á los indios á darnos la batalla que hemos ganado.

—Lo comprendo muy bien,—dijo el caudillo.

—Sus mismos hermanos, indignados contra él, por que les ofreció la victoria y no la consiguieron, le mataron anoche mismo.

Su amada recogió su último aliento, y Melchor, arrepentido de su conducta, pidió á esta jóven que viniera á pagaros la deuda de gratitud que tiene contraida con vos, á que tan indignamente habia faltado.

V.

—¡Pobre jóven!—dijo Hernan Cortés, mirando con ternura á Caoniana.

Deseo sabèr toda su historia; ha despertado en mí su vida una gran curiosidad.

Interrogadle, que os confíe todos los acontecimientos de su vida, de su orígen; instruidla además en nuestra santa religion, y preguntadle si quiere profesarla.

Hernan Cortés se temió á sí mismo, y se alejó, dejando solos á Aguilar y á Caoniana.

VI.

—Ven, pobre niña, ven,—dijo Aguilar á la jó-

ven;—nuestro gran cacique desea saber tu historia; los dos nos entendemos, y le referiré lo que me cuentes.

Habla, hija mia, habla. Piensa que has ganado nuestra voluntad con tu afecto, que nada te faltará en nuestra compañía, que seremos para ti padres, hermanos, amigos, que tu felicidad es nuestro mayor deseo.

VII.

Caoniana, que habia experimentado en la presencia de Hernan Cortés una emocion muy semejante á la suya, deslumbrada por la marcial belleza de aquel hombre, que tenia en sus ojos todo el fuego de su corazon, obedeciendo á un sentimiento intenso, producido de una lucha que sostenia su alma, dejó asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Aquellas lágrimas eran un adios á su pasado, eran al mismo tiempo el rocío con que regaba las flores de la esperanza, que habian brotado en el hermoso campo de su imaginacion.

VIII.

Cualquiera al ver á Caoniana tan bella se hubiera prosternado ante sus piés, porque la belleza impone.

Y sin embargo, la jóven india era toda sencillez, toda candor.

[redacted]

Accediendo á los deseos de Aguilar, calmó su agitacion, y aunque con voz trémula, respondió á todas sus preguntas.

IX.

—Yo era muy niña,—dijo,—cuando por la primera vez fijé mis ojos en los de Ibo-ibo.

Los dos nos amamos entonces como hermanos.

¡Qué dichosos éramos!

La paz reinaba en torno nuestro; mis padres eran poderosos, descendian de régia estirpe, y yo gozaba de una dicha sin límites al lado suyo.

Pero llegaron los extranjeros á nuestro recinto.

Encendieron la tea de la discordia, destruyeron nuestros hogares, mataron á nuestros hermanos, y una noche, cuando los indios luchaban con los españoles, mi padre, que acababa de ver muerta á su querida Hibilia, á la que me habia dado el ser,

»—Huyamos, hija mia,—me dijo,—aquí nos aguarda la muerte.

»Surquemos en una canoa los mares, busquemos asilo en otras tierras: al ménos que me quede tu amor.»

X.

A nosotros se unió el padre de Ibo-ibo, que me queria como si fuera su hija.

Los nuestros bogaron toda la noche, pasó un dia, otro dia, otro, y al fin llegamos á esta playa.

Al poco tiempo mi padre me llevó á Aguazacoalco, una de las provincias sometidas al emperador de Méjico, y allí los naturales del país le nombraron cacique.

Pero bien pronto, los que tantas muestras de afecto le habian dado, se volvieron contra él y le asesinaron.

XI.

Yo quedé sóla, pero me acompañaba siempre el recuerdo de Ibo–ibo.

Entonces comprendí que le amaba, y juré guardar eterna fidelidad á su amor.

Me llevaron á Xicalango.

Un poderoso indio que me amaba, y á quien yo no correspondia, me confió al cuidado de una mujer, que me ofreció la más espantosa pobreza, pensando que de aquel modo podria vencer mi obstinacion y arrojarme en los brazos del amante á quien desechaba.

XII.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos, me envió como esclava al gran cacique de Tabasco, y entonces fué cuando os conocí.

Vos, que habeis sido amigo de aquel hombre mag-

[redacted]

nánimo; vos, que hallásteis la vida en su afecto, comprendereis con cuánta bondad trató á su pobre esclava.

XIII.

El padre de Ibo-ibo vivia aún.

Fué un padre para mí.

Los dos hablamos de su desventurado hijo, y rogamos á nuestros ídolos que le trajesen al lado nuestro.

Murió el cacique de Tabasco.

Vos partísteis de aquí.

El resto de mi triste historia ya lo sabeis.

XIV.

Al ver de nuevo á Ibó-ibo, me sonrió la esperanza y la felicidad.

Todo ha concluido para mí... No, no; he jurado sacrificarme por vosotros, he jurado reemplazar á mi amante al lado vuestro, y mientras viva sola en el mundo como estoy, sin más amparo, sin más esperanza, sin más deseo que vuestra proteccion, gozo al pensar ahora en que al ménos soy esclava vuestra.

XV.

—¿No te dice nada,—preguntó Jerónimo de Agui-

lar,—no te dice nada el espectáculo que has presenciado ayer? ¿No has visto cómo un puñado de hombres ha podido vencer á un numeroso ejército?

—¡Ay! Sí.

—¡Ignoras el motivo de su poder!

—Nuestros hermanos dicen que sois hijos del cielo.

—No se equivocan.

—Que os protegen los ídolos.

—Los ídolos no; nos protege un soberano poder: el del Creador del mundo.

Porque, créelo, Caoniana; hay un Sér Supremo superior á todos nosotros, y ese Sér Supremo se llama Dios.

El nos ha hecho conocer y profesar los principios de una religion santa; de una religion más generosa, más grande, más consoladora, que la vuestra.

¿No te ha dicho Ibo-ibo que merecia el castigo que experimentaba? ¿No te ha dicho que le jures fé á ese Dios Supremo, á ese Dios á quien nosotros acatamos? ¿No inclinó tu ánimo á que le conocieras y le amases?

—Sí, sí,—exclamó Caoniana;—habladme de él.

XVI.

—Ese Dios, hija mia,—añadió Aguilar,—ha libertado á la mujer de la esclavitud, la ha convertido en dulce compañera del hombre, le ha dado con

[redacted]

sus encantos los medios de hacer su felicidad, le ha otorgado el privilegio de despertar la admiracion, el entusiasmo, el amor en su pecho hácia ella, para que halle en el hombre la fuerza que le falta.

Sí, Caoniana, tú eres buena, tú eres bella, tú no has nacido para vivir en la esclavitud de la idolatría.

Tú debes amar á nuestro Dios, tú debes ser el ángel salvador de tus hermanos, ayudarnos á demostrarles la verdad, á brindarles los consuelos de la religion, que ya late en tu pecho, porque veo que asoman á tus ojos lágrimas de emocion dulcísima.

—Sí, sí,—dijo Caoniana.—Yo quiero amarle como vos; enseñadme á hablar vuestro idioma.

Yo lo aprenderé pronto, ó lo adivinaré, porque deseo adivinarlo.

XVII.

—Para que te purifiques á los ojos de nuestra religion, necesitas ser bautizada,—dijo Aguilar.

Nosotros tenemos ministros como vuestros butíos, y ellos te enseñarán á conocer los misterios del cristianismo.

—Pronto, pronto, llevadme á su lado, no os aparteis de mí; hablando con vos soy dichosa.

XVIII.

Aguilar se apresuró á conducirla á la capilla que

habian levantado los españoles para rendir culto á su Dios.

—¿Cómo se llama vuestro jefe?—preguntó Caoniana.

—Hernan Cortés.

—Es bueno, ¿no es verdad?

—Tan bueno como valiente.

—¿Y me protegerá?

—Defenderá tu vida, aun á costa de la suya.

—Yo no quiero separarme de vos... Yo quiero ir con él á todas partes.

XIX.

¡Pobre Caoniana!

Sin saberlo, estaba enamorada del valiente caudillo.

Pero enamorada con toda su alma.

[redacted]

Capitulo XXXIII.

La paz.

I.

Hernan Cortés no podia desechar la impresion que habia producido en él la jóven india.

La veia en todas partes, y se recreaba contemplando su radiante belleza.

¡Cosa extraña!

Habia algo en él, que al mismo tiempo que le recordaba sus deberes, le traia á su memoria el perfume de su primer amor, le embelesaba, y estuvo á punto de faltar á la fé jurada para entregarse con la impetuosidad del torrente, largo tiempo oprimido, á una pasion digna de su carácter, digna del gran teatro en donde aparecia su figura, digna del aire ardiente que respiraba en aquella candente atmósfera de los trópicos.

El hombre que no habia tenido miedo de un poderoso ejército, huyó de la presencia de Caoniana.

II.

La jóven aceptó con tanta fé los consejos de Aguilar, que á los tres dias fué bautizada con gran pompa, y recibió el nombre de Marina, apadrinándola Hernan Cortés.

No hubo uno sólo entre todos los españoles que no sintiera al mismo tiempo cariño y veneracion hácia aquella mujer.

Pero instintivamente comprendieron todos el sentimiento que habia despertado en el alma de Hernan Cortés, y dominaron los instintos que se despertaron en ellos.

Amaban tanto á su jefe, estaban tan entusiasmados con él, que comprendian que no habia otro más digno de la felicidad que podia brindar el amor de Marina.

III.

Mientras la jóven se instruia en el idioma de los españoles, y aprendia con verdadera fé las doctrinas del catolicismo, dispuso Hernan Cortés que comparecieran ante él todos los prisioneros.

Estos obedecieron poseidos de un inmenso terror.

Cuando los sacaron de las prisiones se figuraron que los llevaban al sepulcro.

[redacted]

Hernan Cortés los recibió con la mayor bondad.

IV.

Apenas estuvieron en su presencia:

—No temais,—les dijo;—os he tenido presos para libraros de la furia de vuestros hermanos.

Ya está todo tranquilo; ya me consideran como vencedor.

Ahora os dejo á todos en libertad.

Si sé vencer, sé perdonar tambien.

Volved á vuestra casa.

Decid á todos que no quiero la guerra, que deseo la amistad de los caciques de Tabasco y de las demás provincias limítrofes.

Decidles que yo vengo á brindarles la felicidad.

V.

Los indios, haciendo las mayores demostraciones de gratitud, partieron á reunirse con sus hermanos.

Al poco tiempo volvieron cargados de maiz, gallinas y otros víveres para obsequiar á sus vencedores.

Estos indios precedieron á una embajada que envió el cacique de Tabasco á Hernan Cortés, pidiéndole la paz.

VI.

Hernan Cortés se aprestaba á recibirla, cuando Marina dijo á Aguilar que los enviados del cacique de Tabasco no eran personas principales, y que su nombramiento para embajadores indicaba desprecio por parte de su jefe.

Esta observacion fué de gran precio en lo sucesivo para los españoles.

Hernan Cortés se negó á admitir á aquellos indios, diciéndoles por medio de Aguilar que indicasen al cacique que deseaba su amistad, y que le enviase personas más dignas de acercarse á él.

VII.

No se hicieron esperar los nuevos embajadores.

Una mañana se presentaron treinta indios con profusion de adornos de oro y grandes penachos de plumas.

Acompañábanles varios esclavos con presentes para los españoles.

Hernan Cortés convocó entonces á sus capitanes para recibir á los embajadores con gran pompa, y cuando llegaron estos salió á su encuentro con solemne gravedad.

[redacted]

VIII.

La ceremonia fué en extremo curiosa.

Hallábase sentado Hernan Cortés, y tenia en torno suyo á sus capitanes.

Aguilar estaba á su derecha.

Penetraron primero en el adoratorio, donde tenia lugar la escena, cuatro indios con braserillos de metal dorado, y acercándose al sitio que ocupaba Hernan Cortés, colocaron en tierra los braserillos y arrojaron sobre las ascuas olorosos perfumes para incensarle.

En seguida penetraron en el recinto los embajadores, y detrás de ellos los demás esclavos.

IX.

Uno de los más principales caciques habló á Hernan Cortés, pidiéndole perdon por la guerra que habian empeñado contra él los habitantes de Tabasco.

—Os creemos un poderoso enemigo de nuestra independencia, pero dominados por vuestro poder, y más aún, por vuestras bondades, venimos á implorar vuestra gracia y á ofreceros la amistad de nuestro cacique.

X.

Aguilar, en nombre de Hernan Cortés, les con-

testó, diciéndoles cuán grande era la indignacion de los españoles al ver la acogida que les habian dispensado los indios.

—Pero ya os habeis convencido de nuestro inmenso poder,—añadió.

Todos vuestros esfuerzos serán siempre inútiles: á nuestro lado pelea un poder supremo.

Si estais verdaderamente arrepentidos, si ofreceis obediencia, os perdonaré y proclamaré con vos la paz.

—Es nuestro mayor deseo,—contestaron los indios.

—En ese caso,—añadió Aguilar,—como una prenda de la amistad que hoy se pacta entre nosotros, mi señor os ofrece estos agasajos.

XI.

Cuatro soldados presentaron á los embajadores cuatro bandejas llenas de aquellas infinitas chucherías que llevaban para deslumbrar á los indios.

Agradecieron estos en extremo aquellas demostraciones, y pidieron permiso para retirarse, ofreciendo que al dia siguiente iria el cacique de Tabasco á visitar á Hernan Cortés con todos sus capitanes, pagándole entonces las dádivas que le enviaba.

XII.

El cacique cumplió, en efecto, su palabra, llevan-

[redacted]

do al dia siguiente á los españoles adornos de algodon hilado, plumas de vistosos colores y láminas de oro.

Los capitanes que le acompañaban fraternizaron con los de Hernan Cortés, y los indios, al saber que Caoniana habia profesado la religion de los españoles, se dirigieron á ella implorando su proteccion, para que no volviera nunca á estallar la guerra en el país.

XIII.

Antes de despedirse, dijo el cacique á Hernan Cortés:

—Estoy tan agradecido á vuestras bondades, y tengo tal confianza en vuestra amistad, que si me dais licencia, volveremos á la ciudad de Tabasco, traeremos á nuestras familias, viviremos en vuestra compañía, y de esta manera podremos prestaros toda clase de servicios.

Despidiéronse el cacique y Hernan Cortés, quedando este muy satisfecho de la proteccion que le dispensaba la Providencia.

Otro motivo de felicidad habia en su corazon: el amor.

Capitulo XXXIV.

El manantial de la vida.

I.

¡Qué feliz era Marina!

¡Con qué afan aprendia y guardaba en su memoria las palabras del idioma castellano!

¡Con qué entusiasmo deseaba poder hablar con Hernan Cortés!

No trascurrió mucho tiempo sin que comprendiera todo lo que la decian en español, por más que no pudiese contestar más que con algunas palabras.

Aunque profesaba con verdadera fé la religion cristiana, no habia podido aún desprenderse de algunas preocupaciones anejas á sus antiguas creencias.

II.

Un dia, perdido el miedo ya, entró en la estan-

[redacted]

cia en donde Hernan Cortés descansaba, y le halló triste.

Queriendo distraer su pena, cantó un arcito con dulcísima voz.

El caudillo la escuchaba embebecido.

Parecíale su cántico el gorgeo del ruiseñor en una de esas noches de luna que sólo hay en los trópicos.

III.

Cuanto más contemplaba la belleza de Marina, más amor sentia hácia ella.

Pero no se atrevia á coger en sus manos aquella flor, temeroso de marchitarla con su aliento.

—Marina,—dijo de pronto.

La india corrió á su lado, y poniéndose de rodillas ante él, y colocando graciosa é inocentemente las manos cruzadas sobre uno de sus hombros:

—¿Qué quereis?—le dijo.

Y con su ardiente mirada le reveló una vez más que era su esclava.

IV.

—Estoy muy triste,—murmuró Hernan Cortés.

—¿Por qué, señor?

—Ni yo mismo me lo explico.

—Vos, que os hallais protegido por el cielo, ¿teneis tristeza?

—Creo que vá á faltarme su gracia, porque cruzan por mi mente ideas que me hacen indigno de su proteccion.

—¿Qué temeis?

—He vencido á un poderoso ejército, y sin embargo, no voy á poder vencerme á mí mismo. ¡Quién sabe si en esta lucha encontraré la muerte!

—¡La muerte vos!—exclamó Marina, queriendo darle en una mirada toda su vida.

—Sí, Marina, sí; la muerte.

V.

—Oid,—dijo la jóven;—voy á revelaros un secreto que juré guardarle eternamente; pero para vos no tengo, no quiero tener nada oculto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo estaba en Xicalango en poder de una india, que queria hacerme esclava de un hombre, hácia el que no sentia mi alma más que ódio, cayó enfermo, estuvo á punto de morir, y una noche, en la que no habia luna, me llamó, y cogiendo mis manos al acercarme á su hamaca:

»—Caoniana,—me dijo,—voy á morir, y es necesario que no muera.

»Vé ahora mismo á Tabasco; tardarás dos dias y dos noches en llegar; pero podré esperarte.

»En el bosque, cerca de una palmera que se destaca sobre todos los demás árboles, nace un manantial de un agua cristalina.

[redacted]

»Brota de las entrañas de una roca, y al lado suyo crece una planta de un verde muy vivo, de hojas estrechas.

»En una calabaza traeme agua de aquel manantial y algunas hojas de la planta que crece en la misma roca.

»Tomando un brevaje que con la planta y el agua sé yo hacer, encontraré la salvacion.

VI.

El pobre indio se engañaba.

Antes de que saliera yo á cumplir su órden murió.

Desde entonces he guardado el secreto; ni aun á mis mismos hermanos se lo he confiado para que pudieran luchar impunemente con vos.

Venid, venid conmigo; bebed el brevaje, y no temais á la muerte: yo os lo aseguro.

VII.

—¿Crees tú en las palabras de aquella mujer?—preguntó Hernan Cortés.

—¡Oh, sí! Era maga.

—¿Y sabes tú dónde se halla esa roca y ese manantial?

—Desde que salí de Xicalango para venir á vivir á Tabasco, lo he visto muchas veces.

Un dia bebí aquel agua y quedé profundamente dormida.

¡Oh! ¡Qué dichosa fuí durante el sueño!

VIII.

Hernan Cortés respondió con una amarga sonrisa á esta sincera exclamacion.

—¿No me creeis?—preguntó Marina.—Venid conmigo ahora.

—No, no,—dijo el valiente capitan.

Y despues de una breve pausa, en la que luchó de una manera horrible:

—Mañana al amanecer vé al bosque; yo iré á buscarte, y me conducirás al pié de la roca en donde brota ese manantial de la vida.

IX.

Marina se separó ébria de gozo de su lado.

Le amaba sin explicarse el sentimiento que sentia hácia él.

Más que amor, era adoracion.

No habia en ella egoismo.

Si por hacerle un instante feliz hubiera necesitado darle la vida, la hubiera sacrificado con el mayor gusto.

[redacted]

X.

Al salir de la estancia de Hernan Cortés para buscar al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era el que se habia encargado de su educacion religiosa, la bella india cruzó por delante de un grupo de soldados.

No habia uno solo que no experimentara el influjo de su belleza.

—Parece que te se van los ojos detrás de ella,—dijo uno á otro.

—Tú tambien la has mirado con malas intenciones.

—Es una mujer capaz de volverle á uno loco.

—A todos nos tiene con el alma en un hilo.

—¡Cuidado que es hermosa!

—Lo único que la salva es que nos ha inspirado á todos los mismos deseos.

XI.

—Lo que yo sé,—dijo otro,—es que he notado que nuestro general está enamorado de ella.

—Quién, ¿él? ¡Si no le gustan las mujeres!

—Además está casado.

—A mí se me ha metido en la cabeza que la tal Marina le ha trastornado el juicio.

—Si así fuera, bien merecido lo tiene, porque es un héroe.

—Sí, pero...

XII.

—¡Silencio!—dijo Pedro de Alvarado, acercándose al grupo de los murmuradores.—De esa mujer no se habla sino para bendecirla.

Pedro de Alvarado estaba tan enamorado como Hernan Cortés de la jóven.

[redacted]

Capitulo XXXV.

Amor.

I.

Al dia siguiente, despues de una noche de insómnio, la idea se habia convertido en pasion en Hernan Cortés.

—¡Oh!—exclamó.—Esa mujer me subyuga.

Los capitanes fueron á verle muy temprano.

—¿Qué disponeis?—le dijo Pedro de Alvarado.

—El cacique de Tabasco debe volver hoy con las familias principales de la ciudad á recuperar sus hogares...

Yo no sé lo que siento...

Hace ya algunos dias que no luchamos, y esta tranquilidad me hace daño.

Voy á hacer ejercicio; voy á dar un paseo á caballo.

—Os acompañaré.

—No.

—¿No temeis una emboscada?

—Los indios son nuestros amigos.

Quedáos á recibir al cacique, y dejadme disfrutar de la paz.

Quiero un momento de libertad.

II.

—Marina ha salido muy temprano hácia el bosque,—se dijo Pedro de Alvarado.

¿Irá á buscarla?

Hernan Cortés montó en un brioso alazan, y partió hácia el bosque.

Pedro de Alvarado no separó los ojos de él hasta perderle de vista.

III.

No habia confiado á Marina el sentimiento que le inspiraba.

Presentia que aquella mujer habia cautivado el corazon de su jefe.

Pero no podia imaginarse que Hernan Cortés y la jóven hubieran estrechado de tal manera el lazo que unia sus almas.

[redacted]

IV.

Hernan Cortés llegó hasta la entrada del bosque, y allí se detuvo.

—¿Dónde me esperará Marina?—se dijo.—Que mi amor me guie.

Y dejando libres las riendas del caballo, se internó en el bosque.

No habria andado quince minutos, cuando Marina salió á su encuentro.

—Sois puntual,—le dijo.

—Tengo curiosidad de ver ese manantial que brota de la roca.

Temo morir, y quiero preservarme de la muerte.

—Venid, venid conmigo.

V.

Hernan Cortés se apeó del caballo, y llevándole de la rienda, le ató á uno de los árboles, cuando Marina le dijo:

—Ya hemos llegado.

La roca era pequeña, y estaba situada en el centro de un círculo que formaban los árboles.

De una de las junturas de aquella piedra brotaba un cristalino manantial, que corriendo á través de la yerba, iba á perderse entre los árboles.

VI.

—¡Qué encantador es este sitio!—exclamó Hernan Cortés, sin explicarse que le parecia bello porque lo embellecia con su figura la jóven india.

Marina vió en los ojos del caudillo la alegría que rebosaba en su corazon.

—Sólo de respirar este aire,—le dijo,—os sentis más dichoso, ¿no es cierto?

—Sí, Marina.

—¡Cuán bueno sois!

—¿Me quieres, tú?

—¡Que si os quiero! ¡Ah! No tengo más familia, más amparo que vos.

Si no os inspirase al ménos lástima, preferiria morir.

Ser vuestra esclava es mi única delicia.

VII.

El caudillo se sentó al pié de la roca, y contempló entusiasmado á la jóven.

—¿No quereis probar el agua inmortal?—dijo Marina.

—¿No me has dicho que produce sueño?

—Sí.

—Pues entonces... no la necesito, porqué en este momento me parecé soñar.

[redacted]

—Pero ella conservará vuestra vida.

—¡Oh! No; si no pudiera contemplarte despues de haberla bebido, preferiria la muerte,—dijo Hernan Cortés, dominado por la pasion.

—El sueño pasa pronto.

—No, no; ven á mi lado, y díme cuánto me amas.

—Antes dejadme acercar los lábios al manantial. Quiero probaros por mí misma que el sueño es rápido, que la felicidad que se experimenta en él es indecible.

XIII.

Al decir esto, ahuecando la mano, la acercó Marina varias veces al manantial, y despues á sus lábios.

En seguida, reclinándose inocentemente sobre el regazo de Hernan Cortés, le hizo adivinar en sus miradas una eternidad de dicha.

Durante algunos segundos permanecieron los dos en silencio.

En este tiempo no cesaron de mirarse.

IX.

—¡Oh, cuán dichoso soy!—exclamó Hernan Cortés.—Marina, Marina, yo te amo.

La jóven queria responder, y no podia.

Sus ojos iban entornándose poco á poco.

Articuló algunas palabras, y quedó profundamente dormida en los brazos de Hernan Cortés.

X.

Más de quince minutos trascurrieron, en los cuales Hernan Cortés, embelesado al contemplar la peregrina hermosura de la india, experimentaba una emocion que no podia explicarse.

Todos los latidos del corazon de la jóven parecian repetirse en el suyo.

Marina le comunicaba su fuego, y aquel ardor le embriagaba.

Una sonrisa apacible brillaba en los gruesos y finos lábios de la jóven.

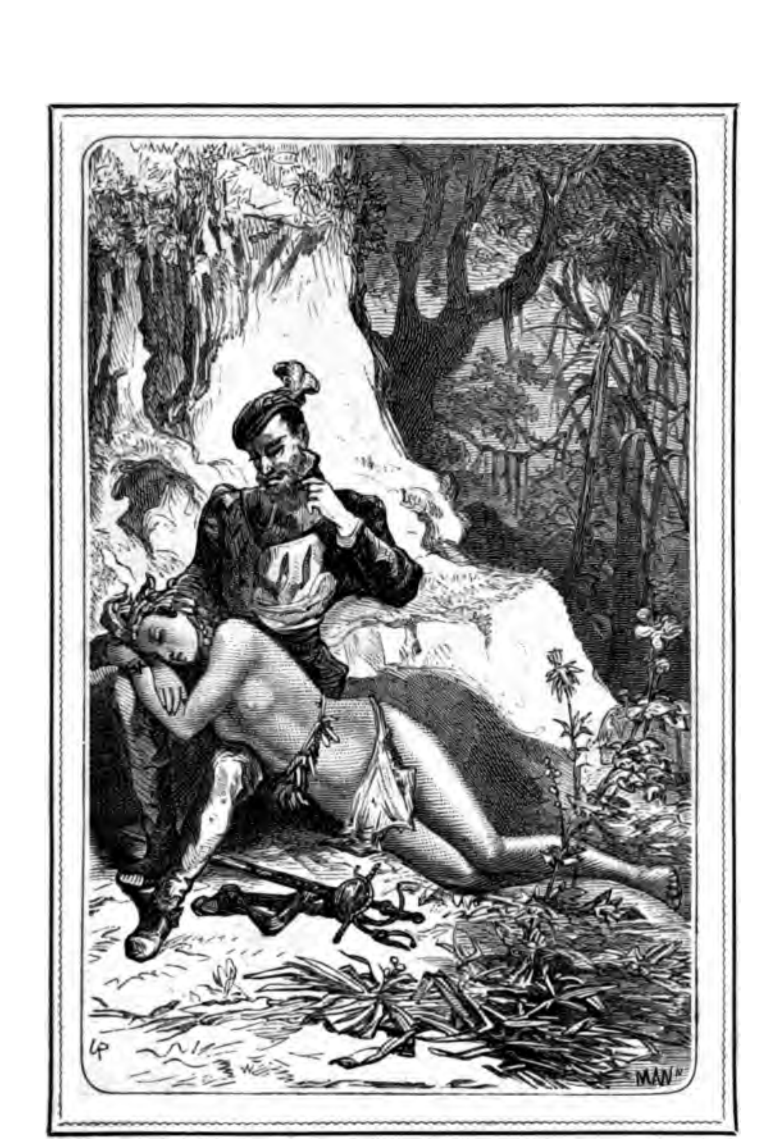
El caudillo queria adivinar en sus entreabiertos ojos la emocion que experimentaba.

Pero las negras y largas pestañas que los cubrian parecia que se oponian á sus deseos.

XI.

Hernan Cortés contemplaba á Marina con amor.

Dominado de pronto por una fuerza superior, en un movimiento nervioso, acercó la frente de la jóven á sus lábios, y al mismo tiempo oyó cerca un ruido que le hizo dominarse y volver los ojos como temeroso de que le espiaran.



HERNAN CORTES.—...contemplaba á Marina con amor.

[redacted]

Por más que hizo, no vió nada.

Marina se despertó.

XII.

—¡Ah!—exclamó.—¿Por qué me habeis vuelto la vida?... ¡Era tan dichosa soñando!...

—¿Qué soñabas?

—Perdonadme que os lo diga con sinceridad.

—Habla,—dijo Hernan Cortés.

XIII.

—Pues bien; oid,—dijo Marina.

Soñaba que este espacio que nos rodea se habia convertido para nosotros en una fuerte muralla.

No podíamos salir de aquí; todos los caminos estaban cerrados; nos habíamos separado para siempre de todo el mundo; ¡pero yo era tan dichosa!...

De pronto se llenaron mis ojos de lágrimas.

Vos me estrechásteis en vuestros brazos, y me dijísteis:

«No llores, Marina mia, no llores.

»Yo te amo más que á mi vida.

»Contigo soy feliz.

»¿Qué me importa todo mi poderío si te tengo á mi lado?

»Aquí viviremos eternamente amándonos.»

Y vuestros lábios se posaban en mi frente, y yo sentia una felicidad inmensa.

¡Ah! ¿Por qué no habré nacido en vuestra pátria? ¿Por qué no seré digna de vuestro amor?

XIV.

—¡Marina, Marina!—exclamó Hernan Cortés.— ¡Ah! ¡Tú me vuelves loco!

—Soy indigna de vos.

—No, no; oye. Yo te amo, no puedo vivir sin tí: tú me has enloquecido.

XV.

Marina se escapó de entre sus brazos.

—Huid, huid,—le dijo,—vuestros hermanos me matarian; soy una pobre esclava.

—Pero...

—Juro daros mi vida, pero sin exigiros la gratitud, el amor.

Hernan Cortés hizo un esfuerzo, y consiguió dominarse.

—Tienes razon, tienes razon,—la dijo;—huye de mí.

El amor podria apartarme de la senda que me traza la gloria.

Me debo á mis soldados, á mi pátria.

[redacted]

Marina, en nombre del amor que me tienes, mata la pasion que has despertado en mi pecho.

Marina desapareció.

XVI.

Hernan Cortés se avergonzó de su debilidad, y tuvo miedo de presentarse á sus soldados.

—¡Ah! Si conociesen que me he dejado vencer por el amor, ¡cuán pequeño apareceria á sus ojos! ¡No! Yo me dominaré; yo me dominaré.

Y abandonando el bosque en su corcel, volvió á la ciudad, precisamente cuando llegaba el cacique con sus vasallos.

XVII.

Pedro de Alvarado dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

La llama de los celos ardia en su corazon.

Impulsado por la atraccion del abismo, habia seguido á Hernan Cortés, y habia visto á Marina en sus brazos.

El ódio se apoderó de su alma; ódio implacable á Hernan Cortés, ódio á Marina, ódio á sí propio; porque no podia arrancar de su pecho la pasion que le devoraba.

—Yo me vengaré,—se dijo.

XVIII.

Aquellos momentos eran críticos para todos los españoles, y aplazó su venganza.

Al dia siguiente tuvo lugar un acontecimiento, que preocupó sobremanera á Hernan Cortés.

[redacted]

Capítulo XXXVI.

Cuando una mujer quiere...

I.

El cacique de Tabasco notició á Hernan Cortés que algunos de sus vasallos habian llevado hasta la ciudad, en donde vivia el gran emperador de aquel país, la noticia de la llegada de los españoles, y la derrota que habian sufrido los indios.

Hernan Cortés comprendió entonces que no debia perder el tiempo permaneciendo en Tabasco.

II.

Entonces, como contaba con la amistad del cacique, y con la seguridad de que no volveria á rebelarse contra él, determinó embarcarse de nuevo con su gente para seguir el derrotero que le habia autori-

zado á llegar cuanto antes á la presencia de un soberano á quien todos temian.

Gracias á las conversaciones de Aguilar con algunos de los indios, supo Hernan Cortés que eran feudatarios del emperador de Méjico, y por lo tanto sus enemigos.

III.

Aprovechando esta circunstancia, ofreció al cacique, si le prestaba su ayuda, libertarle del pago de aquella contribucion y de la vergüenza de aquella esclavitud, dando á su pueblo la libertad que deseaba.

Estas promesas fueron acogidas por el cacique con verdadero entusiasmo.

Convirtiendo uno de los adoratorios en templo católico, encargó al cacique que le custodiase, estimulando á sus vasallos á que adorasen al verdadero Dios.

VI.

Confiando Hernan Cortés en la fidelidad de los indios, lo dispuso todo para su partida.

No atreviéndose á decir á Marina que le abandonase, como él queria, por evitar la fascinacion que sobre él ejercia, encargó á Aguilar que se despidiese en su nombre de la jóven india, y le dijese la verdad.

[redacted]

V.

¡Con qué amargura, con qué desesperacion escuchó la jóven la despedida del hombre á quien amaba!

—¿Qué daño le he hecho yo para que me rechace de ese modo?—preguntó á Aguilar.

—No es ingratitud, no es falta de cariño su resolucion.

Vamos tal vez á vernos empeñados en luchas como la que aquí nos ha sorprendido, y tú podrias sufrir.

Quédate aquí; nosotros volveremos, y ya que tan buena eres, y tanto amor profesas á los españoles, al regresar á nuestra pátria te llevaremos á nuestro lado.

VI.

Marina pasó algun tiempo sollozando.

Una idea cruzó por su mente.

Abandonando el albergue que tenia cerca de los españoles, fué á ver al cacique de Tabasco.

En aquel momento escogia entre todas las hijas de sus vasallos las más bellas para enviarlas como ofrenda á Hernan Cortés.

Marina pudo lograr que la incluyeran en el número de las privilegiadas.

VII.

Mientras tanto, los capitanes de Hernan Cortés hacian los preparativos para la marcha.

El cacique fué á ver á su huésped, y le suplicó que le aceptara veinte indias para que en el viaje cuidasen de su regalo, por ser muy diestras todas en preparar los manjares que más podian agradar á los extranjeros.

No podia Hernan Cortés negarse á aceptar aquel agasajo.

Al verlas dió órden para que se las distribuyera en los buques con algunos otros indios, que queria llevar á su lado.

VIII.

Marina consiguió que la llevasen á la carabela capitana.

Al dia siguiente, antes de darse á la vela, recibió Hernan Cortés al cacique, y le recordó la obediencia que habia jurado prestar al monarca de Castilla.

El cacique y sus vasallos juraron obedecer á aquel soberano.

Segun su costumbre, dispuso Cortés que se dijera una misa antes de proceder á la embarcacion de los soldados, y los indios asistieron á aquella ceremonia con gran recogimiento.

[redacted]

IX.

Era Domingo de Ramos, y quiso Hernan Cortés que se celebrasen los oficios como en España.

El efecto que esta ceremonia produjo á los indios, fué inmenso.

Hasta tomaron parte en la procesion, ostentando ramas de árboles como los españoles.

X.

Uno de los butíos, asombrado del culto que rendian los extranjeros á la Divinidad:

—Gran Dios debe de ser ese,—exclamó,—á quien se rinden tanto hombres tan valerosos.

Terminada la ceremonia, se embarcaron los españoles, y siguiendo la costa con rumbo hácia el Poniente, no tardaron en descubrir la provincia de Guazacoalco.

Capítulo XXXVII.

Llegada á San Juan de Ulúa.

I.

Sin detenerse, exploraron ligeramente la isla de Sacrificios, y como todos aquellos parajes los habia recorrido Grijalva, los pocos soldados de su expedicion que iban á las órdenes de Hernan Cortés referian todos los sucesos que en aquellos sitios habian acaecido.

Fiándose de sus descripciones y razonamientos, prosiguió su camino la escuadra hasta llegar á Santiago de Ulúa, el Jueves Santo al mediodía.

II.

Era mal sitio, y buscaron los pilotos puerto para guarecerse de los vientos, á cuyo fin se establecieron *al abrigo* de una montaña.

[redacted]

No habian trascurrido dos horas desde su llegada, cuando vieron dirigirse hácia ellos por la costa dos embarcaciones más grandes que las canoas, á las que, como supieron despues los españoles, se llamaban en el país piraguas.

En ellas iban algunos indios.

III.

Se acercaron resueltamente al paraje en donde estaba la escuadra, dando á entender con sus demostraciones que su actitud era pacífica.

Al hallarse junto á la carabela capitana, prorumpieron en gran griterío, y no entendiéndolos Hernan Cortés, mandó á Aguilar que fuese á hablar con ellos.

Hízolo así, y no tardó en convencerse de que ignoraba el idioma que hablaban.

IV.

Volvió desconsolado el bueno de Aguilar á decir á su jefe la imposibilidad en que estaba de entenderse con los recien llegados.

—¿No hablan el mismo idioma que los habitantes de Tabasco?—le preguntaron algunos.

—No por cierto; es completamente desconocido para mí.

—¿Y qué hacer en este trance? ¿Lo sabrá alguno de los indios que vienen con nosotros?

V.

Aguilar llevó á uno de ellos á conferenciar con los de las piraguas, y no tardó en volver á la presencia de Hernan Cortés, manifestándole lo inútil de sus tentativas.

—¿Y qué hacer? ¿Qué hacer?—exclamó desesperado el caudillo.

IV.

—Tranquilizaos,—dijo una voz femenil al lado suyo.

Esos indios hablan el lenguaje mejicano.

Yo los he oido, los he comprendido, y puedo aseguraros que solicitan una audiencia de vos en nombre del cacique de Guazacoalco.

VII.

Hernan Cortés miró con asombro á la persona que le hablaba de aquella manera.

Su presencia allí le sorprendió en extremo.

Mis lectores comprenden que era Marina.

—¿Tú aquí?—exclamó.

—Yo, sí; perdonadme; no he podido abandonaros. El cacique de Tabasco me ha enviado aquí de

[redacted]

nuevo entre las esclavas con que os ha obsequiado.

Dejadme que dé gracias á la Providencia, porque me permite que os sea útil en estos instantes.

—¡Ah! Marina, ¡tienes razon! Sin tí no hubiera podido proseguir adelante sin luchar siempre.

Vé á hablar á esos hombres, díles que vengan, y tú serás mi intérprete.

VIII.

En aquel momento encontró Hernan Cortés la justificacion de su amor.

—Ella puede servirme de intérprete en este vasto territorio; tiene que ser partícipe conmigo de los secretos de Estado; natural es que no se aparte de mi lado nunca.

¡Oh! De ese modo no creerán mis soldados que es en mí debilidad lo que es razon de Estado.

IX.

Marina fué á cumplir las órdenes de Hernan Cortés, y no tardó en volver con los indios de las piraguas.

—Dicen estos indios que les envian Tentilá y Pilpatoe; este último gobernador de Guazacoalco, y el primero jefe de las tropas de la provincia.

Los dos desean saber los propósitos de los extran-

jeros al llegar á las costas de aquel país, y al mismo tiempo ofrecerles cuanto pudieran necesitar.

X.

Gran alegría causó á Hernan Cortés esta manifestacion por parte de los jefes de Guazacoalco, porque, comprendiendo que necesitaba todas sus fuerzas para luchar en Méjico con el emperador, deseaba no hallar obstáculos en su camino, y realizaba su deseo.

Obsequió grandemente á los emisarios de Tentila, les hizo gustar el sabroso vino castellano, les regaló con manjares que hasta entonces no habian probado nunca, y los colmó de chucherías, de bagatelas de las que tanto habian agradado á los demás indios.

—Explícales,—dijo á Marina,—que el objeto de nuestra venida no es otro que el de ofrecer los beneficios que disfrutamos en nuestra pátria á los indios de esta provincia.

Añade que deseo ver á sus jefes, y que me prometo encontrar en ellos una cariñosa acogida.

XI.

Hízolo así Marina, y los emisarios volvieron á las piraguas, retirándose, al parecer, muy contentos.

—¿Cómo sabes tú su idioma?—preguntó Hernan Cortés á Marina.

[redacted]

—He pasado mucho tiempo en Xicalango, que está muy cerca de Guazacoalco, y allí se habla el idioma del imperio de Méjico, razon por la cuál lo aprendí.

Hoy es mi mayor alegría saberlo para poder serviros.

XII.

Cortés convocó á sus capitanes para manifestarles lo que acababa de suceder, y dando gran importancia á la presencia de Marina, trató de justificar á los ojos de los suyos la proteccion que estaba dispuesto á dispensarla.

Pedro de Alvarado, que estaba más tranquilo, en la creencia de que se habia quedado en Tabasco Marina, sintió de nuevo el punzante aguijon de los celos.

Pero como habia sabido la resolucion de Hernan Cortés antes de salir de Tabasco, como estaba seguro de que se habia desprendido voluntariamente de Marina, como le veia aún preocupado con la empresa que dirigía:

—El no la ama,—pensó.—Observaré, y ¡ay de ella si desprecia mi amor!

XIII.

Los españoles pasaron á bordo la noche, y á la

mañana siguiente dispuso Hernan Cortés el desembarco de las tropas.

Buscó en la playa las mejores posiciones, las más estratégicas, para cortar cualquier sorpresa, y como hacia un sol abrasador, ordenó á los soldados que fabricasen con ramas de árbol tiendas de campaña.

XIV.

Los indios, que observaron aquella operacion, hábiles fabricantes de tiendas de campaña, se aprestaron á ayudar á los españoles, y en un instante formaron un verdadero campamento con estacas y telas de algodon.

Tentila envió nuevos refuerzos de indios para que ayudasen á los demás á construir aquellas casas improvisadas en que iban á alojarse sus huéspedes.

XV.

No contentos con prestarles aquellos servicios, formaron una especie de lechos con algodon en rama, y llevaron provisiones de las del país á los extranjeros.

En la tienda más grande y más lujosa, construida de exprofeso por ellos para Hernan Cortés, dispuso este que se colocase un altar.

Se acercaba la Páscua, y queria celebrar esta fiesta con gran solemnidad.

[redacted]

XVI.

El dia señalado por Hernan Cortés para la recepcion de Tentila y Pilpatoe, fué el Domingo de Páscua de Resurreccion.

Antes de que llegara el momento de esta entrevista, pudo conferenciar Marina con algunos indios del país, y supo por ellos que Tentila tenia á sus órdenes un numeroso ejército, y que con él se hallaba sometiendo al dominio de Motezuma algunas provincias próximas, recien conquistadas, gobernadas por Pilpatoe.

XVIII.

¿Por qué razon, contando con tantos elementos para resistir aquellos generales, aquellos representantes del gran emperador de Méjico, recibian con tan señaladas muestras de afecto y de consideracion á los extranjeros?

Hernan Cortés no tardó en saberlo.

XVII.

El triunfo que habia obtenido sobre los habitantes de Tabasco, la derrota de un numeroso ejército,

conseguida por un puñado de hombres, les habian impresionado vivamente, y los dos jefes de aquel departamento del imperio de Méjico comprendieron desde luego, que el mejor medio de evitar una derrota como aquella, era brindar paz y amistad á unos hombres con quienes no podian competir.

[redacted]

Capítulo XXXVIII.

Teatila y Pilpatoe.

I.

Conviene, antes de pasar adelante, dar una idea á los lectores del papel que representaban en aquellas circunstancias y en aquellas provincias los dos emisarios del emperador Motezuma, que iban á comparecer ante Hernan Cortés.

Más tarde tendremos ocasion de admirar la organizacion del imperio de Méjico, que por su civilizacion y la extension de su territorio, sólo podia asemejarse á aquellas grandes ciudades del Asia, que llegaban al emporio antes de nuestra Era.

II.

Causará asombro á nuestros lectores la organizacion de aquel gran pueblo.

Su poderío de entonces no ha tenido igual despues en ninguna otra parte de la América.

Heredero Motezuma de una dinastía poderosa, no saciaba su ambicion sino acrecentando su territorio, aprovechándose de la obediencia que le prestaban sus vasallos, del terror que sentian ante su dominacion; empleaban á sus más valientes generales en la conquista de nuevos territorios, imponiendo á las tríbus que vivieran en sus fronteras todas las humillaciones de la esclavitud.

III.

Tentila, uno de los más bravos guerreros de Motezuma, habia sometido al dominio del emperador las privincias de Xicalango y Guazacoalco.

Un numeroso y aguerrido ejército, reforzado por los habitantes del país sometido, le habia inspirado confianza, cuando antes de tener lugar la batalla de Tabasco, supo que unos cuantos extranjeros recorrian las costas del imperio.

IV.

Apenas su caudillo conquistaba un país para Motezuma, dotábale este emperador con todos los beneficios de la civilizacion que resplandecian en su córte.

Nombraba un gobernador para que representase su autoridad civil, y ponia á su lado un militar va-

[redacted]

liente para velar por el cumplimiento de sus órdenes.

Pero no tardaron en tranquilizarse.

V.

—Antes de llegar adonde estamos nosótros,—se dijeron,—tendrán que pasar por Tabasco, y los habitantes de esa provincia, que no hemos podido someter todavía, son suficientes para estorbarles el paso. Si así no sucediera, cuando llegaran hasta aquí estarian completamente debilitados.

Pero tuvo lugar aquella heróica batalla, y un puñado de hombres, animados por la fé, vencieron á un ejército numeroso.

VI.

Esta noticia llegó á Xicalango, y Tentila y Pilpatoe la oyeron con asombro, y desde aquel momento no dudaron que los extranjeros llegarian á su presencia.

—Lucharemos con ellos,—dijo Tentila.

—Será inútil. Esos hombres tienen por fuerza algo de sobrenatural.

—Nuestros soldados son valientes.

—¿No han podido vencer á los de Tabasco, y quereis que luchen con sus vencedores?

Creedme, Tentila: no es la fuerza, sino la astucia la que puede salvarnos.

La razon hizo su efecto en el caudillo.

VII.

—En ese caso,—exclamó Tentila,—dí tú lo que debemos hacer.

—Es muy sencillo.

—Los extranjeros creen sin duda hallar aquí la misma hospitalidad que han encontrado en Tabasco.

Vendrán dispuestos á luchar con nosotros, y si los recibimos amistosamente, si los agasajamos, por de pronto los desarmaremos.

Les inspiramos confianza; reuniremos un buen presente para ofrecérsele en nombre de nuestro emperador, les hablaremos de los elementos con que contamos para destruir á los que aspiren á penetrar en nuestro territorio, y las dádivas por un lado, y las amenazas por otro, detendrán á esos hombres.

VIII.

Tentila aceptó estas indicaciones, y ya hemos visto que se pusieron en práctica por aquellos dos y principales agentes de Motezuma.

Cuando volvieron á darle cuenta de su conversacion con el jefe de los extranjeros, los indios que se habian acercado á la carabela capitana en las piraguas, se dieron el parabien por haber obrado de aquella manera.

[redacted]

IX.

Pilpatoe, más hábil, más político, más diplomático que Tentila, no desperdició un solo dato de cuantos le llevaron los indios.

—Esa jóven de Tabasco que les acompaña, y que habla nuestro idioma, puede sernos de gran utilidad. Es necesario á toda costa obligarla á que nos informe detalladamente de la verdadera actitud de los extranjeros.

X.

Apenas tuvieron noticia del desembarco de los españoles, como hemos visto, enviaron indios para que les ayudasen á construir las tiendas con que formaron su campamento, y les obsequiaron con los manjares más gustosos de su país.

Despues de conocer las intenciones de Hernan Cortés, se aprestaron á visitarle solemnemente, é hicieron al efecto grandes preparativos.

XI.

Acompañaba á los ejércitos del imperio de Méjico crecido número de indios, que, ¡cosa extraña! desempeñaba una mision civilizadora, una mision ar-

tística, cerca de aquellas huestes salvajes y fieras.

Estos hombres eran pintores, y su mision en las filas de los ejércitos mejicanos no era otra que la de trazar en los lienzos ó pergaminos, de que se servian, planos de los parajes que ocupaban los enemigos, retratos de sus capitanes, grupos de sus soldados; y cuando sonaba la hora del combate, reproducian con rara habilidad todos los episodios de la lucha.

El jefe del ejército enviaba estas pinturas ilustradas con notas aclaratorias, al emperador Motezuma.

Los pintores eran en el ejército personajes importantísimos.

XII

Así es, que aun cuando Pilpatoe y Tentila resolvieron no llevar al campamento de los españoles más soldados que los necesarios para constituir su guardia de honor, tuvieron buen cuidado de llevar en su compañía á los pintores, dándoles antes ámplias instrucciones.

—Es necesario,—les dijeron.—que pinteis la figura del jefe principal de los españoles y de sus capitanes.

No olvideis un detalle siquiera de sus tropas y de sus armas.

Todo lo que observeis, anotadlo.

Es necesario que al dar noticia á nuestro augusto emperador de la llegada de estos hombres, podamos informarle minuciosamente de su calidad, de su nú-

[redacted]

mero, de sus costumbres, de sus tropas, de su actitud, de todo.

XIII.

Despues de enterar bien de sus deseos á los pintores, reunieron un magnífico presente para que pudiesen deslumbrar á los extranjeros.

Pilpatoe y Tentila á su vez dispusieron sus mejores galas, sus plumas más vistosas, sus adornos de oro más espléndidos, para fascinar con su lujo á los que de tan luengas tierras iban á visitarles.

Cien indios, los más esbeltos, los de aspecto más formidable, ricamente adornados con plumeros, con pulseras de oro, con faldellines de algodon de colores muy vivos, y con macanas relucientes, fueron los destinados para servir de guardia de honor á los embajadores.

XIV.

Todos estos preparativos se hicieron apresuradamente el dia anterior al de la entrevista, fijada por Hernan Cortés para el domingo de Páscua de Resurreccion.

XV.

Desde muy temprano se puso la comitiva de los

indios en marcha, con direccion al campamento de los españoles.

Antes de asistir á tan solemne ceremonia, vean nuestros lectores lo que habia pasado en el campamento de Hernan Cortés.

[redacted]

Capítulo XXXIX.

Preparativos.

I.

Hernan Cortés no se dejó seducir por la docilidad de los indios.

Comprendió desde el primer momento que el triunfo que habia conseguido sobre los habitantes de Tabasco, le habia hecho aparecer como un hombre temible á los ojos de los moradores de Guazacoalco.

A juzgar por los datos que habia adquirido acerca de las cualidades personales de los representantes en aquella provincia del emperador de Méjico, debia estar siempre sobre aviso, porque más ladinos, más diestros que todos los moradores de las islas descubiertas y conquistadas por los españoles, pódian apreciar mejor lo escaso de sus fuerzas y valerse de la astucia primero, para asegurar de este modo su triunfo.

II.

La circunstancia de verse sin su intérprete Melchor, de ignorar Aguilar el idioma de los mejicanos, centuplicó á sus ojos la importancia de la presencia de Marina en su campamento.

El amor se trasformó á sus ojos en conveniencia.

III.

—Yo soy fuerte,—se dijo Hernan Cortés.

El resistir el influjo de una pasion, es dominarla: lo he probado mil veces.

Marina me fascina.

Su hermosura me brinda una felicidad desconocida.

Pero no es el halago de la pasion el que me impulsa á pagar su cariño, á realizar sus sueños, á dominar mi corazon.

Ella sabe el idioma, conoce las costumbres; será leal: la Providencia la ha puesto al lado mio.

Me ama, no hay duda; ella misma me lo ha confesado con lágrimas en los ojos, con su emocion, con su sinceridad.

Si desoigo sus ruegos, si no realizo sus esperanzas, es jóven, es mujer, no podrá dominar su pasion, me odiará entonces, y hasta me perderá.





HERNAN CORTÉS.—...y Marina no tardó en presentarse á ellos con un pintoresco traje.

[redacted]

IV.

Ante esta lógica no tenia más remedio que ceder. Reuniendo á sus capitanes, expuso ante ellos las reflexiones que se habia hecho, descartando la parte de egoismo que el amor le sugeria, y declarando á la faz de todo el mundo que la estancia de Marina en el campamento era providencial, y que todos debian respetarla y considerarla como una hermana querida.

V.

Dispuso, para asimilarla más á los españoles, para evitar que las miradas de sus compañeros pudieran profanar su hermosura, vestirla con un traje caprichoso, muy parecido al que llevaban sus soldados, porque segun le dijo una mujer cristiana, no puede inspirar respecto y veneracion sin rendir homenaje al pudor.

Los capitanes y los soldados asistieron, y Marina no tardó en presentarse á ellos con un pintoresco traje, que le hacia más esclava de Hernan Cortés.

VI.

Alvarado no pudo resistir aquella prueba.

Sus celos comprendieron aquel ardid, y mal aconsejado por la pasion, cuando Cortés llamaba á su tienda á Marina para que le informase de las conversaciones que habia tenido con los indios de Guazacoálco, ardiendo en ira, buscaba á sus camaradas, buscaba á los soldados, y procuraba hacerles ver que eran cómplices de las liviandades de su jefe.

VII.

Una noche, la víspera del dia señalado para la entrevista, su indignacion llegó al colmo, y habló de esta manera á los soldados:

—Triste es el porvenir que nos espera.

—¿Por qué razon, capitan?

—¿Ignorais lo que pasa?

—No tenemos motivo para quejarnos.

—Comemos bien, los indios nos sirven á pedir de boca, y todo hace augurar los mejores resultados á nuestra empresa.

—Desgraciadamente estais ciegos.

—¿Qué quereis decir?

—Amais demasiado á vuestro jefe, y aunque yo tambien le amo, el porvenir que nos espera, si no cambia de modo de pensar, vá á sumirnos en un conflicto.

—Nos asustais.

—¿Qué pasa?

—¿Por ventura temeis alguna emboscada?

[redacted]

—¿Desconfiais de los indios?

Pedro de Alvarado se quedó un momento pensativo.

VIII.

—¿No habeis observado,—añadió con misterio,—la vehemente pasion que profesa Hernan Cortés á Marina?

—La quiere bien; pero no se comprende.

—Nos sirve de intérprete.

—Y es una hermosa criatura.

—Pero yo creo,—dijo un sargento,—que nuestro jefe es incapaz de enamorarse de nadie.

—Marina le tiene hechizado.

—Tanto mejor para él.

—¡Quién estuviera en su caso!

—Justo es que habiendo entre nosotros una sola hija de Eva, guarde todas sus atenciones para nuestro caudillo.

—Y que á su vez nuestro caudillo corresponda á su afecto.

—No nos faltan á nosotros indias que nos hagan carocas.

—Sus maridos las vigilan, y al parecer las castigan mucho cuando nos miran; pero aquí, como en todas partes, la prohibicion despierta el apetito. ¡Qué diablos!

—Dejemos vivir en paz á Hernan Cortés y á su Marina, que nosotros ya nos arreglaremos!

IX.

Viendo Pedro de Alvarado que nada conseguia, que aquellos hombres sancionaban con su indiferencia la pasion que unia á Marina y Hernan Cortés, cambió de táctica.

—Si sólo se tratara de una pasion, si Marina correspondiese al afecto de Hernan Cortés, no os hablaria una palabra acerca de su amor.

Pero tengo motivos poderosos para creer que esa mujer, que ha llegado á nuestro campamento sin que nadie la llame, que ha procurado á toda costa catequizar á nuestro jefe, que se ha valido de todas sus mañas para inspirar á todos afecto, que ha aprendido con un celo inexplicable nuestro idioma, que ha aceptado inmediatamente la condicion que le hemos impuesto de renunciar á su idolatría para entrar en la fé católica, que ha consentido que la bauticen y que cambien su nomdre por un nombre español; esa mujer, que como habeis visto, sabe todos los idiomas que se hablan en este imperio, que revela en sus ojos una penetracion inmensa, que tiene en su fisónomía todos los atractivos para hechizar; esa mujer, ó mucho me equivoco, ó es un espía del emperador; es una culebra que se ha enroscado al corazon de nuestro jefe para adormecerle, para que sea nuestra perdicion, y no debemos consentir por nada del mundo que se malogren nuestras esperanzas, mucho ménos sabiendo cuáles son los fines de esa mujer.

[redacted]

X.

—¿Vos creeis?...—preguntaron asombrados los interlocutores del capitan.

—Estoy seguro de ello. Y si no, vamos á cuentas. ¿Por qué razon vino Marina á vernos al campamento de Tabasco?

—¡Toma! Porque se lo mandó Melchor.

—¿Habeis creido esa patraña?

—El honrado Aguilar nos lo ha contado así.

—¡Aguilar! Aguilar es un infeliz que le engaña cualquiera.

—Pero estais seguro de que vuestras sospechas...

—Más que seguro, con certidumbre.

Si hubiérais presenciado como yo el éxtasis con que contemplaba Hernan Cortés á esa mujer, si le hubiérais visto recrearse en su ardiente mirada, si hubiérais observado su agitacion cuando se encuentra cerca de esa sirena engañadora, en vez de estar tan tranquilos, comprenderíais que estábais siendo víctimas de una fascinacion deplorable, y seríais los primeros en hacerle ver, que si Judit, valiéndose de sus hechizos y de su debilidad, pudo cortar la cabeza á Holofernes, como nos han dicho tantas veces desde el púlpito nuestros sacerdotes, nada tiene de extraño que con sus hechizos y su fascinacion esa mujer nos arrebate un dia nuestra única esperanza, nuestro único sosten, nuestro único brazo.

XI.

Las palabras de Pedro de Alvarado conmovieron profundamente á aquellos hombres, tan dispuestos siempre á creer en lo maravilloso, en lo sobrenatural.

—¿Y vos, creeis,—dijeron algunos,—que debemos avisar del peligro que corre á nuestro jefe? ¿No es mejor que vos, uno de los más valientes capitanes, uno de los más leales amigos, le advirtais?

—A mí no me creeria, no creeria á ninguno de los que estamos siempre á su lado.

Es necesario que vea en vuestro rostro el temor, la inquietud, la zozobra, la indignacion, si es preciso.

Cuando se presente á vuestra vista al lado de us favorita, es necesario que lleguen á su oido los rumores de desconfianza que debe inspiraros la amistad estrecha que le une con ella; es necesario que vuestras quejas no lleguen á sus oidos, que observeis atentamente á esa espía; y si es preciso, y en último caso,—al decir esto, habló en voz baja á los soldados,—que os halleis preparados para que cuando yo os haga una señal, si es preciso, cumplais mis órdenes, porque estas medidas serán nuestra única salvacion.

XII.

¡Qué malos consejeros son los celos!

[redacted]

Pedro de Alvarado sintió despues de pronunciar aquellas palabras un bálsamo consolador.

Se habia desahogado, habia concitado el ódio de sus parciales para con Marina, y una vez en su poder aquellos elementos destructores, se resolvió á dar pábulo á su pasion, porque si la india se negaba á sus deseos, nada más fácil para él que destruirla.

XIII.

Los soldados refirieron á sus camaradas, en secreto se entiende, lo que Alvarado les habia dicho, y no tardó en llegar á oidos de algunos otros capitanes, y sobre todo de Bernal Diaz del Castillo, que profesaba especial afecto á Hernan Cortés, la noticia de las sospechas que abrigaban algunos.

Bernal Diaz del Castillo les tranquilizó.

—No temais ninguna traicion de Marina,—les dijo;—la Providencia la ha puesto á nuestro lado, y si Cortés la ama, su amor podrá ayudarnos á conseguir el triunfo.

XIV.

No por eso dejó de confiar Alvarado en sus proyectos.

Capitulo XL.

Las apariencias.

I.

Llegó el dia señalado para la solemne recepcion de los embajadores de Motezuma.

Desde muy temprano vistió Hernan Cortés sus mejores galas, y sus capitanes y soldados se presentaron á su vista de la manera más conveniente para la solemne ceremonia.

II.

Hemos dicho ya, que una de las tiendas improvisadas por los indios fué convertida por Hernan Cortés en templo cristiano.

Bajo los pabellones de algodon de color se levantaba un modesto altar. y en él, más bella si cabe que

[redacted]



HERNAN CORTES.—...recibió a los embajadores de Motezuma.

[redacted]

bajo los doseles de terciopelo y las columnas salmónicas de oro de las espléndidas iglesias del catolicismo, aparecía la reina de los ángeles.

Sólo dos velas de cera iluminaban su hermoso rostro.

Todo estaba dispuesto para que los dos sacerdotes celebraran la misa de Páscua de Resurreccion.

III.

Hernan Cortés mandó poner un gran toldo delante de la tienda convertida en iglesia, y allí, rodeado de sus capitanes y escoltado por un piquete de soldados, recibió á los embajadores.

Se presentaron estos con gran pompa y ceremonia.

Iban prevenidos de doce indios, que ejecutaban en unos instrumentos sumamente raros, una música en extremo monótona y desacorde.

Seguian Pilpatoe y Tentila, escoltados por sus esclavos y servidores.

Casi al lado de ellos iban los pintores del ejército.

Veinte indios iban despues con una especie de canastillos, en los que llevaban el presente que los embajadores se proponian ofrecer á Hernan Cortés.

Gran número de jóvenes indias acompañaban la marcha de los embajadores, cantando arcitos; y cerraban aquella unos mil soldados de Tentila.

IV.

Marchaban todos con gran solemnidad.

Sus ojos se fijaron desde luego en los españoles con una mezcla de asombro y de curiosidad.

Era precisamente la hora en que debian empezar los oficios.

Marina, en nombre de Hernan Cortés, saludó afectuosamente á los embajadores de Motezuma, y les manifestó que el jefe de los españoles deseaba antes de conversar con ellos llenar sus deberes religiosos, y que les invitaba á que asistieran á la ceremonia que iba á tener lugar.

—Quiere,—añadió,—encomendarse al Dios de los dioses, antes de daros cuenta del motivo de su llegada.

V.

Se celebró la misa con gran solemnidad, cantándola fray Bartolomé de Olmedo, con el auxilio del licenciado Juan Diaz y de Jerónimo de Aguilar.

Algunos soldados versados en el cantollano ayudaron la misa.

Los indios presenciaron aquella solemnidad con un asombro inmenso, hijo de la novedad que producia en ellos aquel acto.

[redacted]

VI.

Terminada la misa, Marina, por encargo de Hernan Cortés, rogó á los embajadores que siguieran á la comitiva, trasladándose todos al paraje en donde habia dispuesto el caudillo un banquete para obsequiar á los recien llegados.

Prestáronse los indios á aquellos agasajos, y recibieron con gusto los manjares europeos, y con particular predileccion los añejos vinos que les sirvieron los pajes de Hernan Cortés.

VII.

Terminado el banquete, hizo Hernan Cortés pasar á Tentila y Pilpatoe á su tienda, y llevó consigo á Marina.

La jóven india dijo á los embajadores de Motezuma, por órden de Hernan Cortés, que los españoles habian llegado con el objeto de continuar su viaje hasta Méjico, para ver al emperador Motezuma y hablarle en nombre de don Cárlos de Austria, monarca del Oriente, sobre asuntos de gran interés, no sólo á su persona y Estados, sino al bien de todos sus vasallos, razon por la cual esperaba ser recibido con la mayor benevolencia y los respetos debidos á la grandeza del rey que le enviaba.

Esta noticia causó honda sensacion en Pilpatoe y Tentila.

VIII.

Tentila abandonó la tienda, dando órden á los esclavos para que fuesen entrando uno á uno y ofreciesen los regalos que traian.

Consistian estos en víveres, en ropas de algodon, en plumas de colores y en piezas de oro, primorosamente labradas.

Los indios fueron depositando todos aquellos objetos á los piés de Hernan Cortés, y Tentila los mandó retirar.

IX.

Pilpatoe habló entonces, encargándose Marina de comunicar á Cortés sus palabras.

—Gran señor,—dijo el gobernador de Guazacoalco;—recibid estos insignificantes presentes que os ofrecen dos esclavos de Motezuma.

Tan generoso es nuestro amo, que nos ha dado órden de obsequiar á cuantos extranjeros lleguen á sus costas; pero al mismo tiempo, y en su nombre, os suplico que no trateis de proseguir vuestro viaje, porque es sumamente difícil llegar hasta la presencia de nuestro soberano, y acaso no podreis conseguirlo.

—Los reyes nunca niegan atenciones á los embajadores de otros países,—contestó Hernan Cortés,—

[redacted]

y el vuestro, en cuanto sepa el objeto de mi llegada, se apresurará á recibirme.

No sois vosotros quienes estais llamados á interpretar mis intenciones.

Vuestro deber es anunciarle mi arribo á Guazacoalco.

Yo os daré tiempo para que podais avisarle, manifestándole que estoy resuelto á verle, porque no puedo consentir que se desaire en mí á la persona de mi monarca.

Esta contestacion impresionó vivamente á los indios.

X.

La entereza que significaban aquellas palabras, la actitud que al pronunciarlas habia tenido el caudillo, las advertencias que les hizo Marina acerca del formal propósito de Hernan Cortés, les intimidaron.

—Bien está,—dijo Pilpatoe;—aceptamos vuestras proposiciones; pero os suplicamos encarecidamente que no deis un solo paso hasta que llegue la respuesta de Motezuma.

Entre tanto, nos ponemos á vuestra disposicion; nosotros y nuestros soldados os serviremos en cuanto necesiteis.

XI.

Hernan Cortés se manifestó resuelto á obedecer-

les, y saliendo con ellos de la tienda, observó por la primera vez que los pintores que habian acompañado á Pilpatoe y Tentila andaban ocupados en bosquejar las figuras de los soldados y los grupos que formaban.

Algunos capitanes llamaron la atencion á Cortés sobre aquellas tareas, y acercándose á uno de los pintores para ver sus trabajos, notó que habian copiado con rara perfeccion, no sólo las figuras, sino las armas, la artillería y los caballos, añadiendo algunos signos al pié de los objetos como para explicarlos.

Comprendió desde luego el objeto de aquellos bosquejos, y cruzando de pronto una idea por su mente, la puso en práctica en el acto.

Aparecia con sus soldados como gente pacífica, y era de todo punto necesario dar una idea más temible de él.

XII.

—Marina,—dijo Hernan Cortés á su joven intérprete.

—¿Qué deseais, señor?

—Dí á los embajadores que he resuelto obsequiarles con una diversion completamente nueva para ellos.

—¿Cuál?

—Adviérteles que es costumbre entre nosotros festejar á nuestros amigos de la manera que van á ver.

[redacted]

Que presten atencion, y podrán formar una idea de lo que son nuestros soldados.

XIII.

Mientras la jóven comunicaba á Tentila y Pilpatoe las órdenes de Hernán Cortés, dictó este las medidas necesarias para ejecutar un verdadero simulacro.

Colocó la artillería en un punto donde pudiera maniobrar.

Mandó montar á los soldados de á caballo, y á su vez montó en su corcel para ponerse al frente de los ginetes.

Distribuyó sus tropas en batallónes, y lo dispuso todo para una escaramuza.

XIV.

Todos los indios miraban embelesados aquella escena.

Los soldados maniobraron con una rapidez y una precision asombrosa.

A una señal de Hernan Cortés, dispararon sus arcabuces los soldados.

Poco despues funcionó la artillería.

Los ginetes dieron una carga impetuosa, y las detonaciones y los ejercicios produjeron tal sensacion

en los circunstantes, que muchos huyeron, otros se arrojaron al suelo como si hubieran sido heridos de muerte, y los más fuertes, como dice muy bien un historiador, afectaban admiracion para disimular el miedo (A).

XV.

Marina, por órden de Hernan Cortés, aseguró á los embajadores que las fiestas en España eran de aquella manera.

Su plan salió á medida de su deseo.

Inmediatamente los pintores, que no eran los ménos asombrados, borraron las primeras pinturas, y á toda prisa se dedicaron á copiar aquellas falanjes de soldados, corriendo de un lado á otro, disparando los arcabuces, subiendo y bajando cuestas, sin olvidar los caballos en su rápida carrera, que fueron lo que más miedo infundió á los indios.

XVI.

Para dar una idea del estruendo que producian las armas de los arcabuceros y los cañones, figuraban como que salian de las bocas de las armas exhalaciones.

Al mismo tiempo, en sus anotaciones expresaban el efecto que aquel espectáculo habia hecho en ellos.

Cortés volvió á su tienda con los embajadores.

XVII.

Una vez allí, les agasajó, mandando entregarles algunas joyas de Castilla.

Al mismo tiempo, con objetos de vidrio, lentejuelas, una camisa de holanda, un birrete de terciopelo carmesí, adornado con una medalla de oro, en que estaba la imágen de san Jorge, y una silla labrada de Taracela, reunió, repetimos, un presente para que los embajadores lo llevasen á Motezuma.

Es indecible el efecto que el simulacro por una parte, y las dádivas por otra, produjeron en aquellos hombres.

XVIII.

—Algun poder invisible les protege,—dijo Tentila á Pilpatoe.

—Sí,—contestó su amigo;—ahora comprendo que no hayan podido vencerles los de Tabasco.

Si nosotros lucháramos con ellos, nos vencerian tambien.

¿Habrá sonado para nuestra pátria la hora de la destruccion?

—No temais: Motezuma es poderoso.

—¡Que Huitzilopochili, dios de la guerra, se apiade de nosotros!

XIX.

Los españoles estaban de enhorabuena.

Hernan Cortés quedó completamente satisfecho del triunfo moral que habia alcanzado aquel dia sobre los moradores de Guazácoalco.

[redacted]

Capítulo XLI.

Diplomacia de los indios.

I.

Teutila y Pilpatoe enviaron inmediatamente un mensaje á Motezuma, para darle cuenta de lo que habia pasado y llevarle los apuntes de los pintores.

Las tranquilizadoras palabras que habia pronunciado Hernan Cortés en su presencia, las protestas de amistad que les habia hecho, la seguridad que les habia dado de que no se moveria de Guazacoalco hasta saber si accedia á recibirlos Motezuma, no bastaban á aquellos hombres para que se calmase la ansiedad que la llegada de los extranjeros habia producido en su ánimo.

II.

—Es sorprendente lo que sucede,—decia Pilpa-

toe.—¡Qué poder sobrehumano tienen esos hombres! ¿Qué divinidad les protege?... Porque no hay duda, son séres sobrenaturales.

Para vencerlos seria preciso reunir todos los ejércitos del imperio, y aun así sus mortíferas armas causarian grandes estragos en nuestras filas.

—No es la primera vez que los altos funcionarios del Estado hemos tenido qué luchar con fuerzas superiores á las nuestras.

—Pero las hemos vencido por medio de la astucia.

—La astucia es lo único que puede vencerlos en esta ocasion.

—Motezuma no querrá recibir á los extranjeros.

—¡Oh! No, de ningun modo. ¿Cómo ha de consentir él, que está acostumbrado á ver esclavos en los hombres, que unos cuantos españoles se presenten ante él con arrogancia y sean capaces hasta de pedirle tributo?

—Por otra parte, se opone abiertamente á que los extranjeros penetren en sus dominios, en su ciudad. Quiere, y quiere muy bien, que todos ignoren la magnificencia con que vive, los progresos que ha introducido en todos los ramos del saber, las comodidades y placeres que le rodean.

Este deseo obedece á un gran principio político.

Mientras le ven de lejos, los que no son sus vasallos, los que no viven con la esplendidez que él, no tienen más remedio que admirarle.

[redacted]

El ascendiente que ejercemos sobre ellos es por esta razon mucho mayor.

Hasta ahora los habitantes de estas comarcas le creen invencible.

Si los españoles destruyesen esta creencia, si amenguasen su prestigio, si se debilitara á sus ojos, los numerosos enemigos que tienen harian causa comun con los extranjeros, y todo se perderia.

III.

—Pues lo que es el caudillo de los españoles,—dijo Teutila,—está resuelto, quiera ó no quiera Motezuma recibirle, á llegar hasta Méjico.

—Si pudiéramos estorbarlo, ¡cuánto ganaríamos á los ojos de nuestro monarca!

—¡Es imposible!

—¿Y por qué?... Intentémoslo.

—¿No has visto lo que ha pasado á los bizarros habitantes de Tabasco?

—No digo que empleemos las armas.

—¿Pues de qué medios quieres valerte?

—De la astucia.

—¿Conoces por ventura sus flacos?

—No.

—Pues entonces...

—Pero no seria difícil llegar á conocerlos.

—¿De qué modo?

—Valiéndonos de algunas de las personas que le rodean.

—¿Y á quién podemos dirigirnos?

—¿Por ventura no adivinas mi proyecto?

IV.

Teutila reflexionó un momento.

—¿Crees que esa india que está á su lado,—dijo,—que es su confidente, que es su intérprete, que es su amiga, nos sacará de dudas?

—¿Y por qué no?

—Porque es adicta á él, porque no se separa de su lado.

—Para todo hay remedio.

—Oye mi plan, y comprenderás mi intencion.

—Habla pues.

—Marina nos ha prestado un gran servicio.

—¡Cómo!

—Sin ella no hubiéramos podido entendernos con los españoles.

—Cierto que sí.

—Nada más justo que demostrarle nuestra gratitud.

—¿Pero de qué manera?

—Preparando una fiesta en honor suyo, una fiesta en la que las vírgenes indias más hermosas coronen de flores y de palmas á la india á quien protegen los españoles.

—¿Y crees que vendrá?

—No ha de venir.

[redacted]

—De todos modos, será difícil averiguar...

—Una vez en nuestra presencia, yo me encargo de hacerle hablar, de saber lo que deseo. ¿Qué te parece mi proyecto?

—Excelente si puede realizarse.

—Intentémoslo al ménos.

—Pues manos á la obra.

V.

Dos emisarios fueron inmediatamente hasta el cuartel general de Hernan Cortés para anunciarle los festejos con que pensaban mostrar á Marina su gratitud las jóvenes indias de Ulúa.

Pilpatoe, que conocia bastante el corazon humano, no se habia equivocado.

VI.

Hernan Cortés se apresuró á rogar á Marina que asistiese á la fiesta.

Lo hizo principalmente con el fin de que aprovechase la ocasion de explorar los proyectos de los embajadores de Motezuma.

Pero como no podia ni debia ir sola, para dar importancia á la jóven dispuso que la acompañase una guardia de honor.

VII.

El mando de esta guardia lo confió á Pedro de Alvarado.

Todos debian acompañarla hasta la gran plaza que habia en frente de la morada del gobernador Pilpatoe.

¡Con qué alegría recibió Alvarado el encargo de escoltar á Marina!

—¡Oh! Ha llegado el momento de mi venganza,— exclamó.

Al fin voy á tener la ocasion que he buscado tantas veces.

Hoy me convenceré de la verdad; hoy veré si existe entre ella y Hernan Cortés el íntimo lazo cuya suposicion me desespera.

Si desoye mis ruegos, si rechaza mi amor, jugaré el todo por el todo.

Nada más fácil, una vez prevenidos como están los soldados, que darle muerte; nada más fácil que atribuir á los embajadores de Motezuma esta muerte, obligando á Hernan Cortés á tomar venganza, sin sospechar siquiera quién es el que impone á su pasion tan terrible castigo.

Tal vez de esta manera llevaremos á cabo la empresa que nos ha traido hasta aquí antes de lo que quiere Hernan Cortés.

[redacted]

VIII.

Y acariciando estas esperanzas, lo díspuso todo para acompañar á la jóven.

Las jóvenes indias, pintorescamente adornadas con sus mejores galas, salieron á recibir á Marina.

Alegres músicas resonaron en la plaza de la ciudad.

Los españoles presenciaron con curiosidad aquel festejo, y segun estaba dispuesto por Pilpatoe, fué llamada Marina á su morada para disfrutar de los obsequios que allí tenia preparados.

IX.

A las primeras preguntas comprendió Marina que trataban de catequizarla, y fingiendo la más completa sinceridad, mostrando á Pilpatoe que más seguia á Hernan Cortés por miedo que por afecto, dió más visos de verdad á su declaracion.

Ponderando los elementos de destruccion con que contaban los extranjeros, ponderando el valor de su jefe, condoliéndose de la triste suerte que aguardaba al imperio de Méjico si con dádivas y bondades no desarmaba el furor de los españoles, aumentó la zozobra y el temor de Pilpatoe, y consiguió averiguar que ni él ni Teutila, á pesar del numeroso ejército con que contaban, se atreverian á romper las hostilidades con los extranjeros.

X.

Llegó la noche, y Alvarado mandó á los soldados que se adelantasen, esperando á poca distancia del cuartel general.

—Quiero hablar á solas con Marina,—les dijo,— para explorar su ánimo, para convencerme de su lealtad ó de su infamia.

Marina no tardó en acercarse á él.

La alegría brillaba en su rostro.

Las noticias que iba á comunicar á Hernan Cortés constituian su felicidad.

XI.

En medio de las sombras de la noche abandonaron la ciudad Marina y Alvarado.

Antes de asistir á la escena que pasó entre ellos, debemos acompañar al emisario que enviaron Teutila y Pilpatoe á Motezuma, y veamos el efecto que produjo á aquel monarca el mensaje que le llevaba.

[redacted]

Capitulo XLII.

Motezuma.

I.

¡Cuán felices corrian las horas para el gran emperador de Méjico!

Los soberanos de nuestros tiempos no pueden formarse una idea de la magnificencia con que vivia Motezuma en el siglo XVI, y en medio de un país dominado por la barbárie.

II.

Dueño y señor de vidas y haciendas; teniendo por tributarios á príncipes poderosos; mandando á esclavos, no á vasallos; rodeado de todas las comodidades del lujo, de todos los placeres que puede imaginar la

fantasía; teniendo pendientes de una mirada suya millares de mujeres hermosas y formidables guerreros, ejercia una soberanía como ningun otro monarca de la tierra.

Acostumbrado á dominar á sus enemigos, á vencer todas las dificultades que se atrevian á oponerse á sus deseos, á destruir con horribles castigos cuantas intrigas fraguaban los príncipes envidiosos de su poderío, no podia imaginar, en medio de tanta grandeza, que el pedestal de su trono pudiera verse amenazado.

III.

Habia sabido la llegada de unos extranjeros al Yucatan, porque habian ido emisarios de Tabasco y Guazacoalco á noticiárselo, cuando Grijalva llegó con las naves españolas hasta las playas de aquellas provincias.

Pero como aquellos extranjeros se habian retirado inmediatamente, como al luchar habian sido vencidos, no habia dado importancia alguna á su llegada.

Al saber más tarde que una numerosa escuadra habia vuelto á Tabasco, escuchó la noticia con impasibilidad.

IV.

Poco despues supo por medio de sus bien organi-

zados correos la gran batalla que habian sostenido los extranjeros con los habitantes de Tabasco, y la terrible derrota que estos habian sufrido.

Aquello le alarmó.

—¿Quiénes eran aquellos hombres que en tan corto número podian vencer á tan numeroso ejército?

Pero cuando su asombro llegó al colmo, cuando su pulso, tranquilo siempre, se alteró, cuando un secreto presentimiento turbó la paz de su alma, fué al saber que los extranjeros proyectaban dirigirse á Méjico, y que estaban resueltos á llevar á cabo su propósito.

V.

Apenas llegaron las noticias de Pilpatoe y de Teutila, llamó á su ministro, y despues de escuchar el mensaje, fijó su vista con febril atencion en las pinturas que le enviaban.

Los trajes, las figuras, los movimientos, las armas de aquellos hombres le intimidaban.

¿Cómo? ¿Existia en el mundo otro país en donde la civilizacion estuviera más avanzada que en Méjico? ¿Era posible que viniesen hombres de otras regiones con armas más poderosas que las suyas?

¿Por ventura no era el monarca escogido de Dios, no era el soberano de los soberanos? ¿No podia cumplir su voluntad, no sólo en sus dominios, sino en los demás países de la costa?

VI.

Hasta entonces habian halagado su imaginacion estas creencias.

Nunca habia podido imaginar siquiera que su voluntad pudiera ser desobedecida.

—Comunica á los extranjeros,—exclamó,—que les prohibo llegar á mi presencia.

—Vuestra prohibicion será inútil,—se atrevió á decir el ministro en nombre de los embajadores de Motezuma, de los que habia oido comunicaciones secretas.—Son resueltos, han decidido llegar aquí, y llegarán.

—Por ventura, ¿no tengo vasallos bastantes para contenerlos?

—Numerosos eran los indios de Tabasco, organizados iban á defender su independencia, y sin embargo, más de cuarenta mil hombres no han podido contrarestar el empuje de seiscientos.

Ellos pelean de una manera distinta de la nuestra. Sus armas desde lejos hieren, matan, y además tienen unos monstros, con los que difunden la muerte y el espanto, con los que diezman las filas de nuestros enemigos.

Creedlo, señor; cuando Teutila y Pilpatoe os suplican encarecidamente que recibais á los extranjeros, que seais bondadoso para con ellos, es por que comprenden que no pueden contrarestar su influencia.

[redacted]

VII.

—Yo les enviaré presentes,—dijo por fin Motezuma.

—¿Y qué lograreis con eso?

—Fascinarles, atraerles á mi favor.

—¿Y si vuestros esfuerzos son inútiles?

—Entonces lucharé con ellos. Y creedlo, ¿qué poder habrá en el mundo que pueda alcanzar una sola victoria sobre mí?

Ante aquella pregunta tuvo que bajar la cabeza el ministro.

VIII.

—Obedéceme y calla,—prosiguió Motezuma.

Haz que inmediatamente se envien á Teutila y Pilpatoe, para ofrecérselas al jefe de los extranjeros, ropas del algodon mejor tejido que pueda encontrarse; adornos y penachos de plumas de los colores más vistosos; arcos, flechas y rodelas de las maderas mejor labradas.

Envíales tambien una lámina de oro con la imágen del sol, y otra de plata, en donde esté mejor cincelada la luna.

No te olvides de remitirles collares, pedrerías, pendientes, y cuantos objetos de plata y oro imitando animales y reptiles tengan dispuestos los artífices de mi palacio.

IX.

El servidor de Motezuma obedeció al pié de la letra sus instrucciones, y no pasaron ocho dias sin que aquellos objetos estuvieran en poder de Teutila y Pilpatoe.

El camino más breve que separaba á Méjico de San Juan de Ulúa, era de setenta leguas.

X.

¿Cómo en tan breve plazo pudo llegar el mensaje de los embajadores de Motezuma á manos del emperador de Méjico, contestarle este y enviar el presente á Hernan Cortés?

Es cosa que asombrará á nuestros lectores.

Portentoso, es, en efecto, que, en aquella época tan remota, y en un país en donde la verdadera civilizacion no habia derramado todavía la luz, estuvieran tan bien organizados como allí estaban los correos.

XI.

El cargo de correo era uno de los más honoríficos y de los más lucrativos.

En uno de los alrededores de Méjico se halla-

[redacted]

ba la escuela, donde aprendian su oficio los correos.

Los maestros escogian los niños más ágiles para dedicarlos á la profesion.

En el templo que servia de escuela, se hallaba el ídolo colocado en una meseta, separada del pavimento por ciento veinte gradas de piedra.

Los niños subian varias veces aquellas gradas, y el que llegaba primero obtenia un premio.

XII.

De esta manera, con esta gimnasia, se desarrollaban y adquirian la ligereza necesaria para desempeñar más tarde las funciones de su oficio.

Los que ya eran adiestrados eran dados de alta, y distribuidos en unas casas que habia en todos los caminos de Méjico, semejantes á los paradores que tienen las diligencias de España para mudar el tiro de los caballos.

El correo tenia que recorrer una porcion de camino.

XIII.

De distancia en distancia se renovaban, y gracias primero á su ligereza, y despues á la renovacion de los correos, podia comunicarse el emperador con sus provincias más apartadas, á lo sumo en dos dias.

La fidelidad era la primera condicion qee se exigia á estos servidores del Estado.

Penas durísimas se aplicaban á los que no cumplian con su deber, razon por la cual el servicio de correos era inmejorable en el imperio de Motezuma.

XIV.

Enviados de este modo á Teutile y Pilpatoe los presentes con que Motezuma queria obsequiar á los extranjeros, pudieron los dos embajadores, el domingo siguiente al en que Hernan Cortés los habia recibido y obsequiado, enviarle la respuesta de Motezuma.

Este estaba resuelto á no recibir á los españoles.

[redacted]

Capítulo XLIII.

Ultimatum de Hernan Cortés.

I.

Cien indios condujeron al campamento de los españoles los presentes de Motezuma en unas esteras de pluma llamadas petates.

Teutila y Pilpatoe se presentaron de gran gala al caudillo para ofrecérselos.

II.

En nombre de su soberano le dijeron que habia agradecido en extremo sus regalos, y que para darle una muestra de su gratitud, le llevaban aquellos objetos; pero que no tenian por conveniente, ni era [illegible]

tonces posible, autorizarle pára que avanzase hasta su córte.

—¿Cuál es la causa?—preguntó Hernan Cortés.

III.

Pilpatoe, hábil político, respondió en estos términos:

—No creais que es temor ó indiferencia hácia vos lo que mueve á nuestro soberano á no concederos su vénia para que prosigais adelante.

Os quiere bien, porque le hemos dicho cuán acreedores sois á su benevolencia y amistad.

Pero los caminos son malos, y antes de llegar á Méjico tendreis que pasar por ciudades en donde el emperador tiene muchos enemigos.

Estos creerian que íbais en nuestro auxilio, y harian armas contra vosotros.

Además algunos moradores de esas ciudades son muy taimados, y os tenderian lazos para no dejaros pasar.

—No me convencen esas razones,—contestó Hernan Cortés.

—Otras más poderosas tiene, pero perdonadme que no os las diga.

IV.

Hernan Cortés fijó una penetrante mirada en el indio.

[redacted]

—Haceis bien,—le dijo,—si tales son las órdenes que habeis recibido.

Pero decid á Motezuma, que no siendo mi intento faltar á su obediencia, me es de todo punto imposible volver atrás, porque mi rey y señor me ha encargado que le busque, que le hable en su nombre, y faltaria á mis deberes si desprestigiara el esplendor del monarca á quien sirvo.

—Ved que nosotros no podemos contener á los indios que halleis al paso, que no somos responsables de lo que pueda sucederos.

—Si no es más que eso, vuestro temor calmad; y sabed de ahora para siempre que no hay nadie en el mundo que pueda oponerse á mi voluntad.

V.

Estas palabras, pronunciadas con energía, con resolucion, pusieron término á los razonamientos de los indios.

—Concedednos al ménos otro breve plazo,—le dijeron,—para comunicar á nuestro monarca esa resolucion.

—No tengo inconveniente, pero apresurad la respuesta, porque podria faltarme la paciencia, y me obligaríais á ir más cerca á saber la decision de Motezuma.

Profundamente consternados, se retiraron Pilpatoe y Teutila.

Inmediatamente enviaron un nuevo mensaje á Motezuma.

VI.

Mientras tan apurados andaban buscando medios para contrarestar el empuje de los españoles, estos, en presencia de los regalos que habia enviado Motezuma, se entregaban á cavilaciones que nos parece muy del caso repetir:

VII.

—¡Magníficos presentes!—decia uno.

—No he visto nunca tanto oro reunido,—exclamaba otro.

—¡Y con qué perfeccion está labrado!

—Ni los judíos de España tienen joyas más finas.

—¡Y qué plumas tan bellas!

—¿Pues y el tejido de algodon? No hay en Segovia tejedor ninguno que pueda imitarle.

—Todo esto prueba que el imperio de Méjico es muy rico.

—Mucho deseo hallarme en él.

—Yo lo mismo; allí nos aguarda la fortuna.

—O la muerte.

VIII.

—¡La muerte! ¿Por qué?—preguntaron algunos.

[redacted]

—¿No creeis que una nacion tan poderosa tendrá un ejército bastante para derrotar á un puñado de hombres como somos nosotros?

—Es que pelea á nuestro lado el miedo que nos tienen.

—Y además, guiándonos Hernan Cortés al combate, el triunfo es seguro.

—¿Acaso no nos protege el cielo?

—Sí, pero pueden tendernos una emboscada los indios.

—Lo que debemos hacer es marchar pronto adelante, ó volvernos atrás.

Aquí no podemos estar; de nada sirve que los indios nos agasajen si los víveres que nos traen no se pueden comer.

—No es eso lo peor, sino que el puerto no es nada abrigado, y las embarcaciones sufren.

—¿Y por qué nos detenemos?

—Porque Cortés espera la respuesta del emperador Motezuma.

—Si no nos vamos pronto, aquí nos van á comer los mosquitos.

—En efecto; parece que los han azuzado contra nosotros los indios.

—No nos dejan dormir.

—Llamemos á nuestros capitanes para que, intercediendo por nosotros, pidan á Hernan Cortés que nos lleve cuanto antes á conquistar á Méjico.

—Y si no quiere, que disponga la vuelta á Santiago de Cuba.

IX.

Estas conversaciones llegaron á oidos de Hernan Cortés.

Conocia mejor que todos sus soldados los inconvenientes de su estancia en San Juan de Ulúa; pero queria tener toda la razon de su parte y agotar todos los medios del prestigio moral que ejercía sobre los indios antes de recurrir á la fuerza material.

X.

Sin embargo, tanto para aliviar los padecimientos de sus soldados, como para tener en alarma á Pilpatoe y á Teutila, ordenó que saliesen dos carabelas á recorrer la costa para buscar un puerto más abrigado y un terreno ménos estéril donde alojarse hasta que llegara la respuesta de Motezuma.

Encargó el mando de los buques á Francisco Montejo, y designó los soldados más impacientes para que le acompañasen.

XI.

Diez dias le dió de término para aquel viaje.

De este modo calmó la agitacion que empezaba á notarse en sus tropas, y aguardó con calma el ultimatum de Motezuma.

Antes de dar noticia á nuestros lectores de la gran conmocion que el segundo mensaje habia producido en Méjico, aclaremos un punto oscuro de esta historia.

Vamos á ver qué es lo que habia pasado á Pedro de Alvarado y Marina.

Capítulo XLIV.

Al maestro cuchillada.

I.

—Avivad hácia el cuartel general,—dijo Alvarado á los soldados.

Estos obedecieron.

Marina y él quedaron solos.

El amor es miedoso.

II.

Antes de hallarse en aquella situacion, cuando pensaba en ella, cuando se figuraba lo que podia pasarle, Pedro de Alvarado estaba resuelto á jugar el todo por el todo.

Al verse á solas con Marina en medio de los campos, bajo la sombra de la noche, tembló.

[redacted]

Anduvieron los dos un corto trecho.

III.

—¡Qué hermoso es tu país, Marina!—dijo Alvarado.—¡Qué dulce aroma exhalan las plantas y las flores en torno nuestro!

—¡Bien haya tu boca,—dijo la india,—porque alaba á mi pátria!

—El paisaje que nos rodea, el suave murmullo de los cristalinos arroyos que esmaltan el prado de verdura que nos sirve de alfombra, el canto lejano del sinsonte, el sonido de las palmas que arrulla la brisa; todo este cuadro fascina mi vista, todo este perfume embriaga mi alma... ¡Ah! Quedémonos un instante á contemplar tanta belleza.

IV.

Los ojos de Marina se encontraron con los de Pedro.

En su mirada observó sus ardientes deseos.

Pero adivinó al mismo tiempo que aquel amor era cobarde.

En efecto, se habia valido de un recurso gastado para darse á conocer.

—Es tarde ya,—dijo Marina.

—Tarde para tí, que anhelas ver á tu señor.

V.

Este recuerdo encendió la mirada de Alvarado. Marina comprendió que estaba celoso.

Con ese instinto de la mujer, y sobre todo de la mujer en su estado primitivo, sin civilizacion, sin cultura, abarcó todo el riesgo de la situacion en que estaba.

Tenia que salvarse y salvar á Cortés, á quien amaba con delirio.

VI.

—Te engañas,—dijo Marina;—pero hay que hacer tantas cosas que no se sienten.

—¿Quieres negarme que amas á Hernan Cortés, que él está enamorado de tí?

Marina se sonrió.

—¡Cuánta alegría me das!

—¿Por qué?

—Te has creido que amo...

—Yo solo no: todos mis compañeros, todo el mundo lo cree.

—¿Luego desempeño bien mi papel?

—¿Qué dices?

—¡Ah! ¡Pedro de Alvarado! Si tú pudieras leer en mi corazon, si adivinases...

[redacted]

—¿Por ventura quieres negarme lo que veo, lo que lamento?

VII.

Marina habia tomado una resolucion.

—Hace tiempo que deseo hallar un corazon amigo, un corazon leal... Siento que me ahogo, y necesito desahogarme.

Alvarado se sorprendió.

—Me has pedido que me detuviera un instante á contemplar contigo este bello paraje.

Quedémonos y escuchame; pero júrame antes no revelar á nadie lo que voy á decirte.

Si me descubres, soy poderosa, soy más fuerte que tú, porque la serpiente hiere de muerte al tigre cuando quiere vengarse.

—Explícate.

—Jura antes.

—Pues bien; lo juro.

—Ahora ya puedo hablarte con entera confianza.

VIII.

A los celos sucedió en el alma de Alvarado el asombro y la curiosidad.

—He sorprendido un secreto en tu alma,—añadió Marina.

—¿Un secreto?

—Sí.

—¿Cuál?

—Tú me amas, Pedro; tú me amas con pasion.

—Pues bien: es cierto.

IX.

—¡Ay de tí y ay de mí,—dijo Marina,—si yo diese cuerpo á la impura llama que arde en tu pecho! Yo no puedo amar á nadie: el ídolo de mis padres me maldeciria.

—No comprendo tus palabras.

—He jurado ser leal, y lo seré.

—¡Cómo!...

—¿Te has olvidado de mi historia?

—No.

—Yo amaba á Ibo-ibo.

—¡A ese traidor!...

X.

—No le culpes...—exclamó Marina, interrumpiéndole;—defendia á su pátria.

Nuestras almas nacieron para unirse; ¡pero el destino nos separó!

Vosotros le obligásteis á abandonar su religion, y desde entonces fué maldito nuestro amor.

¿Tú me amas?

—Sí, marina, te adoro.



HERNAN CORTÉS.—Tú me amas, Pedro; tú me amas con pasion.

[redacted]

—Y si te robaran mi amor, ¿qué harias?

—Matar á quien tal hiciera.

—¿Y si era más fuerte que tú?

—Me dejaria matar por él.

—Entonces, ¿de qué te serviria el deseo de venganza?

Nosotros, los indios, somos más recorosos que vosotros.

Oyeme ahora, y me comprenderás; pero te lo repito: ¡ay de tí si me vendes!

—Habla por Dios.

XI.

—Hernan Cortés,—prosiguió Marina,—mató á Ibo-ibo, y yo me presenté á tu jefe, diciéndole que iba á pagarle la deuda de gratitud que habia contraido con él mi amante.

—Es cierto.

—¿Y sabes por qué fué? Aquella noche en que espiró en mis brazos pedí auxilio á mis hermanos, y me rechazaron.

Busqué entonces á mi tzimes protector, le consulté, le pedí la muerte.

»—No,—me dijo;—vive para vengarte.»

Exploré de nuevo sus misteriosos arcanos;

»—Durante doce lunas,—me dijo,—mata en tu alma el amor: si te dejas seducir por sus halagos, serás perdida; si te vences, triunfarás.»

Dos venganzas tenia que llevar á cabo; dos hom-

bres han de morir á mis manos antes de que nazcan y mueran las doce lunas.

XII.

Alvarado creia soñar al oirla expresarse de aquel modo.

—Esos hombres, ¿quiénes son?—le preguntó.

—El uno Motezuma.

—¿El emperador de Méjico?

—Sí; él fué quien me tuvo aprisionada en Xicalango, quien quiso seducirme, quien me redujo á la esclavitud.

El otro es Hernan Cortés.

—¡Marina!...

—¿Por qué finjo sumision y amor á tu jefe? ¿Por qué le sirvo con lealtad? ¿Por qué favorezco sus planes contra Motezuma?

Pues es por que le he elegido para instrumento de mi primera venganza, por que quiero que llegue á Méjico triunfante, que destruya á Motezuma, que se embriague con la victoria.

Cuando esto suceda, le haré creer que agradecida le otorgo el premio, y al abrirle mis brazos le adormeceré como la serpiente á su presa, para anonadarle, para acabar con él.

XIII.

—Eso es horroroso,—exclamó Alvarado.

[redacted]

—Te asombras... ¿No me conocias? El inocente colibrí se aparece á tus ojos con las garras del águila. Pues oye aun más: Tengo un plan, y si me ayudas, tu felicidad será inmensa.

—Habla.

XIV.

—¿Eres ambicioso?—le dijo Marina, fijando en él una ardiente mirada.

—Sí.

—¿Valiente?

—Nada temo.

—¿No gozarias al heredar la gloria de Cortés? ¿No te entusiasmaria pasar de simple capitan de un tercio á jefe de un ejército?

—Marina, tus palabras me enloquecen.

—No gozarias obteniendo mi amor.

—¡Puedes dudarlo!

—Pues júrame esperar y respetarme hasta que pasen las doce lunas, hasta que entremos todos victoriosos en el palacio de Motezuma, hasta que Hernan Cortés muera á mis manos despues de haber saboreado el triunfo.

XV.

Marina deslumbró á Pedro de Alvarado.

—Te lo juro—exclamó.

—¿Me dejarás en libertad hasta entonces?

—Sí.

—¿Verás únicamente en mis halagos á tu jefe, en la proteccion que le dispense, en los sacrificios que haga por él, el único deseo de alucinarle, de atraerle, de asegurar mi venganza?

Marina habia fascinado al guerrero.

Su respuesta fué afirmativa.

XVI.

—Ahora,—dijo Marina,—avancemos al cuartel general y olvida cuanto hemos hablado.

Si me denunciases á Cortés, no te creeria; si me persiguieses, buscaria su amparo, y entonces me vengaria de tí.

Elige entre un triunfo mezquino, el triunfo de un soldado sobre una pobre mujer, ó el mando de un ejército y el amor de una mujer vengada y satisfecha.

XVII.

Alvarado era ya su esclavo.

A partir de aquel momento, ya no podia temerle.

Pero necesitaba no perderle de vista.

Marina no podia hacer más por su verdadero amante, por su idolatrado Hernan Cortés.

[redacted]

Capítulo XLV.

El imperio de Méjico.

I.

Indignó sobre manera á Motezuma la insistencia con que el jefe de los españoles manifestaba su deseo de avanzar hácia Méjico.

El primer impulso, hijo de la indignacion, fué declarar la guerra á los extranjeros, enviar numerosos ejércitos á detener su paso, y destruirlos, aunque fuera preciso para ello emplear en aquella batalla todas las fuerzas del imperio.

Habia un poderoso motivo para que tomase esta resolucion Motezuma.

Pero este mismo móvil era, por otra parte, bastante para detenerle.

II.

No bastan todavía las indicaciones que hemos hecho acerca del estado de aquel poderoso imperio.

Es necesario que nuestros lectores conozcan más detalladamente los elementos con que contaba, la civilizacion á que habia llegado, los intereses que se hallaban en pugna, y sobre todo, las supersticiones que habia arraigadas en el corazon de los mejicanos, y que debian favorecer en alto grado la empresa de los españoles.

III.

Méjico se encontraba entonces en todo su apogeo, en todo su esplendor.

Extendia su dominio por todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América Setentrional, departamentos gobernados por él y en su representacion por caciques tributarios suyos.

De Oriente á Occidente ocupaba su imperio una extension de más de quinientas leguas, y de Norte á Mediodía llegaba en muchos puntos á doscientas.

Era un país rico, poblado, abundante, con todos los climas, con todos los dones de la naturaleza.

IV.

Extendíase por el Oriente hasta el mar Atlántico.

[redacted]

Por el Occidente llegaba al Océano Asiático ó Golfo de Aman, desde el cabo de Mendocino hasta los confines de la Nueva Galicia.

Por el Mediodía llegaba al mar del Sur, desde Acapulco á Guatemala, ingiriéndose por Nicaragua en el estrecho que divide y enlaza las dos Américas.

Dilatábase por el Norte hasta Panuco, dejándose oprimir por los montes en donde moraban los Otomies y los Michimecas, indios salvajes, sin leyes, sin gobierno, sin costumbres siquiera, que se guarecian en cavernas y se alimentaban con la caza y los frutos silvestres.

V.

Hasta entonces no habian podido dominarlos los emperadores de Méjico, porque diestros en el arte de disparar las flechas, y particularmente en el modo de andar por las breñas, diezmaban á los soldados mejicanos y se libraban de sus persecuciones.

Este imperio tan grande, tan dilatado, tan magnifico, tan esplendoroso, en poco más de un siglo habia llegado desde la más primitiva bárbárie, á la civilizacion atildada y perfecta en que le hemos visto al recorrer por la primera vez su territorio con los soldados de Hernan Cortés.

VI.

Una raza, una tribu más valiente, con más inge-

nio, nacida para dominar aquel vasto territorio, la raza de los aztecas, fué poco á poco ensanchando sus dominios, multiplicándose y sometiendo á su yugo á las tríbus vecinas, y poco á poco llegó á ejercer aquella supremacía sobre aquel país tan extenso.

VII.

Su orígen fué el de todas las sociedades.

El más valiente ganó la admiracion de los demás, y con la admiracion la obediencia.

Siguiéronle, pelearon á sus órdenes, acataron sus preceptos, y más tarde el jefe, el capitan, el caudillo, se convirtió en rey.

VIII.

La monarquía fué electiva entre los primitivos mejicanos.

Estaban en ese período de conquista, en esa época de los pueblos en la que el más valiente, el más audaz, el más heróico de los hombres obtiene el voto de los demás para dirigirlos y mandarlos.

Prefirieron, sin embargo, entre dos capitanes esforzados al que tenia en sus venas sangre real, y la guerra fué poco á poco trabajando la monarquía hasta convertirla en tan magnífico imperio.

[redacted]

IX.

Por el camino de los triunfos, y mucho más, de los triunfos fáciles que suele obtener la fuerza, fué entronizándose la tiranía en el imperio.

El lujo del despotismo llegó á su mayor apogeo en tiempo de Motezuma, segundo emperador de este nombre.

De exprofeso dejamos para más tarde algunos datos muy preciosos acerca de la historia de los soberanos de Méjico.

Antes conviene á nuestro propósito dar una idea completa del emperador con quien iba á entenderse Hernan Cortés.

X.

De régia estirpe, dedicado á la guerra desde los primeros años de su vida, acreditado de valiente, volvió á la córte, jóven aún, rodeado de una aureola de gloria.

Las atenciones de que era objeto, las miradas que dirigian hácia él los descontentos de su antecesor, le hicieron concebir esperanzas de adquirir aquel cetro que veia brillar en otras manos, y empleando la rara habilidad de que estaba dotado, afectando obediencia y lealtad á su soberano y una modestia maravi-

llosa, consiguió formarse un gran partido entre sus moradores.

XI.

Rindiendo un culto externo á la religion de su pátria, yendo contínuamente á los adoratorios para orar en presencia del público, mandando construirse una especie de celda en uno de los templos más frecuentados por los mejicanos, adquirió tal venerabilidad, que todos á una, al morir el monarca que ocupaba el trono, le eligieron por su sucesor.

XII.

Resistióse á aceptarlo, hizo los mayores esfuerzos para que se admitiera su renuncia; pero cuando se convenció de que estaba arraigado su advenimiento al trono en el corazon de todos sus vasallos, lo aceptó, y cambió por completo.

Habia contenido durante mucho tiempo sus inclinaciones, sus vicios, sus apetitos desordenados: tenia una sed de goces insaciable.

XIII.

Al dia siguiente de ocupar el trono y ser aclamado por todos los mejicanos, despidió á las personas

[redacted]

de la familia real, buscó para que formasen su córte á los más nobles, á los más ricos, á los más espléndidos personajes, y viviendo lejos de sus vasallos en medio del fausto, oprimiendo á todos los que dependian de él, pudo sostenerse, no sin que llegaran hasta los piés de su trono las murmuraciones de los descontentos.

XIV.

Cruel en sumo grado, uno de sus mayores goces era demostrar á sus vasallos que los consideraba como esclavos.

No consentia que entrasen en palacio á verle más que sus ministros y protegidos.

Pero cuando alguno se obstinaba en verle, despues de exigirle infinitas humillaciones al admitirle en su presencia, le obligaba á hacerle reverencias y ceremonias muy parecidas á las que se tributaban á los dioses.

XV.

Cuando llegaban á sus oidos los ecos de las aseveraciones de sus enemigos, tratando de demostrar que no tenia poder sobre ellos, se complacia en castigar á aquellos mismos propagadores de frases subversivas, sin otro fin que el de convencerles de que verdaderamente eran esclavos.

XVI.

Sediento siempre de goces, para acallar los gritos de su conciencia, imponia tributos vejatorios por el sistema de la capitacion, extendiendo la obligacion de pagar sus caprichos hasta á los pobres más miserables.

A estos, despues de hacerles buscar trabajosamente algunos objetos de escaso valor, en su misma presencia los arrojaba y despreciaba, demostrándoles con esto, que aunque inútiles sus ofrendas, se las exigia para esclavizarlos.

XVII.

¡Cuán ciegos son los tiranos!

Como al tender la vista en torno suyo no ven más que los rostros de los aduladores, no ven más que la sonrisa falaz que brota de los labios de los palaciegos; como no escuchan más que el eco de las lisonjas de los lacayos que les sirven bajo cualquiera de los muchos nombres que tienen los empleos de los palacios, llegan á figurarse que son invulnerables, que sus enemigos son impotentes, y dominados por esta falsa creencia, se entregan á ese sueño delicioso de la tiranía, sin recordar que todos los tiranos que duermen arrullados por los gemidos de los pueblos, despiertan en el cadalso.

[redacted]

XVIII.

No habia llegado todavía esta hora para Motezuma.

Pero en honor de la verdad, preciso es confesar que, aunque sólo llevaba catorce años en el trono de Méjico, era odiado por todos sus vasallos; y sólo el gran apoyo que le prestaban los nobles y los generales, que con él compartian el goce de las humillaciones del pueblo, eran su único sosten.

XIX.

Tres provincias muy importantes se habian rebelado contra él.

La de Mechoacan, la de Tepeaca y la de Tlascal.

Gracias á sus numeros ejércitos, gracias á la adulacion del monarca á los soldados, habian podido someter á su obediencia otras muchas provincias.

Las tres que acabamos de citar habian contrarestado su voluntad.

XX.

Pero Motezuma, que siempre en las guerras habia peleado al frente de su ejército, al volver sin castigar á aquellos indómitos vasallos:

—No he querido someterlos,—decia,—porque necesito esclavos y quiero hallarlos entre esos enemigos.

XXI.

No era, pues, el esplendoroso aspecto que presentaba Méjico á los ojos de los extranjeros más que el fúnebre paño de terciopelo y oro con que la soberbia humana cubre los carcomidos restos de un cadáver.

La supersticion, atizando los rencores del pueblo, presentándose bajo un aspecto horrible, minaba sordamente el trono de Motezuma.

Los rebeldes no desperdiciaban una sola ocasion de atemorizarle.

XXII.

La llegada de los extranjeros, su obstinada resolucion de llegar hasta Méjico, lo inútil de sus esfuerzos para detenerlos en San Juan de Ulúa, era muy suficiente, dada la situacion en que se hallaba Motezuma, para suscitar en su ánimo la indignacion que hemos visto reflejarse en sus palabras al recibir el segundo mensaje de Teutila y Pilpatoe.

[redacted]

Capitulo XLVI.

Superstición.

I.

La Providencia, que no deja impune ningun delito, se vale á veces de medios extraordinarios para castigar á los culpables.

Fábula parece lo que se cuenta como sucesos acaecidos en todo el imperio de Méjico un año antes de la llegada de los españoles á Tabasco, ó sea desde que Juan de Grijalva penetró en el Yucatan con tres carabelas.

Las observaciones que hemos apuntado en el capítulo anterior, son bastantes para conocer la indignacion que produciria en Motezuma la respuesta arrogante dada por Hernan Cortés á su resolucion de no recibirlos.

II.

Pero necesitamos condensar, presentar en un solo cuadro, el cúmulo de supersticiones que preocupaban los ánimos de los mejicanos, y no sólo de los vasallos oprimidos, sino de los consejeros del rey, del monarca mismo, para comprender que aquel emperador cayese en un profundo abatimiento, que sus consejeros se consternaran, que el pueblo mismo se aterrorizase despues de pasada la primera impresion, y cuando los recuerdos de lo que sucedia reemplazaron á la herida que en el amor propio sufria Motezuma con la resolucion de Hernan Cortés.

III.

Desde los primitivos tiempos de la humanidad viene observándose una lucha contínua entre el fuerte y el débil.

No siempre triunfa el fuerte.

El talento emplea medios qué producen efectos superiores á los de los ejércitos más numerosos.

IV.

Como los que más oprimen son los que más mie–

[redacted]

-do tienen, porque la conciencia les dice á cada instante que no obran bien, no hay hombres más supersticiosos que los tiranos.

Conociendo sus debilidades los hombres de talento, las explotan, y á veces la imaginacion consigue triunfos más grandes que los de las armas.

V.

¿Serian los enemigos de Motezuma los que, aprovechándose de circunstancias especiales y de fenómenos metereológicos, infundieron pavor á Motezuma y á sus secuaces, y colocaron al pueblo mejicano á la altura en que se encuentra?

La historia no lo dice.

Hay que presumirlo.

Pero lo que sí refiere la historia, lo que sí cuentan las tradiciones, es la série de sucesos que quebrantaron la fuerza de Motezuma é inspiraron á sus vasallos un verdadero pánico.

VI.

Al poco tiempo de tenerse noticias en Méjico de la llegada á las costas de la Jamáica de Juan de Grijalva, empezó la supersticion á hacer de las suyas.

Una noche descubrieron con verdadero asombro

los mejicanos un espantoso cometa de forma piramidal, el cual, avanzando lenta y majestuosamente por el espacio, brillaba en medio del azulado manto de la noche, hasta que los primeros rayos del sol oscurecian su luz.

Algun tiempo despues vieron en medio del dia oscurecerse el firmamento y cruzar por el espacio con rapidez eléctrica una especie de manga de fuego en forma de serpiente, con tres cabezas, de las cuales se desprendian, como vomitadas, centellas que al poco tiempo se extinguian en el aire.

VII.

Estas dos apariciones sembraron el terror entre los mejicanos.

Eran para ellos presagios de grandes desventuras.

Estos presagios no tardaron en confirmarse.

Habia en Méjico una gran laguna cuyas aguas estaban encerradas y contenidas por fuertes límites.

De pronto aquellas aguas, tranquilas siempre, se agitaron.

Rompiendo las vallas que las contenian, inundaron los campos, y con tal empuje corrian por todas partes, que desmoronaban á su paso los edificios más sólidos.

Aquellas aguas despedian un vapor que nublaba el espacio, y al mismo tiempo parecian de fuego, porque su contacto abrasaba.

[redacted]

Fija la vista aterrorizada de los mejicanos en este terrible espectáculo, no tardó en tener que volverse hácia otro más terrible aún.

VIII.

Uno de los templos más grandiosos se incendió.

Nada bastaba á apagar la hoguera.

Las piedras ardian como carbones.

Cuantos esfuerzos hicieron fueron estériles.

De aquel edificio sólo quedó un monton de cenizas.

A las altas horas de la noche se oian voces siniestras.

Aquellas voces misteriosas anunciaban el fin de la monarquía.

Consultados los ídolos en sus manifestaciones confirmaban las profecías de aquellas voces siniestras.

IX

Al mismo tiempo, en las ciudades, en los campos, en todas partes aparecian animales de rara especie, desconocidos hasta entonces, y que á juzgar por las explicaciones que daban los augures, confirmaban los temores que todos abrigaban.

Algunos pescadores pudieron apoderarse cerca de la laguna que he citado de un pájaro de grandes di-

mensiones, de extraordinaria conformacion, de figura monstruosa.

X.

Inmediatamente lo llévaron á la presencia del rey, y la noticia de su hallazgo aumentó el pavor de los mejicanos.

Aquel pájaro tenia á manera de corona una lámina resplandeciente, en la que reverberaba el sol.

Pero no era la luz que arrojaba semejante á la del astro luminar.

Habia algo de diabólico, algo de extraordinario en aquel resplandor.

XI.

Motezuma, asombrado, se acercó á aquella lámina, profundizó con su mirada aquella luz, y retrocedió espantado.

Mandando cerrar todas las puertas, dejar en torno de aquel pájaro la oscuridad, vió, sin embargo, reflejarse en la lámina el firmamento, cubierto de brillantes estrellas.

XII.

Poco despues, á pesar de estar cerrado todo, vió

[redacted]

el sol iluminar la estancia de pronto, como si todas las puertas estuviesen abiertas.

Mandó abrirlas, y entonces, acercándose de nuevo á la lámina, vieron sus ojos en ella un numeroso ejército, que en nada se parecia al suyo.

XIII.

Hizo que sus consejeros, que sus favoritos, que todos los indivíduos de su córte se acercasen á contemplar aquel prodigio.

No vieron nada.

El pájaro fué achicándose poco á poco.

Parecia inmóvil.

Tenia todo el aspecto de una de esas figuras de comedia de mágia.

XIV.

—Que le aparten de aquí,—exclamó Motezuma.

Y al querer agarrarle para obedecer sus órdenes, desapareció el pájaro convertido en cenizas.

Bajo la impresion de este suceso, estaban todos consternados, cuando aumentó su terror un nuevo y portentoso acontecimiento.

Un labrador, muy estimado por su honradez, llegó al palacio de Motezuma y pidió con gran insistencia que le dejasen verle.

Para conseguir esta audiencia, declaró que tenia que hacer importantes revelaciones al monarca.

XV.

Una vez en su presencia, le habló de tal manera, con tanta libertad, y le dijo cosas tan graves, que la historia ha conservado sus palabras, y nosotros vamos á reproducirlas, porque nada hay más elocuente que ellas.

XVI

«Ayer tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de la tierra, ví un águila de extraordinaria grandeza que se abatió impetuosamente sobre mí, y arrebatándome entre sus garras, me llevó largo trecho por el aire, hasta ponerme cerca de una gruta espaciosa, donde estaba un hombre con vestiduras reales durmiendo, entre diversas flores y perfumes, con un pebete encendido en la mano.

XVII.

»Acerquéme algo más, y ví una imágen tuya, ó fuese tu misma corona, que no sabré afirmarlo, aunque á mi parecer tenia libres los sentidos.

»Quise retirarme atemorizado y respetuoso.

[redacted]

»Una voz impetuosa me detuvo, y me sobresaltó de nuevo, mandándome que te quitase el pebete de la mano y le aplicase á una parte del muslo que tenias descubierto.

XVIII.

»Rehusé cuanto pude el cometer semejante maldad; pero la misma voz, con horrible superioridad, me violentó á que obedeciese.

»Yo mismo, señor, sin poder resistir, convirtiendo el temor en atrevimiento, te apliqué el pebete encendido sobre el muslo, y tú sufriste el cauterio sin despertar, ni hacer movimiento.

XIX.

»Creyera que estabas muerto, si no se diera á conocer la vida en la misma quietud de tu respiracion, declarándose el sosiego en falta de sentido.

»Luego me dijo aquella voz, que al parecer se formaba en el viento:

»—Así duerme tu rey, entregado á sus delicias y vanidades, cuando tiene sobre sí el enojo de los dioses y tantos enemigos que vienen de la otra parte del mundo á destruir su monarquía y su religion.

»Dirásle que despierte, á remediar, si puede, las miserias y calamidades que le amenazan,

XX.

»Y apenas pronunció estas palabras, que traigo impresas en la memoria, cuando me prendió el águila entre sus garras, y me puso en mi heredad sin ofenderme.

»Yo cumplo así lo que me ordenan los dioses.

»Despierta, señor, que los tiene irritados tu soberbia y tu crueldad.

»Despierta otra vez,—dijo,—ó mira cómo duermes, pues no te producen dolor los cauterios de tu conciencia, ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pueblos llegarán al cielo primero que á tus oidos.»

XXI.

Pronunciadas estas palabras terroríficas en presencia de los asombrados ministros y consejeros de Motezuma, volvió la espalda, y desapareció sin que nadie se atreviera á estorbarle el paso.

Irritado el emperador,

—Detenedle y matadle,—dijo.

Pero al pronunciar esta frase, sintió un terrible dolor en un muslo.

XXII.

Los médicos acudieron instantáneamente, y ha-

[redacted]

llaron en el sitio donde habia experimentado el dolor una señal de fuego.

—Buscad á ese villano,—añadió,—y que su muerte sirva para aplacar la indignacion de los dioses.

XXIII.

Como al mismo tiempo que en Méjico acaecian cosas semejantes en los demás puntos del imperio, era natural, que aterrorizado Motezuma y consternados sus súbditos, viesen en la llegada de los españoles la confirmacion de los presentimientos que aquellas extrañas apariciones habian despertado en su alma.

Capítulo XLVII.

Motezuma y sus consejeros.

I.

Hemos visto á Motezuma indignarse primero.

Caer en el desaliento despues.

Pero estas impresiones tenian que ser dominadas por la necesidad.

II.

Los españoles, segun el contenido del último mensaje, estaban resueltos á llegar hasta la ciudad de Méjico.

Era de todo punto indispensable que se detuvieran y retrocediesen, porque se encontraban al paso de los enemigos del imperio, que harian causa co-

[redacted]

mun con ellos, y podian muy bien perder el terreno que hasta entonces habian ganado.

III.

La supersticion del pueblo por una parte, la suya propia por otra, las señales de division y de ruina que veia do quiera, le impulsaban á tomar una actitud resuelta, enérgica, desesperada, porque veia acercarse los últimos momentos de su reinado, y no sólo sufria ante la idea de la pérdida, sino bajo la influencia de ese remordimiento que se apodera de los culpables cuando llegan á las puertas de la eternidad.

IV.

Hasta entonces habia resuelto Motezuma todas las complicaciones por sí solo.

Sus ministros, sus consejeros, las personas que vivian en torno suyo, no habian desempeñado nunca más que el papel de esclavos, de ejecutores de sus órdenes.

Pero en tan apurado trance, en tan crítica situacion, necesitaba el auxilio de todos los que le rodeaban; y cuando la apremiante necesidad le obligó á variar de conducta, convocó á un consejo, en el que dió entrada á muchos generales y muchos sacerdotes: á todos los altos personajes de la córte.

V.

El pueblo mismo, que estaba acostumbrado á verle decidir sin anuencia de nadie, al saber la determinacion que habia tomado, no pudo ménos de alarmarse, porque aquella determinacion fué á sus ojos un síntoma de la debilidad de su soberano.

Pero la conmocion que experimentaba, el temor que sentia, le hacia acomodarse mejor á la esclavitud á que estaba condenado, y ante el peligro de la invasion extranjera, se unia como su mayor enemigo.

VI.

La noche que precedió á aquella solemne ceremonia, fué para Motezuma una noche horrorosa.

En vano recordaba todos los elementos de que podia disponer para contrarestar el empuje de los extranjeros.

En vano le presentaba su imaginacion el inmenso poderío que le daban sus tesoros para adormecer en caso necesario la codicia de los españoles.

En vano la soberbia le aconsejaba resistir, ofreciéndole las fuerzas necesarias para vencer.

Sus ojos no podian cerrarse.

El sueño no le tendia sus amantes brazos.

[redacted]

El insomnio y la fiebre atormentaban su cuerpo y su alma.

VII.

Llamó en su auxilio á sus dioses tutelares.

Ofreció sacrificar en sus aras gran número de víctimas.

Un horrible espectáculo se presentaba á su imaginacion.

De las entrañas de la tierra surgia una llama, que iba extendiéndose poco á poco, y devorando cuanto encontraba al paso.

Aquella llama debia acabar con su imperio.

Todos los crímenes que habia cometido en nombre del absolutismo, eran nuevos y dolorosos torcedores, que aprovechándose del desaliento en que vivia, le atormentaban con horrible crueldad.

VIII.

Llegó por fin la luz del dia.

Llegó por fin la hora en que, obedientes á la voz de su amo, acudieron al imperial palacio, donde ocultaba sus amarguras aquel gran rey, los aduladores que iban á asistir á aquel consejo, para acordar los medios de salvar la situacion.

IX.

En presencia de los magnates recobró por un momento Motezuma su habitual orgullo, su aire despreciativo, su insolente mirada, su palabra atrevida; y en vez de acercarse á ellos para pedirles consejo, bajo la impresion del temor:

—Os he llamado,—dijo,—para daros cuenta de la llegada á las fronteras del imperio de unos extranjeros audaces, que por que han conseguido algunos triunfos sobre infelices hordas de desarmados indios, han llegado á creer que pueden subyugarme.

No me asusta su audacia, no me intimida su deseo.

Seguro estoy de que en presencia de cualquiera de mis ejércitos, retrocederian espantados.

Pero mis enemigos murmuran de mí.

Me llaman tirano, porque resuelvo por mí mismo todas las complicaciones que detienen la marcha de mi voluntad; quiero desmentir esos falsos rumores, quiero demostrar que me calumnian los que tal dicen, y os llamo para anunciaros los propósitos de los extranjeros, y para saber qué resolucion os parece más prudente tomar en vista de la obstinacion con que se oponen á ejecutar mis órdenes.

X.

Los cortesanos, acostumbrados á adivinar los

[redacted]

deseos de los monarcas en sus miradas, comprendieron que no estaba el emperador tan tranquilo como suponian sus palabras.

—No es que tema,—añadió Motezuma,—á esos extranjeros; aunque se coaligaran con mis enemigos, no me intimidarian.

El mejor medio de vencerlos seria permitirles que llegaran hasta aquí, y se convencerian del inmenso amor que me tienen mis vasallos, y lo resueltos que están á derramar su última gota de sangre en mi defensa.

Pero las circunstancias son muy críticas.

Vosotros os hallais bajo la presion de los sucesos extraordinarios que han tenido lugar en estos tiempos.

Ellos indican que nuestros dioses no están satisfechos de nuestra conducta, que necesitan sacrificios de nuestra parte.

Os avisan de esa manera para que presteis mayor sumision á vuestro monarca, para que le deis fuerza, y que con vuestro apoyo pueda contrarestar las asechanzas de los enemigos.

XI.

—No hay duda,—exclamó uno.—Nuestros dioses han adivinado que llegarian los extranjeros, y todos los acontecimientos que hemos presenciado han sido avisos y demostraciones de su parte rechazándolos.

En nombre de nuestros dioses, no debemos dejarlos avanzar.

—Pero, ¿cómo oponernos?—dijeron algunos.

—¿No tenemos noticias de su valor?

—Sus armas son mortíferas.

—Esos mónstruos en los que cabalgan bastan para destruir los más poderosos ejércitos.

—Ahí están los infelices habitantes de Tabasco para darnos ejemplo de lo que puede suceder.

—Además, esos hombres son, por fuerza, inmortales.

—Las flechas se rompen al tocar en su pecho.

—Y poseen el rayo y el trueno.

—Evitad, evitad que se acerquen á Méjico (B). Podrian irritarse nuestros dioses y arrojar sobre nosotros el azote de su furor.

—El mónstruo de Potocatepec arroja estos dias grandes llamas.

—Apiadáos de nosotros.

—Emplead todos los medios para que no penetren en vuestros dominios.

XII.

—Pues bien,—dijo Motezuma;—les negaré la licencia que solicitan.

—No es eso bastante; inclinad su ánimo para que se alejen.

—Mandaré que salgan inmediatamente de mi im-

[redacted]

perio, y para que no crean que es miedo, para que vean que sabemos agasajar hasta á nuestros enemigos, le enviaré un nuevo presente, obligando su gratitud á la obediencia.

—¿Y si á pesar de todo,—exclamaron algunos,—persisten en venir?

—Si tal sucede,—dijo con rábia Motezuma,—recurriré á los medios más violentos, reuniré un ejército poderoso, y yo y todos mis vasallos iremos á contrarestar su empuje, á detener su paso.

XIII.

Esta fué la determinacion que tomó el emperador.

Inmediatamente reunió nuevas joyas y objetos de valor para enviarlos á Hernan Cortés, y dispuso que los correos trasmitiesen inmediatamente sus órdenes y regalos á Pilpatoe y á Teutila, para que estos comunicasen su formal resolucion á los españoles.

Motezuma labraba de aquel modo sus cadenas.

Capítulo XLVIII.

El ultimatum de Motezuma y el desaliento de los españoles.

I.

Los dias que empleó Motezuma en dar una solucion al terrible problema que le amenazaba, trascurrieron para los españoles en dudas y zozobras.

Francisco de Montejo partió por órden de Hernan Cortés, con los más descontentos y revoltosos, á buscar un puerto abrigado y un territorio más fértil y á propósito donde residir, en tanto que llegaba la hora de avanzar hácia Méjico.

II.

Con los soldados que le quedaron y el auxilio de Marina, procuró seguir catequizando á los indios, á

[redacted]

fin de utilizar las simpatías que en ellos despertaba, para hacer más difícil la guerra.

Montejo regresó en breve muy satisfecho.

III.

Siguiendo la costa, al volver hácia el Norte, habia descubierto una poblacion situada en un terreno fértil, y al lado de una ensenada, que los pilotos consideraron como el puerto más abrigado que podia hallarse para las carabelas.

En efecto, los vendabales perdian su fuerza al chocar con unos elevados peñascos que protegian las embarcaciones.

Llamábase aquel pueblo Quiabislan.

Estaba á doce leguas de distancia de San Juan de Ulúa.

IV.

Estas noticias, que comunicó Montejo al caudillo, le obligaron á este á trasladar el cuartel á aquel punto.

Pero no podia tomar esta resolucion sin saber la respuesta que daria el emperador Motezuma á su ultimatum.

No tardaron los embajadores de aquel poderoso emperador en satisfacer su curiosidad.

V.

Al dia siguiente de la llegada de Montejo, se presentaron varios indios en nombre de Teutila para anunciarle que al dia siguiente iria él y Pilpatoe, para darle cuenta de la contestacion que habia dado á su mensaje su amo.

No habia agradado mucho la respuesta á los embajadores.

Pero no tenian más remedio que obedecer las órdenes de su señor, y adoptando en el fondo las instrucciones que les habia dado, procuraron suavizarlas en la forma, para ver si evitaban la inminencia de la guerra.

VI.

Presentáronse con mayor solemnidad que hasta entonces, acompañados de indios lujosamente ataviados, que conducian braserillos de copal, en los que quemaban un incienso, cuyo humo, perdiéndose en la atmósfera, producia caprichosas espirales.

Seguian á los indios de los pebeteros otros indios con petates, en los que llevaban las joyas y adornos que Motezuma regalaba á Hernan Cortés.

Como un obsequio de los más preciosos, presentáronle cuatro piedras verdes, muy semejantes á las esmeraldas, á las que llamaban *chalcuites* los indios.

[redacted]

VII.

Teutila manifestó que aquel regalo era una gran prueba de la estimacion que hacia Motezuma del soberano de los españoles.

—De joyas como esa no se desprende nuestro monarca más que para obsequiar á los que considera iguales á él.

Lo que ménos importaba á Hernan Cortés era la galantería más ó ménos pródiga de Motezuma.

Lo que deseaba vivamente saber era su resolucion.

VIII.

Despues de recibir y de estimar en lo que valian aquellos presentes, entraron Teutila y Pilpatoe con algunos de sus servidores, y Hernan Cortés, con varios de sus capitanes, en la tienda que habian destinado á iglesia los españoles, y como era el anochecer:

—Nosotros,—dijo Hernan Cortés á los indios,—acostumbramos á rezar á estas horas las oraciones. Esperad, y despues oiremos el mensaje que nos traeis de parte de vuestro soberano.

IX.

Doblando la rodilla todos los españoles, oraron;

mientras que Teutila, buscando á Marina, le preguntó qué significaba aquella ceremonia.

—Los españoles,—contestó Marina,—adoran á la Vírgen, y todos los dias, cuando el sol está en medio del zenit y cuando desaparece para sepultarse en los mares, recuerdan el misterio de la Encarnacion, por el cual creen y confiesan que el Salvador del mundo fué concebido en el seno de la Vírgen por el Espíritu-Santo.

X.

Hernan Cortés supo en seguida la pregunta que habia hecho Teutila á la india, y aprovechando la ocasion, hizo que el padre fray Bartolomé de Olmedo explicase á los indios los misterios de la fé.

Oyéronle con una atencion inmensa los circunstantes.

El venerable sacerdote les explicó que sólo habia un solo Dios, principio y fin de todas las cosas, y les dió á entender que ellos adoraban en sus ídolos al demonio, enemigo mortal del género humano.

XI.

Aprovechándose de su asombro Hernan Cortés:

—Los principales propósitos del rey mi señor al enviarme á esta embajada,—les dijo,—y el motivo que le impulsa á ofrecer su amistad á Motezuma, es ins-

[redacted]

truirle en los principios de la fé para que aborrezca la idolatría; porque con ella no se puede hacer la felicidad de los pueblos, sino labrar su ruina y condenar el alma.

Yo vengo, pues, para sacarle del error en que vive, para hacer que resplandezca en todo su imperio la luz de la verdad, para demostrarle que por poderoso que sea un soberano idólatra, es inferior al más humilde de los que profesan la religion cristiana.

Hé aquí por qué razon estoy resuelto á hablar á vuestro emperador.

XII.

No agradaron tanto á Teutila y Pilpatoe las palabras de Hernan Cortés, como los misterios que habia descubierto á sus ojos el venerable sacerdote.

Teutila sobre todo no pudo contenerse, y levantándose verdaderamente encolerizado:

XIII.

—Faltais á los deberes de gratitud y de admiracion que os impone el gran nombre de Motezuma desde el momento en que os obstinais en creerle sepultado en el error, desde el momento en que quereis de grado ó fuerza imponerle vuestras creencias, en vez de obedecer sus órdenes; y llegar hasta su palacio, cuando es su resolucion formal que no paseis

adelante y volvais á los países de donde habeis venido.

Mal pagais la benignidad con que os ha tratado, mal correspondeis á sus muestras de afecto: no es ya él quien debe mostrarse bondadoso con vosotros.

Su resolucion ya la sabeis. Haced ahora lo que os parezca.

XIV.

Y sin decir una palabra más, volvió las espaldas y desapareció de la presencia de Hernan Cortés, seguido de Pilpatoe y de las demás personas de su servidumbre.

No esperaba el caudillo español aquella respuesta tan enérgica.

Se habia acostumbrado demasiado pronto á la humildad de los indios, y quedó sorprendido.

Breves segundos duró su asombro.

XV.

Mirando con ironía á los embajadores de Motezuma, se volvió de pronto hácia los españoles, y sonriéndose:

—Veremos,—dijo,—en qué para este reto. Yo les aseguro que les costará caro.

[redacted]

XVI.

No pensaban del mismo modo muchos de los presentes, y Hernan Cortés conoció en su rostro el temor que abrigaban.

—¿Creeis,—les preguntó con energía,—que debemos obedecer las órdenes del emperador de Méjico, renunciar á nuestras esperanzas y regresar á Santiago de Cuba con nuestra ignominia y nuestra vergüenza?

—No, no,—gritaron todos.

XVII.

—¿No seria indigno de nuestro valor,—añadió el caudillo,—retroceder ante tan pueriles amenazas, y renunciar á la inmensa gloria que nos aguarda, á las riquezas que nos promete la suerte si sometemos este imperio á la voluntad de nuestro rey y señor Cárlos V?

¿De qué sirven los presentes que nos ha enviado Motezuma?

¿No son una muestra palpable de la debilidad, de la cobardía, del deseo de alucinarnos para ganar nuestra gratitud?

No, amigos mios, no debemos retroceder.

¿Nos amenazan? Tanto peor para ellos: reforcemos las guardias, redoblemos nuestra vigilancia, es-

temos preparados para cualquier evento, y que los habitantes de San Juan de Ulúa sufran la misma suerte que los de Tabasco.

La Providencia pelea á nuestro lado.

XVIII.

Era de noche, y todos se retiraron á las órdenes de Hernan Cortés, dispuestos á obedecerle, pero no muy satisfechos de la situacion en que estaban.

[redacted]

Capitulo XLIX.

Primera parte de una intriga femenil.

I.

Al dia siguiente creció la alarma en el campamento de los españoles.

Hasta entonces los indios de San Juan de Ulúa habian vivido en torno suyo, y parecian esmerarse en adivinar sus deseos y en satisfacer sus caprichos.

Todos llevaban provisiones á las tiendas de los españoles.

Los agasajaban y cuidaban á aquellos hombres, á quienes temian y admiraban.

II.

Los españoles al despertarse vieron en torno suyo el vacío.

Los indios se habian alejado.

Toda la campiña estaba desierta.

Los que llevaban víveres á los soldados de Hernan Cortés fueron esperados en vano.

III.

Aquella soledad, aquel retraimiento, aquella actitud de resistencia pasiva, entristeció profundamente á los soldados españoles.

Vieron que iban á ser sitiados por hambre, y la necesidad les pintaba su situacion mucho más triste de lo que era en realidad.

No ignoran nuestros lectores que acompañaban á Hernan Cortés en la expedicion amigos y deudos del gobernador de Santiago de Cuba.

IV.

Hasta entonces los triunfos que habia obtenido Hernan Cortés habian acallado sus murmuraciones y su oposicion á los planes del caudillo.

Pero la magnificencia con que se habian presentado á sus ojos los embajadores de Motezuma, el numeroso ejército con quien habian tenido que luchar en Tabasco, la grandeza que suponian en el emperador de Méjico, los presentes que habia enviado á los españoles, las muestras de civilizacion, progreso y

apogeo que observaban en todas partes, disfrazando el miedo con las apariencias de la lealtad y de adhesion hácia el gobernador de Santiago de Cuba, se atrevieron á alzar la voz y á oponer una resistencia más que pasiva á los proyectos de Hernan Cortés.

V.

—Quiero perdernos,—decia Diego de Ordaz.

—Su obstinacion,—añadia Velazquez de Leon,—su sed de riquezas, su ciego valor, van á conducirnos á la más triste de las esclavitudes.

—¿Cómo un puñado de hombres, cansados y hambrientos, van á poder luchar con toda una nacion, tan grande, tan civilizada y tan enérgica como la que domina ese soberano tan poderoso?

—No sólo no podremos avanzar, porque nos estorbarán el paso, sino que, despues de sitiarnos por hambre nos atacarán los soldados que aquí tiene Motezuma y nos destruirán.

—Es necesario regresar á Cuba.

—¿Regresar para volver?

—Cierto: allí, con los conocimientos que hemos adquirido de las necesidades que hay para conquistar este imperio, podremos volver en breve en mayor número, con más elementos para triunfar.

—Pues nada, nada; hablémos á Hernan Cortés. Que conozca nuestra intencion.

—El nos ha colocado en esta situacion, con que justo es que muera.

—Lo principal es atraer á nuestro partido á todos.

—Fácilmente conseguiremos eso. El desaliento es grande, y la falta de víveres pondrá de nuestra parte á los soldados y á los marineros.

VI.

Alvarado, á pesar de la entrevista que habia tenido con Marina, era tan vivo el amor que sentia hácia aquella mujer, que la idea de regresar á Cuba con ella le halagaba, porque estaba convencido de que Diego de Velazquez prenderia á Hernan Cortés, y entonces fácilmente podria llevarla á España y realizar sus amorosos deseos.

VII.

Despues de haber oido las proposiciones formuladas por los otros capitanes, procuró ver á Marina.

—Renuncia á tu venganza de Motezuma,—dijo,—y yo te ofrezco que te satisfará la venganza que puedas tomar sobre Hernan Cortés.

—¿Pues qué sucede?—preguntó Marina.

—Todos los capitanes quieren regresar á Santiago de Cuba.

—¿Y abandonar á su jefe?

—Es para obligarle á que venga con nosotros.

—No querrá Hernan Cortés.

[redacted]

—Si todos se lo aconsejan no tendrá más remedio que acceder.

—Y en ese caso...,

—En ese caso, el gobernador de Santiago de Cuba le odia.

Apenas llegue le aprisionará, le formará causa, le condenará á muerte, y la mayor venganza para tí es verle morir infamemente en presencia de los que se promete ver á sus piés humillados ante su gloria.

VIII.

—La idea es buena,—dijo Marina, simulando una aprobacion entusiasta para que no comprendiese Alvarado la emocion que habian producido en ella las noticias que acababa de darle.

Marina no tardó en comunicar á Hernan Cortés lo que habia descubierto.

El peligro que corria era grande.

No podia perder tiempo.

IX.

En tanto que meditaba el medio de oponerse á los designios de los capitanes descontentos, estos, en su mayor parte de acuerdo, dominaron á Diego de Ordaz para que hablase en nombre suyo á Hernan Cortés.

Así lo conoció el caudillo cuando se presentó á su vista.

—Señor,—le dijo,—no sólo los capitanes, sino los soldados, están tan descontentos al pensar los sacrificios que aun tienen que hacer para llevar á cabo vuestros proyectos, que vá á ser de todo punto imposible sostener su obediencia.

—¿Eso creeis?

—Sin duda alguna; apenas han sabido vuestra resolucion de seguir adelante la empresa que nos sacó de Cuba, se han mostrado descontentos.

—Ved lo que son las cosas: yo os creia satisfecho y animoso. Hasta ahora no podeis quejaros de la fortuna.

—Es cierto; pero ni el número en que están, ni las condiciones de las naves, ni las dificultades que hay que arrostrar, son cosas que puedan desatenderse.

—Añadid á esas contrariedades las ventajas que hemos experimentado, los favores del cielo en Cozumel, la victoria en Tabasco, las riquezas del imperio de Motezuma que nos esperan.

—Teneis razon; pero esa gente es ignorante, está cansada, y no desea otra cosa más que volver á la isla de Cuba.

—Bien está,—contestó Hernan Cortés;—yo me habia figurado que sus deseos eran todo lo contrario; pero ya que desconfian, ya que temen, no seré yo quien les lleve adelante.

—Segun eso, accedeis...

[redacted]

—¿Me creeis tan poco precavido que quiera lanzarme á conquistar un pueblo, llevando entre mis soldados á mis mayores adversarios?

—De ningun modo.

—Podeis comunicar á los que os han confiado la mision de hablarme, que accedo á sus deseos, que dispondré lo necesario pára nuestro regreso, y esto decidlo sólo á los capitanes. La única pena que me queda, es la de que vos y ellos desmayeis de ese modo tan lamentable.

X.

Diego de Ordaz no replicó.

Las noticias que llevó á sus amigos difundieron la alegría en el ejército.

—¡Qué dichosos son al pensar que se van!—dijo Marina á Hernan Cortés.

—Les he ofrecido esa alegría,—contestó el caudillo,—para que recuperen las fuerzas y me sigan mejor.

Capitulo L.

Segunda parte.

I.

Hernan Cortés habia concebido un plan, y encargado á Marina su desarrollo.

No bien se habia separado Diego de Ordaz del lado de su jefe, cuando Marina corrió á buscar á Pedro de Alvarado.

II.

—Pedro,—le dijo,—he reflexionado sobre tus proyectos, y aunque fascinada al principio por ellos, no puedo ayudarte á llevarlos á cabo.

—¿Qué dices?

—¿De qué me sirve vengarme de Hernan Cortés, si no perece antes Motezuma?

[redacted]

—Yo te vengaré despues.

—¿Tú?

—Yo, sí; que lograré que Diego de Velazquez me envie al frente de un ejército para conquistar el imperio de Méjico.

—No, no lo conseguirás.

III.

Y despues añadió:

—Me amas demasiado; yo te suplicaria que me llevases á España, y accederias á mis ruegos. ¿Qué más te dá? Lleguemos hasta Méjico, que sucumba Motezuma, y despues cumpliré mi promesa.

—Es ya tarde.

—¡Tarde! ¿Por qué?

—¿Ignoras que Diego de Ordaz ha ido á hablar á Hernan Cortés en nuestro nombre, para pedirle que regrese á Santiago de Cuba?

—Tú le has pedido que tal haga.

—Yo no, pero los otros capitanes, los soldados...

—Oponte á esa determinacion.

—Hernan Cortés ha accedido á ella.

—Tanto mejor; de esa manera te pones enfrente de él, y le haces ver que hay en tu corazon más energía que en el suyo.

—Pero yo solo...

—Tienes soldados que te sigan, y algunos capitanes tambien, que desearian quedarse aquí y avanzar hácia el centro del imperio.

—Pues nada, es cosa hecha.

—Haz lo que yo te digo.

Mañana anunciará Hernan Cortés su resolucion, oponte á ella; que te sigan algunos, y se realizarán nuestros designios.

IV.

Pedro de Alvarado cayó en el lazo.

Inmediatamente influyó con algunos para que resistieran los órdenes de Hernan Cortés, si como se anunciaba, publicaba al dia siguiente volver á Santiago de Cuba.

V.

Entre tanto, Marina aseguraba á Hernan Cortés el triunfo.

Hay cosas que sorprenden y asombran en el mundo.

Aquella mujer apasionada del valiente caudillo de los españoles, favorecia sus designios.

Era el agente más importante de sus resoluciones.

Le prestaba más ayuda que todos sus soldados.

Pero al mismo tiempo obligaba á faltar á sus deberes al esposo y al padre, sin duda como una tentacion, base del premio, ó el castigo que le reservaba la Providencia.

[redacted]

VI.

Al dia siguiente hizo Hernan Cortés que desde muy temprano se publicase la jornada para la isla de Cuba.

Al mismo tiempo dió las órdenes oportunas para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en las naves.

VII.

Apenas se divulgó la noticia, Pedro de Alvarado, con algunos capitanes, y sobre todo con los soldados, se amotinaron, prorumpiendo en reconvenciones y amenazas.

—Nos han traido engañados,—decian unos.

—Nos han asegurado que veníamos á poblar esta tierra, y no queremos salir de ella ni volver á la isla de Cuba.

—Abandonar el campo despues de haber obtenido tantos triunfos, es una cobardía.

—Si Hernan Cortés no quiere proseguir su empresa, en el abandono que nos deja no nos faltará un capitan que nos guie al combate.

VIII.

Pedro de Alvarado y algunos otros capitanes apa-

ciguaron los ánimos, asegurando que los soldados se unirian para manifestar sus deseos á Hernan Cortés.

Hiciéronlo, en efecto, y al llegar á su presencia:

—El ejército,—le dijo Pedro de Alvarado,—está á punto de sublevarse, porque no quiere regresar á Santiago de Cuba. Es extraño que hayais tomado semejante resolucion sin consultar á los capitanes.

XI.

—Me asombra lo que decis,—exclamó Hernan Cortés, desempeñando su papel con maestría.—¿Asegurais que todo el ejército se ha indignado ante la órden que he dado de regresar á Santiago de Cuba?

—Sí, sí,—gritaron todos los que acompañaban á Pedro de Alvarado.

—¿Me atribuyen la resolucion?

—Vos la habeis dictado.

—Tened presente que si he dado la órden de regresar á Cuba ha sido muy á pesar mio; pero ayer se acercaron á mí algunos de mis capitanes, me aseguraron que el ejército queria á toda costa abandonar este país, que el desaliento se habia apoderado de todos los ánimos, y yo, cediendo á pesar mio á la necesidad de complacer á mis soldados, dicté las órdenes que habeis oido. Pero mi alegría es inmensa al ver que vuestro espíritu se opone abiertamente á regresar sin la victoria.

Por mi parte,—añadió,—acojo los deseos de los

[redacted]

que quieran proseguir adelante; pero como no quiero soldados tímidos, indecisos, y sé que algunos desean volver, yo avanzaré con los que queden á mi lado; pero no me opondré á que se vayan los que quieran, y al efecto voy á mandar prevenir embarcaciones y víveres para que puedan hacer el viaje.

X.

Apenas pronunció estas palabras Hernan Cortés, fué aclamado por todos los presentes, y á sus voces no tardaron en acudir los demás soldados, los cuales, con las mayores demostraciones de júbilo, ofrecieron á su jefe no abandonarle nunca.

Ninguno quiso regresar á Cuba.

XI.

Diego de Ordaz y los demás que el dia anterior habian pedido á Hernan Cortés que dictase las órdenes de marcha, se excusaron como pudieron, y gracias á la habilidad de Marina y á la táctica de su amante, el desaliento de los soldados se trocó en enérgica abnegacion.

Capítulo LI.

Un golpe maestro.

I.

Una inesperada fortuna vino en auxilio de Hernan Cortés.

Al dia siguiente de la ovacion de que hemos dado cuenta, hallábase Bernal Diaz del Castillo con un soldado de centinela en una de las avanzadas del cuartel general, cuando vieron llegar hácia su tienda cinco indios.

II.

Hacia ya muchos dias que los habitantes de San Juan de Ulúa los tenian completamente abandonados.

Aquellos cinco hombres no podian inspirar recelo alguno á los centinelas, y les dejaron llegar hasta donde estaban.

[redacted]

Al aproximarse á ellos hicieron señales de paz, y manifestaron que iban á ver al general del ejército con una mision importante.

—Por lo que pueda tronar,—dijo Bernal Diaz del Castillo á su compañero,—quédate en acecho á ver si siguen á estos algunos otros; y si así sucediere, dispara tu arcabuz. Esa será la señal para que acudamos todos á la defensa.

III.

En seguida partió con los cinco indios adonde estaba Hernan Cortés á anunciar su llegada, y no tardaron en hallarse en su presencia.

Hernan Cortés los recibió con la mayor benevolencia.

Antes de oirlos mandó que los agasajasen, y supo por Marina que no eran mejicanos.

IV.

Diferenciábanse, en efecto, por el traje de los habitantes de San Juan de Ulúa.

Sin embargo, como estos, llevaban en las orejas y en el labio inferior gruesos zarcillos de oro.

Marina sirvió como siempre de intérprete, gracias á lo cual pudo saber Hernan Cortés que aquellos indios eran embajadores del soberano de Zempoala,

provincia situada en la costa oriental, no lejos de San Juán de Ulúa.

—Ha llegado á oidos de nuestro señor y dueño,—le dijeron los embajadores,—el triunfo que han alcanzado vuestras armas en Tabasco, y por ser nuestro soberano admirador de los valientes, nos encarga que vengamos á ofreceros su amistad.

V.

Enterado Hernan Cortés de que Zempoala estaba en el camino de Quiabislan, donde pensaba establecerse, aceptó con regocijo la amistad que le ofrecian los embajadores de parte del cacique; y para arraigarse más y más aquel afecto, que segun conoció, estaba más basado en el miedo que en la amistad, hizo varias preguntas á los embajadores.

VI.

—¿Por qué razon,—les preguntó,—hallándose vuestro país tan próximo á este, habeis tardado tanto tiempo en desear mi amistad?

—Porque estaban á vuestro lado los mejicanos,—le contestaron,—y adonde ellos están no queremos ir nosotros.

—¿Los temeis?

—No; péro sus crueldades nos irritan.

[redacted]

Así es que hasta que hemos sabido que os habian abandonado, ha permanecido nuestro cacique retirado.

Pero ahora nos envia á ofreceros sus servicios.

VII.

—¿Y por qué quereis tan mal á los mejicanos?— preguntó Hernan Cortés.

—Porque obedecen al monarca más tirano del mundo.

—¿Motezuma es tirano?

—Es el hombre más digno de ódio por su soberbia, por su tiranía.

—¿Pues qué hace?

—Esclavizar á todos sus vasallos, dejar sentir el ominoso yugo de su tiranía sobre algunas provincias, que, como la nuestra, aspiran á vivir independientes.

VIII.

Estas noticias agradaron en extremo á Hernan Cortés.

Motezuma tenia enemigos.

Poniéndolos de su parte, engrosaba sus filas y facilitaba su victoria.

¡Cuán fácilmente puede un conquistador audaz derrotar á un emperador tirano!

La mayor fuerza de los reyes es el amor de sus vasallos.

El tirano concita contra el ódio de sus súbditos, y cuando un hombre independiente sabe aprovechar este ódio, no hay soberano, por fuerte que sea, que resista á su empuje.

IX.

Ofreció muchos regalos á los embajadores del cacique de Zempoala, y al despedirse de ellos les prometió que iria muy en breve á visitar á su soberano, para estrechar más y más el lazo amistoso que habia ido á ofrecerle.

Proponiéndose como se proponian fundar una colonia en Quiabislan, creyó oportuno detenerse al dirigirse á aquella poblacion en el estado de Zempoala.

X.

Todo iba saliendo á medida de los deseos de Hernan Cortés.

Pero como necesitaba á toda costa destruir las conjuraciones que podian formarse en las filas de su ejército, acordó desde luego convertir su cuartel general en un verdadero Estado, dando á sus capitanes cargos que satisfacieran su amor propio, y regularizó la marcha de los negocios.

Reuniéndolos á todos, les comunicó su proyecto.

[redacted]

XI.

—Hemos de ir á poblar la provincia de Quiabislan,—les dijo;—pero conviene que adonde quiera que vayamos llevemos el órden.

Así es que he resuelto, para que todos los actos estén justificados, distribuir entre vosotros los cargos necesarios para el gobierno de los puntos en donde nos establezcamos.

XII.

Esta resolucion agradó en extremo á muchos, y procediéndose á la eleccion, nombró alcaldes á Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco Montejo; regidores á Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado y Gonzalo de Sandoval; alguacil mayor, á Juan de Escalante, y procurador general á Francisco Alvarez Chico.

Hechos estos nombramientos, tomaron posesion de ellos los agraciados, y comenzaron á desempeñar sus cargos, dando al espacio que ocupaba el cuartel general el nombre de la Villarica de la Vera Cruz.

XIII.

Todos estos actos reanimaron á los soldados, por-

que los hombres se entusiasman fácilmente cuando su amor propio está satisfecho.

Reunido á ruegos suyos aquel ayuntamiento en presencia de todos sus soldados, con las mayores pruebas de respeto y sumision, pronunció el ilustre caudillo un notable discurso, reconociendo en las autoridades la representacion del rey, sin otro objeto que el de desentenderse por completo de la autoridad que le habia conferido Diego de Velazquez.

XIV.

—Yo he hecho cuanto he podido por demostrar los nobles deseos que me alientan en favor de nuestra muy amada pátria,—dijo.

Pero al mismo tiempo reconozco que los títulos que aquí me autorizan á ser vuestro jefe, vuestro caudillo, no son bastantes.

Yo os entrego con gusto el título que debo á Diego de Velazquez; yo dejo en vuestras manos el baston de mando que me ha conferido.

Vosotros, en quienes reside ahora el poder real, nombrad la persona á quien creais más digna de llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traido.

Yo me retiro dispuesto á acatar vuestra resolucion, que si en la guerra se aprende á mandar obedeciendo, tambien hay casos en los que el haber mandado enseña á obedecer.

[redacted]

XV.

Acto contínuo se retiró á su tienda tranquilo, porque estaba seguro de la resolucion que tomarian aquellos representantes del poder real que él habia formado á su gusto.

En efecto, apenas se separó de su lado Hernan Cortés, resolvieron unánimemente los militares convertidos en regidores, que sólo él debia mandar la expedicion, obligándole á que la mandase si se negaba á ello.

XVI.

Para dar mayor solemnidad á este acto, se hizo que el pregonero convocase á los soldados convertidos en pueblo, y les diese noticia de la resolucion tomada por las autoridades.

Entusiasmados los ciudadanos, más que por otra cosa, por ejercer el derecho de provision, aclamaron allí unánimemente á Hernan Cortés, y formando una solemne procesion, fueron todos hasta la tienda del caudillo, al que con gran solemnidad dijeron:

XVII.

—En nombre del rey don Cárlos, la Villarica de la

Vera Cruz os nombra gobernador del ejército de de Nueva España, y en caso de que os negueis á aceptar este título, está resuelto á obligaros, por ser así conveniente al bien público de la villa y al mayor servicio de su majestad.

Hernan Cortés se manifestó dispuesto á aceptar, y todo salió á medida de su deseo.

XVIII.

Sin embargo, los amigos de Diego de Velazquez comenzaron á trabajar con actividad en contra de aquel ayuntamiento y de Hernan Cortés, dando á entender que todo aquello habia sido una comedia para dar mayor impunidad á los actos del jefe.

La conjuracion de estos tomó tan sérias proporciones, que Hernan Cortés se vió obligado á mandar que públicamente fueran llevados presos á uno de los bajeles Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon.

No contento con esto, mandó ponerles cadenas.

XIX.

Estas medidas infundieron un inmenso pavor en el ejército.

Pero Hernan Cortés le tranquilizó, declarando *que habia* decretado la prision de aquellos hombres,

[redacted]

por considerarlos como sediciosos y peturbadores de la tranquilidad pública.

XX.

Su energía asombró á los mismos que hasta entonces estaban acostumbrados á verle mandar.

Pero al mismo tiempo procuraba por debajo de cuerda que aquellos hombres á quienes tenia encadenado impetrasen su perdon, y tan bien arregló esta segunda comedia, que no tardaron en implorar su gracia, con lo cual tuvo ocasion de poner en relieve su magnanimidad y de captarse por completo las simpatías de todos.

XXI.

No se puede negar que estas medidas, necesarias en aquellos momentos para mantener el órden y la disciplina, son una prueba del gran talento del conquistador de Méjico.

No faltan historiadores que atribuyan al portentoso génio de Marina la inspiracion de estas determinaciones.

Capítulo LII.

Zempoala.

I.

El abandono en que tenian los indios á los españoles en San Juan de Ulúa, fué causa de que empezaran á experimentar necesidad de víveres.

Hernan Cortés envió á Pedro de Alvarado al mando de cien hombres en busca de provisiones.

Hízolo así, en efecto, y en dos ó tres aldeas que visitó halló la prueba del temor que infundian á los indios.

II.

Todos habian abandonado sus casas, llevándose sus joyas; pero en cambio habian dejado en ellas maiz, gallinas y frutas.

[redacted]

Sin destruir los edificios, se apoderaron los soldados de los víveres, y regresaron con ellos al cuartel general.

No tardó en disponer Hernan Cortés el embarque de los españoles para dirigirse á la ensenada de Quiabislam.

III.

No todos se embarcaron.

Hernan Cortés resolvió ir por tierra hasta Zempoala, dando cita á los buques en Quiabislam.

Aquella marcha de exploracion debia servirles para enterarse más y más de la actitud de los moradores de aquel país.

IV.

Envió delante un destacamento para que reconociese el terreno y facilitase la marcha, y al poco tiempo, despues de abandonar el campamento, encontraron el rio de Zempoala.

Para atravesarle tuvieron necesidad de utilizar algunas canoas de pescadores que hallaron en la orilla.

Los ginetes le vadearon.

Colocado el ejército en el lado opuesto del rio, prosiguió la marcha, y no tardó en hallar algunas poblaciones pequeñas.

Sus moradores habian huido.

Las casas estaban completamente desalojadas.

Delante de los adoratorios, además de los ídolos, habia algunas armas, y en el suelo restos de víctimas propiciatorias.

VI.

Vadeando los españoles aquellos territorios, vieron por la primera vez, con gran asombro, unos libros que contenian sin duda los ritos de su religion.

Consistian estos libros en un lienzo plegado en dobleces, iguales de tal manera, que cada uno formaba una hoja, y todos juntos componian el libro.

Sobre las hojas habia dibujos, imágenes y cifras semejantes á las que vió Hernan Cortés trazadas por la mano de los pintores de Teutila.

VII.

Los españoles decidieron pasar la noche en una de las poblaciones, y para no ser sorprendidos, apostó Hernan Cortés centinelas que velasen por los que descansaban.

No ocurrió novedad alguna, y los soldados continuaron la marcha.

Durante muchas horas no hallaron poblacion alguna ni alma viviente á quien preguntar el camino que deberian seguir.

[redacted]

VIII.

Llegaron al fin á una pradera de una vegetacion magnífica, y allí encontraron á doce indios, que segun manifestaron á Alvarado, iban en busca de Hernan Cortés para ofrecerle en nombre del cacique de Zempoala pan de maiz y algunas frutas.

El cacique le rogaba asimismo que fuese á verle, porque tenia preparadas para él y su gente habitaciones y regalos.

Interrogados los indios acerca de la direccion que deberian tomar para llegar hasta la ciudad en donde residia el cacique, despues de indicarla, contestaron que habia un dia de distancia.

IX.

Satisfecho el caudillo con esta respuesta, envió á seis de los doce indios para que avisasen al cacique su próxima visita, y dispuso quedaran en su compañía los otros seis para que le guiasen.

Por la noche se detuvieron en otro pueblo, en donde los habitantes, saliendo á su encuentro con las mayores muestras de benevolencia, se esmeraron en recibirlos y agasajarlos.

X.

Avidos de llegar cuanto antes á Zempoala, segu-

ros de que la amistad de aquel cacique seria provechosa para sus intentos, apenas amaneció volvieron á ponerse en camino, y al declinar el dia, cuando ya estaban próximos á Zempoala, vieron veinte indios, que acercándose á Hernan Cortés con el mayor respeto, le hablaron de este modo:

—Perdonad, gran señor, á nuestro soberano que no salga á recibiros como desea.

Sus achaques le impiden venir á festejaros.

Nos envia, por lo tanto, para suplicaros que vengais con nosotros á su presencia, porque su mayor deseo es conocer á tan valientes huéspedes, y recibir con su amistad á los que han sabido ganar su estimacion.

XI.

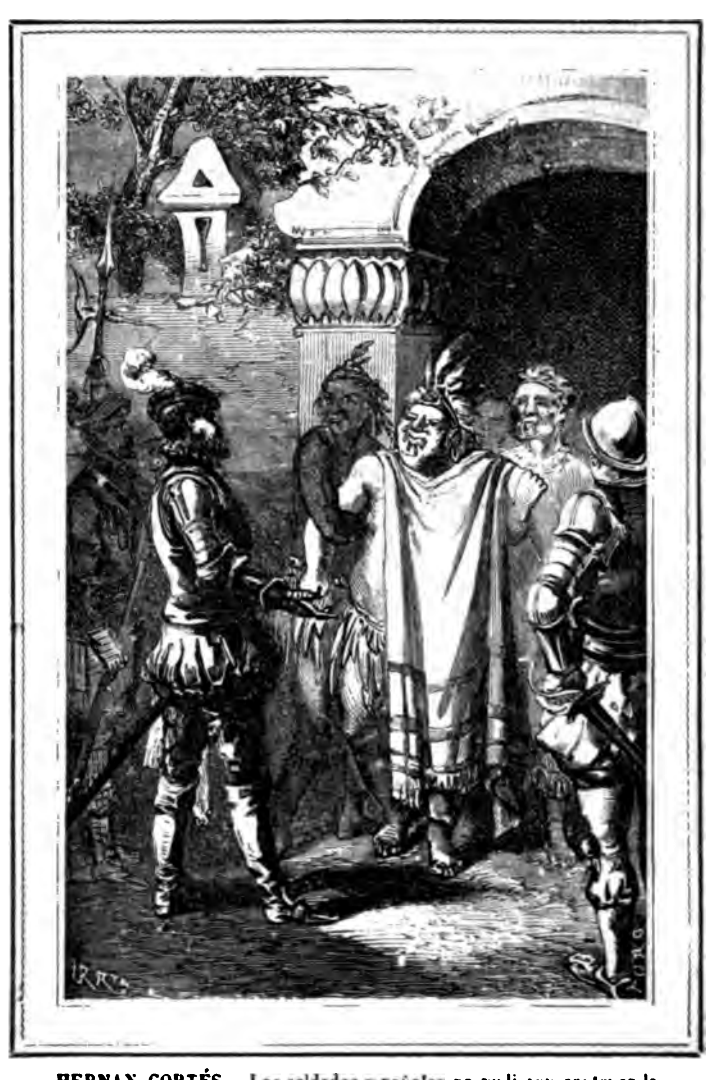
Todo sonreia á los españoles.

Precedidos de los indios que habian salido á su encuentro, llegaron á una gran poblacion, que se levantaba sobre dos rios y en medio de una campiña deliciosa.

A poca distancia habia montes muy pintorescos.

Los edificios de la ciudad eran de piedra, rebocados con una cal tan blanca, que uno de los soldados que se adelantó volvió á la presencia de Hernan Cortés, diciéndole que las paredes de aquella casa eran de plata.

[redacted]



HERNAN CORTÉS.—Los soldados españoles no pudieron contener la risa al ver aquel hombre tan gordo.

[redacted]

XII.

Todos los habitantes de Zempoala ocupaban las calles y las plazas de la ciudad, ávidos de conocer á los españoles.

El cacique salió á la puerta de su palacio, y apoyado en los brazos de algunos indios, avanzó al encuentro de Hernan Cortés.

XIII.

El verdadero achaque que sufria el cacique de Zempoala era la obesidad, la obesidad en el mayor extremo.

Apenas podia moverse.

Pero en sus ojos se veia la viveza de su alma.

Sobre su desnudo cuerpo llevaba una manta de algodon adornada con ricas joyas.

En las orejas y los labios llevaba multitud de pendientes.

XIV.

Los soldados españoles no pudieron contener la risa al ver á aquel hombre tan gordo.

Hernan Cortés logró reprimirse, y se adelantó hácia el cacique con las mayores muestras de amistad y simpatía.

El cacique habló, á juzgar por la traduccion que

hizo de sus palabras Marina, con una sinceridad y una inteligencia que maravillaron á Hernan Cortés.

Desde luego suplicó á los recien llegados que fuesen á alojarse á las casas que habia destinado para su hospedaje, á fin de descansar de los trabajos del camino.

XV.

—Yo iré á visitaros despues,—añadió el cacique,—para que hablemos de lo que más conviene á nuestros intereses.

Los servidores del cacique condujeron á Hernan Cortés, á los capitanes y á los soldados á los alojamientos.

XVI.

Despues de obsequiarlos con la mayor esplendidez, les envió el cacique una porcion de alhajas de oro.

Acto contínuo, el obeso personaje, conducido en unas andas que llevaban sobre sus hombros los indivíduos más principales de su familia, llegó hasta la morada de Hernan Cortés.

Un magnífico acompañamiento seguia al soberano de Zempoala.

El cacique y Hernan Cortés se retiraron á una habitacion para ocuparse de las bases de su alianza.

[redacted]

XVII.

Hernan Cortés manifestó al cacique que habia llegado á Méjico por órden de su rey, con el objeto de destruir los horrores de la idolatría.

—El principal objeto de nuestra venida,—añadió,—es defender en todas partes los fueros de la justicia, amparar al débil, combatir á los tiranos.

Esta hábil manera de presentar la cuestion obligó al cacique á abrir su corazon á Hernan Cortés.

XVIII.

—Bien habeis hecho en venir con esas intenciones,—le dijo,—y no dudeis que muchos de los caciques de estas provincias del imperio de Méjico, que son tributarios de Motezuma, se felicitarán por vuestra llegada y reclamarán vuestro auxilio.

El emperador es un tirano para todos nosotros.

Nos tiene sumidos en la más odiosa esclavitud.

Nos exige que le adoremos como á uno de los dioses.

Sólo con una ayuda tan poderosa como la vuestra, podemos reconquistar nuestra independencia.

Pero tal vez vuestros deseos y los que nos animan se estrellen en el poder del tirano.

XIX.

—¿Podeis creerlo?—le dijo Hernan Cortés.

—Tiene numerosos vasallos que le obedecen como esclavos; tiene ejércitos poderosos.

—¿Y qué importa? Nosotros tenemos á nuestro lado el favor del cielo.

¿No habeis sabido, que siendo tan escaso nuestro número, hemos vencido un formidable ejército en Tabasco?

¿No os dice esto que la verdad nos inspira, que la fé mandaba nuestro brazo?

Estad seguro, y anunciadlo así á los demás caciques que sufran la dominacion de Motezuma, que aun sin vuestra ayuda, yo lograré castigar al tirano, y devolveré la independencia á todos.

—Contad conmigo,—dijo el cacique,—y contad con todos mis vasallos.

Hernan Cortés le dió las gracias.

XX.

—Yo voy á establecerme en Quiabislam,—dijo el caudillo.—Desde allí oiré las quejas de todos, haré justicia á los que lo merezcan, y puedo aseguraros que no os faltará mi amistad, si como espero, reconoceis en mí y en los que me acompañan un po-

[redacted]

der sobrenatural que nos ha enviado aquí para defenderos.

XXI.

El pueblo de Zempoala saludó aquella amistad pactada entre su soberano y el jefe de los españoles con grandes demostraciones de júbilo.

Hubo danzas.

Las doncellas cantaban arcitos, en los que recordaban sus glorias pasadas.

Los españoles fueron considerados por los indios como los ángeles vengadores de las injusticias, de las tiranías que pesaban sobre ellos desde que habia subido al trono Motezuma.

Capítulo LIII.

Quiabislan.

I.

No estaban entre tanto ociosos Teutila y Pilpatoe. El primero, indignado al oir las palabras que pronunció Hernan Cortés en su presencia, le volvió la espalda, como recuerdan nuestros lectores, y se apresuró á dar cuenta á su amigo del resultado fatal de aquella entrevista.

—No hay remedio,—le dijo;—la avenencia es imposible entre nosotros.

Ha llegado la hora de luchar.

Lo que conviene es prepararnos con tiempo para ganar la batalla.

II.

Pilpatoe, ménos guerrero que Teutila, se atemorizó.

[redacted]

Por de pronto convinieron en que debian sitiar por hambre á sus temibles huéspedes.

Díeron, pues, órden á unos indios para que se separasen de los españoles, y los demás, al ver la salida de sus hermanos, hicieron otro tanto, razon por la cual quedaron Hernan Cortés y los suyos completamente abandonados.

No bastaba esto.

III.

Inmediatamente tomó Teutila las precauciones necesarias para no ser sorprendido por los extranjeros, concentró sus fuerzas y envió correos á Motezuma para noticiarle que las hostilidades se habian roto, que los españoles se obstinaban en seguir adelante, y que no siéndole posible contenerlos, debia enviarle instrucciones y reunir ejércitos para contrarestar el empuje de los españoles.

IV.

Tenian muy bien organizado los mejicanos el espionaje.

Habia entre ellos hombres dotados de una inteligencia superior para fingir idiotismo, y al mismo tiempo que lo fingian, observar minuciosamente á las personas á quienes tenian que espiar.

Con el fin de averiguar todos los actos de los es-

pañoles, acordaron Teutila y Pilpatoe que algunos de los espías vigilasen cautelosamente el cuartel general, y les comunicasen inmediatamente todas las novedades que descubrieran.

V.

Ocultos entre los árboles y los bosques que rodeaban las tiendas de campaña, observaban atentamente aquellos hombres, y en más de una ocasion alarmaron á sus patronos, refiriéndoles lo que veian en el cuartel general.

Los nombramientos que hizo Hernan Cortés de corregidores y demás funcionarios para regularizar la situacion de aquella colonia; la ceremonia que tuvo lugar para resignar el mando, despues de la cual se retiró á su tienda; la convocacion del pueblo y las aclamaciones de que más tarde fué objeto, incomprensibles todas aquellas medidas, todos aquellos actos, para los mejicanos, aumentaron su zozobra y su miedo.

VI.

Poco despues supieron Teutila y Pilpatoe la resolucion de Hernan Cortés de trasladarse á Zempoala y Quiabislan.

Aquella resolucion era terrible.

Teutila estaba al frente de un numeroso ejército

[redacted]

en las comarcas del imperio para someter á la obediencia del emperador á todos los caciques de aquel territorio, y comprendió perfectamente que si unian sus esfuerzos á los de los españoles, no bastarian todas las tropas que tenia á su disposion para resistir el primer empuje de tan formidables enemigos.

VII.

Inmediatamente enviaron Teutila y Pilpatoe avisos á Méjico de cuanto sucedia, y el emperador, que se irritaba más y más á medida que llegaban á su conocimiento los actos de los extranjeros, se preparó á una lucha tenaz y sangrienta, mandando por de pronto gente para que castigase á los caciques de las provincias que pactaban alianzas con los extranjeros.

VIII.

Siguiendo á los españoles en su marcha desde Zempoala á Quiabislan, no tardaremos en asistir á escenas verdaderamente terroríficas, de las cuales supo sacar Hernan Cortés todo el partido necesario á su causa.

No le perdian de vista Teutila y Pilpatoe.

IX.

Hernan Cortés, por su parte, casi se habia olvidado de estos enemigos.

Abandonando la capital de Zempoala, muy satisfecho de la llegada del cacique, se dispuso á partir á Quiabislan.

Con gran sorpresa suya, vió en el momento en que se ponia en marcha acudir á sus órdenes cuatrocientos indios, los cuales se mostraron deseosos de conducir los equipajes de los extranjeros, de prestarles toda clase de auxilios.

Marina explicó á Hernan Cortés lo que significaban aquellas oficiosidades, indicándole el nombre que tenian aquellos servidores.

X.

—Estos hombres,—le dijo,—se llaman en el país *tamenes*. Su único oficio es caminar cinco ó seis horas al dia con carga encima.

Eran unas acémilas humanas, cuyos auxilios sirvieron de mucho á los españoles para trasladar la artillería y el equipaje que llevaban.

XI.

Caminaron, pues, hácia Quiabislan, precedidos de Marina y Hernan Cortés, y el paisaje que fué desarrollándose á su vista no pudo ménos de deslumbrar al caudillo y á los soldados que le acompañaban.

[redacted]

El terreno era fértil.

La naturaleza prodigaba todos sus tesoros al campo.

Los sembrados acusaban el trabajo del hombre.

Los arroyuelos que serpenteaban por las verdes campiñas, los frutos que pendian de los árboles, los bosques que de trecho en trecho amenizaban la vista, formaban un conjunto de lo más encantador que puede imaginarse.

Aquel espectáculo alegró en extremo á los españoles.

XII.

—¿Veis cómo es cierto cuanto os habia dicho,—exclamaba Francisco Montejo, gozándose en la satisfaccion de sus camaradas.

¿Veis cómo no he exagerado en mi pintura?

¿Habeis visto en ninguno de los países que hemos recorrido nada más bello, nada más seductor, que estos jardines naturales, que estas frondosas alamedas, que estos murmuradores arroyuelos, que estas flores que crecen abandonadas, y que al mismo tiempo que adornan las praderas con sus colores, embalsaman el aire con sus olorosos perfumes?

XIII.

La esperanza renació en el corazon de todos aquellos hombres.

Marina, que habia contemplado en la mirada de Hernan Cortés toda la felicidad que sentia su corazon, experimentaba una dicha inefable; esa dicha que tiene el amor verdadero, cuando el objeto amado halla deleite en cuanto ven sus ojos.

Los españoles anduvieron sin sentir todo el dia, y á la caida de la tarde descubrieron, á favor de las luces del crepúsculo, que en aquellas regiones dura mucho, un pequeño grupo de casas, en donde dispuso Hernan Cortés que se detuvieran á pasar la noche para no entrar á deshora en Quiabislam.

XIV.

A la mañana siguiente, apenas los dorados rayos del alba iluminaron la tierra, se despertaron los españoles ávidos de gozar en la contemplacion de aquel paisaje, y de llegar cuanto antes al oasis que les prometia la ciudad india descubierta por Francisco de Montejo.

Casi desde el mismo lugar en donde pernoctaron, descubrieron sobre peñascos algunos edificios de piedra, que parecian una muralla.

Algunos de los españoles que habia peleado en las guerras de los moros, recordaron al verlos los murallones y almenas de las fortalezas árabes.

Empinadas cuestas, interrumpidas á veces por selvas compactas, abrian paso á la ciudad, razon por la cual no llegaron á ella sin trabajo los españoles.

[redacted]

XV.

Algo turbó su alegría la ausencia que notaron de los habitantes de la ciudad.

Las primeras casas estaban desiertas.

Continuaron registrando las demás, y no hallaron en ellas ningun habitante.

XVI.

Al fin llegaron á una gran plaza, donde estaban reunidos los adoratorios, y en ella vieron á unos cuantos indios pobremente ataviados, los cuales, acercándose á Hernan Cortés y á los demás con pebeteros en los que ardia incienso, formando en torno de los guerreros espirales de azulado humo, se mostraron sumisos y reverentes, y respondieron á las preguntas que les hizo Marina manifestando temor y esperanza.

XVII.

Para tranquilizarlos hizo Cortés que les diesen vidrios azules y verdes, algunas monedas y otras frioleras, que apaciguaron el ánimo de los únicos habitantes de Quiabislam que habian salido á su encuentro.

—¿Por qué han huido todos?—preguntó Hernan Cortés.—¿Por qué no sale vuestro cacique á recibirme? ¿Por qué no me espera? ¿Acaso teme?

—Señor,—dijo uno de los indios,—nuestro cacique se ha retirado, porque no ha querido ni defender su territorio de vuestra presencia, ni aventurarse á permanecer entre gente armada á quien no conoce.

Aconsejó, sin embargo, á todos sus vasallos que permaneciesen en la ciudad.

Pero creyendo que el cacique huia de un peligro, la han abandonado todos, y sólo nosotros, que custodiamos los territorios, hemos quedado aquí para recibiros y ser vuestros esclavos.

XVIII.

—¿Y hay por ventura motivo alguno para obrar de este modo?—preguntó Hernan Cortés.

—Perdonadnos, señor, y perdonadlos. Pronto sabrán vuestras bondades, pronto sabrán que no venís á despojarnos de nuestras casas, á esclavizarnos más y más, y acudirán ansiosos de ser vuestros servidores de grado, los que por nada del mundo hubieran querido hacerlo de fuerza.

XIX.

Hernan Cortés les aseguró que su objeto al ir

[redacted]

allí era entablar relaciones amistosas con su cacique, y les encargó que fuesen á avisarle su llegada y el deseo que tenia de verle.

Al mismo tiempo dió órdenes terminantes á los soldados para que no molestasen en lo más mínimo á los indios, ni entrasen en sus viviendas, ni se apoderasen de los objetos que habia.

Esto tranquilizó á todos, y al dia siguiente se fueron acercando á sus hogares, observando primero á los españoles con curiosidad y luego con confianza y cariño.

XX.

El cacique de Quiabislam no habia ido lejos.

Por opuesto camino se habia dirigido á Zempoala para preguntar al cacique su amigo la conducta que debia observar.

Suplicó despues á este que fuese con él á Quiabislam para que excusase su fuga á los ojos del jefe de los españoles, y le sirviese de protector y padrino.

XXI.

Con gran satisfaccion vió Hernan Cortés entrar, á cosa del medio dia, en la ciudad, acompañados de muchos indios, y en preciosas andas, á los dos caciques.

Los recibió con las mayores muestras de cortesía, y no tardaron, apenas estuvieron los tres reunidos con Marina, en confiarle los caciques indios los motivos de queja que tenian de Motezuma, y de asegurarles Hernan Cortés su propósito de defenderlos y ampararlos.

[redacted]

Capítulo LIV.

Los cobradores de tributos.

I.

Lástima daba ver á los pobres caciques quejarse de las tropelías que cometia con ellos Motezuma.

—¡Ah!—exclamaba el cacique de Quiabislam, hombre de buen carácter, de buenos sentimientos.—¡Cuánto hemos sufrido desde que Motezuma es emperador! Antes nos molestaban sus emisarios, nos exigian tributos; pero podian pagarse. Hoy horrorizan las exigencias que tiene con nosotros.

—Todo cuanto pudiéramos deciros,—añadia el cacique de Zempoala,—seria un pálido reflejo de lo que pasa en realidad.

Sus crueldades son inauditas.

—Su mayor goce es hacer esclavos suyos en Mé-

jico á los vasallos más distinguidos de nuestras provincias.

—Es tan soberbio, tan feroz se muestra, que despues de empobrecernos con los tributos que nos exige, se goza en nuestras calamidades.

—Y no contento con querer disponer de nuestra fortuna, de los productos del trabajo de todos nosotros, se cree dueño y señor de nuestra vida, de nuestra honra.

A lo mejor envia emisarios para apoderarse de nuestras hijas, de nuestras esposas.

Se las lleva á Méjico, y despues de deshonrarlas, las inmola como víctimas propiciatorias para aplacar la ira de los dioses.

II.

—Calmad vuestro dolor,—dijo Hernan Cortés á los caciques.—No en vano la Providencia nos ha enviado aquí para defenderos. Yo os aseguro que ese tirano dejará de imponeros tan dura dominacion, porque ó abjurará sus errores y bajará la frente ante el poderoso soberano que aquí me envia, ó su cetro y su trono caerán convertidos en polvo ante la voluntad de mis soldados.

Tranquilos por estos consuelos que les ofrecia el jefe de los españoles, le agasajaron en extremo, y convinieron en celebrar al dia siguiente una entrevista para concertar los medios de oponerse á las vejaciones de Motezuma.

[redacted]

III.

Entre tanto, todos los habitantes de la ciudad se esmeraron en proporcionar alojamiento y víveres á los españoles, siendo de admirar la curiosidad con que los observaban y la solicitud con que los servian.

¿Para qué referir los mil episodios de esta peregrinacion?

¿Quién no supone las escenas á que daria lugar la curiosidad con que eran vistos los soldados españoles por los indios y sus familias?

¿Quién no se figura á los niños aproximándose á los extranjeros para ver de cerca sus armas ó separándose de ellos con terror?

IV.

Los caciques se reunieron en la morada de Hernan Cortés, y comenzaron á ponerse de acuerdo sobre los medios de reducir á Motezuma.

Pero en lo más animado de la discusion penetraron dos indios, y hablaron misteriosamente á los caciques.

Al oir las primeras palabras de los recien llegados, observaron Marina y Hernan Cortés en su rostro una impresion dolorosa.

Cubriéronse de una mortal palidez.

Miraron á todas partes con zozobra, con miedo, y sin atreverse á pronunciar una sola palabra, sin despedirse siquiera de Hernan Cortés, se alejaron, dejando á los circunstantes en extremo sorprendidos.

¿Cuál era la causa de aquella repentina marcha, de aquella actitud miedosa?

V.

Teutila y Pilpatoe comenzaban á fomentar las hostilidades.

Hé aquí en breves palabras lo que habia pasado.

Irritados los dos representantes del emperador, enviaron á Zempoala y á Quiabislam seis ministros ó comisarios imperiales, de los que no tenian más mision en todo el imperio que cobrar los tributos que imponia Motezuma á los estados secundarios que se hallaban bajo su dominacion.

Aquellos hombres eran temibles, porque Motezuma les habia hecho inviolables.

Cualquiera que atentase á uno de ellos, atentaba al emperador mismo, y sufria un castigo horrible.

La presencia de estos hombres aterrorizaba á todos los indios, y los tributarios se aprestaban á llevarles el tributo inmediatamente para evitar los castigos que de lo contrario les imponian.

[redacted]

VI.

Era escandaloso el lujo que desplegaban aquellos hombres en su adorno.

Vistosas plumas adornaban su cabeza.

Pendientes de oro colgaban de sus orejas, de sus narices y de sus labios.

A cada comisario acompañaba gran séquito de criados y de guardias.

Ellos fueron los que dieron á los españoles la nocion de los avanicos.

VII.

Con varias plumas grandes, unidas por su extremidad y en forma de abanico, alejaban del rostro de los ministros los mosquitos, y al mismo tiempo ahuyentaban el calor, refrescando la atmósfera con el aire que despedian.

Aquel uso pareció extraño á los españoles.

No solamente servian aquellos abanicos para dar aire, sino para quitar el sol.

VIII.

Cuando salieron Hernan Cortés, Marina y algu-

nos capitanes á la puerta del palacio que ocupaban para averiguar el motivo de la repentina fuga de los caciques, vieron pasar por delante á aquel cortejo.

Los ministros ni siquiera miraron á Hernan Cortés, pasando á su lado con el mayor desprecio.

La actitud de aquellos hombres indignó á los soldados, que se agruparon para verlos pasar.

Trabajo costó á Hernan Cortés poder apaciguarlos, porque querian ir tras ellos para darles el castigo que merecian por su indiferencia y orgullo.

—Dejad ir á Marina,—exclamó,—á averiguar quiénes son esos hombres, y qué les trae aquí.

IX.

Marina fué en efecto, y no tardó en saber que los ministros habian mandado llamar á los caciques.

Una vez en su presencia, y en la del numeroso auditorio allí congregado, Marina presenció la escena que tuvo lugar.

Los ministros, en nombre de Motezuma, censuraron enérgicamente la infamia que habian cometido los caciques, admitiendo á extranjeros y enemigos de su rey en sus ciudades y en sus casas.

X.

—En castigo de la felonía que habeis cometi-

[redacted]

do,—añadieron,—y para aplacar á los dioses irritados, venimos á pediros, además del tributo ordinario, veinte indios y veinte indias destinados al sacrificio.

Estas órdenes consternaron á los caciques.

—Id á buscar lo que os pedimos, y volved pronto,—les dijeron los ministros.

XI.

Marina corrió á confiar á Hernan Cortés lo que pasaba.

Este mandó llamar á los caciques.

No quisieron ir, y entonces los soldados, que habian recibido instrucciones, los llevaron á la fuerza.

XII.

—No temais estando yo aquí,—les dijo Hernan Cortés.

Ya sé el objeto que ha guiado á esos miserables.

Vienen á ejercer con vosotros la más cruel de las violencias.

Vienen á imponeros nuevos tributos, los más dolorosos: los de sangre humana.

Ya se ha acabado el tiempo de permitir semejante abominacion.

Mientras esté en vuestros dominios, no lo consentiré.

Así, pues, si quereis que os ayude, si quereis que no os considere como cómplices suyos y os provoque á la guerra, reunid vuestras tropas.

Haced que todos vuestros vasallos os ayuden á aprisionar á los enviados de Motezuma, y no temais despues las consecuencias de semejante acto.

Yo responderé de él.

XIII.

—Es inútil,—exclamó el cacique de Zempoala.

—No podemos resistir las órdenes del emperador,—añadió el de Quiabislam.

—Dejadnos sufrir las amarguras de nuestra situacion.

—No nos queda más recurso que obedecer y sufrir.

—Pues ved que no tendreis que luchar sólo con ellos, sino con mis soldados, porque estoy resuelto á no consentir semejante injusticia; y si vosotros cedeis, mi indignacion caerá lo mismo sobre vosotros que sobre ellos.

XIV.

Ante aquella amenaza cobraron ánimo los caciques.

—¿Vos nos ofreceis vuestra ayuda?

—Os la he ofrecido en nombre del rey.

[redacted]

—Pues bien, os obedecerémos.

Sin salir de la morada de Hernan Cortés, llamaron á los que capitaneaban sus tropas, y no sin asombro suyo, y más tarde de sus vasallos, les dieron la órden terminante de apoderarse de los comisarios de Motezuma.

XV.

Aguardaban aquellos á que les enviasen el tributo ofrecido, cuando de pronto vieron llegar y caer sobre ellos á los indios con la gritería que solian emplear en todos sus actos belicosos.

Como no podian figurarse semejante determinacion por parte de los acobardados habitantes de aquellas provincias, la sorpresa les quitó la accion, y todos fueron aprisionados sin que lograse escaparse uno solo de los servidores que les acompañaban.

XVI.

Los indios tenian un modo muy original de aprisionar á sus enemigos.

Ponian á cada dos unos cepos de madera; pero en vez de aprisionar sus piernas como con los grillos, los sujetaban por la garganta, dejándoles, sin embargo, el espacio necesario para respirar.

De esta manera fueron conducidos, en medio de las más feroces exclamaciones de los indios, los que

poco antes habian ido á exigirles tan infame tributo.

XVII.

Cuando supieron los caciques que estaban asegurados, fueron á calmar á su pueblo, y volvieron poco despues á la presencia de Hernan Cortés muy satisfechos, como si hubieran sido ellos los verdaderos autores de la rebelion, ofreciendo á Hernan Cortés que una vez presos los comisarios, no tenian más remedio que degollarlos con arreglo á las leyes que regian en el país para con los traidores.

XVIII.

—Poco á poco,—exclamó Cortés;—yo no os consiento que hagais tanto.

—Pero ¿no nos habeis aconsejado que nos opongamos á su dominacion?

—Sí; pero de eso á ejecutarlo, hay gran diferencia.

—Permitidnos al ménos que los sacrifiquemos á nuestros dioses, para que no sea tan grande nuestra crueldad.

—De ningun modo; esos prisioneros me pertenecen, y para que no podais atentar á su vida, ni ellos escaparse, voy á mandar á mis tropas que los custodien.

[redacted]

XIX.

En efecto, envió algunos soldados para que vigilasen á los prisioneros, y realizada la primera parte del proyecto que habia concebido, consultó consigo mismo la segunda, sin dar cuenta á Marina en aquella ocasion de sus sentimientos, razon por la cual le contemplaba la jóven con pena, porque no le confiaba sus ideas.

Capítulo LV.

Alta política.

I.

—He ido demasiado lejos,—se dijo Hernan Cortés. Es cierto que puedo contar con el auxilio de los indios de Zempoala, Quiabislam y las demás provincias que gimen bajo el yugo de Motezuma.

¿Pero acaso entre todos seremos bastante fuertes para desafiar las iras de este coloso?

Y aunque así sea, ¿despues de vencerle, no podrán sustraerse de mi apoyo sus enemigos coaligados por mí, y arrebatarme de las manos el triunfo?

He obrado bien evitando un nuevo sacrificio.

El tributo pagado en sangre humana no puede consentirlo la religion cristiana que profeso.

¿Pero no seria mejor en esta ocasion guardar la fuerza para el momento necesario, y emplear entre tanto la astucia?

[redacted]

Teutila y Pilpatoe no tardarán en saber el atentado que han cometido los de Zempoala y Quiabislan con sus agentes, y vendrán á castigarlos.

Eso dará lugar á un combate, en el que tendremos que emplear todos nuestros recursos.

Saliendo victoriosos, nuevos ejércitos vendrán á castigarnos.

No, no; es preciso utilizar todos los elementos que se me vienen á la mano, del modo más á propósito para no malgastar la sangre de mis soldados.

Lo que más me conviene es figurar, que confiados en mi auxilio, se han atrevido los caciques á aprisionar á los comisarios imperiales.

Pero si al mismo tiempo suspendo su ejecucion y los amparo, tendrán que agradecerme este favor que les dispenso en la persona de sus agentes.

II.

Más de dos horas estuvo cavilando, y al cabo de este tiempo fijó sus ojos en Marina.

—¡Cuán buena eres!—le dijo.

—No tanto como creés, puesto que soy indigna de tu confianza.

—¿Estás celosa?

—Sí.

—¿De quién?

—De tus pensamientos.

—¿Acaso los ignoras?

—Creo leer en tus ojos que padeces, y sin embargo, no me comunicas tus penas.

—No sufro, no; busco los medios de evitar la lucha, de llegar con todas mis fuerzas á Méjico, para desplegarlas allí.

—¿No puedo saber lo que has pensado?

—No has de saberlo, si te necesito.

—¡Habla, habla, por Dios!

—Voy á mandar buscar á dos de los prisioneros para que hables con ellos en mi nombre.

—¿Con qué fin?

—Con el de granjearme su voluntad.

—Comprendo..

III.

Hernan Cortés dió las órdenes oportunas, y poco despues llegaron dos de los comisarios.

—¿Para qué nos llamais?—preguntaron á Hernan Cortés.

—Para daros la libertad.

—¿Tú? ¿El jefe de los extranjeros, el que nos ódia? ¿Tú darnos la libertad?... No lo creemos.

—Y sin embargo, es cierto.

Yo no os ódio.

Si he tenido que luchar con vuestros hermanos, ha sido con grande pesar mio.

Traigo la paz, y quiero paz en cambio de la que os ofrezco.

[redacted]

Pero si me presento como amigo, sé tambien castigar á mis adversarios.

Los caciques de Zempoala y Quiabislam me han recibido amistosamente.

Vosotros habeis querido castigarme por eso... Yo os perdono, y os devuelvo la vida con la libertad, porque sin mi intercesion, á estas horas habríais sido sacrificados á manos de vuestros falsos dioses.

IV.

—¿No nos engañais?—repusieron los emisarios, abrigando aún un resto de desconfianza.

—No; podeis partir.

—¿Y nuestros compañeros?

—No tardarán en acompañaros. Yo emplearé toda mi influencia para que obtengan la libertad de los caciques. Id, pues, en paz, y decid á Motezuma que por consideraros representantes suyos, os he salvado la vida.

V.

No se atrevian aquellos dos indios á salir de la estancia, temerosos de que á la puerta los matasen; y al comprender sus dudas y sus vacilaciones, dispuso Hernan Cortés que unos cuantos soldados fuesen sirviéndoles de escolta hasta llegar á las canoas que les habian conducido á Quiabislan.

VI.

Al dia siguiente muy temprano supieron los caciques la evasion de los dos comisarios, y acudieron á ver á Hernan Cortés, mostrándose en extremo pesarosos por aquel suceso.

—Vuestra és la culpa,—dijo Hernan Cortés, haciéndose de nuevas.

—Los dejamos confiados á vuestras tropas.

—Cierto; pero ellos sin duda han querido mostraros que no hay que confiar la vigilancia que nos interesa á los demás.

VII.

A las nuevas objeciones que hicieron los caciques:

—Nada, nada,—contestó Hernan Cortés;—he querido hacer una prueba de vuestra energía. Ya veo que no sabeis guardar presos.

Es necesario que me entregueis todos los que han caido en vuestro poder, para que yo me encargue de ellos. Los llevaré á los buques, y allí estarán seguros.

VIII.

Alegráronse en extremo, porque les quitaba un peso de encima, y Hernan Cortés vió realizados sus designios.

[redacted]

Empezaba á jugar con dos barajas.

Estos juegos son siempre muy difíciles.

Pero Hernan Cortés tenia la ventaja de poder ver las cartas de los demás.

Por de pronto, ordenó á los marineros que tratasen muy bien á los presos que puso bajo su custodia.

Capítulo LVI.

Vera Cruz.

I.

La oportunidad influye poderosamente en el porvenir de las empresas de los hombres.

Hernan Cortés llegó oportunamente á aquella parte del imperio de Méjico.

El triunfo que habia obtenido sobre los habitantes de Tabasco, y el gran rasgo de audacia que habia puesto por obra prendiendo á los representantes de Motezuma, le adquirieron tal prestigio entre aquellas gentes, que sólo puede compararse la admiracion y el aprecio que le profesaban con el que profesaban á sus ídolos.

II.

La supersticion hizo creer á los habitantes de

[redacted]

Zempoala y Quiabislan, que los embajadores eran poderosos auxiliares que les enviaban los dioses para contrarestar la tiranía de Motezuma, y esta version se divulgo de tal manera entre los indios, que no hubo uno solo que no se apresurara á reconocer como enviados del cielo los españoles, creyéndose á su lado libres del yugo que hasta entonces les habia impuesto el emperador de Méjico.

III.

—Ya os lo decíamos,—exclamaban los butíos;—los atentados cometidos por los ejércitos de Motezuma no podian quedar impunes.

Nosotros vivíamos libres, dichosos.

Trabajábamos la tierra y gozábamos de sus productos.

¿Por qué razon, con qué derecho envió sus huestes á dominarnos, á exigirnos tributos?

Los dioses son inexorables.

Habíamos delinquido, y nos castigaron para reducirnos á la obediencia y sumision que les debíamos.

Pero convencidos de nuestro arrepentimiento, han enviado á nuestro lado los que deben salvarnos.

IV.

La idea cundió de tal manera en todas las provincias limítrofes y en todas las tribus que la compo-

nian, que no tardaron en acercarse á Quiabislan más de treinta caciques de las tribus y las montañas próximas, en las que habitaban unos indios llamados Totonaques.

Eran gentes casi salvajes.

Su idioma era, por decirlo así, un dialecto respecto á la lengua que se hablaba en todo el país.

Sus costumbres eran en extremo primitivas.

Pero todos eran robustos, ágiles, y gozaban fama de valientes.

V.

Presentáronse al cacique de Quiabislan, le saludaron con entusiasmo, y le dijéron que habian ido á reconocer en la persona de Hernan Cortés y de los soldados que le acompañaban á sus libertadores.

Todos aseguraron obediencia á Hernan Cortés, no sin solemnidad, porque este hizo que el escribano tomase acta de sus declaraciones.

VI.

Por efecto de estas circunstancias, pudo contar Hernan Cortés con un ejército aliado, compuesto de más de cien mil hombres, que odiaban con toda su alma á Motezuma.

Satisfechos y tranquilos los caciques, porque estaban seguros de que serian impotentes cuantos es-

[redacted]

fuerzos hiciera el emperador para someterlos de nuevo, regresaron á sus hogares, prometiendo que á la menor indicacion de Hernan Cortés acudirian presurosos á prestarle cuantos servicios pudieran.

Desde entonces pudo dar mayor formalidad á todos sus actos.

VII.

Como recordarán nuestros lectores, habia fundado Hernan Cortés una villa, dándole el nombre de Villarica de la Vera Cruz.

Pero como esta villa estaba formada por las tiendas de campaña, como sus autoridades municipales eran sus mismos capitanes, donde quiera que iban ellos iba la villa.

Era necesario asentarla sobre más sólida base, y deteniéndose en un sitio llano que habia entre el mar y Quiabislan, á media legua de esta poblacion, el más á propósito para realizar su deseo, resolvió establecerla allí.

VIII.

¡Hermosa edad aquella en la que los soldados abandonaban de cuando en cuando las armas para dedicarse á las artes más indispensables á la vida!

Trasformados en albañiles, en carpinteros, con el auxilio de los indios, fabricaron sobre aquella amena vega una ciudad.

Empezaron por el templo.

Edificaron despues casas, en las que más cuidaban de la solidez que de la comodidad.

Terminadas aquellas, rodearon el recinto con una muralla suficiente para defenderla de las armas de los indios.

En estos trabajos, el mismo Hernan Cortés, para dar ejemplo, tomó una parte muy activa.

Sólo un español miraba con pena aquellas construcciones: Pedro de Alvarado.

XI.

—¿Significa esto,—dijo á Marina,—que vamos á permanecer aquí y á hacernos fuertes?

—No; significa que nos conviene para demostrar á Motezuma que contamos con el apoyo de los habitantes de las cercanías, y el mejor medio de contar con ellos es establecernos á su lado.

X.

No satisficieron estas palabras á Alvarado.

Aunque creia de buena fé á Marina, porque con su mirada le esclavizaba, comenzaban sus celos á exacerbarle de nuevo, y era muy posible que no pudiese contener más tiempo la zozobra en que vivia.

[redacted]

XI.

No era ménos difícil la situacion de Marina, que tenia que ocultar á Cortés su falsa complicidad con Alvarado, porque de lo contrario, irritándole, hubiera dado lugar á que dictase su castigo, y Alvarado tenia demasiados amigos entre los soldados para que no hubiese costado cara esta resolucion á Hernan Cortés.

Una mujer con talento y belleza puede mucho.

Marina halló un nuevo medio de calmar la ansiedad de su amante.

Capitulo LVII.

La tercera embajada.

I.

La indignacion de Motezuma llegó á su colmo, cuando por medio de un mensaje que le enviaron á toda prisa Teutila y Pilpatoe, supo que los españoles habian llegado á Zempoala, habian sido allí recibidos y agasajados por el cacique; se habian trasladado despues á Quiabislan, y en una y otra parte habian obtenido las simpatías de los sindios sus tributarios, con lo cual era muy posible que se desentendiesen de su tutela.

Aquello era el colmo de la desesperacion.

II.

—¿Es posible que sea tan grande su atrevimien-

[redacted]

to?—exclamaba Motezuma.—Pues qué, ¿han creido que no tengo fuerzas suficientes para destruirlos, para anonadarlos?

Y apenas recibió la noticia, convocando á sus consejeros:

III.

—No os llamo,—les dijo,—para consultaros, sino para daros órdenes.

—¿Qué deseais, señor?

—Que reunais cuanto antes el ejército más numeroso que hayan visto los humanos; que de mis talleres de armas salgan las que haya fabricadas, y que los artífices, trabajando noche y dia, fabriquen nuevos dardos para destruir con ellos á los españoles. Partamos todos.

Yo iré al frente de vosotros á detener la marcha de esos extranjeros, á castigar su atrevimiento, porque sólo de esta manera podrá volver la paz á mi imperio, y podré recuperar la tranquilidad que ha desaparecido para siempre de mi alma.

IV.

Los consejeros partieron inmediatamente á ejecutar las órdenes que habian recibido, y en un momento se supo en toda la ciudad la resolucion del emperador.

¡Qué agitacion, qué zozobra, qué sobresalto en todos!

Los augurios iban á realizarse.

Una terrible tempestad se desencadenaba sobre Méjico.

¡Quizás se acercaba la última hora de aquel imperio!

V.

Pero aun los que más rencor sentian hácia Motezuma, los que más le odiaban, por haber sido víctimas de sus tiranías, se agrupaban con los demás para defenderle, porque se trataba de la independencia de su pátria.

Por mucha prisa que se dieron los ministros de Motezuma, por grande que fuese la actividad que desplegaron para obedecer sus órdenes, trascurrieron algunos dias sin que pudiera ponerse el ejército en pié de guerra.

VI.

Cuando estuvo todo dispuesto para salir á campaña, se presentaron al emperador los dos comisarios presos por los caciques de Zempoala, y puestos en libertad por Hernan Cortés.

Su llegada causó gran sensacion.

Sin detenerse corrieron al palacio, y manifestaron que deseaban ver al emperador.

[redacted]

Motezuma los recibió inmediatamente.

Las primeras palabras que pronunciaron produjeron en él una irritacion inmensa.

VII.

—¡Cómo!—dijo.—¿Es posible que esos miserables esclavos de Zempoala y Quiabislan se hayan atrevido á poner la mano en representantes de mi autoridad?

¡Ah! Ahora sí que comprendo que vayamos allí, no sólo á destruir á los españoles, sino á sus aliados.

Todos serán inmolados en aras de nuestros dioses.

VIII.

—Calmad vuestra ira, señor,—dijo uno de los comisarios.—No son los españoles los que tienen la culpa del atentado que han cometido con nosotros.

Fundados en su poderío los caciques, nos aprisionaron.

Pero creedlo; sin los españoles, á estas horas seríamos víctimas inmoladas en aras del dolor.

—¿Es posible? Hablad, hablad.

—Custodiados por los extranjeros, á media noche mandó su jefe que fuéramos los dos á su presencia.

Mostrándose muy quejoso de la conducta observada por los caciques.

IX.

—Bajo mi responsabilidad,—exclamó,—os dejo libres.

»Volved á Méjico.

»Decid á vuestro emperador que vengo á proponerle la paz.

»No es mi ánimo atentar á su vida ni á la de sus vasallos.

»Decidle que en nombre del poderoso monarca de España, vengo á ofrecerle su preciosa amistad.»

X.

Estas palabras desconcertaron á Motezuma.—

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Segurísimo, señor. Los españoles nos han tratado como hermanos, como amigos. Nunca les agradeceremos bastante los favores que nos han dispensado.

—¿Y vuestros compañeros?

—Nos ofreció que los libertaria del poder de los caciques, y nos aseguró que respondia ante vos de su vida con la suya propia.

Estas declaraciones tranquilizaron á Motezuma. Su rostro iritado fué desarrugándose poco á poco. La calma reemplazó á la furia.

[redacted]

—Que se detengan inmediatamente todos los preparativos de guerra,—dijo.

La noticia no tardó en circular por la ciudad, devolviendo la calma y la tranquilidad á sus moradores.

—Puesto que son amigos,—dijo Motezuma á sus ministros,—puesto que quieren la paz, intentemos de nuevo obtener por la súplica lo que nos proponemos alcanzar por la fuerza.

Enviémosles nuevos embajadores, nuevos y más costosos presentes.

No olvidemos que el cielo nos ha anunciado grandes catástrofes, y que tal vez los envie para castigarnos.

Yo les ofreceré mi amistad para su rey.

Si nada conseguimos, al menos tendremos tiempo para preparar con más calma y seguridad los medios de impedirles que lleguen aquí por la fuerza.

XII.

Nombró en seguida á los que debian formar parte de aquella embajada, eligiendo á dos sobrinos suyos y á cuatro caciques de los más ancianos para que les aconsejaran é impusieran respeto á los españoles.

Por más que en sus adentros habia jurado consagrar á sus dioses en un solemne sacrificio la vida de los habitantes de Zempoala y Quiabislan, encargó mucho á sus embajadores que tratasen con mucho miramiento á sus futuras víctimas para no irritar á sus protectores.

XIII.

La embajada, con un rico presente, se puso en marcha, y no tardó en llegar á la que entonces ya llamaban los españoles villa de la Vera Cruz.

[redacted]

Capitulo LVIII.

Tiempo perdido

I.

Por más que Hernan Cortés quiso recibir á solas á los embajadores de Motezuma, no pudo conseguirlo. No entraron en el palacio los caciques ni los habitantes de Quiabislan.

Pero se agolparon en la plaza á la puerta del edificio, y con mezcla de curiosidad y de terror, vieron entrar en la morada de Hernan Cortés á aquellos enviados de Motezuma, que al parecer se acercaban sumisos al jefe de los extranjeros.

II.

Recibiólos Hernan Cortés con la soltura y arro-

gancia del hombre que está seguro de su fuerza, y se entabló entre uno de los sobrinos de Motezuma y el caudillo español, por medio de Marina, una conversacion muy animada.

III.

—Nos envia, señor, á vuestra presencia,—dijo el embajador mejicano,—el más poderoso rey de la tierra, el que jamás ha visto eclipsarse su gloria ni su fortuna, el que somete con su voluntad á todos los pueblos y á todos los príncipes que se atreven á moverle guerra.

Pero por la misma razon de que su poderío es tan inmenso, comprendereis cuán grande es la amistad que os profesa, cuán alta idea tiene de vuestros merecimientos al enviarnos para deciros:

«Los dos pueblos tributarios de mi corona han atentado inícuamente contra la libertad de mis emisarios.

»Su culpa sólo podrian redimirla pereciendo todos sacrificados á los dioses.»

IV.

—Vuestra presencia aquí,—prosiguió el emisario,—los libra por ahora del enojo de su señor y dueño.

[redacted]

Ya veis que os muestra grandemente el emperador Motezuma la amistad que os profesa, porque con vuestra presencia en estos sitios, en vez de nosotros, hubiera llegado un numeroso ejército, que habria convertido en cenizas las moradas de estos miserables; habria degollado ante el ara á los esclavos de Zempoala y Quiabislan, adornando el adoratorio con sus cabezas, para eterno escarmiento de los que en lo sucesivo pudieran atreverse á imitar su ejemplo.

V.

Oyó Hernan Cortés este discurso con una sonrisa que demostraba hasta qué punto le parecian ridículos los alardes de aquella gente.

—Muy justo me parece,—contestó,—que vuestro emperador quisiera castigar á los que considere rebeldes.

No disculpo yo la osadía de los que han aprisionado á sus ministros.

Pero bien habeis visto que yo vengo de paz, cuando he librado de sus garras á dos de los embajadores, y los he enviado á Méjico.

Bien podeis presumir que mis deseos son conciliadores, cuando he arrebatado de las prisiones de los indios á los otros comisarios, tratándolos en mis navíos con las mayores consideraciones.

VI.

—Motezuma,—repuso su sobrino,—os agradece en extremo esas pruebas de afecto que le habeis dado.

Pero os suplica encarecidamente que abandoneis á estos miserables, indignos de la honra de teneros á su lado, para poder de esta manera, despues de daros todas las satisfacciones que mereceis, enviar los verdugos que deben degollar á esos malvados.

VII.

—Esa seria demasiada crueldad,—contestó Hernan Cortés.

Cierto es que los caciques de Quiabislan y de Zempoala han atropellado á los embajadores del emperador; pero creedme, alguna razon han tenido.

Ellos llegaron á imponerles de nuevo un tributo que siempre pagan los pueblos con repugnancia, y no contentos con exigirles una parte de sus bienes, les pidieron tambien veinte mujeres y veinte hombres para sacrificarlos en aras de los ídolos; y todo por la culpa de habernos recibido en su territorio.

—No podian hacerlo sin el permiso de su rey, de su soberano.

—Ni yo tampoco podia consentir que en mi presencia se intentase cometer semejante sacrificio. La

[redacted]

religion que yo profeso, y profesan conmigo todos los españoles que me acompañan, se opone abiertamente á esos sacrificios humanos, indignos de los pueblos civilizados.

Estas palabras produjeron una gran sensacion entre los circunstantes.

VIII.

—Respetamos vuestras creencias,—dijeron los indios,—y por la misma razon de que las respetamos, creyendo interpretar los sentimientos de nuestro monarca, os ofrecemos la seguridad de su afecto y su admiracion, y os pedimos en su nombre que toda vez que vuestra religion no es compatible con la nuestra, que toda vez que mientras esteis aquí, envalentonados los habitantes de Zempoala y de las provincias limítrofes, serán rebeldes á nuestro señor, acepteis el nuevo y cariñoso presente que os envia, y retrocedais á vuestra pátria, seguros de dejar aquí grandes recuerdos de vuestro valor, de vuestras bondades.

IX.

—Es la tercera vez,—dijo Hernan Cortés con seriedad,—que me propone vuestro emperador que regrese á mi pátria.

Inútiles son todos sus esfuerzos; inútiles cuantas tentativas haga para hacerme desistir de mi empresa.

Podeis asegurarle que los españoles no retroceden nunca, que traemos para él una mision importante de nuestro soberano.

Ya habeis visto cómo sabemos defendernos de los que nos atacan.

No provocamos á nadie, no buscamos la lid; pero sabemos luchar y vencer.

Yo he ofrecido á mi rey y señor ir hasta Méjico, ver al emperador, hablarle en su nombre, proponerle su amistad, destruir sus falsas creencias, difundir en su pueblo la luz de la religion que ilumina nuestra alma; y que lo tenga entendido para siempre, iremos á Méjico de grado ó por fuerza.

X.

—Nadie se ha atrevido hasta ahora á desobedecer las órdenes de nuestro soberano,—dijo el segundo sobrino de Motezuma.—Ved lo que haceis.

—No creais intimidarme.

—Ved que podria suceder muy bien que no tuviese fuerzas Motezuma para contener á sus soldados, que indignados al veros desobedecer sus órdenes, podrian salir á vuestro encuentro.

—Que pregunte á los de Tabasco si es fácil detener nuestra marcha.

XI.

Pero no hablemos más,—concluyó Hernan Cortés.

[redacted]

Dad gracias á vuestro rey por el presente que me envia.

Cuando salgais hallareis otro, con el que pago el suyo.

Cuando él se convenza de que no tiene más remedio que recibirme, cambiará de opinion, y hasta se alegrará en que me obstine en desobedecerle.

XII.

Dichas estas palabras, se levantó Hernan Cortés, y saliendo de la habitacion, dejó consternados á los embajadores.

Durante algun tiempo no supieron qué partido tomar.

Se miraron unos á otros, sin poder explicarse lo que les pasaba.

¿En dónde hallar valor para acercarse á Motezuma y decirle que cuantos esfuerzos habian hecho hasta entonces eran inútiles, y que los españoles estaban resueltos á llegar á Méjico?

XIII.

—Sus palabras son terminantes,—dijo uno.

—Nuestro deber es trasmitírselas á Motezuma.

—Se irritará de seguro; pero tal vez resuelva enviar el ejército que estaba preparado para salir al encuentro de los extranjeros.

—¿Y quién puede con ellos?

—Es verdad; su fuerza es superior á la de todos nosotros.

—Los oráculos no han mentido.

—¡Qué dias de amargura aguardan á nuestro imperio!

—Lo que ha pasado en los últimos tiempos era un aviso de lo que nos sucede.

—Nuestra libertad peligra.

—¡Que nuestros dioses se apiaden de nosotros!

Y salieron del palacio con el rostro triste, con la mirada incierta.

XIV.

Los indios que aguardaban para verlos salir, experimentaron una mezcla de alegría y temor al verlos de aquella suerte.

—¡Cómo han cambiado las cosas!—dijo el cacique de Quiabislan.—Estos hombres nos hubieran destruido, nos hubieran sacrificado, si los españoles no nos defendieran.

—¡Qué poder tan supremo el suyo!

—¡Cuando Motezuma envia embajadores para que se humillen ante él, qué hombre será!

—¡Motezuma, que por nada del mundo consiente que desobedezcan sus órdenes!

—Hernan Cortés es su castigo.

—Nuestro ídolo Izquiaran se ha apiadado de nosotros al traerlos á nuestro lado.

[redacted]

La nueva embajada de Motezuma sólo sirvió para dar mayor fuerza á los españoles, y para calmar á los indios de Quiabislan y de Zempoala, y á los de la Serranía de Totonaque, que decidieron ayudarle con todo su apoyo, estando dispuestos hasta á morir en su defensa.

Capitulo LIX.

Noticias interesadas.

I.

Satisfecho el cacique de Zempoala de la amistad de Hernan Cortés, seguro de que no intentaria nada Motezuma mientras estuviese á su lado, aprovechó aquella ocasion para satisfacer rencores antiguos, que sólo habia olvidado ante la dura ley de la necesidad.

II.

Una de las provincias más próximas á Zempoala era la de Zimpacingo.

No hacia mucho, que disgustados los dos caciques, habian luchado, teniendo que retirarse con pérdidas el de Zempoala.

[redacted]

Hasta entonces el cacique de Zimpacingo no habia ido á rendir pleito-homenaje á Hernan Cortés.

Pero un dia, acompañado de Ilaiban, que este era el nombre del cacique de Zempoala, de varios indios de alto linaje, llegó á la morada de Hernan Cortés, y le dijo:

III.

—Señor, ha llegado la hora de que me ampareis.

El emperador no se atreve á enviar sus ejércitos á castigarnos, porque estais á nuestro lado.

Pero aprovechándose de la influencia que ejerce sobre el cacique de Zimpacingo, le ha excitado á que venga contra mí, seguro de que nos dejareis dirimir esta cuestion á solas.

Pero he averiguado que fingiendo atacarnos á nosotros, vá á daros una batalla.

Los de Zimpacingo son muy audaces.

Creen que no hay poder superior al suyo, porque los tiene muy alucinados con sus elogios Motezuma.

Es necesario que apiadándoos de nuestra suerte, vayais á su encuentro para defendernos.

Yo haré que todos mis vasallos sean soldados vuestros en esa expedicion.

IV.

Convenia á Hernan Cortés, en la situacion en que

estaba, asegurarse más y más el apoyo de todos aquellos indios á quienes habia logrado dominar.

Nada más fácil para él que buscar un encuentro con los de Zimpacingo y vencerlos.

Esto podia aumentar su prestigio, y tal vez extender su influencia en aquel territorio.

Pensó asimismo que podian muy bien ser las hostilidades de aquellos indios una ocasion buscada por Motezuma para romper con los españoles, enviar refuerzos, y conseguir por la fuerza lo que no obtenia por la súplica.

Era necesario, tanto para satisfacer á los de Zempoala, como para sacar del ócio á sus soldados, llevar á cabo aquella expedicion.

V.

Todo era una patraña de Ilaiban.

Hernan Cortés le creyó de buena fé.

Dispuso que cierto número de indios llevasen los bagajes y la artillería, y con cuatrocientos soldados se encaminaron hácia Cucipacingo.

Los demás se quedaron en Vera Cruz.

VI.

Al pasar por Zempoala encontró á dos mil indios que puso bajo sus órdenes Ilaiban.



HERNAN CORTÉS.—Despues de andar todo el dia, llegaron al anochecer á un paraje situado á mas de dos leguas de Zimpazingo.

[redacted]

Estaban divididos en cuatro escuadrones, y cada uno tenia su jefe.

Además llevaban insignias y armas, probando una vez más hasta qué punto estaban allí desarrolladas las nociones de la milicia.

Al pronto no quiso aceptar sus servicios.

Pero viendo la insistencia con que Ilaiban le rogaba que los llevase á su lado, accedió á sus ruegos.

VII.

Despues de andar todo el dia, llegaron al anochecer á un paraje situado á más de dos leguas de Zimpacingo.

Allí pernoctaron, y á la mañana siguiente descubrieron la ciudad adonde se encaminaban, situada sobre una pequeña colina y entre grandes peñascos, que ocultaban en parte los edificios.

Capitulo LX.

Donde se vé cómo el cacique de Zempoala quiere hacer á los españoles instrumento de su venganza.

I.

Era difícil el camino, porque la cuesta era muy pendiente.

Costaba algun trabajo á los españoles andar por ella.

Su sorpresa fué grande, cuando al encontrarse á muy poca distancia de la ciudad, vieron á los indios de Zempoala tomar carrera, y poseidos como de un vértigo, correr á la ciudad en actitud amenazadora.

II.

Creyó al pronto Cortés que era valor aquella determinacion.

[redacted]

Desgraciadamente no era más que sed de venganza, de saqueo, con cuya impunidad contaban teniendo al lado suyo á los españoles.

Cortés les envió órden para que se detuvieran.

III.

A punto estaban de asaltar la ciudad, cuando se presentaron con ánimo de ver al jefe de los españoles ocho ancianos, que por su traje demostraban ser butíos.

Aquellos hombres venerables manifestaron vivos deseos de ver al jefe del ejército.

Y cuando llegaron á su presencia, mostrándose en extremo sumisos, le rindieron pleito-homenaje.

IV.

Se notaba en su fisonomía, en sus ademanes, en sus miradas, el inmenso pavor que se habia apoderado de su espíritu; que el único deseo que les alentaba á llegar hasta allí, era el de implorar los beneficios de la paz para todos los habitantes de Zimpacingo, que estaban horrorizados al creer que los de Zempoala iban á caer sobre ellos reforzados por los españoles.

V.

El traje de aquellos indios se componia de una manta negra, cuyas puntas llegaban hasta el suelo, quedando recogida y plegada por el cuello.

Una especie de capucha colgaba sobre su espalda, y servia de abrigo á su cabeza.

Largos cabellos caian sobre sus hombros, y en ellos se notaban manchas de sangre.

Era la sangre de las víctimas que inmolaban ante los dioses, con la que impregnaban sus cabellos, su cara y sus manos, estándoles prohibido lavarse, porque aquellas manchas sostenian la supersticion del vulgo.

VI.

Con voz doliente y angustiosa:

—¿Por qué razon,—preguntó á Hernan Cortés,— venís á castigarnos de este modo? ¿Qué delito hemos cometido nosotros, pobres moradores de una ciudad pacífica, para despertar vuestra indignacion?

—No he venido á maltrataros,—contestó Hernan Cortés,—sino á encontrar á los soldados mejicanos que el emperador Motezuma ha enviado á vuestra ciudad para combatir conmigo.

—¿Qué soldados son esos?—preguntaron algunos.

—No hay ninguno; los pocos que habia para so-

[redacted]

meternos á la voluntad de Motezuma, se han retirado apenas han sabido que los caciques de Zempoala y Quiabislan aprisionaron á los ministros de Motezuma.

VII.

—Segun eso,—preguntó Hernan Cortés,—no es cierto que, obedeciendo al emperador, y auxiliados por su ejército, querais hacernos la guerra?

—Ah! Señor,—dijo uno de los sacerdotes.—Si tal habeis creido, os habeis engañado. Si eso os han dicho, no lo creais. Pero nada me extraña. Los indios de Zempoala son enemigos nuestros, y conociendo vuestra fuerza y vuestro poder, han abusado de la amistad que les ofreceis, sin más objeto que les vengueis de las derrotas que en noble lucha les hemos hecho sufrir.

Inmediatamente mandó llamar Hernan Cortés á los jefes de los indios que Ilaiban habia puesto á sus órdenes, y por las respuestas que dieron á sus preguntas, conoció desde luego por su turbacion que en efecto el cacique le habia engañado, y que su único fin, al impulsarle á combatir á los habitantes de Zimpacingo, no habia sido otro que el de tomar venganza de ellos.

—Tranquilizaos,—dijo á los sacerdotes.—Yo os ofrezco que no caeré en el lazo que han querido tenderme.

IX.

Llamó inmediatamente á Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olid.

—Corred al pueblo,—les dijo,—y prohibid toda clase de desmanes á los indios. Haced que vuelvan, y nó perdoneis al que haya cometido la menor infamia.

Ya llegaron tarde los dos capitanes.

X.

Los indios, obedeciendo á sus instintos vengativos, y apoyados en la proteccion que les dispensaban los españoles, entraron á saqueo en la ciudad, y cuando Alvarado y Olid llegaron, ya habian hecho prisioneros á muchos indios, apoderándose además de alhajas y de ropas.

No tardaron en llevar á presencia de Hernan Cortés á los culpables con el cuerpo del delito.

Los míseros despojados iban detrás pidiendo justicia.

Hernan Cortés se indignó.

[redacted]

XI.

—Decid á esos hombres que son indignos de mi amparo, y que restituyan á esos infelices lo que les han usurpado.

Estas órdenes se obedecieron.

Los sacerdotes se encargaron de devolver á cada cual lo suyo, y mientras tanto, Hernan Cortés habló á dos capitanes de los que más confianza le inspiraban, á fin de preparar una comedia, que tuvo lugar poco despues.

En presencia de los indios Zimpacingo y de los butíos, habló á los jefes de los de Zempoala en estos términos:

XII.

—Habeis cometido una infamia. Habeis engañado á vuestro protector, á vuestro amigo, y esto no merece perdon. Seré con vosotros inexorable, y estoy dispuesto á sacrificaros para castigar vuestra infamia.

Así pues, el mejor castigo que puedo dar á vuestro cacique, es enviarle vuestras cabezas como una muestra de lo que haré con la suya si vuelve á reincidir.

XIII.

Estas palabras, pronunciadas con entereza por Hernan Cortés, y traducidas fielmente por los intérpretes, consternaron á todos.

Los indios culpables cayeron de rodillas, implorando perdon.

Hernan Cortés se hizo fuerte.

—No os perdono; yo no puedo disculpar una falta tan considerable. Que se ejecute la sentencia que he dictado.

Al llegar á este punto, los capitanes:

XIV.

—Piedad para estos infelices,—exclamaron.—Ved que la pasion los ciega, que han obedecido á una obcecacion lamentable. Ellos os juran no volver á incurrir en semejante falta. Ellos os aseguran para siempre su sumision, su lealtad.

Ya que por fortuna no han derramado sangre, ya que han devuelto todos los objetos que han robado á sus dueños, ya que los veis tan pesarosos y arrepentidos, perdonadlos, sed generoso, y os lo agradecerán eternamente.

XV.

—Puesto que intercedeis por ellos, los perdono. Pe-

[redacted]

no ¡ay! del que en lo sucesivo se atreva á cometer la menor infamia en donde quiera que yo esté.

Este perdon fué saludado con las mayores muestras de gratitud.

—Ninguno de vosotros,—añadió Hernan Cortés, dirigiéndose á los de Zempoala,—entrará en Zimpacingo. Os quedareis aquí sin moveros hasta que yo os avise. Nosotros marchamos á la ciudad.

XVI.

Y con sus capitanes y sus soldados se adelantó, siendo recibido con las mayores demostraciones de admiracion y respeto por parte de aquellas gentes.

Llegó á tal punto su adhesion, que el mismo cacique manifestó que mientras estuviera allí el rey de los españoles, como él llamaba á Hernan Cortés, él sería el único que mandaria en sus vasallos.

XVII.

Es indecible el efecto que produjo la conducta de Hernan Cortés entre aquellos hombres.

La Providencia le guiaba, y á cada instante se aumentaban para él las probabilidades de llevar de nuevo su empresa á buen término.

Para seguir sembrando el bien por todas partes, procuró averiguar cuál era la causa de la enemistad

que existia entre los habitantes de Zimpacingo y de Zempoala, y despues de informarse bien y de dar la razon al que la tenia, se comprometió á ajustar la paz.

Le convenia en extremo, porque todas aquellas tribus eran naturales enemigos de Motezuma, y deseaba que cesasen las disensiones.

XVIII.

Logró que los dos caciques firmasen la paz con la mayor solemnidad, y que sus vasallos fraternizasen.

Su ascendiente sobre unos y otros llegó á ser inmenso.

Gracias á su tacto y á los favores de la Providencia, sus quinientos soldados contaban ya con el auxilio de numerosos montañeses, que podian prestarle una ayuda eficaz en el caso de ser indispensable la guerra con Motezuma.

[redacted]

Capítulo XLI.

Sacrificios bárbaros.

I.

Conoció el cacique de Zempoala el desacierto que habia cometido engañando á Hernan Cortés, y aguardaba con verdadero temor su llegada.

Para aplacar su ira, escogió ocho doncellas de las más hermosas de su tribu, y entre ellas á una sobrina suya, todas dotadas de peregrina belleza.

Despues de adornarlas ricamente, aguardó á que volviese Hernan Cortés para implorar su perdon, y hacerle aquel regalo.

II.

Hernan Cortés, que estaba prevenido, le perdonó en vista del propósito de su enmienda, asegurándole que si reincidia su castigo seria tremendo.

que existia entre los habitantes de Zimpacingo y de Zempoala, y despues de informarse bien y de dar la razon al que la tenia, se comprometió á ajustar la paz.

Le convenia en extremo, porque todas aquellas tribus eran naturales enemigos de Motezuma, y deseaba que cesasen las disensiones.

XVIII.

Logró que los dos caciques firmasen la paz con la mayor solemnidad, y que sus vasallos fraternizasen.

Su ascendiente sobre unos y otros llegó á ser inmenso.

Gracias á su tacto y á los favores de la Providencia, sus quinientos soldados contaban ya con el auxilio de numerosos montañeses, que podian prestarle una ayuda eficaz en el caso de ser indispensable la guerra con Motezuma.

[redacted]

Capítulo XLI.

I.

Conoció el cacique de Zempoala el desacierto que habia cometido engañando á Hernan Cortés, y aguardaba con verdadero temor su llegada.

Para aplacar su ira, escogió ocho doncellas de las más hermosas de su tribu, y entre ellas á una sobrina suya, todas dotadas de peregrina belleza.

Despues de adornarlas ricamente, aguardó á que volviese Hernan Cortés para implorar su perdon y hacerle aquel regalo.

II.

Hernan Cortés, que estaba prevenido, le perdonó en vista del propósito de su enmienda, asegurándole que si reincidia su castigo seria tremendo.

Dióle luego noticia de las paces que habia ajustado con el cacique de Zimpacingo, y preparó la notable entrevista á que hemos asistido.

El cacique dispuso, para celebrar el perdon que habia alcanzado, un espléndido banquete.

Al terminar el festin, se adelantó el cacique hasta donde estaba Hernan Cortés, seguido de las ocho doncellas, y presentándole á las pudorosas vírgenes:

III.

—En prueba de la gratitud que os profeso, del lazo estrecho que deseo que me una siempre con vos y con vuestros soldados, permitidme que os ofrezca estas ocho doncellas, una de las cuales tiene mi sangre en sus venas.

Marina dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

—Tomad á mi sobrina,—añadió el cacique,—y repartid las demás entre vuestros capitanes.

—No podemos aceptar de ningun modo vuestra oferta.

Nuestra religion es distinta de la vuestra, y mientras no creais en las doctrinas del Evangelio, es imposible toda alianza entre nosotros y vosotros.

IV.

Algunos de los capitanes, y los soldados en gene-

[redacted]

ral, murmuraron algunas palabras por la negativa de Hernan Cortés.

Pero ante la pasion desordenada se levantaron los sentimientos religiosos, y comprendiendo que no podian, sin incurrir en un grave pecado, estrechar alianza con las mujeres indias, acabaron por dar la razon á su jefe.

V.

El cacique oyó con verdadero disgusto las palabras que le dijo Hernan Cortés.

—Ya veis la fuerza que tenemos, el prestigio de nuestras armas.

Vosotros mismos que temblais ante Motezuma, estais ya convencidos de que nuestro poder es superior al suyo.

Todo esto lo debemos á nuestra religion.

Vosotros adorais á falsos ídolos, y los sacrificios de sangre humana con que intentais aplacar su ira, son una prueba de vuestra ignorancia, de vuestra supersticion, de la necesidad que teneis de abjurar para siempre de vuestras creencias y aceptar las nuestras, que son las verdaderas.

VI.

Estas palabras produjeron un inmenso disgusto en el cacique, y no hallando respuesta que darle, le

pareció la resolucion más acertada separarse de él.

—Será inútil todo cuanto hagamos,—dijo Marina á Hernan Cortés.

—Es que si no quieren por buenas lo que les ofrezco, tendrán que aceptarlo por malas.

—Pronto vereis,—añadió Marina,—en una de las festividades que van á celebrar, cuán grande es el entusiasmo que les inspira su religion, y cuánta fé tienen en sus ídolos.

—Pues es esa es la mejor ocasion para convencerles de su ignorancia.

—No lo conseguirás nunca.

—Lo veremos.

VII.

Y Hernan Cortés se dispuso á aprovechar aquella ocasion para obtener de los de Zempoala el triunfo que se prometia.

Pocos dias trascurrieron desde la escena que hemos referido hasta la de la festividad de los indios.

Con el mayor misterio, por temor de que pudieran descubrir sus maniobras, eligió el cacique entre sus vasallos doce víctimas, que debian ser inmoladas en el ara.

Tal era la costumbre de aquellos salvajes.

Despues de sacrificar á los infelices en presencia de los ídolos, los descuartizaban y vendian los fragmentos de sus cadáveres á los más religiosos.

[redacted]

Estos los compraban y los devoraban, considerándolos como manjares sagrados.

VIII.

Llegó el dia de la ceremonia, y uno de los soldados, veterano y hombre de corazon, llamado Juan de Torres, vió conducir al adoratorio principal á doce indios con el rostro compungido, y el más agudo dolor en la mirada.

Poseido de viva curiosidad, siguió á los indios que los conducian, y se quedó á la puerta del adoratorio con ánimo de penetrar en un momento dado para ver qué hacian con aquellos infelices.

Los butíos eran los sacrificadores.

Escuchó un grito penetrante, y entró en el templo.

El espectáculo que se presentó á su vista era horroroso.

Acababa de ser sacrificado el primer indio.

IX.

Inmediatamente corrió á dar parte á Hernan Cortés de lo que pasaba.

El caudillo se irritó.

—Corre á llamar á los capitanes,—le dijo,—y diles de mi parte que den las órdenes para que formen todas las tropas.

Sin pérdida de tiempo vé á avisar al cacique, y dile que se presente con los indios más principales que le acompañan.

Juan de Torres, que estaba profundamente conmovido, se apresuró á satisfacer los deseos de su jefe.

X.

Cuando llegó el cacique con sus dignatarios, acudiendo al llamamiento de Hernan Cortés, estaban formados los españoles, y su jefe, mirando con arrogancia al cacique:

—Os he llamado para que me lleveis al adoratorio, para ver si es verdad lo que me acaban de referir.

El cacique y los que le acompañaban no tuvieron más remedio que obedecer.

Hernan Cortés, con los indios, sus capitanes y algunos soldados, llegaron al adoratorio.

Capítulo LXII.

Destruccion de los ídolos.

I.

La presencia de los extranjeros con los caciques alarmó á los sacerdotes.

La actitud hostil de los soldados de Hernan Cortés, hizo comprender á los butios que peligraba su religion, y sin oir siquiera las fuertes amonestaciones que empezaba á dirigirles el caudillo de los españoles, abandonaron el templo, se diseminaron por la ciudad, y alarmando á los indios con la noticia de que sus huéspedes iban á destruir su religion, los convocaron para que acudieran con armas á oponerse á aquel horrible atentado.

II.

Mientras Hernan Cortés increpaba al cacique por

los horrores que presenciaba, mientras que le decia: «sois unos miserables indignos de la proteccion que os dispenso. ¿Creeis que adorais á vuestros dioses, sacrificando á infelices víctimas en holocausto de vuestros falsos ídolos? Es una iniquidad que no consiento, que debe acabar para siempre;» los indios, excitados por los sacerdotes, fueron reuniéndose en los alrededores del templo, y no tardaron en avisar á Hernan Cortés la actitud hostil en que se colocaban.

III.

Inmediatamente mandó que dos capitanes se apoderasen del cacique de Zempoala, y que los demás soldados custodiasen á los indios que estaban en el adoratorio.

Saliendo, en efecto, á la puerta del templo, se convenció de que los indios, instigados por los butíos, estaban resueltos á no consentir que se ultrajase á sus dioses.

El momento era crítico.

Hernan Cortés comprendió que si no empleaba toda su energía, podia perder cuanto habia ganado hasta entonces, y despues de hablar con Marina, esta, en nombre del caudillo español, dijo á los indios:

IV.

—Hernan Cortés, vuestro señor y dueño, me

[redacted]

manda deciros, que en el momento en que dispareis una sola flecha, degollará al cacique que tiene en su poder y á los demás zempoäles que le acompañan. Despues, para castigar vuestra osadía, mandará que los soldados arrasen á sangre y fuego la ciudad, hasta convertirla en escombros.

Estas palabras estremecieron á los indios, y no tardó en pintarse en su rostro el más espantoso terror.

V.

El cacique, que se vió aprisionado:

—Dejadme, dejadme salir,—dijo,—para contenerlos.

Y presentándose á sus vasallos entre dos soldados que le custodiaban:

—Abandonad las armas y retiráos,—dijo.—Ved que si no, vuestra desobediencia vá á matarme.

La intimacion de Hernan Cortes y las súplicas del cacique bastaron á salvar el conflicto.

Como heridos por el rayo, desaparecieron los indios armados, y Hernan Cortés quedó en el adoratorio con el cacique y su séquito, preparándose á llevar á cabo su propósito.

—Llamad á los sacerdotes,—dijo.

Dos indios salieron á cumplir esta órden, y poco despues volvieron acompañados de los butíos, que no podian ocultar el pavor de que se hallaban poseidos.

—Tranquilizaos,—dijo á todos.

VI.

Y variando de tono:

—No es vuestra la culpa si hasta ahora no habeis podido conocer al verdadero Dios.

Harto desgraciados habeis sido, viviendo tanto tiempo sin ver un rayo siquiera de la hermosa luz que difunde en el mundo la Divinidad.

Yo os compadezco.

Yo, que he tenido ocasion de conoceros, os estimo, y deseo iluminar vuestra inteligencia.

VII.

Los butíos y caciques, y cuantos indios se hallaban presentes, escuchaban con mezcla de curiosidad, de tristeza y de miedo aquellas palabras, que ejercian más influencia sobre ellos, por la misma razon de que las pronunciaba el caudillo con cariño, con benevolencia, hasta con lástima de los que las oian.

—¿No os he dado ya pruebas de que soy vuestro amigo?... Que responda por todos Ilaiban.

—Sí, sí,—contestó el cacique.

VIII.

—Pues bien,—continuó el caudillo;—¡no habeis

[redacted]

visto cómo siendo tan escaso el número de mis soldados, hemos vencido á numerosos ejércitos?

¿Por qué razon, yo, que hubiera podido someteros á mi voluntad y esclavizaros, en vez de obrar de esta manera, despreciando mis fuerzas, he buscado vuestro afecto y os he dado señaladas muestras de mi amistad?

¿No quiere decir esto que combato á los fuertes y perdono á los débiles?

¿No os parece esta la doctrina que puede hacer más felices á los séres humanos?

—Sí, sí,—exclamaban todos.

—Creeis, por ventura, que ese cielo que veis, que esas hermosas campiñas cubiertas de verdura, que esos árboles que crecen, que nos brindan frutos deliciosos; que esas aves que cantan en los bosques, que esos arroyuelos que corren por la pradera y fertilizan la tierra, que todas esas maravillas de la creacion que estamos acostumbrados á ver todos los dias, pero que no por eso dejan de entusiasmarnos, que nos hacen creer en el Sér Supremo, ¿pensais vosotros que todas esas grandezas pueden producirlas esos horribles mónstruos de piedra y barro á quienes adorais, y en cuyas aras sacrificais á vuestros hermanos?

Los indios no se atrevian á responderle.

IX.

—Yo estoy completamente decidido,—añadió Her-

nan Cortés,—á poner fin á esos sacrificios inhumanos, á destruir los falsos ídolos á quienes ciegamente adorais.

Subid vosotros mismos las gradas que os separan de los pedestales en donde los teneis colocados.

Arrojadlos de allí, convertidlos en polvo, porque os han engañado; y sobre las ruinas miserables de la idolatría, levantad el altar de la verdadera religion, porque de esta manera asegurais vuestra felicidad.

X.

Esta proposicion alteró la sangre en las venas de los indios.

—No, no,—dijeron á pesar suyo.

—Obedeced.

—No, no,—añadieron, arrastrándose por el suelo é implorando piedad.

—Obedeced,—insistió Hernan Cortés.

—Antes nos dejaremos hacer pedazos,—exclamó el cacique,—que poner nuestras manos en los dioses.

XI.

Hernan Cortés fijó en ellos una mirada penetrante, mientras que pensaba era demasiado el sacrificio que exigia á aquellos hombres:

—Bien está,—dijo de pronto;—comprendo que



HERNAN CORTÉS.—...le arrojaron al suelo, convirtiendole en mil pedazos.

[redacted]

no querais vosotros mismos ultrajar á esas falsas deidades que hasta ahora habeis adorado. Pero mis soldados las destruirán.

—¡Piedad! ¡Piedad!—exclamaron.

—No puede haber piedad para la idolatría.

Y dirigiéndose á los soldados que estaban en torno suyo, no ménos admirados de aquella escena,

XII.

—Arrojad á esos miserables ídolos,—exclamó,—y que no quede rastro de ellos.

—Es inútil,—exclamó Ilaiban;—no les deis esa órden.

En cuanto se acercasen á nuestros ídolos, quedarian anonadados, porque su poder es inmenso.

—Lo veremos,—añadió Hernan Cortés;—subid pronto y ejecutad mis órdenes.

XIII.

Veinte soldados subieron las gradas del altar y arrojaron al suelo los ídolos, que se convirtieron en mil pedazos; y tanto aquellas figuras como los instrumentos de la adoracion, fueron completamente destruidos.

Más de cinco minutos duró un silencio sepulcral en el adoratorio.

Los indios no se atrevian á alzar los ojos.

Algunos exclamaron:

—¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Es posible que hayan pedido más los extranjeros que los dioses?

XIV.

—¿Creeis ahora en mis palabras?—preguntó Hernan Cortés.

—Sí, sí,—dijeron todos.

—Sois más poderosos que nuestros ídolos,—añadió el cacique.

Es indecible el dolor que se apoderó de su alma.

[redacted]

Capítulo LXIII.

El triunfo de la religion católica sobre la dolatría pagana.

I.

Como los pueblos no pueden vivir sin religion, y cuanto más salvajes más les sorprende y entusiasma o maravilloso, sucedió que los zempoales, despues de convencerse del asombro de que sus dioses no castigaban el atentado cometido por los españoles, despreciando á aquellos, los reemplazaron con estos.

Los españoles fueron para los zempoales unos verdaderos ídolos.

II.

No podia Hernan Cortés desperdiciar la ocasion que se le presentaba de arrojar en aquella gente y entre aquellos hombres la semilla del cristianismo.

Al pedir la vénia del cacique, dispuso que los mis-

mos indios hiciesen una hermosa hoguera, y quemasen en ella los fragmentos de los ídolos que los españoles habian arrcjado de sus pedestales.

III.

Terminada aquella ceremonia, á la que asistieron todos los habitantes de la ciudad, dispuso que en el adoratorio en donde habia tenido lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior, se piçaran las paredes, borrándose de ellas las manchas de sangre con que recordaban los sacrificios humanos los idólatras.

Despues mandó blanquear las paredes con una capa de un yeso resplandeciente que poseian los indios, y que se asemejaba á la escayola.

Cuando estuvo purificado de esta manera el templo, mandó construir un altar, y colocó en él otra de las imágenes de la Vírgen que llevaba consigo.

IV.

Los indios presenciaron todos estos trabajos con la mayor curiosidad é interés.

La imágen con que habian reemplazado sus toscos y monstruosos ídolos, produjo en ellos mucho efecto.

Aunque el buen gusto es relativo, la verdadera belleza es absoluta.

[redacted]

Pobre estaba el altar que dedicaron los españoles á su Santa Patrona.

Pero le adornaron con flores y luces, y la primera misa se celebró con la mayor solemnidad.

V.

Quiso Cortés que asistieran á ella los zempoales, y durante toda la ceremonia no separaron los ojos del sacerdote.

Todos se arrodillaron, y procuraron imitar á sus huéspedes.

No era posible, dada la premura con que pensaba Hernan Cortés continuar su marcha, detenerse á instruir á aquellos hombres en los misterios de la religion católica.

Las primeras tentativas que se hicieron, demostraron que aquella tarea debia ser larga y penosa.

Hernan Cortés se decidió á ponerse en marcha.

VI.

—Voy á partir,—dijo al cacique;—pero aquí dejo la sagrada imágen á quien todos adoramos.

Vosotros cuidareis de ella.

La adorareis, no sacrificando á vuestros hermanos, sino postrándoos de hinojos ante ella y pidiéndole que os ampare, y de este modo estad seguros de que no os faltará nunca el apoyo del cielo.

VII.

Dió las órdenes de partir, y cuando ménos lo esperaba, se presentó á su vista Juan de Torres, el soldado que le habia avisado del horrendo sacrificio que estaban consumando los indios.

—Señor,—le dijo,—vengo á pediros una gracia.

—¿Qué es lo que quieres, Juan de Torres?

—Ya veis cuán viejo soy; mi cabellera está blanca, y las arrugas de mi rostro indican que sólo la lealtad que os profeso y el deseo de contribuir á propagar la fé cristiana, me han traido hasta aquí.

—Ya sé que eres un modelo de hombres de bien y de soldados valerosos.

VIII.

—Pero estoy ya cansado,—prosiguió Juan de Torres.

He sufrido mucho en el mundo.

Antes de embarcarme para las Indias, se irritó la fortuna contra mí.

Perdí á mis padres, perdí mi fortuna, ví morir á mi esposa, y los dos únicos hijos que me quedaban bajaron al sepulcro casi al mismo tiempo.

Yo era cristiano, y aunque desesperado, no podia atentar á mi vida.

Para que Dios me diera fuerzas, le ofrecí consagrarme á hacer amar su santo nombre.

¿Adónde iré mejor que á las Indias? me dije.

Y me embarqué como sabeis á pelear á vuestro lado en la conquista de Santiago de Cuba, y vine con Grijalva hasta Yucatan; y aunque volví, os he seguido animado de los mejores deseos.

Pero mis fuerzas se acaban.

Yo no puedo serviros en la guerra.

Quiero pediros una gracia.

—Habla, Juan, habla, y no dudes que te complaceré,—le dijo con amabilidad Hernan Cortés.

IX.

—¿No os es posible dejar aquí un misionero para que adoctrine á los indios?...—continuó Juan de Torres.

Yo no he estudiado latin ni entiendo de esas cosas.

Pero sé amar á Dios, le amo, y si me consentís que me quede custodiando el templo que hemos erigido á Vírgen, yo os aseguro que enseñaré á los indios á amar al Sér Supremo.

De esta manera emplearé en su provecho los dias de vida que me quedan, y moriré tranquilo.

—Mucho siento desprenderme de tí; pero admiro tu abnegacion, y quiero complacerte.

X.

El cacique llegaba á despedirse de Hernan Cortés, y aprovechando este aquella circunstancia,

—Este anciano soldado se queda entre vosotros,—le dijo.

El custodiará el templo y os enseñará las oraciones que nosotros rezamos para vivir en gracia de Dios.

Obedecedle y respetadle.

El es la imágen viva de mi persona.

¡Que alcance su virtud y el sacrificio que por vosotros hace el premio que merece!

XI.

Juan de Torres se despidió de todos sus compañeros con lágrimas de emocion, y los vió partir.

No quedaba completamente solo.

La fé de su alma le acompañaba, y el recuerdo de los séres queridos de su corazon no se apartaba de su lado.

XII.

Los españoles, despues de haber dado el nombre á Zempoala de Nueva Sevilla, se dirigieron á Vera

[redacted]

Cruz, en donde no sin gran asombro vieron un buque de escaso porte.

Los marineros que habian quedado cuidando los bajeles de Hernan Cortés, participaron á este que habia llegado el dia anterior en aquel navío el capitan Francisco de Saucedo y once soldados, entre los que era distinguido Luis Marin.

Llevaban tambien un caballo y una yegua, y segun habian dicho, el único objeto de su salida de Santiago de Cuba para buscar á Hernan Cortés, no era otro que el de ponerse á sus órdenes y coadyuvar con él al logro de su empresa.

XIII.

Tales eran las explicaciones que los nuevos viajeros habian dado á los marineros de Hernan Cortés.

Al pronto, la alegría de hallar, cuando ménos lo esperaban, españoles recien llegados de los puntos de donde habian partido, los que ya hacia tiempo que se hallaban fuera de sus hogares, alejó toda sospecha.

XIV.

Hernan Cortés recibió á aquellos hombres.

Conferenciando con su capitan, le preguntó noticias de Velazquez.

—El gobernador,—dijo Saucedo,—está profundamente irritado contra vos.

—¿Y cómo os ha permitido venir á mi encuentro?...

—Lo ha ignorado, porque como yo sabia que no me lo consentiria, lo dispuse todo y salimos de noche, sin que nadie se apercibiera de ello.

—¿Y cómo, estando tan irritado contra mí, no ha enviado gente en mi persecucion?

—Porque gozais de gran prestigio entre todos los españoles que hay en Cuba.

Pero eso no bastará para disuadirle de su propósito, que no es otro que el de enviar una escuadra más formidable que la vuestra para someteros á su obediencia; y desentendiéndose él á su vez de lo que debe á Diego Colon como almirante y virey de todas las posesiones de España y las Indias, envió un capitan amigo suyo con encargo de hablar á nuestro soberano Cárlos V; y gracias á esto, ha obtenido la vénia del monarca para descubrir tierras, otorgándole al mismo tiempo el título de Adelantado.

XV.

No sospechó Hernan Cortés que Saucedo pudiera ser un enemigo oculto.

Estaba seguro de la fidelidad de sus soldados.

Pero si el gobernador de Santiago de Cuba enviaba en su perseguimiento gran número de tropas, si estas le obedecian, no habia más remedio que luchar con ellas; y dar aquel espectáculo á los indios,

[redacted]

era perder todo el tiempo que se habia adelantado.

XVI.

—El mejor partido que puede tomarse,—dijo,—es entenderme directamente con el rey.

A este efecto, pensó desde aquel instante enviar á la córte una persona de toda su confianza que refiriese al rey cuanto habian hecho por conquistar nuevas tierras para la corona, y le pidiese licencia para seguir conquistando, para llevar á cabo su empresa por cuenta propia.

XVII.

Maduró su plan, y no tardó en escribir, con el concurso de los capitanes, una carta, dando cuenta al rey de España y emperador de Alemania, Cárlos V, de lo que habia pasado desde su salida de Santiago de Cuba, de la conquista y fundacion de Vera Cruz, de los triunfos que habia alcanzado para la religion; y á fin de conseguir lo que deseaba, pintaba con vivos colores la magnificencia del imperio que se proponia conquistar, para despertar al mismo tiempo la codicia y la ambicion de gloria en el monarca.

XVIII.

Para que tuviera la carta más visos de imparcia-

lidad, hizo que la firmasen, no como capitanes, sino como autoridades municipales, los que le acompañaban, y no omitió tampoco las persecuciones de que habia sido objeto por parte de Velazquez.

Siguiendo la táctica que hasta entonces habia empleado con tan buen éxito:

XIX.

—No quiero hablar de mi persona,—dijo á los capitanes.

Os dejo en plena libertad de decir al monarca quién soy, y yo os ofrezco que lo que escribais será llevado á España sin que yo lo vea.

XX.

Necesitaba un hombre de toda su confianza para encargarle de aquella mision.

Recordando la lealtad que en todo tiempo le habia guardado Francisco de Montejo, le designó para que fuera á España, y por indicacion de este, nombró tambien para que le acompañase á Alonso Hernandez de Portocarrero.

Mandó que todo el oro y joyas que hasta entonces se habia recogido fuese ofrecido al rey; y para que la cantidad deslumbrase al monarca, suplicó á todos los oficiales y soldados que se desprendieran de

[redacted]

lo que por reparto les habia correspondido; los cuales accedieron, no sin pena, porque no sin pena se desprende el hombre de los objetos de valor.

XXI.

Hernan Cortés se acordó de su esposa y de su hijo, y encargó á Montejo que fuese á verla á Extremadura, en donde estaba con sus padres, dándole en su nombre una parte de los regalos que llevaba.

Las órdenes que recibió Montejo fueron las de partir directamente á España por el canal de Bahama, sin detenerse en dar vista siquiera á Santiago de Cuba.

Para que el viaje pudiera hacerse sin contratiempos, se eligió el mejor navío, y se encargó de su direccion al piloto Anton de Alaminos.

XXII.

Todas estas medidas se tomaron en breve tiempo, y casi sin dar lugar para que se apercibieran de ellas los soldados.

Momentos antes de partir, rogó Saucedo muy particularmente á Hernan Cortés que concediera permiso para ir á bordo del navío que se dirigia á España á uno de los soldados que acaban de llegar, el cual, segun manifestó, se hallaba muy enfermo.

Hernan Cortés, desconociendo las consecuencias que aquella determinacion podria tener, le otorgó la gracia que le pedia.

Con los españoles se embarcaron algunos indios, para que atestiguasen el contenido de la carta que habian de presentar al monarca.

XXIII.

Es tan interesante la historia de la conquista del imperio de Méjico, que como nuestros lectores habrán observado, hemos seguido paso á paso hasta ahora á los principales personajes de esta gran epopeya.

Pero mientras Hernan Cortés se disponia á acortar la distancia que le separaba de Méjico, acaecian en España, y en la misma ciudad de donde pensaba apoderarse, sucesos tan importantes, que aun á riesgo de cortar el hilo de nuestra narracion, vamos á abandonar á Hernan Cortés y á sus soldados, para asistir á escenas que han de justificar las sorprendentes que encierra en sí el principal interés de esta historia.

[redacted]

Capitulo LXIV.

El tropezon de una mula.

I.

Era una tarde del mes de Octubre, una de esas tardes de otoño en las que el alma de los que sufren halla un dulce consuelo en la melancolía que les rodea.

—¡Qué horrible es la ingratitud!

Mientras Hernan Cortés, empeñado en una empresa que le brindaba riquezas y gloria, aplicaba toda su inteligencia á conquistar el apoyo de los indios y á captarse la voluntad de sus soldados; mientras que hallaba en el amor de Marina una felicidad suprema; lejos, muy lejos de él, en un pueblo silencioso y oscuro, en donde habia nacido el héroe, tres personas pensaban noche y dia en él, aunque de dia-

tinta manera, y exhalaban la pena de su alma en acerbos suspiros.

II.

Nada más triste que el aspecto que ofrecia la casa solariega que habitaban don Martin Cortés y su esposa.

Pobres vivian.

Pero su escasa renta bastaba para atender á sus necesidades, y no teniendo que preocuparse su ánimo del mañana, consagraban todo el presente á su hijo, que en lejanas tierras, ni se acordaba de ellos, ni les daba noticia de su adversa ó próspera suerte.

III.

Los hijos son así.

Cuando abandonan el hogar y se entregan á las aventuras de la vida, se olvidan por completo en su desatentada carrera de aquellos á quienes deben todo lo que son, todo lo que tienen, y sólo en sus adversidades vuelven la vista al hogar paterno; en tanto que los que allí han quedado, sin más esperanza, sin más alegría que el hijo que vive separado de ellos, piensan en él á todas horas, le consagran su corazon, y se conforman con que siquiera en sus momentos de tristeza vuelva hácia ellos sus ojos.

[redacted]

IV.

En otras condiciones, los ancianos padres de Hernan Cortés hubieran recibido una inmensa satisfaccion al ver llegar á su casa á la esposa de su hijo con el nietecillo que les llevaba.

Pero dadas sus condiciones, dada la escasa fortuna de que podian disponer, aquella mujer y aquel niño eran para ellos una carga pesada; y como la pobre Catalina, en vez de llevar un rayo de sol á aquella oscuridad en que vivia, no podia ofrecerles más que unos ojos siempre llenos de lágrimas, puede decirse que sólo fué en aumento la tristeza que reinaba en aquel poco ménos que solitario recinto.

V.

Durante los primeros meses hicieron los mayores esfuerzos los padres de Hernan Cortés para mostrarse afables con Catalina.

El niño les encantaba.

Catalina, sin embargo, conocia que era una carga para los ancianos.

En aquella época la mujer no podia trabajar como ahora; y Catalina estaba condenada á recibir la limosna de los padres de su esposo, sin más esperanza que la de que un dia volviera aquel con riquezas

de la expedicion que habia emprendido; y si no por ella, al ménos por su hijo aliviase su situacion.

Lo que sufria era indecible.

Una mujer como ella, varonil, enérgica, activa, vehemente, que habia sacrificado toda su vida á aquel hombre, verse condenada en la flor de su juventud á ser una desventurada madre, sin contar con los medios de hacer feliz á su hijo, apartada de su esposo, creyendo perdido su amor, ¿cómo no habia de desesperarse?

VI.

—Nuestro hijo nos ha abandonado,—decia la madre de Hernan Cortés.

—En efecto, no se acuerda de nosotros,—añadia don Martin.

—Será dichoso.

—Tanto mejor para él.

—Pero bien podia haber escrito alguna carta, habernos dado noticia de su salud siquiera.

—¡Dios sabe si habrá muerto!—exclamaba Catalina.

Y besaba á su hijo con efusion.

—Pues lo cierto es que todos los meses llega algun navío de las Indias.

—Lo más fácil seria averiguar el paradero de Hernan Cortés; si pudiéramos hablar á alguno de los que vienen de allí...

—Para eso seria necesario ir á Sevilla, á Cádiz

[redacted]

—¡Oh! Si los años no me pesaran tanto,—decia don Martin,—yo me pondria en camino, y averiguaria cuál es la suerte de nuestro hijo.

—Y yo te seguiria,—añadia su esposa.

—¡Que no fuéramos jóvenes!

VII.

Todas estas exclamaciones aludian á Catalina.

Pero ¿cómo la pobre mujer abandonaba á su hijo para emprender un viaje difícil, sin recursos de ningun género?

Y si no le abandonaba, ¿con qué elementos podia contar para ir hasta Sevilla ó Cádiz á realizar sus deseos?

Tanto insistieron los padres de Hernan Cortés en su deseo de tener alguna noticia, si no de su hijo, de la expedicion que capitaneaba, que al fin y al cabo, la tarde de que hemos hablado al comenzar este capítulo, en el colmo de la tristeza y de la desesperacion, sentada cerca de una ventana que daba al Occidente, despues de oir las quejas y exclamaciones de los padres de su esposo:

VIII.

—Yo iré,—exclamó Catalina,—á saber noticias de Hernan Cortés.

—¿Vos, hija mia?—preguntó la esposa de don Martin.

—Yo, sí.

—Desgraciadamente careceis de recursos para emprender el viaje.

—Sólo os pediré un favor; guardad á mi hijo, cuidadle como si fuera vuestro, y aunque sea pidiendo limosna iré hasta Cádiz á satisfacer nuestras dudas.

—Por eso no hay cuidado. Nada le faltará á vuestro hijo, y aun haremos más. Poco tenemos; pero nos desprenderemos de algo para que no os falte nada en el camino.

IX.

Aquella misma tarde fué don Martin á casa del tio Picos-pardos, que aunque era ya muy viejo, sin embargo, todavía prestaba cuantos servicios se le exigian, en pagándolos bien.

Ajustó con él el viaje de Catalina por Huelva hasta Cádiz, y dando algunos ducados á la jóven esposa, al dia siguiente se despidieron.

Catalina abrazó con efusion á su hijo.

X.

—¡Dios sabe,—exclamó,—si será esta la última vez que nos veamos!

El pobre niño comenzó á llorar.

[redacted]

—Volveré pronto, hijo mio,—exclamó.

Los abuelos le colmaron de caricias, y él ofreció er bueno.

XI.

Catalina partió al dia siguiente de madrugada, y urante el camino no logró el tio Picos-pardos que esplegase los labios.

Todas cuantas tentativas hizo para ello fueron inútiles.

Le habló de las mocedades de Hernan Cortés.

Encomió los talentos del jóven que llevó á la uniersidad de Salamanca.

Catalina pagó estos elogios con una amarga sonisa.

Habló de lo mucho que se parecia el niño á su adre.

Todo fué inútil.

La pobre madre llevaba el corazon traspasado de olor, y sólo alguna que otra palabra salió de su laiós durante los seis dias que empleó en el viaje.

XII.

Llegó á Sevilla, porque en una posada le dijeron ue se esperaba de un momento á otro una carabela e las Indias que debia desembarcar en dicha ciudad, para adquirir noticias, fué allí directamente.

Una casualidad la puso en relaciones con Antonio de Villejo y su esposa Isabel.

XIII.

Para los que no hayan leido la historia de Cristóbal Colon, son estos personajes desconocidos.

Los que no se encuentren en este caso, recordarán que Villejo fué el capitan que al ver al inmortal descubridor del Nuevo Mundo con las cadenas que le mandó poner el infame Bobadilla, quiso quitárselas, y no consiguiéndolo, porque no lo permitió el inmortal Colon, le acompañó hasta España, y fué durante la travesía y despues su mejor amigo.

Unido despues de grandes sufrimientos con Isabel, la hermana adoptiva de los hijos de Cristóbal Colon, pudo, gracias á la influencia del hijo mayor del almirante, Diego, que á la sazon era almirante á su vez y virey, obtener un empleo en la ciudad de Sevilla, y se consideraba el más feliz de los hombres, porque adoraba á Isabel y ella pagaba con creces su cariño.

XIV.

Al entrar Catalina en la ciudad en la mula que llevaba del ramal el tio Picos-pardos, tropezó el animal, y no teniendo bastante fuerza el arriero para contenerla, cayó, lastimando á Catalina.

[redacted]

Acudieron muchas personas á auxiliarla, y entre ellas Antonio de Villejo.

El tio Picospardos, para darse importancia en tanto que los asistentes procuraban lograr que volviera en sí la jóven desmayada, para estimularles más y más á hacerlo, publicó muchas veces que era la esposa de Hernan Cortés, de uno de los más valientes capitanes de las Indias, añadiendo otras muchas noticias para despertar en favor de la pobre jóven la piedad de los circunstantes.

XV.

Villejo recordó entonces que debia su felicidad en gran parte á Hernan Cortés, y participó al tio Picospardos que queria á toda costa llevarla á su casa, porque siendo muy amigo de su marido, tenia el deber de hospedarla y servirla.

Catalina volvió en sí, y despues de escuchar los ofrecimientos de Villejo, los aceptó, más que por otra cosa, porque recibiendo aquel diariamente noticias, por las condiciones de su empleo, de los que volvian de las Indias, tendria mejor ocasion de realizar el objeto que la habia llevado á Sevilla.

XVI.

Villejo presentó los viajeros á su esposa, y la

más viva simpatía nació entre aquéllas dos mujeres.

No era Villejo rico; pero disfrutaba una posicion desahogada, razon por la cual, no sólo alojó á la viajera, sino que dió una habitacion al tio Picos-pardos, extendiendo su prodigalidad hasta á la mula del arriero.

[redacted]

Capítulo LXV.

Donde se vé que por todas partes se vá á Roma.

I.

No tardó en adivinar Isabel que sufria Catalina. Las mujeres tienen una gran percepcion, y en cuánto á los dolores del alma, no hay nadie que los comprenda mejor que ellas.

II.

Agasajada por los dos esposos, refiriéronle estos cuanto debian á Hernan Cortés, y cuán inmensa era su satisfaccion por poder dar una muestra á su esposa de su firme agradecimiento.

Catalina, correspondiendo á sus bondades, procuró mostrarse con ellos muy dichosa.

Para todos tuvo que devorar sus lágrimas.

Pero aunque Villejo no se fijó en su pena, Isabel, como hemos dicho antes, la adivinó.

III.

Asistia con frecuencia á casa de Villejo un militar que se habia distinguido en las guerras de Italia, y que no disfrutando de gran favor en la córte de Cárlos V, hacia todo lo posible para pasar á las Indias y dar empleo á su actividad y valor.

Conoció á Catalina, y quedó prendado de su belleza.

Pero sabiendo, como supo muy pronto, que era casada y en extremo virtuosa, tuvo que reprimir sus deseos.

IV.

El esfuerzo que tuvo que hacer sobre sí para contener la pasion que Catalina despertó en su alma, fué un nuevo incentivo, y no pudiendo dominarse, sólo consiguió aplazar para una ocasion favorable la realizacion de sus designios.

V.

Catalina no podia detenerse mucho tiempo en Sevilla.

[redacted]

Un deber de gratitud hácia los ancianos padres de su esposo le obligaba á abandonar aquella casa hospitalaria, en donde tantos favores habia recibido.

No pudiendo Villejo ni su esposa disuadirla de su empeño, se apresuró el primero á satisfacer su ansiedad.

VI.

Una carabela llegó de Santiago de Cuba, y en ella algunos de los misioneros que volvian á reponer su salud, quebrantada en el ejercicio de sus arriesgadas tareas.

Villejo llevó á los misioneros á su casa, y delante de Catalina les pidió algunos informes acerca de Hernan Cortés.

VII.

—Se ignora qué ha sido de él y de su escuadra,—dijo uno de ellos.

—¿Luego no han vuelto?

—No.

—Y el gobernador no sabe...

—El gobernador está indignado con Hernan Cortés.

—¡Indignado Velazquez?

—Sí; los enemigos de vuestro esposo, envidiando la glória que está llamado á alcanzar, influyeron en el ánimo del gobernador, le hicieron ver que nunca

seria súbdito suyo, que le arrebataria la gloria de aquella empresa si triunfaba, y haria recaer sobre él la responsabilidad si perdia; y tanto han trabajado su ánimo los envidiosos, que exasperado contra él, sólo desea que vuelva para castigarle; y si no vuelve pronto, enviará en su persecucion una escuadra para someterle á su obediencia.

VIII.

Estas noticias eran bien tristes.

Pero Villejo no habia preparado á los misioneros; y por otra parte, creyeron éstos que no podian separarse un sólo ápice de la verdad al responder á las preguntas que les hizo Catalina.

La jóven esposa, llena de agradecimiento por las bondades de que habia sido objeto en casa de Villejo, se despidió de sus amigos y emprendió con el tio Picos-pardos el viaje hácia Medellin.

Tristes eran las noticias que podia llevarles á los ancianos.

IX.

Ya habia olvidado al capitan amigo de Villejo, que en varias ocasiones se habia mostrado solícito y galante con ella, cuando á pocas leguas de distancia de Sevilla oyeron Catalina y el tio Picos-pardos el galope de un caballo.

[redacted]

Al poco rato se acercó á ellos, y se detuvo.

X.

Catalina reconoció en el ginete á Pánfilo de Narvaez, que este era el nombre del capitan enamorado.

Preguntóla adónde iba, y la jóven le respondió con sencillez, porque no podia presumir que inspiraba una pasion tan vehemente á aquel hombre.

XI.

—La casualidad me favorece,—dijo el capitan.—Yo voy tambien á Extremadura, y si me lo permitís, aunque pierda algun tiempo, os acompañaré.

—No os molesteis, caballero,—dijo Catalina;—llevo ya compañía.

—Pero no estará demás que nos acompañe un militar,—dijo el tio Picos-pardos.

—No somos ricos,—añadió Catalina,—y nada debemos temer.

—De todos modos, no nos vendrá mal para pasar el rato la compañía de un valiente.

XII.

—Ya veis que vuestro guia,—dijo el capitan,—cree oportuna mi presencia á vuestro lado.

—Tanto más, que vos sereis aficionado á charlar por los codos, y á mí me gusta tambien.

Y como mi ama parece que profesa la órden de los cartujos, ir hácia casa y hablando, acortará el camino la mitad lo ménos.

XIII.

No tuvo Catalina más remedio que acceder.

Durante el camino reprimió tanto sus intenciones el capitan, que la jóven llegó á no temerle, y á alegrarse por el contrario de su compañía.

No le habló en toda la travesía más que del vivo deseo que le dominaba.

Este deseo era ir á las Indias.

XIV.

Convenia á los planes de Pánfilo de Narvaez estár en buena armonía con el tio Picos-pardos.

—Yo voy á Cáceres,—dijo á Catalina, cuando yá estaban cerca de Medellin;—pero á la vuelta pasaré por la villa en donde habitais, y como me propongo cruzar el charco y llegar á las Indias á ofrecer mis servicios á los vireyes y gobernador, si algo quereis para vuestro esposo, ó si resolveis, como pudiera muy bien suceder, volver allí, en el primer caso llevaré con gusto la comision que me deis, y en el segundo os serviré de compañero, de protector

[redacted]

Se despidieron, y Pánfilo entregó una bolsa llena de oro al tio Picos-pardos, encargándole que guardara el mayor secreto.

—Iré á parar á vuestra casa cuando vaya á Medellin,—le dijo.

XV.

El capitan se alejó, y Catalina y el tio Picos-pardos llegaron á la casa en donde los ancianos aguardaban con ánsia á la esposa de su hijo.

El niño habia sufrido horriblemente durante la ausencia de su madre.

La alegría produjo en él una afeccion nerviosa, que puso en peligro su existencia.

XVI.

Catalina tranquilizó á los padres de Hernan Cortés.

—Hay muy buenas noticias suyas,—dijo.

Y dejándolos satisfechos y alegres, se consagró á cuidar á su hijo, horrorizándose ante la idea de que podia perderle.

Capitulo LXVI.

Una conversacion aprovechada.

I.

Ocupaba Catalina una habitacion en el piso bajo de la casa solariega de los padres de Hernan Cortés.

Una ventana, con una reja saliente de gruesos barrotes, y coronada por una cruz como todas las de aquel tiempo, daba vistas á un patio cubierto de musgo.

Al lado de esta habitacion habia otra, que comunicaba con el indicado patio por una puerta.

En la primera pasaba el dia y la noche la pobre Catalina contemplando á su hijo, que experimentaba una crísis espantosa.

De cuando en cuando iban á consolarla los padres de Hernan Cortés.

Pero la jóven preferia estar sola, y por la noche sobre todo nadie turbaba su sueño.

[redacted]

II.

A los dos dias de su arribo á Medellin, á cosa de las doce de la noche, oyó el tio Picos-pardos dos golpes en la puerta de su casa.

Dió media vuelta en la cama, y volvió á quedarse dormido.

Los golpes se repitieron con más fuerza.

—¿Quién vá?—preguntó desde el lecho.

—Abrid, abrid.

Y asomándose poco despues el arriero á una ventana que estaba encima de la puerta de su casa:

III.

—¿Quién vá?—añadió.

—Soy yo; ¿no me conoceis?

—No os he visto en mi vida.

—¿No os acordais del capitan Pánfilo?

—¡Ah! Sí; ya caigo. Pero más os valia haber llegado por la mañana. A estas horas...

—¿No hay posada en el pueblo?

—A la entrada hay un meson. Pero en fin, ya que habeis venido, aun á riesgo de asustar á mi parienta, os abriré la puerta.

IV.

El tio Picos-pardos se endosó las calzas, echó so-

bre sus hombros un capotillo, bajó las escaleras y facilitó la entrada en el hogar al viajero.

—Descansad aquí un momento,—añadió, mientras encendia luz,—que yo voy á llevar á la cuadra vuestro caballo.

V.

Sirvióle despues una cena, más propia de cuaresma que de los primeros dias del año, y anunciando el capitan que al dia siguiente le confiaria un proyecto que habia concebido, se despidió del tio Picos-pardos para ocupar el lecho con el que el arriero le brindaba.

VI.

Al dia siguiente, en tanto que la anciana esposa del arriero preparaba unas magras para el almuerzo de los hombres que habia en su casa, Pánfilo de Narvaez llamó al arriero y sostuvo con él el siguiente diálogo:

—Os tengo por un hombre de bien.

—Dios se lo pague á vuesa merced.

—Pero no basta que yo lo crea, sino que lo seais.

—Preguntad á todos los vecinos de Medellin, indagad en todos los mesones, y en todas partes os asegurarán que el tio Picos-pardos no tiene más defecto que el de hablar por los codos.

[redacted]

—Pues precisamente es el peor que podeis tener para mi proyecto.

—¿Quereis hacerme cartujo?

—No tal.

—Pues hablad.

—Tenga calma el arriero.

—Es que me habeis metido en cuidado.

—No temais.

—¿De qué se trata?

—Se trata de haceros por el pronto varias preguntas.

—No deseo otra cosa que responderos.

—Pero es preciso que respondais de una manera satisfactoria.

—¿Y qué he de hacer para ello?

—En primer lugar, guardar estas doblas.

—¿Como recuerdo vuestro?

—Para gastarlas en lo que gusteis.

—¡Ah! Vamos, pues de este modo ya podeis preguntar.

VII.

—¿Os acordais de la dama á quien acompañamos desde Sevilla hasta este pueblo?...—le preguntó Pánfilo.

—¿Pues no me he de acordar? Doña Catalina, la esposa de Hernan Cortés, el hijo de don Martin y de doña...

—¿Qué clase de mujer es esa?

—Una bendita de Dios. Hace algun tiempo que llegó en tanto que su esposo iba á descubrir tierras á las Indias. Y aunque por ser nuera no tiene condiciones para vivir contenta en casa de los padres de su marido, es tan buena, tan humilde, tan cariñosa, que los viejos gruñones, si no la quieren más que á las niñas de sus ojos, por lo ménos la soportan, que ya es mucho hacer.

—¿Y qué vida hace?

—La mejor para aburrirse.

—¿No sale nunca?

—Nunca, siempre está con su hijo.

—¡Ah! ¿Con que tiene un hijo?

—¡Bah! Un muchacho de cuatro ó cinco años, que es el vivo retrato de su padre.

—Me habeis dicho que es pobre.

—No creo haber dicho tal cosa; pero por lo visto lo habeis adivinado, puesto que sí lo es.

—¿Y no desea volver adonde está su marido?

—Buenas ganas se le pasan; aunque á decir verdad, no ha despegado los labios, porque es precisamente el reverso de mi medalla. Tiene miedo de que entren moscas en su boca.

Pánfilo guardó silencio.

VIII.

—Vais con frecuencia á casa de los padres de Hernan Cortés?—continuó poco despues.

[redacted]

—Así, de vez en cuando.

—Pues bien, amigo mio; despues de haber respondido á todas mis preguntas, ¿quereis hacerme un señalado favor?

—Vuesa merced dirá.

—Yo necesito hablar á solas con esa dama.

—¡Amorcicos tenemos!

—No lo creais; sois hombre de buen juicio, y no tengo inconveniente en revelaros la verdad.

Voy á marchar á las Indias. Deseo hacer fortuna, y creo que el medio de lograr cuanto antes ocupacion, es ir recomendado á Hernan Cortés por su esposa.

IX.

—En ese caso,—dijo el tio Picos-pardos,—nada más fácil. Vuesa merced venga conmigo á casa de los padres de Hernan Cortés, y ellos mismos, y todos se alegrarán de que podais llevarle nuevas suyas.

—No me basta eso; conozco el mundo, y he comprendido que doña Catalina tiene una pena grande.

—Lo mismo me he figurado yo.

—Una entrevista á solas con ella, sin que nadie se apercibiera, me proporcionaria la ocasion de trabajar la cosa, y si como presumo, no anda muy corriente con su esposo, yo me complaceria en unirlos. Y ya veis, si esto sucediera, mi fortuna estaba hecha.

—Para ser capitan sabeis mucho de letras.

—Viajando se aprende.

—Pues mire vuesa merced, yo he viajado mucho, y cada dia soy más burro.

—¿Podeis, ó no podeis proporcionarme lo que deseo?

—Dificilillo es.

—¿Por qué?

—Porque si yo le digo á doña Catalina vuestras intenciones, vá á pensar algo malo y vá á negarse.

—No es necesario que ella lo sepa hasta que me vea.

—Puede asustarse y gritar.

—Por eso no temais. Buscadme el medio de entrar en su habitacion.

X.

El tio Picos-pardos se quedó un momento pensativo.

—Si pudiéramos,—dijo,—engatusar á Meliton, el único criado de la casa, él nos daria la llave de la puerta falsa para entrar en el patio; y una vez dentro, á la derecha hay otra puerta que abre paso á las habitaciones en donde vive doña Catalina.

—Pero esa otra puerta estará cerrada.

—¿Para qué son las llaves?

—¿Y qué necesitariamos para que ese buen Meliton nos sirviera?

—Poca cosa; es muy aficionado al mosto. Ha sido militar, y en cuanto se vea mano á mano con un ca-

[redacted]

pitan, recordará sus hazañas, y entre trago y trago soltará las llaves.

—Pues encargaos de eso, que necesito partir, y antes he de ver á doña Catalina. Os aseguro que si consigo mi objeto, no quedareis disgustado.

XVI.

El tio Picos-pardos puso en juego todos los medios con que contaba para realizar los designios del capitan.

A la noche siguiente habia logrado Pánfilo de Narvaez llegar hasta la habitacion contígua á la en que Catalina velaba el sueño de su enfermizo hijo.

Capítulo LXVII.

Donde se vé que la mujer virtuosa es más fuerte que el hombre.

I.

Eran las nueve de la noche.

La campana de la iglesia de la ciudad acababa de recordar á los vivos que habia llegado la hora de pensar en los muertos.

Catalina estaba más tranquila, porque su hijo dormia sosegadamente.

Despues de haberle contemplado largo rato, pensó en su esposo, en el abandono en que la tenia, en la tristeza, en el porvenir que le esperaba.

II.

—¡Ah! ¿Qué haria yo,—se decia,—para despertar

[redacted]



HERNAN CORTES.—Calmaos, soy vuestro amigo,—dijo Pánfilo de Narvaez al ver el movimiento que hizo Cata ina.

[redacted]

de nuevo en su corazon aquel amor que unió nuestras almas por la primera vez?

Pero es en vano.

Cuàntos esfuerzos haga serán inútiles.

El tiempo borra en su alma el recuerdo mio, y al mismo tiempo borra en mi rostro los encantos que le inspiraron el afecto que nos unia.

De aquel momento de felicidad queda este pobre huérfano, á quien Dios sabe las desdichas que aguardan.

Si al ménos tuviera valor para volver á Santiago de Cuba...

Pero ¿cómo? ¿Con qué recursos?

III.

Pensaba de este modo, y se aumentaba su tristeza por instantes, cuando de pronto vió abrirse la puerta que comunicaba con su estancia y aparecer en ella un hombre.

—Calmaos, soy vuestro amigo,—dijo Pánfilo de Narvaez al ver el movimiento que hizo Catalina.

—¿Quién sois, caballero?

—¿No me reconoceis?

Os aseguro que si he llegado de este modo hasta vuestra presencia, ha sido por que he deseado veros sin que lo supieran los padres de vuestro esposo.

Tengo que comunicaros un secreto.

—No os conozco.

El capitan avanzó algunos pasos, y gracias á la luz que iluminaba la estancia, pudo ver su rostro Catalina.

IV.

—Soy Pánfilo de Narvaez,—añadió el militar.

—¿Y cómo no avisásteis vuestra llegada?

—Me he valido de medios infames, si quereis, para llegar á vuestro lado. Pero perdonadme, Catalina; sólo vuestro bien me hace venir aquí de esta manera.

—Salid, caballero,—dijo la jóven.

V.

—No saldré,—repuso Pánfilo,—sin que antes me hayais oido.

Os he visto en Sevilla al lado mi buen amigo Antonio de Villejo.

He creido adivinar en vuestros ojos la tristeza que hay en vuestro corazon.

Os he seguido, os he acompañado; durante el camino he hecho lo posible para que no sospechase el hombre que nos guiaba cuál era el objeto de mi viaje, y he conseguido entrar en nuestra casa para deciros:

«Catalina, soy vuestro amigo; siento hácia vos una viva simpatía. Si sois desgraciada, si alguna per-

[redacted]

sona os ofende, si vuestro mismo esposo no es capaz de comprender los tesoros de virtud y de ternura que encierra vuestro corazon, yo seré vuestro amparo, yo os defenderé, aunque tenga que perder la vida para ello.» Porque, os lo confieso ingénuamente, desde el primer momento en que os he visto, he sentido hácia vos un afecto, que si no hubiera sabido que érais casada, hubiera llegado á convertirse en pasion.

VI.

Esta declaracion conmovió á Catalina.

Sus meditaciones anteriores le habian alejado de toda suposicion semejante á la que descubria en las palabras del capitan.

La vehemencia con que hablaba el gallardo soldado, la lealtad de sentimientos que revelaban sus palabras, desarmaron á Catalina.

VII.

—Yo os agradezco,—dijo,—esas muestras de interés que os inspiro; pero os habeis equivocado: soy muy dichosa.

—Mal pagais mis desvelos.

—Os hablo con sinceridad.

—Permitidme que no os crea. Si fuérais tan dichosa como decís, no brillarian en vuestros ojos esas lágrimas.

—Caballero, perdonadme; una mujer casada no debe dar oidos á palabras como las que acabais de pronunciar. No debe tener confianza más que con su esposo.

—¿Amais á Hernan Cortés?

—¿Podeis dudarlo?

—Sí, lo dudo.

—De cualquier modo que sea, os suplico por tercera vez que me dejeis.

VIII.

—Bien está,—dijo Pánfilo de Narvaez;—veo que no hallan eco mis sentimientos en vuestro corazon.

Catalina, al veros por la primera vez nació en mi alma la pasion de que os he hablado hace poco. Sí, lo confieso: os he amado con delirio.

La reflexion, el deber, me han hecho detenerme.

No le ofreceré mi amor,—me dije;—pero le ofreceré mi proteccion, mi amparo, mi amistad.

Y al escalar la tapia del patio que separa estas habitaciones de la calle, al forzar una puerta para entrar como un miserable en vuestro aposento, no era el seductor, no era el amante el que llegaba: era el caballero, era el amigo.

Pero donde creia encontrar, si no afecto, si no simpatía, al ménos gratitud, al ménos confianza, hallo severidad, hallo reserva.

¡Ah! Con esa indiferencia, con ese despecho, con esa ingratitud que os he merecido, me habeis hecho

[redacted]

olvidar la generosidad que antes habia obligado al caballero, me habeis hecho prescindir de mis deberes, para que el hombre, para que el amante, desprendiéndose de todas las consideraciones, impulsado sólo por la pasion que le domina, sediento de una felicidad cuya sola idea le embriaga y le deleita, postrándose á vuestros piés, os diga:

IX.

Catalina: es inútil que me engañeis; yo sé que no sois feliz, yo sé que vuestro esposo no os ama, yo sé que vivís poco ménos que de lástima en casa de los padres de Hernan Cortés.

No mereceis eso.

Venid á mis brazos.

Yo os ofrezco con mi amor la felicidad; y eso, señora, es lo que os digo, revelándoos al mismo tiempo el secreto más intenso de mi alma.

X.

Semejante declaracion, hecha con el calor de un amor, al parecer más liviano que profundo, produjo en Catalina un efecto muy distinto del que por regla general producen en las mujeres estas inesperadas confesiones.

La varonil energía de sus primeros años dió fuerza á su espíritu.

En vez de anonadarse, en vez de contemplar el peligro que la rodeaba, sintiéndose con elementos para dominar la situacion:

XI.

—Caballero,—le dijo,—si no conociera que hay sinceridad en esa desdichada confesion que acabais de hacerme, tendria valor para rechazaros de mi lado.

Una sola palabra mia, una sola mirada, bastaria para que os alejaseis de aquí.

Pero no; no es despecho, no es ingratitud lo que hay en mi alma: es el deber; hay algo más que el deber, hay el amor que profeso á mi esposo.

XII.

—¡Catalina, por Dios!—exclamó Pánfilo.—Sí; ¿por qué lo he de negar? Queria conocer á fondo los secretos de vuestra alma.

—Y para conocerlos habeis llegado de una manera casi criminal.

Mis sentimientos son nobles, podeis conocerlos.

¿Me creeis abandonada de mi esposo? Es cierto; no siente ya su alma el amor que me juró ante el altar.

Me ha separado de su lado, me ha creido indigna de participar de sus triunfos, me ha llevado al seno de su familia.

[redacted]

¡Ay! Una mujer que ama soporta todo esto con energía.

El verdadero amor no se extingue con estos sacrificios.

En esta lucha la desesperacion encuentra la piedra de toque, la piedra que hace conocer el oro del oropel.

Ya sabeis mi secreto.

Ni la miseria, ni la fuerza, ni nada en el mundo, podrá borrar este amor que sostiene el deber.

XIII.

—¡Ah! Catalina,—exclamó el capitan.—¿Por qué hablais de ese modo? ¿Por qué me dais á conocer vuestros sentimientos? ¿Por qué me mostrais esa alma generosa y sublime, arrebatándome al mismo tiempo toda esperanza de poseerla? ¿No conoceis que es lo mismo que enseñar al hidrópico el cristalino manantial de agua? ¡Ah! ¡Por piedad! Matad en vuestra alma ese inútil amor, que será siempre un infierno; matadle, y haced de mí un esclavo.

XIV.

Catalina, que estaba verdaderamente poseida del amor que expresaba en aquellos momentos, olvidando sus desventuras, hallando un desahogo á su opri-

mido pecho, buscaba en la expansion el consuelo que necesitaba, y cogiendo cautelosamente la mano derecha del capitan, y arrastrándole hasta la cuna adonde dormia tranquilamente su hijo:

XV.

—¿Creeis que una mujer que es madre, que tiene en su hijo el amor de su esposo, puede faltar á sus deberes para pagar la indiferencia con un crímen?

¡Ah! No; eso nunca.

Si algun interés os ha inspirado mi triste situacion, si la piedad ha engendrado en vuestra alma ese amor desgraciado que yo rechazo, y rechazaré siempre, pensad que en medio de mis desventuras soy una mujer dichosa, porque aun vive mi hijo.

XVI.

Era el capitan hombre de corazon, y las circunstancias las más á propósito para excitar su generosidad.

La soledad en que estaba; la hora avanzada de la noche; el silencio que le rodeaba; los medios cautelosos de que se habia valido para penetrar en la estancia de aquella mujer, á un mismo tiempo varonil y débil, que ostentaba las lágrimas en los ojos y la energía en la frente; aquel hermoso niño que dormia

[redacted]

feliz, todo aquel conjunto de circunstancias conmovieron al capitan.

XVII.

—Perdonad, señora,—dijó de pronto;—habeis apelado á mi generosidad: seré generoso, aunque me cueste un inmenso sacrificio.

Perdonadme, repito, el atrevimiento de un hombre enamorado.

Yo creia mereceros, y veo que es mucha la distancia que nos separa.

Vos sois un ángel; yo soy un hombre.

Pero yo he pedido perdon á Dios, y Dios me ha inspirado en este instante.

Catalina, antes de conoceros deseaba ir á las Indias para emplear mi juventud y mi espada conquistando países para mi rey y señor.

Mi resolucion es irrevocable.

Voy á alejarme de vuestro lado ahora mismo; dentro de pocos dias voy á embarcarme con rumbo á esos países desconocidos.

Yo encontraré á vuestro esposo.

Dejadme al ménos que sea vuestro amigo.

Vivís sola en el mundo, ¿no teneis hermanos?

Yo seré vuestro hermano.

Yo lograré, siendo esclavo de vuestro esposo, conquistaros de nuevo su afecto.

Adios para siempre, y quiera el cielo que ya que

nunca podré ser feliz, me sea dado devolveros la felicidad que os falta.

XVIII.

Sin decir una palabra más, se alejó el capitan pausadamente.

Catalina le vió partir.

Cuando hubo desaparecido, cayó de rodillas delante del lecho en donde dormia su hijo y besó su frente.

—Tú me has salvado, hijo mio,—exclamó.—¡Ah! Me parece que ya no sufro tanto.

El pobre niño se despertó.

XIX.

—Madre mia,—dijo,—he soñado con mi padre. Le he visto acercarse á mi lecho, y besar mi frente.

—¡Quiera Dios que algun día se realice tu sueño!—exclamó la pobre madre.

XX.

Algunos dias despues se embarcó en Cádiz Pánfilo de Narvaez con rumbo á Sevilla.

Antes de partir pidió cartas de recomendacion para algunos de los gobernadores de las colonias.

La casualidad quiso que le recomendasen á Diego de Velazquez.

Esta sola circunstancia iba á convertirle en adversario de Hernan Cortés.

Capítulo LXVIII.

Un mozo de provecho.

I.

Pánfilo de Narvaez se embarcó en una de las carabelas que hacian principalmente el viaje desde Cádiz á Santo Domingo.

A pocas horas de darse á la vela hizo conocimiento con un jóven en extremo simpático, que en varias ocasiones, antes de cruzar con él la palabra, le dió á entender que tenia vivos deseos de entrar con él en conversacion.

El primer momento propicio fué para él el motivo que le sirvió para realizar sus deseos.

II.

—Vos no me conoceis, señor capitan,—dijo á

[redacted]

Pánfilo de Narvaez,—y sin embargo, yo hace mucho tiempo que os conozco.

—¿Tú?—preguntó el soldado.

—Yo, sí señor; y sé que vuestra familia desciende de Granada.

—No te equivocas.

—Vuestro padre don Lope os queria mucho.

—Es cierto.

—Erais su ojo derecho. Pero perdonadme que traiga á vuestra memoria estos recuerdos: érais tan pendenciero y tuvísteis tantos lances, que el pobre viejo...

—Veo, en efecto, que me conoceis.

III.

—¿Os acordais de doña Aldonza Inestrosa? —continuó el jóven.

—Era la dama más gallarda de Granada.

—¡Qué ojos aquellos, qué cara, qué aire! Siempre habia al rededor de su casa una porcion de adoradores, y vos os encargábais de alejarlos.

—¿Cómo sabeis todo eso?

—Señor, yo era paje de don Alvaro, el padre de doña Aldonza, y en aquella ocasion os conocí.

—¿Y de paje de tan noble casa has descendido tanto, que te ves obligado á sentar plaza de soldado y embarcarte para las Indias?

IV.

—Cosas del mundo, capitan,—dijo el jóven.—Si quisiérais conocerme tanto como yo á vos, como voy solo por esos mundos, tendria mucho gusto en confiaros toda mi historia.

—No serán tus virtudes las que te hayan traido á semejante estado.

—No por cierto, señor; soy muy sincero. Bien es verdad que si he pecado, ha sido causa de las malas compañías. Hará seis ó siete años que nada me faltaba al lado de don Alvaro, y tanto me queria el buen señor, que en muchas ocasiones me habia dicho:

«Iñigo, tú serás algun dia un militar valiente, porque ó poco he de poder, ó he de darte una espada.»

Estas promesas me entusiasmaban mucho, y ardia en deseos de ir á Flandes á pelear. Viendo que se pasaba el tiempo sin conseguir mis esperanzas, cuando vos os marchásteis de Granada despues de haber herido á don Gonzalo Lainez, olvidándoos mi señora, os reemplazó en su corazon otro galan. Aquel fué causa de mi perdicion.

V.

—¿Quién era?—preguntó Pánfilo de Narvaez.

—Un jugador, un libertino, don Luis de Galvez,

que quiso seducir á mi ama, y se valió de mí para lograrlo.

—¿Es decir, ¡miserable! que tú has sido causa de su desventura?—exclamó el capitan.

—Os confieso ingénuamente, que tan prendado estaba de don Luis por la prodigalidad con que me obsequiaba, que á no haber vigilado muy de cerca á su hija el bueno de don Alvaro, Dios sabe si inocentemente hubiera yo contribuido á su perdicion.

—Explícate. ¿Qué pasó?

—Queria entrar en la casa á toda costa, y no dándole oidos ningun otro criado, se enteró de mi afan por marchar á la guerra, y halagando mis instintos, un dia que me encontró cerca del Zacatin:

VI.

»—Ya sé cuáles son tus deseos,—me dijo,—y estoy resuelto á realizarlos.

Tú lo que necesitas es una buena bolsa y una espada.

La bolsa para llegar hasta Flandes; la espada para ofrecerla á los capitanes del emperador.

Yo he de marchar muy pronto por el mismo camino, y si tú quieres iremos juntos.

»—¿Qué he de hacer?

»—En primer lugar, demostrarme que eres agradecido.

»—¡De qué manera?

»—Abriéndome las puertas de tu casa para que yo hable con tu ama.

VII.

Al pronto me negué, pero me buscó en otras ocasiones.

Puso el cebo en mis manos, y accedí á secundarle en sus proyectos.

Todo lo tenia preparado para que entrase una noche en el cuarto de mi ama, cuando don Alvaro se enteró, y despidiéndo á cuchilladas al galan, despues de arrojarle de su casa, me buscó á mí para matarme.

Pude llegar á un patio, escalar una tapia, verme libre de la persecucion del irritado padre, y salir de Granada.

VIII.

Desde entonces acá mi vida es una triste vida,—continuó el paje.

En poder de unos gitanos, fuí con ellos algun tiempo tratante en bestias, y me hacian formar parte de las expediciones que llevaban á cabo para robar la bolsa de los caminantes.

Pude alejarme de su lado y vivir en Castilla.

Allí me hicieron cuadrillero, y ocultando con aquel cargo mis pasados delitos, viví tranquilo y regalado, hasta que uno de mis antiguos compañeros

[redacted]

cayó en nuestro poder, y delatándome, me obligó á mudar de nombre y de domicilio.

Vine á Sevilla, y he sufrido aquí tanto, que he tenido tiempo de arrepentirme.

IX.

—Dificilillo es eso,—exclamó el capitan.

—¿Creeis que os hablaria con tanta sinceridad si no estuviera resuelto á enmendarme? Creedme; yo he nacido para ser bueno; las circunstancias me han obligado á ser malo.

Hubiera podido continuar por la misma senda que he seguido durante los últimos años, y no he querido.

He preferido alistarme como simple soldado y pedir á la fortuna en lejanas tierras los medios de vivir.

Pero despues de revelaros mi historia, voy á haceros una súplica.

Desde que os conocí en Granada, os profeso gran aficion.

Sé que sois valiente como el que más; sé que á vuestro lado, prestándoos toda clase de servicios, hallaré recompensa.

Apenas os he visto embarcaros en el mismo navío que debia conducirme á las Indias, he concebido el proyecto de deciros:

X.

«Elegidme por vuestro criado, permitidme que os sirva y os acompañe á todas partes.

Si os amenaza algun peligro, lo partiré con vos.

Tengo bastante travesura, y aunque jóven, bastante mundo para conocer quiénes serán vuestros amigos y quiénes vuestros adversarios.

Si despues de emplear algun tiempo en aventuras, volveis á España rico y dichoso, volveré con vos, y sólo os pediré alguna insignificante parte de vuestros provechos, para resarcir á mi pobre madre, que llora mis travesuras, para hacer feliz á la pobre vieja que me ha maldecido con razon, y que no sabe que mi único deseo es conseguir de la Providencia que me vuelva á su lado con los medios de demostrarle que no se han perdido del todo las semillas que sembró en mi corazon.

XI.

Este lenguaje inesperado, y la viveza é inteligencia que revelaba el rostro de Iñigo, movieron á Pánfilo de Narvaez á aceptar sus servicios, para lo cual suplicó y consiguió del jefe de la carabela que pusiese al soldado bajo sus órdenes.

Durante el camino le prestó los mejores servicios.

[redacted]

Desembarcaron todos en Santo Domingo, y como en aquella isla no habia ocasion de hacer fortuna por medio de las armas, se trasladaron Pánfilo de Narvaez y su servidor Iñigo á Santiago de Cuba.

XII.

Antes de presentarse el capitan al gobernador de la isla, tuvo ocasion de saber cuál era la verdadera situacion de los ánimos en Santiago de Cuba, y cuá la actitud del gobernador, por las investigaciones que en vez de descansar del viaje hizo Iñigo en provecho de su amo.

Iñigo se valió de su ingenio para que los servidores del gobernador le informaran.

No contento aún, averiguó que una dama poseia toda la confianza de Velazquez, y por su camarera, á quien requirió de amores, obtuvo más ámplias explicaciones.

Pánfilo de Narvaez se convenció de lo que valia Iñigo, y se prometió no abandonarle.

XIII.

Todo revelaba en aquel mancebo condiciones especiales para hacer fortuna.

Aunque nacido en pobre cuna, sus pensamientos eran muy elevados.

Las impresiones de su vida aventurera le habian

hecho adquirir una nocion perfecta del bien y el mal, y sus instintos le inclinaban al bien.

XIV.

Tambien su amo, el capitan, estaba llamado á hacer fortuna.

De fácil palabra, de fisonomía franca y abierta, era simpático á cuantas personas le veian ó hablaban con él, y gracias á esto pudo conseguir desde luego la distinguida posicion en que la historia de la conquista de Méjico lo presenta á la posteridad.

[redacted]

Capítulo LXIX.

Causas del mal humor de un hombre.

I.

El capitan no olvidó las promesas que habia hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Hemos dicho que Pánfilo de Narvaez amaba todo lo bueno y todo lo grande.

Pero habia jugado con fuego, y no se juega impunemente con ese elemento.

II.

Era cierto que le halagaba la idea de poder estrechar los vínculos que la indiferencia de Hernan Cortés habian aflojado.

En el primer momento de su derrota, esta idea le habia dado ánimos para no faltar á sus deberes de caballero.

Pero lejos de Catalina, admirando cada dia más las virtudes y la belleza de aquella mujer, se lamentaba de no haberla conocido antes de haberse enlazado con un hombre á quien consideraba indigno de ella, y se prometió, ya que no podia disfrutar las venturas de su amor, buscar en la gloria y en el brillo de las armas los goces á que tenia que renunciar para siempre.

III.

Más deseoso que nunca de llevar á cabo empresas arriesgadas, cifrando todo su orgullo en prestar servicios á su pátria en aquellas apartadas regiones, adquirió todos los hábitos del militar veterano, y con ese mal humor, inseparable del soldado, que tan bien nos pinta Calderon en el general que retrata en su drama, *El Alcalde de Zalamea.*

IV.

La aspereza, la severidad que adquirió fueron causa de que la historia más tarde, al bosquejar su figura, le presentase como un hombre intransigente y díscolo.

Si la historia profundizase al dar idea de los personajes á quienes brinda la inmortalidad, comprenderia que muchas veces, las causas de su aparente carácter se fundan en sentimientos íntimos.

V.

Pánfilo de Narvaez pensaba á cada instante en la felicidad que hubiera disfrutado uniéndose en estrecho lazo con Catalina.

Al chocar sus deseos con lo imposible, se exasperaba su carácter.

Esta es la explicacion de los colores con que nos lo pinta la historia.

VI.

Pero no por eso renunciaba á la mision que se habia propuesto llevar á cabo.

Eso nunca; todos sus esfuerzos se dirigieron á proporcionarse los medios de acercarse á Hernan Cortés para cumplir su promesa.

VII.

Cuando llegó á la presencia de Diego de Velazquez, este, cuyo orgullo desmedido conocen ya nuestros lectores, le recibió con cierta familiaridad.

Diego de Velazquez habia llegado por casualidad á una alta posicion.

Como que no le habia costado trabajo elevarse,

se creia un sér privilegiado, y trataba con harto desden á todos sus inferiores.

En la primera entrevista pudo apreciar lo que valia Pánfilo de Narvaez.

VIII.

—Vivimos en un siglo,—dijo el capitan al gobernador,—en el que para igualar siquiera la gloria de nuestros padres, necesitamos luchar mucho.

Ellos con heróico esfuerzo han arrojado de España á los infieles, que durante tantos años dominaron en nuestra pátria.

La religion católica no se contenta en España con haber dominado á los árabes; necesita un nuevo y ancho campo que dominar con sus esplendorosos rayos; y hé aquí por qué todos los que sentimos en el alma deseo de imitar á nuestros padres, de alcanzar gloria para nuestro nombre, de buscar el premio de la bienaventuranza, abandonamos nuestros hogares, dejamos á nuestras familias y venimos aquí á luchar con la fé...

IX.

Este lenguaje sorprendió á Velazquez.

Por regla general, todos los que acudian á las Indias eran gentes que no podian hallar ocupacion ó empleo en España, é iban allí á probar fortuna.

En la situacion en que se hallaba Diego de Velazquez, Pánfilo de Narvaez era para él una gran adquisicion.

X.

Conviene que nuestros lectores sepan qué es lo que habia pasado en Santiago de Cuba desde que Hernan Cortés, desobedeciendo las órdenes de Velazquez, se dió á la vela con rumbo al Yucatan.

Los enemigos de Hernan Cortés no dejaban tranquilo al gobernador.

XI.

—Ese hombre vá á perderos,—le decian.—Ya habeis visto cuán grande es su influencia.

Ha catequizado á los soldados que le acompañan, y con todos ellos se cree en la posibilidad de resistir vuestra obediencia.

—Todo lo que sucede es efecto de vuestra bondad.

—Ese hombre conquistará el imperio de que tanto habla, y eclipsará nuestra gloria.

XII.

Estas observaciones, repetidas contínuamente por los enemigos de Cortés, por los émulos de su gloria, amargaban los dias del gobernador, y como carecia

de un talento claro, de una imaginacion viva para poder hallar un medio de contrarestar la influencia de su enemigo, se desesperaba y no sabia qué partido tomar.

Andrés del Duero, que permanecia fiel á Hernan Cortés por las promesas que le habia hecho de partir con él su fortuna, procuraba apaciguar á Velazquez, asegurándole que él tenia bastantes motivos para formar una opinion exacta de los pensamientos de Hernan Cortés.

XIII.

—No creais ambicioso de gloria y de fortuna á ese hombre,—le decia.

Atribuid más bien su rebeldía á su carácter indomable.

Si hubiérais depositado en él toda vuestra confianza, hubiera sido sumiso y fiel á todas vuestras órdenes.

Pero no ha sido así.

Os habeis dejado manejar por sus enemigos; habeis dado crédito á todas sus sospechas; al poco tiempo de haberle conferido el nombramiento de jefe de la escuadra, habeis tratado de desacreditarle; y con hombres del temple de Cortés no se consigue eso.

Semejante conducta les irrita en vez de apaciguarlos.

Leal en alto grado, considera como enemigos á los que dudan un instante de su fidelidad.

Tiene alma, grandeza, y no dudeis, si alcanza el triunfo, vendrá á ofrecéroslo.

XIV.

Los enemigos de Cortés tuvieron noticia de estas tranquilizadoras frases de Andrés del Duero, y conociendo que era un enemigo formidable, procuraron malquistarle tambien con Diego de Velazquez.

No fué posible, porque el secretario del gobernador era hombre astuto, y no convenia á Velazquez que saliesen de su dominio los secretos que de él conocia.

XV.

Habia en Santiago de Cuba un capellan, el licenciado Benito Martin, hombre de claro talento, de pronta resolucion y de mucha iniciativa.

No trascurrió mucho tiempo desde la salida de Hernán Cortés, sin que tuviera noticias suyas, y no hallando Velazquez en Antonio del Duero más que palabras tranquilizadoras, y en los enemigos de Hernan Cortés observaciones que le llenaban de angustia, llamó al licenciado Benito Martin y le consultó.

XVI.

Hay que advertir que este eclesiástico, desde que llegó á Santiago de Cuba dominó á Velazquez.

Los demás españoles que llevó á sus órdenes sufrieron las consecuencias de su orgullo.

—Algun dia me buscarán,—se dijo el licenciado Benito Martin.

Y procuró alejarse del gobernador, seguro de que no tardaria en cumplirse su profecía.

XVII.

—Siento mucho que vivais tan alejado de mí,—le dijo Velazquez.

—La culpa es vuestra, señor.

—¿Mia?

—Sí tal.

—¿Por qué?

—Desde el primer momento deseé ser vuestro amigo. Me rechazásteis con desden, y no era justo que yo insistiese en conseguir un beneficio que se me negaba.

—Estais equivocado,—repuso Velazquez.—Yo he atribuido vuestro alejamiento á desden de vuestra parte.

—Hoy, sin embargo, he venido, porque me habeis mandado llamar.

—Es cierto; hombres que valen tanto como vos, deben estar siempre al lado de los que rigen los destinos del pueblo.

—Mil gracias; sois muy bondadoso.

[redacted]

XVIII.

—Olvidemos el pasado,—continuó el gobernador,—y prestadme vuestro concurso para el presente.

—¿En qué puedo serviros?

—Conoceis mi situacion, ¿no es cierto?

—Tanto ó mejor que vos; perdonad mi inmodestia.

—Celebro infinito que así sea. Pero ahora bien; ¿qué haríais en mi caso?

—Yo no conozco lo bastante á Hernan Cortés para poder adivinar sus intenciones. Pero es casi seguro que despues de lo que ha pasado entre vos y él, derrotado ó vencido, no busque como puerto de salvacion á Santiago de Cuba.

—Vos creeis...

—Creo que si hubiese sufrido la misma suerte que Grijalva y Fernandez de Córdoba, ó habria perecido, porque es valiente y arrojado, ó habria buscado para refugiarse algun puerto de la metrópoli.

Si no es así, si ha obtenido el triunfo, si ha conquistado esos países fabulosos de que tantas maravillas se cuentan, no dudeis que habrá enviado á España un emisario para dar cuenta al emperador directamente de su triunfo.

XIX.

—Y si es así,—exclamó muy apurado Diego de Velazquez,—¿qué debemos hacer?

—Una cosa muy sencilla: de un modo ó de otro, debeis participar su rebeldía al emperador. Yo me presto gustoso, si lo estimais oportuno, á ir á España á ver á Cárlos V en vuestro nombre, á llevarle una carta vuestra, á añadir de palabra cuantas esplicaciones me pidais en un sentido que os favorezca en extremo.

—Sí, sí, teneis razon; eso es lo que debo hacer.

—Pero muy pronto.

Velazquez se quedó un momento pensativo.

XX.

—Dentro de cuatro dias,—dijo,—tendreis una carabela á vuestra disposicion para que os conduzca á España.

—Seria muy conveniente que no se enterasen los prohombres de Santiago de Cuba de esta determinacion, porque no sabeis los que os son fieles.

—Lo que es por eso, no temais; los conozco bien.

—Desconfiad de los cortesanos. Si Hernan Cortés triunfa, os abandonarán para tributarle el incienso de la adulacion; y si no triunfa, por ser quien sois,

[redacted]

por desempeñar la alta magistratura del gobierno de esta isla, os mirarán siempre con malos ojos.

—Veo que conoceis el mundo.

—Me confundo con vuestras bondades.

—En ese caso, valdrá más aguardar á la época en que debia salir la primera carabela, para que no aparezca intencionado vuestro viaje.

—Tal creo.

—Pues disponedlo todo, porque dentro de diez dias partireis para España.

XXI.

—Yo confio,—añadió el licenciado Benito Martin,—que los servicios que voy á prestaros serán estimados por vos.

Deseo ser vuestro amigo, y ó poco he de valer, ó he de traeros ámplios poderes de Cárlos V, si me ofreceis compartirlos conmigo.

—Empeño mi palabra,—dijo Velazquez, presentando su diestra al licenciado.

Este la estrechó, y los dos quedaron de acuerdo.

XXII.

Dos dias despues partió el licenciado Benito Martin, á quien desde luego nombró el gobernador

su capellan, y apenas desembarcó en Cádiz, averiguó que estaba el rey en Tordesillas, y fué á verle.

Llegó tarde.

XXIII.

Francisco de Montejo habia arribado algunos dias antes, y sin detenerse á dar cuenta al presidente del Consejo de Indias, que era á la sazon el obispo de Búrgos, se encaminó adonde estaba el rey.

[redacted]

Capítulo LXX.

Riquezasme!

I.

En efecto; Francisco de Montejo, cumpliendo al pié de la letra con verdadera lealtad las instrucciones que le habia dado Hernan Cortés, presentó al monarca el informe que de sus descubrimientos le dirigia el caudillo, y añadió á sus indicaciones nuevas noticias, que encantaron al monarca español.

Aprovechando la alegría que vió pintarse en su rostro, le dió cuenta de la desconfianza que injustamente habia inspirado Hernan Cortés á Diego de Velazquez, y le aseguró que el único proyecto de su amigo era conquistar para España un vasto y poderoso imperio, de cuya grandeza le ofrecia tan endebles muestras.

II.

Montejo ofreció en nombre de Hernan Cortés á Cárlos V los siguientes objetos:

Dos ruedas de oro y plata, que entregó Tentila á Hernan Cortés de parte de Motezuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en el que habia engastadas 183 esmeraldas y 232 rubíes.

Un collar del que pendian 27 campanillas de oro y unas cuantas perlas.

Presentó tambien al monarca otro collar en cuatro trozos con 102 rubíes pequeños, 172 esmeraldas, 10 perlas, y por adorno otras 27 campanillas de oro.

III.

Por lo que tiene de curioso, reproducimos á continuacion la lista detallada de los demás efectos objeto del presente, tal como la reseña el historiador más antiguo de Hernan Cortés.

IV.

Además de las joyas indicadas, entregó Montejo:

Granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así *como* se hallan en el suelo.

[redacted]

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrion de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedrería, y por bebederos veinticinco campanillas de oro, y por cimera una ave verde, con los ojos, pico y piés de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas al rededor, y por la cubierta piedras.

Un brazalete de oro muy delgado.

Una vara, como cetro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de plumas de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenian la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y trasparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de laton morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo y desollado, que eran de leon, de tigre, de águila y de un buarro.

Cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas de oro y pluma y aljófar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso cocodrillo, con muchos hilos de oro gordo al rededor.

Una barra de laton, y de lo mesmo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Plumas muy gentiles y de todos colores, no teñidas, sino naturales.

Plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófar.

Ventalles y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodon tejido, de muchos colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, palias, frontales y ornamentos de templos y altares.

Otras de estas mantas de algodon, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas, verdes, amarillas, azules y de otros colores.

Mantas y paramentos de algodon.»



HERNAN CORTES.—Entre otros objetos que mas llamaron la atencion de Carlos V, deben citarse los libros de figuras que usaban los mejicanos.

V.

Asombrado el emperador, no sólo de las riquezas, sino de la originalidad de aquellos objetos, mandó llamar artífices para que explicasen su valor, y estos aumentaron el interés y la curiosidad del monarca, elogiando el trabajo de las joyas.

VI.

Entre otros objetos que más llamaron la atencion de Cárlos V, deben citarse los libros de figuras que usaban los mejicanos.

Para convencer de la verdad al rey, dispuso Hernan Cortés que llevase Montejo en su compañía cuatro indios y dos indias de Zempoala.

Montejo los mandó llamar para que los viera el rey, y despues, con el beneplácito del monarca, anduvieron por la ciudad, llamando la atencion de todo el mundo.

VII.

Despues de esta minuciosa, pero interesante reseña, comprenderán nuestros lectores que el licenciado Benito Martin tenia que luchar con grandes dificultades para inclinar la proteccion del rey á fa-

vor de Velazquez, é influir en contra de Hernan Cortés.

VIII.

Aguardó á que partiese Montejo de Tordesillas, y cuando supo que habia verificado su marcha, de acuerdo con el obispo de Búrgos, que estaba profundamente indignado contra Hernan Cortés, porque no se habia valido de él en aquella ocasion para informar á Cárlos V de su descubrimiento, se dirigió á la ciudad, no tardando, gracias á la misma influencia, en ser recibido por el emperador.

Su entrevista con el, y los resultados que obtuvo en ella, demuestran gran habilidad y merecen capítulo aparte.

[redacted]

Capitulo LXXI.

Un pretendiente hábil.

I.

No necesitamos dar una idea del carácter del monarca con quien iba á conversar el licenciado Benito Martin.

Harto conocida es su grandiosa figura de todos los que han estudiado, ó siquiera han leido, la historia de España, para que nos detengamos á hacer este retrato.

II.

Un hombre de tan viva imaginacion como claro talento, de ambicion superior, cifraba más su gloria en someter á los hombres, en arrebatar á las clases su iniciativa, en arrojar sobre sus vasallos el peso de su omnímodo poder, que en acumular tesoros; y cuan-

do más se sonreia, era cuando halagaban su imaginacion, ofreciéndole medios de subyugar hombres y pueblos.

III.

No daba, pues, gran importancia á las conquistas del Nuevo Mundo, porque su sueño dorado era oscurecer la gloria de su rival el rey de Francia.

Si á esto se une la frialdad, la apatía de su carácter, la seguridad de satisfacer todos sus deseos, todos sus caprichos, se comprenderá fácilmente que aun cuando le halagaban las conquistas del Nuevo Mundo, apenas preocupaban su ánimo.

IV.

El licenciado Benito Martin, hombre ducho en la ciencia de la vida, se mostró apasionado admirador de la impotencia del monarca, ensalzó las altas prendas que le adornaban, y puso despues en relieve su pequeñez y la del asunto que le llevaba á conseguir la inmerecida honra de besar las plantas del soberano.

Este preámbulo halagó en extremo la vanidad inconsciente del jóven emperador.

V.

—El obispo de Búrgos,—dijo el monarca,—os recomienda eficazmente. Dice que venís de las Indias, y que teneis que hacerme importantes revelaciones.

—Es cierto; y si vuestra majestad me lo permite, cumpliré este deber.

VI.

Iba á empezar el licenciado su relato, cuando se presentó el señor Chiebres, flamenco favorito del rey, y por lo tanto objeto del ódio de los españoles.

—Llegas á tiempo, Chiebres,—dijo el rey á su amigo.

—¿Es tanta mi fortuna?—preguntó humildemente el cortesano.

—Sí; este eclesiástico os informará de lo que pasa en Santiago de Cuba.

—¿Vos os marchais, señor?

—No; pero deseo que se entienda con vos, puesto que habeis de ser quien me aconseje.

VII.

El licenciado se alegró mucho de esta resolucion del monarca.

Sabia quién era Chiebres, y que la esperanza de lucro era la única inspiracion de todos sus actos.

—Ya que vuestra majestad me dá licencia, empezaré diciendo que nada hay más encantador ni más digno que la imperial corona que la Providencia ha ceñido á vuestras sienes en la conquista de tantos y tan lejanos países.

Dentro de poco se aumentarán las remesas de oro que de allí vienen á la metrópoli, y no habrá ningun otro soberano en el mundo que pueda aventajar en poderío y riquezas al gran emperador que ostenta en su mano el cetro de los Reyes Católicos.

Chiebres prestó mayor atencion al relato del licenciado Benito Martin.

El rey, simulando desden hácia aquellas esperanzas, comenzó á pasearse por la habitacion.

VIII.

—Ya sé que vuestra majestad,—añadió el licenciado,—tiene noticia de los descubrimientos hechos por Hernan Cortés, el cual, en prueba del éxito que ha alcanzado en su empresa, ha ofrecido á vuestra majestad muestras de algun valor de los objetos que ha encontrado en las ciudades conquistadas.

Nadie puede negar á Hernan Cortés bizarría y lealtad á su rey.

Pero la flaqueza humana vá á ser causa, si vuestra majestad no pone coto á lo que está pasando, de disgustos y pérdidas considerables en las Indias.

IX.

—¿Por qué?—preguntó Chiebres.

—El gobernador de Santiago de Cuba es don Diego de Velazquez, caballero muy principal y guerrero de los más denodados.

Nombrado jefe de la isla por el almirante Diego Colon, concibió el pensamiento de descubrir ese vasto imperio, en cuya conquista se ocupó Hernan Cortés; y no pudiendo abandonar su mando, eligió para jefe de la expedicion á un hombre que le ha pagado con la más negra ingratitud.

Digno es de aplauso por el valor que ha desplegado; digno es de envidia por la suerte que ha obtenido.

Pero, señor, ¿no habria obrado con verdadera lealtad, no habria cumplido su deber dando cuenta á su inmediato jefe, al hombre que le habia sacado de la nada para elevarle al puesto distinguido que hoy ocupa, de su descubrimiento? ¿Y no seria más grato para el noble corazon de vuestra majestad tener noticias de los descubrimientos por conducto del gobernador de Santiago de Cuba?

Diego de Velazquez ignora hoy lo que pasa.

Pero en cuanto sepa que Hernan Cortés, desentendiéndose por completo de él, abusa de su confianza, irritado su amor propio, será capaz de olvidar los intereses que le están confiados, y hoy por hoy es

el único que puede conservar para España aquel rico joyel de la corona.

X.

—Si vuestra majestad,—añadió, mirando intencionadamente á Chiebres,—otorgara alguna gracia, alguna merced á Diego de Velazquez, lograria vuestra majestad curar la herida que habia recibido ó recibirá muy breve; seria entonces muy fácil unir las voluntades de Hernan Cortés y de él, y en este caso, obrando los dos del mismo acuerdo, lograrian ofrecer á vuestra majestad con la conquista de ese vasto imperio tesoros que harian la felicidad del reino y la de todos los que en su prosperidad se interesan.

XI.

Chiebres comprendió la oferta embozada que acababa de hacerle el licenciado Benito Martin.

—Me anticipo,—le dijo,—á ofreceros hablar al rey mi señor, y si no es otra su voluntad, volved mañana á verme y os diré lo que en sus altos juicios resuelva nuestro señor y dueño.

El licenciado Benito Martin se prosternó ante el César, y aguardó con ánsia el dia siguiente.

XII.

Cuando fué á ver á Chiebres, el favorito del rey le esperaba.

—¿Qué es lo que deseais para Diego de Velazquez?—le dijo.

—Una cosa muy natural y muy sencilla: el título de adelantado, no sólo de la isla de Cuba, donde ya es gobernador, sino de las tierras que descubra y conquiste con su inteligencia y su fuerza.

—Mucho pedís.

—Velazquez lo merece todo. Y podeis creer,—añadió,—que reconocido á vuestras bondades, sabrá mostraros dignamente su gratitud.

—¿Y pensais volver á Santiago de Cuba?

—Aguardo vuestras órdenes.

—Dentro de quince dias saldrá una expedicion, ¿no es eso?

—Tales son mis noticias.

—Pues bien; yo os aseguro que podreis llevar á Diego de Velazquez el título que habeis pedido para él.

XIII.

Esto bastaba al licenciado Benito Martin.

Con los ámplios poderes que iba á llevar á Diego de Velazquez, podia facilitar los medios de enviar

numerosas fuerzas en persecucion de Hernan Cortés; y si lograba apoderarse del caudillo y aumentar sus fuerzas con las de otros capitanes de su confianza para continuar la conquista, estaba asegurado su triunfo.

XIV.

Quince dias despues se embarcó el licenciado Benito Martin con rumbo para Santiago de Cuba, llevando en su poder, firmado por el rey y refrendado por el obispo de Búrgos, presidente del Consejo de Indias, el título de adelantado mayor para Diego de Velazquez.

[redacted]

Capítulo LXXII.

Donde se vé á Velazquez muy alegre, porque cree poder vengarse de Hernan Cortés.

I.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la inmensa alegría que produjo en Velazquez la llegada de su amigo el licenciado Benito Martin.

No sólo satisfacia por completo su amor propio, sino que le proporcionaba los medios de separarse de la tutela del almirante de las Indias, de obrar por su cuenta propia; y con tal motivo, de tomar al mismo tiempo que venganza por el desacato que contra su persona y su autoridad habia cometido Hernan Cortés, la ocasion de arrebatar de sus manos las conquistas que habia llevado á cabo, para gloriarse de ellas y aprovecharlas.

II.

Diego de Velazquez, como hemos indicado, si bien someramente, en el trascurso de esta historia, sostenia relaciones con una dama de las más principales de la isla, que por más señas se hallaba en una situacion excepcional.

Unida desde muy niña con uno de los contadores que habia llevado Diego Colon á Santo Domingo, inspiró infundados celos á su esposo, y el amor que le profesaba llegó á trocarse en ella en ódio, en él en verdadera locura.

III.

Tan exageradas eran sus persecuciones para sorprender á su esposa en flagrante delito de infidelidad, y se mortificaba tanto en la lucha que sostenia consigo mismo el desventurado esposo, que se extravió su razon, llegando á ser preciso encerrarle, porque su demencia era amenazadora.

Juró asesinar á su esposa, é intentó varias veces cumplir sus juramentos.

IV.

Blanca, que este era el nombre de aquella mujer,

[redacted]

amedrentada por las amenazas, trató de separarse de su esposo y regresar á España.

Antes de efectuar este viaje, fué con su camarera Aldonza á Santiago de Cuba, en donde tenia un tio, que á la muerte de sus padres habia desempeñado el cargo de su tutor.

V.

Pocos dias despues de su llegada, las fatigas de la guerra y el brusco cambio de temperatura llevaron al sepulcro á su tio, y la jóven quedó en posesion de sus bienes.

Por aquel tiempo conoció á Diego de Velazquez, y accediendo á sus ruegos, permaneció en Santiago de Cuba.

Estrecho lazo de amistad unia sus corazones, y poco á poco fué aquel afecto ganando terreno, hasta convertirse en amor.

VI.

Por más que el gobernador recataba sus visitas á Blanca, no faltó quien supiera las relaciones que existian entre él y ella.

Pero como Velazquez era, en primer lugar, la suprema autoridad de la isla, y en segundo, no tenia vínculo alguno que le impidiese sostener aquellas relaciones, hasta los más timoratos llegaron á acostumbrarse á oir hablar de aquellos amores, dejando en

dulce tranquilidad á los que vivian de aquel sentimiento.

VII.

Habia además otros motivos para que se calmasen. Velazquez habia asegurado á sus amigos más íntimos que en cuanto supiera el fallecimiento de don Cárlos Iniesta, que este era el nombre del esposo de doña Blanca, le daria su mano, y repararia de este modo una falta, que no era cometida voluntariamente, sino por efecto de la necesidad.

VIII.

Apenas llegó á Santiago de Cuba el licenciado Benito Martin, fué á ver al gobernador.

—Dadme albricias,—le dijo.

—Me sorprende vuestra llegada. No os esperaba tan pronto.

—He querido traeros en persona la prueba de que he cumplido mi palabra.

—Segun eso, ¿vais á darme buenas noticias?

—Déme á besar su mano el nuevo adelantado.

—¡Qué decís?

—El rey mi señor os ha nombrado adelantado de las Indias y jefe independiente y supremo de Santiago de Cuba.

[redacted]

IX.

—Vuestro capellan,—añadió, recordándole la promesa que le habia hecho,—que si no está equivocado, ocupará muy pronto el primer puesto de la isla; os felicita cordialmente y pone en vuestras manos los medios de calmar cuantas agitaciones se presentasen, de satisfacer todas las aspiraciones de vuestro levantado espíritu.

Mostróle inmediatamente los despachos del rey, que habia recibido por conducto de Chiebres, y Velazquez, ébrio de gozo, en un momento de orgullo:

X.

—¡Oh! Ahora estoy satisfecho,—exclamó.—Pronto sabrá Hernan Cortés quién es su mayor enemigo, y todos los que me han visto sufrir su indigna conducta, verán al héroe, cargado de cadenas, humillarse de nuevo y pedir á mi piedad el perdon de sus culpas... En cuanto á vos,—añadió,—podeis estar seguro de que no he olvidado mi promesa: mi capellan será el primer obispo de Cuba.

XI.

Inmediatamente fué á ver á Blanca para comunicarla su satisfaccion.

Blanca era ambiciosa.

No amaba á Diego de Velazquez.

Pero adivinaba el brillante porvenir que le estaba reservado; estaba segura de dominarle siempre, y por estas razones fingia hácia él un cariño, que pasaba á los ojos de Velazquez por una verdadera pasion.

Hablamos exprofeso de esta mujer, porque en los acontecimientos de que vamos á dar cuenta desempeñó un papel muy importante.

XII.

Blanca, manifestando una inmensa alegría,

—No reveleis á nadie vuestra felicidad,—dijo á Velazquez,—hasta que prepareis lo necesario para llevar á cabo vuestra venganza.

Hernan Cortés tiene amigos en Santiago de Cuba, y podria adelantarse alguno y comunicarle nuestros proyectos, en cuyo caso, puesto en guardia, seria difícil someterle.

Encargad al licenciado Benito Martin el mayor silencio, y si quereis confiarme la direccion de la intriga que debe satisfacer por completo todos nuestros deseos, me dispensareis un gran favor y me dareis una prueba de vuestra confianza.

XIII.

—¿Dudais de mi inteligencia para llevarla á cabo?—contestó Velazquez.

[redacted]

—No; pero vos teneis otras ocupaciones; y además, ¿qué hay más grato para una mujer que mover los hilos de una intriga?

—Si no es más que eso, reina mia, quedareis complacida.

—Esto me basta por ahora,—añadió Blanca, acentuando mucho sus palabras.

—No olvideis mi promesa,—dijo Velazquez;—hasta que os vea convertida en mi esposa, no seré completamente feliz.

XIV.

Blanca ofreció su frente á los amantes lábios del gobernador.

Y sin embargo, hemos dicho antes que Blanca no le amaba.

Ahora diremos que amaba á otro.

Una conversacion que van á oir nuestros lectores les dará á conocer las ideas y los sentimientos que abrigaba en su alma.

Capitulo LXXIII.

Aldonza.

I.

Hemos dicho en uno de los capítulos anteriores, que Iñigo, el servidor leal de Pánfilo de Narvaez, entabló relaciones amistosas con la camarera de la dama del gobernador de Santiago de Cuba.

II.

Con sólo adivinar que por aquellos tiempos habia en las colonias conquistadas á los indios, por cada mujer española cincuenta compatriotas suyos, se comprenderá que no hubiera una sola que no fuese coqueta.

Hasta las ménos agraciadas se veian festejadas y

galanteadas por los capitanes más bizarros, no quedando á los soldados más recurso, para no incurrir en el desagrado de sus jefes, que enamorar á las indias, las cuales, dicho sea de paso, no hacian oidos de mercader para escucharlos.

III.

Aldonza se veia, pues, perseguida por muchos galanes, y si á su ama no le pasaba otro tanto, era porque todos sabian el monopolio que ejercia sobre su cariño el gobernador.

Era Aldonza jóven de veinticinco á veintiseis años.

Habia nacido en Córdoba.

Tenia toda la gracia de las andaluzas, y al mismo tiempo, lo que, sin que sepamos por qué, se llama en España *trastienda.*

Miraba de tal modo á los galanes, que una mirada suya era una flecha que iba directamente al corazon.

Y despues de arrojar el anzuelo hacia tales remilgos, tales dengues, ponia una cara tan compungida á veces, tan descocada en otras ocasiones, que mareaba, como se dice vulgarmente, á los más duchos en las lides amorosas.

En honor de la verdad, debemos decir que era la virtud personificada.

Contentábase la mozuela con tener pendientes de sus labios y de su voluntad á los hombres, y bajo el punto de vista de sus favores, era más avara que el sópista Mendrugo.

Nadie podia decir que le hubiera abandonado ni un instante su blanca mano.

V.

Y decimos blanca mano, aunque era camarera, porque en la colonia las mujeres europeas, aunque fuesen criadas, eran amas.

Las indias eran las que, como ahora las negras, se dedicaban á los quehaceres domésticos y á esas faenas rudas, que convierten las manos en las mujeres que sirven en escabrosas limas.

VI.

Una de las cosas que más mortificaban á Aldonza, era la monotonía á que se veia condenada.

¡Siempre los mismos galanes!

Iñigo realizó sus esperanzas, ó mejor dicho sus deseos.

Despejado como era, apenas llegó á Santiago de Cuba, procuró hacerse amigo de los escuderos y servidores del gobernador.

VII.

—¿Qué tal se pasa aquí la vida?—les preguntó.

—Muy mal,—dijeron todos.

—Pues bien rollizos estais.

—A pesar nuestro. No hay donde malgastar la salud.

—¿No hay amores, ni juego, ni pendencias?

—El amor es artículo de lujo; se queda para los hidalgos. El juego es su ocupacion, y por lo mismo para jugar nosotros tenemos que escondernos. Lo único que no faltan son pendencias.

—Veo que sois unos pazguatas.

—Animado viene el soldado.

—Donde yo voy vá la alegría conmigo, y os aseguro que no me han de faltar ni pendencias, ni amores. El juego no me importa.

—Si le gustan las indias, no le irá mal, porque son muy amables. Pero las españolas no hay quien se acerque á ellas.

VIII.

—¿Qué apostais, compañeros, á que yo galanteo á las más difíciles?—les dijo Iñigo.—¿No hay damas?

—Sí las hay.

—¿No tienen camareras?

—Casi todas.

—¿Y cuál es la más indómita. la más encopetada?

—La camarera de doña Blanca, que segun dicen malas lenguas, sostiene relaciones amistosas con el gobernador.

—¿Es guapa?

—Como un sol.

—¿Ojos?

—Negros rasgados.

—¿Boca?

—Es un clavel que empieza á abrirse.

—¿Cabello?

—Negro tambien como el azabache.

—¿Y qué tal cara?

—Ni una gacela la aventaja en donosura y garbo.

—Es un tesoro de belleza.

—¿Qué duda tiene?

—¿Y nadie se acerca á ella?

—No consiente á su lado más que á los capitanes y á los hidalgos.

—¿Humos gasta?

—Como una dama principal.

—Pues yo os aseguro que apagaré sus fuegos muy en breve.

—¡Já, já! Eso es imposible.

IX.

—No quiero apostar nada.—repuso Iñigo,—porque acabo de llegar á las Indias, y es sabido que todo

el que aquí viene deja en su pátria el dinero. Pero os consiento que me llameis todo lo que querais, hasta blancote y mándria, si antes de cuatro dias no soy yo el favorito de esa deidad.

Estas palabras fueron acogidas con estrepitosas carcajadas.

X.

—La rosa tiene espinas, amigo,—dijo uno de los escuderos.

—Pero nunca pinchan á los jardineros,—dijo uno de los pajes.

—En fin, queda la apuesta hecha.

Y preguntando las señas de la casa en donde vivia Aldonza con su ama, se fué inmediatamente á rondar la calle.

XI.

Iñigo era todo un buen mozo.

A su belleza física unia ese gracejo, ese atractivo del hombre hipócritamente descarado.

Deseoso de servir á su amo, y al mismo tiempo de ganar fama en los primeros dias, para dormir sobre sus laureles, se puso á pasear el mozo delante de la reja de la casa de doña Blanca.

XII.

No tardó Aldonza en columbrarle.

Despues de haberle contemplado largo rato sin ser vista, se asomó á la ventana.

Empezaba á oscurecer, y la calle estaba solitaria.

Apenas la vió Iñigo, corrió hácia la ventana.

Aldonza fué á retirarse.

XIII.

—Vaya un modo que tiene usted de recibir á las personas que vienen á verla desde tantos miles de leguas.

—No conozco al soldado.

—Pues yo he venido para que me conozcais.

—No me hace falta.

—¿Quién sabe? No se puede decir de este agua no beberé.

—Yo no bebo agua nunca.

—Tanto peor para vos, porque os quedareis seca como una caña.

—Tiene buen humor el soldado.

—Cuando veo una mujer tan hermosa como usted, me creo el más feliz de los hombres.

—Vaya, no puedo detenerme. Adios.

—Oiga usted una palabra.

—Estoy de prisa.

—He venido de España para tener el gusto de hablar con la cordobesa más hermosa de cuantas han nacido en las orillas que riega en Córdoba el Guadalquivir.

—¿Sabeis de dónde soy?

—¿No he saberlo si os traigo una visita?

—¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De mi deseo.

—Vaya, no gastemos el tiempo en bromas.

—Pues yo hablo de verás, porque desde que os he visto siento que el cielo ha venido á vivir en mi pecho.

—Vuélvase mañana, hermano.

—Necesito hablaros esta noche.

—Yo no estoy visible hasta despues del toque de ánimas.

—A esa hora estaré aquí.

—En ese caso, por caridad...

—Eso es lo que yo quiero, una limosna.

—¡Pedigüeño es!

—Más tarde lo vereis.

—Pues hasta las ánimas.

—Hasta las ánimas.

Y Aldonza se retiró, diciéndose:

XIV.

—Es gallardo el mancebo. Sobre todo, no imita

en lo que dice á los demás. Y debe ser el que ha venido con el capitan nuevo. Bueno será que le hable para saber quién es su amo.

XV.

Iñigo no faltó á la cita, y para no molestar á mis lectores, les contaré lo que en ella pasó, proporcionándoles el medio de oir á Aldonza y á su ama.

[redacted]

Capitulo LXXIV.

Rarezas de las mujeres.

I.

Al dia siguiente de la entrevista entre Iñigo y Aldonza, Blanca, que tenia gran confianza en su camarera, y que por lo mismo la cuidaba mucho:

—Estás hoy muy contenta,—le dijo.

—¿No he de estarlo, señora?

—¿Tienes algun nuevo galan?

—El más galan de todos los que hay en Santiago de Cuba.

—¿Le conozco yo?

—No.

—Parece eso mentira.

—Pues es verdad, porque ha llegado hace poco de España.

—¿Te ha hecho la córte ya el nuevo capitan, que segun mis noticias, ha desembarcado ayer mismo?

—El no; pero un soldado que le sirve de escudero me ha hecho pasar anoche dos ó tres horas muy divertidas.

—Explícate.

II.

—No creais, señora,—dijo Aldonza,—que si le hice algun caso, fué por que me flechase; nada de eso. Ya sabeis que he prometido ser fiel á vuestras bondades, y que por nada del mundo consentiré que me domine el amor.

Pero el mancebo es gallardo, donoso, tiene una lábia... es capaz de volverle á una loca.

—Me parece que estás enamorada de él.

—Todavía no corro peligro. Pues como iba diciendo, tanto para charlar de nuestra amada pátria, como para saber quién era su amo y poder enteraros, le permití que me hablase desde la ventana.

El pobrecillo cayó en la red, y me lo contó todo.

—¿Qué te contó?

III.

—¡Ay, señora!—continuó Aldonza.—Su amo, que es un apuesto caballero, ha venido á las Indias sin otro objeto que el de huir de las mujeres.

—¿Tan mal nos juzga?

—Nos tiene ódio á muerte.

—Esa será exageracion.

[redacted]

—El soldado me aseguró que su amo el capitan es el hombre más afortunado en amores que hay en el mundo. No hay una mujer en el mundo que no se prende de él; pero es tan frio, tan severo, tan intratable, que no hace caso de nadie.

»—Tanto le han perseguido,—añadió,—que sospechando que en las Indias no habria ninguna dama, y que si las habia, estarian muy perseguidas; en fin, que sólo por no verse agobiado ha resuelto venir.

—Miren que desatento,—exclamó muy ofendida Blanca.

VI.

—No se parece el criado al amo,—repuso Aldonza.—El pobrecillo me decia con una sinceridad tan encantadora:

«Ved lo que son las cosas: á él le persiguen, y no las quiere; yo las busco, y me dan calabazas.»

Por oirle le dije yo:

—Si vuestro amo mira con tanto desden á las mujeres, es sin duda por que las que le han perseguido no merecian el nombre de tales.

Ya sé yo que en España hay pedigüeñas y busconas; pero yo sé de alguna que seria capaz de volverle el juicio.

»—No lo creais,—me respondió.—Aunque la misma Venus recien salida del mar, fresquita y todo, fuese á buscarle, alcanzaria el mismo recibimiento. Dios le ha hecho así. No tiene entrañas.

V.

—Apuesto cualquiera cosa,—repuse yo,—á que no se vá de Santiago de Cuba sin humillarse á los piés de una dama que yo conozco.

—¿Por quién dijiste eso?

—¿Por quién habia de ser sino por vos, señora, que sois la más bella del mundo?

—No digas eso.

—Lo digo, porque lo siento. Y si no, ahí está el gobernador, que delira por vos.

—Es un pobre hombre.

—Si no fuera por que todos le respetan, cada dia habria una pendencia á la puerta de su casa. Con decir que si los más gallardos donceles me galantean, es porque tengo algun reflejo de vos...

—Eres una aduladorcilla.

—Soy vuestra esclava.

VI.

—¿Y dices que pensaste?...—preguntó doña Blanca á su camarera.

—Sí, señora; apenas supe que habia llegado ese ogro á la ciudad:

«Mi ama, me dije, se encargará de domesticarle.»

—¡Qué locura!

—Eso es muy divertido.

[redacted]

—No se debe jugar con fuego.

—¿Temeis amar al capitan?

—¡Oh! Estoy segura de que no tendria esa debilidad. Pero ¿para qué jugar con el amor?

—Habeis sido tan desgraciada...

—Sí; la suerte me ha dado por esposo un hombre indigno de mí; pero yo soy bastante honrada para no faltar á mis deberes.

VIII.

—Haceis muy bien,—exclamó la camarera;—pero una cosa es faltar á los deberes, y otra emplear el tiempo. Y si no, ¿por qué admitís las galanterías del gobernador?

—Porque es muy respetuoso, porque me há ofrecido aguardar á que me quede viuda para darme su mano.

—Entre tanto, podeis distraeros emprendiendo la conquista del capitan.

—¿Con qué fin?

—Con el de verle rendido á vuestros piés, y vengar á todas las individuas de vuestro sexo.

—Es donosa la idea.

—Aceptadla tal como es.

IX.

—¿Cómo se llama el capitan?—preguntó con curiosidad doña Blanca.

—Pánfilo de Narvaez.

—¡Hola! Tiene un apellido ilustre.

—Segun me ha dicho el escudero, desciende de una de las casas solariegas más ricas de Andalucía.

—No es la primera vez que oigo su nombre. ¿Y qué edad tiene?

—El escudero me lo ha pintado como un hombre de treinta á treinta y dos años, ya granado.

—¿Buen mozo?

—Aire marcial, ojos negros, cara muy séria.

—Has despertado mi curiosidad.

—Nada más fácil que tenderle un lazo. Así como así no tenemos que hacer. Invertamos el tiempo de ese modo.

—Tengo miedo.

—Vaya, pecho al agua.

Doña Blanca quedó un momento pensativa.

Despues dijo:

—Si el gobernador sabe....

—¿Y qué importa que lo sepa? Tanto mejor; los celos son al amor lo que el hierro á la sangre: le fortalecen.

—Anda, Marisabidilla. ¿Qué te propones hacer?

—Dejadme urdir la intriga.

—No vayas á comprometerme.

—No temais; el escudero volverá esta noche á verme.

—¿Y los demás adoradores?

—Cuando venga el escudero estarán durmiendo.

—Dios quiera que no caigamos las dos en ese lazo.

—Nuestro objeto no es otro que el de humillar á ese galan grosero. ¿Cómo hemos de ser víctimas?

—Pues á tu cargo lo dejo todo.

X.

Blanca sentia curiosidad; y como por otra parte estaba ociosa, no le disgustaba aquel entretenimiento.

Aldonza, con el auxilio de Iñigo, que adivinó sus propósitos, no tardó en conseguir que viese á su ama Pánfilo de Narvaez.

Capitulo LXXV.

Un mozo listo.

I.

Iñigo aprovechó el primer momento de buen humor de su amo para mostrarle cuanto habia hecho en su obsequio.

—Me habeis de perdonar,—le dijo,—que haga más de lo que conviene á mi condicion de servidor. Pero mi imaginacion se inquieta, no puedo dominarla, y como sirve al deseo que profeso, puede equivocarse; pero su intencion es siempre buena.

—¿Qué me quieres decir con ese preámbulo?—le preguntó Pánfilo de Narvaez.

—Quiero deciros, que si como es de presumir, habeis venido á Santiago de Cuba para emplear vuestro valor y vuestra inteligencia, he descubierto un gran camino, que puede conduciros á la realizacion de vuestros designios.

II.

El capitan miró con curiosidad al soldado.

—No tacheis de irreverencia mis palabras.

—Habla, Iñigo.

—Hoy por hoy, lo que más preocupa á cuantos habitan en esta colonia, es la expedicion de Hernan Cortés á un país no lejano, con ánimo de conquistarle.

El gobernador desea á toda costa castigar el delito del que, desobedeciendo sus órdenes, trabaja por cuenta propia.

Tarde ó temprano, en cuanto sus medios se lo permitan, es de presumir que armará una flota, y reunirá un ejército que vaya en busca del desobediente para hacerle entrar en razon.

III.

—¿Y qué quieres decir con todo eso?

—Que esa es una ocasion favorable para que un hombre de vuestro temple, de vuestro arrojo y de vuestro talento, llegue á alcanzar el puesto que le corresponde.

La idea no le pareció mal á Pánfilo de Narvaez.

IV.

—Esa expedicion,—prosiguió Iñigo,—necesitará

un jefe, y ese jefe lo designará seguramente el gobernador.

—Es lo más probable.

—Pues bien; yo deseo qué vos desempeñeis ese alto puesto.

—¿Por ventura no hay hombres principales en Santiago de Cuba?...

—Yo lo creo que los hay. Pero como lo nuevo gusta más que lo conocido, si desde el principio os proponeis dominar al gobernador, lo conseguireis fácilmente. Al llegar aquí no tengo más remedio que haceros una confianza, y pediros perdon.

—Explícate.

V.

—No sé si pensareis como yo,—continuó Iñigo.—Pero la experiencia que tengo de las cosas de la vida me ha demostrado que no hay un auxiliar más poderoso para la realizacion de todos los pensamientos del hombre, que la mujer.

Ahora bien; don Diego de Velazquez galantea á una dama muy principal que hay en Santiago; le dará el nombre de esposa en cuanto quede viuda, lo cual se espera de un momento á otro, porque su esposo, que está en Santo Domingo, sufre una incurable enagenacion mental, y esta dama es la que ejerce más influencia sobre el gobernador...

—¿Qué pretendes indicarme con eso?—interrumpió Pánfilo de Narvaez.

[redacted]

VI.

—Estoy haciéndoos una confidencia,—dijo su escudero.

La dama tiene una camarera muy linda. La he visto, la he hablado, y en breve tiempo he ganado su afecto.

—Segun eso, ¿te propones por ese médio auxiliarme? No me conoces, si has creido que podia hacer caso de tus indicaciones.

—Perdonad,—dijo Iñigo;—por medio de la camarera me propongo saber todos los pensamientos del gobernador. ¿Creeis que estos datos serán despreciables?

El capitan desarrugó el entrecejo.

VII.

—Ya veo que eres más ladino de lo que yo me figuraba,—dijo.

—Oidlo todo: he hecho creer á la camarera de doña Blanca que sois el galan ménos galán del universo, que las mujeres os irritan, que habeis venido á las Indias huyendo de ellas; y como el fruto prohibido es el manjar más precioso para las hijas de Eva, no dudo que á estas horas inspirareis la más viva curiosidad á la dama del gobernador.

—No has mentido, Iñigo.

—Tanto mejor para mí. Pero, ó mucho me equivoco, ó las semillas que he sembrado fructificarán muy en breve.

—Hasta que yo no te avise,—dijo el capitan,—procura no comprometer mi reputacion.

—No temais.

—Ahora déjame.

VIII.

Iñigo se alejó, y Pánfilo de Narvaez no pudo ménos de decirse:

—Este muchacho es muy listo. Me quiere bien, y aunque no me conviene que se establezca entre nosotros una gran confianza, sin embargo, puede serme muy útil.

Si es cierto que Diego de Velazquez quiere enviar una nueva expedicion para destruir la influencia de Hernan Cortés, ¿qué puesto más brillante, qué posicion más digna de mis deseos que la de mandar esa expedicion?

Esto me proporcionaria el medio de satisfacer mi ambicion personal y de cumplir la promesa que ha hecho mi corazon á una mujer desvalida.

IX.

El dia siguiente era domingo, y Pánfilo de Nar-

vaez asistió al templo con el gobernador y los altos dignatarios de la colonia, para cumplir sus deberes de cristiano.

Allí tuvo ocasion de ver por la primera vez Blanca; y más tarde, en el palacio de Diego de Velazquez, conversando con algunos capitanes, expresó una opinion que no tardó en llegar á oidos de la que puede decirse que era la verdadera reina de la colonia.

X.

Conversaban los capitanes acerca de la influencia que ejerce la belleza de la mujer en la vida del hombre, y todos convenian, comparando á las indias con las españolas, en la inmensa ventaja de estas sobre aquellas.

—Y si no, ahí tenemos una prueba,—dijo uno de los militares;—¿qué hay comparable en las Indias al encantador rostro de doña Blanca?

XI.

Todos aprovecharon la ocasion para formular grandes elogios en favor de Blanca.

—Pues yo la he visto por la primera vez,—dijo Pánfilo de Narvaez,—y confieso ingénuamente que no me ha llamado la atencion.

Comparada con las indias, es una belleza; pero

aun tengo vivo el recuerdo de las españolas, y no me asombro.

XII.

Todos oyeron con admiracion aquellas palabras.

No faltó quien las repitiese al oido de Diego de Velazquez; y en honor de la verdad, no desagradó al gobernador que pensase de aquella manera Pánfilo de Narvaez.

Era este un galan apuesto, y todos los que se hallaban en estas condiciones le inspiraban recelos.

XIII.

El mismo gobernador, visitando por la noche á Blanca, tuvo ocasion de referirle lo que habia oido.

—Hoy he visto entre vuestros amigos,—le dijo Blanca,—un rostro nuevo.

—¿Aludís sin duda al capitan Pánfilo de Narvaez, que acaba de llegar?

—Ignoraba su nombre y su llegada.

—Es un valiente militar, á quien me recomiendan mucho, y á quien pienso emplear en breve.

—Algo adusto me parece.

—Cualquiera diria que habeis oido la opinion que ha formado de vos.

—¿Ha reparado en mí?

—¿Cómo no habia de reparar? ¡Es posible no notar que el sol existe?

[redacted]

—Siempre amable y galante conmigo.

—Si no temiera ofenderos, os diria la opinion que habeis merecido al recien llegado.

—No digais esas cosas á una mujer.

—¿Por qué?

—Porque la curiosidad es nuestro flanco, y vais á hacer que el deseo me obligue á preguntaros.

—¿Y si el temor de ofenderos me obliga á callar?

—Con que deciais que el capitan...

—Es indigno de vuestra consideracion. Se ha permitido decir que se asombraba de la admiracion con que todos os vemos en Santiago.

»Yo acabo de llegar de España, ha dicho, y comparando la belleza de esa dama con la de las españolas que he dejado, la encuentro muy inferior.»

Estas palabras produjeron una viva emocion en Blanca.

Pero se repuso, y con sonrisa forzada:

XIV.

—¿Eso ha dicho?

—Sí tal; pero no es voto en la materia.

—Por otra parte, permitidme que me alegre, porque su modo de pensar no me inspira recelo alguno.

XV.

Blanca mudó de conversacion.

La mujer disimula mejor que el hombre las heridas del amor propio.

—Me vengaré de ese hombre,—se dijo.

Y á partir de aquel momento, su único deseo fué realizar la promesa que se habia hecho.

[redacted]

Capítulo LXXVI.

Donde se vé que anda el juego entre bobos.

I.

¡Mísera condicion humana!

Desde los primeros tiempos de la creacion es el fruto prohibido la tentacion de los mortales.

Blanca, que era ambiciosa, que por la misma razon que esperaba unirse con Velazquez y ocupar á su lado una brillante posicion, habia desoido cuantas galanterías le habian dirigido los más distinguidos personajes de Cuba; aquella mujer que estaba resuelta á ser fiel al hasta entonces amante platónico, desde el momento en que llegó á su noticia que habia un hombre que se creia capaz de resistir el yugo de las mujeres; que habia un hombre que despues de haberla contemplado se habia atrevido á amenguar su belleza allí donde reinaba en la opinion, se preocu-

pó vivamente, buscando el medio de domesticar aquella fiera.

II.

Acaeció por entonces la llegada del licenciado Benito Martin, y la alegría que produjo su regreso distrajo algun tiempo la imaginacion de Blanca.

Iñigo avanzaba entre tanto terreno en la conquista de Aldonza; y en honor de la verdad, debemos decir que sus relaciones iban muy adelantadas.

La pobre muchacha se habia acostumbrado á hablar con él por las noches, y cuando faltaba estaba de un humor de los diablos.

III.

Se habia resistido mucho tiempo; pero era por que todos los enemigos con quienes habia luchado hasta entonces eran muy poca cosa.

Iñigo, con su habilidad, con su gracejo, llegó á apoderarse del corazon de Aldonza, y la muchacha estaba muerta de amor por él.

IV.

Una noticia tristemente satisfactoria para Blanca llegó á Santiago de Cuba.

Su esposo estaba enfermo de mucha gravedad, y todo hacia creer que se aproximaba su fin.

Diego de Velazquez, ébrio de gozo al ver el triunfo que habia obtenido, satisfecho de los honores que le habia dispensado Cárlos V, se aprestaba á aplazar su soñada venganza.

Durante algunos dias fué ménos galante, ménos solícito cerca de Blanca.

V.

Esta conducta hirió su vanidad, y recordando que á un mismo tiempo podia vengarse de Pánfilo de Narvaez y avivar con los celos la pasion de Velazquez, puso en juego todos los medios de que disponia para realizar sus designios.

Blanca no habia amado aún.

Hé aquí por qué razon podia creer que su talento y su habilidad femenil bastarian para conquistarla el triunfo.

VI.

La vida que se hacia en Santiago de Cuba era completamente distinta de la que acostumbraban á hacer los españoles en la Península.

Allí al anochecer todo el mundo se recogia, y sólo alguno que otro soldado que salia de jugar, alguno que otro marinero que buscaba su vivienda despues de haber apurado sendos tragos en la taberna

de la ciudad, eran los únicos que recorrian las calles.

VII.

El gobernador recibia en su palacio á algunos de sus amigos.

Cuando no trataba con ellos de los negocios de la colonia, pasaba el rato jugando á los dados, y el toque de ánimas era la señal de silencio.

Iñigo salia á aquella hora de su casa para conversar con Aldonza.

VIII.

—Es necesario,—dijo una noche la jóven á su amante,—proporcionar una entrevista á mi ama y á tu amo.

—¿Se ha enamorado de él?

—Yo no lo sé; pero nuestro porvenir depende de que se realice mi proyecto.

—¿Nuestro porvenir?

—Sí; porque ya sabes que te quiero más que á mi vida, y es natural que en cuanto hagas fortuna te cases conmigo y nos vayamos á España.

—No deseo otra cosa.

—Pues para hacer fortuna pronto, es necesario que nuestros amos se conozcan.

—¿Nada más?

—Por ahora nada más.

[redacted]

—Se conocerán.

—¿Has pensado algun medio?

Iñigo reflexionó un momento.

IX.

—En el poco tiempo que hace que sirvo al capitan,—dijo,—he comprendido que desfacer agravios es su mayor placer.

No se moveria aunque una deidad de las más encantadoras le llamase para ofrecerle las venturas de amor, y seria capaz de pasar, no una noche, sino muchas en blanco, de andar leguas y leguas, de ayunar; en una palabra, de imitar á los caballeros andantes, por amparar á un inocente, por socorrer á una doncella abandonada.

Envíale un recado, diciéndole que acuda mañana á la noche á esta casa para evitar un crímen, y vendrá.

—Pero y si viene, ¿qué ha de decirle mi ama?

—¿No sabe ya lo que ha pensado al verla?

—Sí.

—Pues debe decirle cuando esté en su presencia que le ha llamado para castigarle por su grosería.

—Se ofenderá.

—Eso depende de la habilidad de tu ama.

—Pues déjalo á mi cargo; que se hará lo que dices.

—Yo, por mi parte, me ofrezco á preparar el terreno en el ánimo de mi señor.

X.

Cada cual cumplió su palabra en la forma que van á ver nuestros lectores.

Aldonza dijo á su ama:

—Señora, he hallado el medio de que os vengueis del capitan Pánfilo de Narvaez.

—¿Qué me importa?—dijo Blanca, para no dar su brazo á torcer.

—Es preciso; todos los dias habla mal de vos, niega vuestra belleza. Es un descortés, y merece castigo.

—¿Y qué medio has ideado?

—Enviarle un recado para que venga aquí mañana despues de las ánimas.

—Es imposible. ¿Y si el gobernador lo supiera?

—En primer lugar, no lo sabrá; y en segundo, toda la culpa recaerá sobre mí, porque yo, apenas entre en casa, le diré:

»—No es mi ama quien os ha llamado; he sido yo, y os entrego á su justo furor para que castigue vuestra descortesía.»

Vos entonces me reñís fuertemente por haber abusado de esta manera. El, que al fin y al cabo es cortés, os dará mil excusas, y lograreis humillarle y darle una leccion.

—No me atrevo.

—Dejadlo todo á mi cuidado.

—Bien; pero tú serás responsable.

—Acepto toda la responsabilidad.

XI.

Iñigo, por su parte, encontró bien dispuesta la masa, como suele decirse.

Cuando regresó á casa de su amo, Iñigo estaba preocupado.

Por la tarde habia conversado con algunos militares de los que estaban al servicio de Diego de Velazquez, y todos habian asegurado que el gobernador procuraba activar la reunion de una escuadra para que condujera un numeroso ejército adonde estaba Hernan Cortés, y le pidiese cuenta de su rebelion.

XII.

Todos deseaban, aunque no lo decian, obtener el mando de aquella expedicion.

Era, en efecto, una ocasion muy buena para hacer fortuna, y los que á las Indias habian ido, más que otra cosa les habia impulsado el deseo de hacerla.

A partir de aquel momento, cada cual estaba re-

suelto á emplear toda su influencia y todo su ingenio para conseguir el puesto ambicionado.

XIII.

No fué Pánfilo de Narvaez el que ménos deseo sentia de obtenerle.

Por una parte halagaba su vanidad.

Por otra el deseo de hacer fortuna, que no era el ménos vehemente.

Pero sobre todo, lo que más le animaba á desear aquella posicion ventajosa, era la ocasion de cumplir su promesa.

Jefe de la nueva escuadra, iba á ser el igual de Hernan Cortés, iba á tratar con él, á luchar si era preciso, y de un modo ó de otro encontraria los medios de despertar siquiera el remordimiento en el corazon de aquel hombre, que tan olvidados tenia á su esposa y á su hijo.

XIV.

—Yo soy un mal criado,—dijo Iñigo á su amo;—tengo un atrevimiento censurable.

Pero ¿qué quereis?

Os estimo mucho, y aunque me juzgueis entrometido, y aunque me trateis de irreverente, he de procurar hacer vuestra fortuna, que es tambien la mia.

—¿A qué viene ese preámbulo?—preguntó el capitan.

—He oido decir esta tarde que vá á salir en breve una expedicion en busca de Hernan Cortés y de los soldados que acaudilla.

—Es cierto.

—Esa expedicion necesita un jefe.

—Bien; ¿y qué?

—Que se me ha metido en la cabeza que seais vos ese jefe.

—Eso es imposible.

—Para mí no hay nada imposible.

—¿Estás en tu juicio?

—Cuando yo me propongo una cosa, la consigo.

—¿Qué vale una simple carta de recomendacion?

—El talento vale más que todas las armas.

—Hay en Santiago personajes muy importantes, á quienes conferirá el gobernador esa mision.

—Sólo una persona domina por completo á Diego de Velazquez.

—Una persona; ¿y quién?

—¿Lo habeis olvidado?

—No comprendo.

—Vuestra enemiga doña Blanca.

El capitan miró á Iñigo sorprendido.

Despues:

XV.

—¿Qué quieres decir con eso?—exclamó.

—Quiero decir, que esa señora sabe que habeis hablado mal de ella.

—Razon de más para que no me proteja.

—Al contrario; para que piense más en vos que en el gobernador su pretendiente, y para que si no lo llevais á mal...

—¿Qué vas á decir, menguado?

—No vayais á dejarme feo; he dado un paso ya.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Mañana recibireis un aviso, llamándoos...

—¿Quién me ha de llamar?

—Doña Blanca.

—¿Con qué fin?

—Con un pretexto; pero con el objeto de hallar una ocasion de conoceros y de daros sus quejas. Oid, señor; yo os prometo que sereis el jefe de la expedicion.

—Déjame en paz,—dijo con aparente mal humor Pánfilo de Narvaez al oficioso Iñigo.

XVI.

El mancebo obedeció; pero su amo se quedó diciendo:

—Tiene razon: si es cierto que me cita, debo ir. Esa mujer podrá, sin humillarme, favorecer mi empresa.

XVII.

Al dia siguiente recibió el aviso de que le habia hablado su escudero.

Al toque de ánimas salió de su casa envuelto en un negro tabardo, y poco despues llamaba á la puerta de doña Blanca.

Asistamos á la escena que tuvo lugar en medio del silencio de la noche.

Capítulo LXXVII.

Un caballero y una dama.

I.

—¿Quién vá?—preguntó Aldonza, asomándose á la ventana.

—Abrid.

—¿Quién sois?

—Un caballero á quien esperan en esta casa.

—¿El capitan Pánfilo de Narvaez?

—El mismo.

II.

Hubo un momento de pausa.

Poco despues llegó Aldonza con una luz á la puerta, la abrió, y apenas estuvo dentro:

—Perdonad, señor,—le dijo,—mi ama no os ha

llamado; he sido yo, que soy su leal servidora, que he sabido que la habíais injuriado en público, y he querido proporcionale una ocasion para vengarse de vos.

Sé que se vá á ofender por el paso que he dado, que vá á reñirme, y acaso vá á alejarme de su lado.

Nada me importa.

He creido cumplir con un deber.

III.

—¿Y me habeis sacado de mi casa para esto?—preguntó, aparentando furor, el capitan.—Os perdono y adios.

Hizo ademan de partir, y Aldonza, alzando la voz:

—No os vayais, os lo ruego.

IV.

Apenas concluyó de pronunciar la frase.

—¿Qué sucede, que pasa?—preguntó Blanca desde arrriba.

Pánfilo de Narvaez se adelantó, y subiendo las escaleras precedido de Aldonza:

—Perdonadme, señora,—dijo;—vuestra camarera ha cometido una imprudencia, y esa es la causa de que yo esté aquí.

V.

Aldonza cayó de rodillas ante su ama.

—¿Qué es esto?—exclamó á su vez Blanca, desempeñando la comedia á las mil maravillas.

—Este hidalgo es el que os ha ofendido,—exclamó Aldonza,—y he querido que os diera una satisfaccion.

—¡Oh! Caballero,—dijo Blanca.—Perdonad á esta jóven y marchaos. En cuanto á tí, recibirás tu merecido. Adios, capitan, adios.

VI.

—Ya que he venido, señora, concededme un instante de audiencia.

—Me es imposible.

—Os lo suplico.

—Soy casada.

—¿Qué importa? Yo no vengo á ofenderos.

—No es costumbre á estas horas recibir á nadie.

—He cometido una falta contra vos, y necesito daros explicaciones.

—Vos sois dueño dé pensar de mí lo que querais; pero no puedo consentir qne haya un hombre en mi casa á estas horas. Si os vieran salir...

—No temais; á estas horas todo el mundo duerme en Santiago de Cuba. Yo os juro, por mi fé de caballero, hacerme digno de vuestra benevolencia.

—Si es así, pasad adelante.

Y le condujo á un estrado, en donde durante almos minutos permanecieron silenciosos los dos.



[illegible] HERNAN CORTÉS.—Ya que he venido, señora, concededme un instante de audiencia.

VII.

Dos palmadas que se escucharon en la calle, obligaron á Aldonza á bajar á la ventana.

Mientras el capitan y su ama hablaban, Iñigo y Aldonza entretenian el tiempo en amante coloquio.

VIII.

Al cabo de una pausa bastante prolongada:

—Creo que hubiera hecho muy bien en obedeceros,—dijo Pánfilo de Narvaez á Blanca,—alejándome como deseábais hace poco; no me veria en la apurada situacion en que me veo. Desengañadme pronto, porque solo así, siendo vuestra víctima, podré alcanzar á vuestros ojos la estimacion que al veros de cerca deseo encontrar.

—Hartos motivos tengo,—dijo Blanca,—para quejarme de vuestra conducta. Pero os han engañado si os han dicho que las palabras que habeis proferido para rebajar mi belleza han podido ofenderme.

—En ese caso, ¿no aceptais mis excusas?

—Sí tal; me creeis tan presumida que me haya figurado que es un deber en todos los caballeros brindar galanterías á mi persona?

Eso sí que no os lo perdonaría si lo hubiérais supuesto.

Por lo demás, habeis llegado á este país, habeis tenido ocasion de verme, y os han ponderado mi belleza.

Vos, que llegábais de la madre pátria, en donde hay mujeres tan encantadoras, habeis hablado con ingenuidad, habeis dicho que no merezco los elogios que me tributan, y estais en vuestro derecho.

Y si quereis que os diga la verdad, las mujeres somos asi: me agradais más desde que sé la opinion poco favorable que os merezco, que si hubiérais venido á aumentar el número de los que desean lisonjear mi vanidad.

IX.

Estas palabras hicieron á Pánfilo de Narvaez fijar una mirada encantadora en Blanca.

—Si no temiera ser vulgar, os diria que al hablar como hablé, cometí una solemne injusticia.

—Vais á echarlo á perder, si continuais por ese camino.

—Oidme, señora: creo que vuestra camarera ha hecho muy bien en mandarme llamar. Los dos hemos nacido para ser amigos.

—Tal he pensado.

—Yo soy franco, leal.

—Por esa razon me agradais.

—No me parezco en nada á los demás hombres, que se creen en el deber, apenas ven á una mujer, *á colmarla* de obligadas y vulgares galanterías.

La única cosa que me horroriza es dar lugar á que una dama diga de mí que soy galan.

Siempre he pensado así, y esta es la causa de que las mujeres me hayan tenido por descortés ó tímido, de que me hayan abandonado, y de que yo viva en completa guerra con ellas.

X.

—Segun eso, ¿no habeis amado nunca?—interrumpió doña Blanca.

—He amado un ideal, le he acariciado con mi imaginacion desde los primeros años de mi vida; pero françamente, al querer humanizarle, ó he encontrado el desengaño, ó le he temido y me he retirado á tiempo.

—Soy muy curiosa. ¿Quereis decirme cuál es vuestro ideal.

—Voy á hablaros como quizás no os ha hablado hasta ahora ningun hombre.

—Eso es lo que deseo,—repuso doña Blanca.

XI.

Pánfilo de Narvaez continuó despues de una pausa:

—¿Creeis que el que ama verdaderamente á una mujer puede tener, al hallarse en su presencia, cal-

ma bastante para pedir á su imaginacion ó á su memoria flores retóricas que regalarla?

—¿Y por qué no?

—Porque el amor verdadero no tiene en el mundo palabras para expresarse, porque el hombre que ama á una mujer con toda su alma, que está verdaderamente apasionado de ella, no encuentra qué decir. Todas las frases que le ocurren le parecen mezquinas para pintar la grandeza de sus sentimientos; y cuando más, sólo tiene valor para fijar una penetrante mirada en la mujer que le inspira tan vehemente cariño, y decirle con el fuego de sus ojos la felicidad que le brinda su amor y el que en cambio puede brindarle.

—Teníais razon al decir hace poco que íbais á hablarme como nadie me ha hablado. En efecto; yo creo que el amor es así.

XII.

—¿Qué es sino un juego el lenguaje de la galantería?—continuó Pánfilo de Narvaez.

Yo os aseguro que si hubiera encontrado en el mundo una mujer que hubiera podido comprenderme, hubiera sido tan amante que la hubiera consagrado por completo toda mi vida; tan celoso que hasta hubiera tenido celos de la brisa que besara su frente.

Hubiera abandonado todo, posicion, gloria, honores, para vivir de su voluntad.

Por proporcionarle un instante de placer, hubiera dado toda una existencia de dolor.

¿Creeis sinceramente, y perdonadme mi franqueza, que hay en el mundo una mujer que merezca este sacrificio de un hombre?

—¿Y por qué no?

—Porque las mujeres son volubles, inconstantes.

—No todas.

—Porque se pagan más de los que halagan su vanidad que de los que brindan en el misterio una felicidad suprema á sus más dulces esperanzas.

—Os digo que no todas piensan así.

XIII.

—Desgraciadamente todas las mujeres que he hallado en mi camino han sido como las pinto,—repuso el capitan.

Hé ahí por qué huyo de todas; hé ahí por qué guardo mi corazon, más que de las balas enemigas, de los ojos seductores de una mujer; hé ahí por qué al ver á las que me parecen más bellas, me digo á mí mismo y á los que me rodean, y emito en público una opinion contraria á su hermosura, para no incurrir en la debilidad de amarlas; porque tengo amor propio, y sé que antes preferiria morir, que dar mi brazo á torcer, variando de modo de pensar despues de haber formulado mi juicio.

XIV.

Estas declaraciones ofendieron á Blanca.

—Segun eso,—exclamó,—¿habeis temido amarme al hablar mal de mí?

—¿Quereis que os hable con sinceridad?

—Sí.

—Pues bien; os he temido, y me he temido.

—Ese es un modo como otro cualquiera de decirme una lisonja.

—Vais á obligarme á ser más franco.

—¿Quereis que me anticipe yo?

—Hablad.

XV.

—Pues bien,—dijo doña Blanca;—todo lo que me habeis dicho es tan nuevo para mí, me sorprende tanto, me hace pensar de tal manera, que ya os perdono vuestra venida, acepto el ofrecimiento de vuestra amistad, y estoy dispuesta á ser con vos más franca que con nadie, que conmigo misma. ¿Por qué habeis hablado mal de mí?

—Ya os lo he dicho. Sois demasiado bella, demasiado seductora para no temeros.

—Y aun suponiendo que hubiera yo podido inspirar algun afecto, ¿habríais perdido algo por eso?

[redacted]

—Mucho.

—Explicaos.

—Habria perdido los años de mi vida, que he consagrado á defenderme de los achaques de amor.

No soy rico; pero gracias á Dios, pertenezco á una familia de noble alcurnia.

Hubiera podido, de parecerme á los demás hombres, hallar buen acomodo en España.

He preferido venir á las Indias, ser esclavo de mi ambicion de gloria, para que esta pasion sea la única que lleve en mi alma. Y creedme: todos mis planes se habrian desbaratado, si al veros no hubiera pensado que podíais dominarme; pero que no me convenia que me dominárais.

XVI.

Blanca quedó un instante meditabunda.

—¿Estais pensando mal de mí?—dijo Pánfilo.

—No tal.

—Estais diciéndoos: »¿Qué hombre es este que me habla con tanta rudeza?»

—Pues bien; sí.

—Aun no os he dicho todo lo que siento; pero estoy seguro que si os lo dijera, me rechazaríais de vuestro lado, me calificaríais de imprudente, y hasta de grosero; y yo no quiero reñir con vos. Es tarde, y os dejo.

—Hablad, pues; os lo ruego.

—Volveré, si me lo permitís.

XVII.

Blanca reflexionó un instante.

—No, no,—le dijo,—alejaos para siempre.

—Temeis acaso...

—No á vos.

Y llamando á su camarera:

—Conduce á este caballero hasta la puerta,—dijo á Aldonza.

—Me resigno y obedezco.

XVIII.

Pánfilo de Narvaez abandonó con majestuosa calma la habitacion; y no bien salió de la puerta, Blanca, que hasta entonces habia estado conteniéndose, se echó á llorar.

Primero lloró de rábia.

Despues de pena.

XIX.

Cuando volvió Aldonza y la encontró de aquella suerte:

—¿Qué teneis, señora?—la preguntó.

—En mal hora he conocido á ese hombre.



—¿Le amais?

—No; quiero odiarle, y le odiaré.

XX.

Aldonza se retiró, diciendo:

—Eso es lo que debíamos hacer con todos los hombres; pero somos débiles.

Capítulo LXXVIII.

El despecho.

I.

Al dia siguiente, cuando fué Velazquez á ver á Blanca, la halló muy encendida.

—¿Qué teneis, cielo mio?—le dijo.

—Nada.

—Ese rostro revela alguna pena.

—Soy muy feliz.

—Permitidme que lo dude. Cualquiera diria que habeis llorado.

—Pues bien, sí; he llorado de rábia.

—¿Por qué?

—Porque me he convencido de que no me amais.

Diego de Velazquez la miró sorprendido.

[redacted]

II.

—¿Es posible? ¿Habeis pensado en eso?—preguntó con energía.

—¿Os complace mi pena?

—Sí; porque al mismo tiempo que me mostrais la herida, me asegurais que tengo en mi alma los medios de curarla. Vamos á ver cuál es la causa de vuestro dolor.

III.

—Hacé ya muchos dias,—dijo doña Blanca,—que me habeis confiado que uno de los capitanes que forman vuestra cohorte me ha insultado, y todavía no sé que le hayais impuesto ningun castigo.

—Ya os he dicho que desde entonces es el hombre á quien más estimo, porque es el que me inspira más confianza.

—Pues yo quiero que le alejeis de Santiago de Cuba.

—Tengo una excelente ocasion de complaceros. Estoy haciendo los preparativos de una expedicion para someter á Hernan Cortés. Le daré el mando de un navío.

IV.

Al oir esto Blanca, se arrepintió del paso que habia dado.

No queria ir tan lejos.

Procuró mudar de conversacion, y despues de mostrarse muy complaciente, muy solícita con Velazquez:

V.

—Ya sabeis que no soy mala,—le dijo;—estoy arrepentida de haberos irritado contra el capitan Narvaez. Olvidad mi rencor, y dejadle que viva como quiera en Santiago de Cuba.

—No tal,—contestó Velazquez;—repito que es un hombre necesario en la expedicion.

—Haced lo que querais,—dijo Blanca, prometiéndose emplear su influencia para evitar que se alejase aquel hombre, á quien queria odiar, y á quien, sin embargo, amaba.

VI.

Trascurrieron ocho dias, en los cuales no hizo Blanca más que pensar en el capitan.

No veia una sola vez á Velazquez sin que le hablase de él.

VII.

—Pero ¿quién es ese hombre?—preguntaba unas veces.

—¿De dónde ha venido?—exclamaba otras.

—¡Qué carácter tiene!

—Apenas sale á la calle.

—No se le vé en ninguna parte.

VIII.

Tanto hablaba de él, que Velazquez llegó á ponerse en guardia.

Iñigo, que no dejaba de trabajar en favor de su amo, simulando dar una prueba de confianza á Aldonza, le refirió los proyectos que en su opinion abrigaba su amo.

Blanca hablaba del capitan con Aldonza á tódas horas.

IX.

—Debeis despreciarle,—le dijo un dia su camarera;—es un ambicioso. ¿Cuál creereis que es hoy el único pensamiento que absorbe su imaginacion?

—¿Cuál?—preguntó con avidez Blanca.

—Desea mandar la expedicion que vá á salir en breve para someter á la obediencia á Hernan Cortés.

—Bien está,—dijo Blanca.—Yo castigaré su soberbia.

X.

Velazquez, que en vista de la insistencia con que

le hablaba Blanca del capitan Pánfilo de Narvaez, no sabia qué pensar de un interés tan inusitado, puso en juego cuantos medios tenia para observar si existia algun secreto lazo entre Blanca y Narvaez, y al convencerse de que el capitan no iba á rondar la calle, ni entraba en su habitacion, para cerciorarse más y más, preguntó á Aldonza.

Esta se santiguó, manifestando gran asombro.

XI.

Por la noche contó á Iñigo lo que la habia pasado, y este la amaestró.

—Si vuelve á preguntarte el gobernador algo, díle que tu ama no trata con el capitan; pero que siempre está hablando de él, y que tú crees que si piensa en él tanto, es por que ha ofendido su amor propio; añadiendo de tu cosecha lo que más te parezca.

XII.

Al dia siguiente volvió á interrogar el gobernador á la camarera.

Aldonza obedeció al pié de la letra los consejos de Iñigo, y de su propia cosecha añadió:

—Las mujeres somos tan tontas, que nos enamoramos de los que peor nos tratan, y pagamos con ingratitud á los que más favores nos hacen.

[redacted]

XIII.

Blanca realizó aquella noche un proyecto que habia concebido.

—¿Teneis muy adelantados,—dijo al gobernador,—los preparativos de la expedicion?

—Sí, á Dios gracias,—contestó este.—Cuento con once navíos muy veleros, con gente aguerrida y leal, y con capitanes á quienes la esperanza de hacer fortuna y de adquirir gloria obligará á dejarse matar por mí si es preciso.

—¿Y quién vá á ser el jefe de la expedicion?

—Aun no lo sé, porque son muchas las influencias que se agitan. No he querido resolver nada; pero os prometo que apenas me decida me apresuraré á satisfacer vuestra curiosidad.

Blanca reflexionó un momento.

XIV.

—Me complace que no os hayais decidido,—dijo despues,—porque tengo que haceros una recomendacion.

—¡Hola! ¿Os interesais por alguno?

—Sí; pero no quiero aún deciros su nombre.

—¿Han llegado hasta vos las influencias?

—No; la persona á quien os voy á recomendar está muy ajena de que influyo en su obsequio.

—Decidme su nombre.

—Me es imposible; pero quiero exigiros una palabra.

—Hablad.

—Que nombrareis á quien yo os recomiende.

—Mucho pedir es eso.

—Decidme sí ó no.

—No os negaré nada en la vida. Pero lo que es eso... Es necesario que la persona que lleve el mando de la expedicion sea digna de toda mi confianza.

—Lo es.

Diego de Velazquez fijó una mirada investigadora en doña Blanca.

XV.

—Pero decidme su nombre. ¡Qué más os dá?—dijo.

—¿Me empeñais vuestra palabra?

—No sé negaros nada.

—Pues bien; dentro de dos dias os exigiré el cumplimento de la promesa que acabais de hacerme.

XVI.

Aquella noche dijo á Aldonza su ama:

—Es necesario que yo vea al capitan Pánfilo de Narvaez.

[redacted]

Capítulo LXXIX.

El corazon humano

I.

Blanca, como hemos tenido ocasion de decir anteriormente, no habia amado aún.

Despues de conocer el carácter y los sentimientos del capitan Narvaez, comprendió que habia en la vida un mundo que hasta entonces ni siquiera habia adivinado.

Su brusca despedida, la ausencia de aquel hombre que parecia tranquilo, aunque no la veia; la comparacion que establecia á cada instante entre él y Diego de Velazquez, iba fomentando poco á poco en su alma una verdadera pasion.

II.

Blanca era ya completamente otra.

Hasta su misma camarera Aldonza notaba la pasion que le dominaba en las impertinencias, en las vacilaciones, en el modo de ser de su ama, que por la primera vez de su vida sufria la influencia del amor.

III.

No tenia más medio, para ver á Narvaez, para llamarle á su casa sin dar su brazo á torcer, sin declarar el afecto que hácia él sentia, que el de satisfacer su ambicion.

IV.

—Desea ser el jefe de la expedicion que vá á partir en busca de Hernan Cortés,—se dijo.—Yo deseo verle; no vendrá si no le llamo: si le llamo para confiarle los sentimientos que hay en mi alma, me despreciará más.

¡Oh! Por esto sólo necesito vengarme de él, y la mejor venganza que puedo tomar es realizar su ambicion.

Sí; que venga á mi lado, que crea que le llamo por que estoy enamorada de él, que no puedo vivir sin verle.

Yo tendré valor cuando él esté cerca de mí, para decirle: «Os habeis engañado si habeis creido que soy una mujer como todas. Me habeis tratado mal,

[redacted]

me habeis despreciado: hé aquí cómo yo pago vuestros desprecios, realizando vuestras esperanzas.

»Partid en busca de gloria, nada me importa.

»Si habeis pensado un solo instante que podia ser vuestra esclava, convenceos de que he nacido para ser vuestra señora, y lo soy.»

V.

Esto se habia dicho Blanca, y partiendo del deseo de humillar á aquel hombre, empleó su influencia con el gobernador para obtener de él el empleo que ambicionaba Pánfilo de Narvaez.

Con tan poderosa arma, no vaciló en valerse de Aldonza para que llamara en su nombre al capitan.

VI.

La camarera confió á su amante Iñigo los deseos de su señora, y Pánfilo de Narvaez se presentó en casa de Blanca al dia siguiente de la entrevista de esta con el gobernador.

La imperturbabilidad de aquel hombre desarmó desde luego á Blanca.

VII.

—Os extrañará,—le dijo,—la pretension que he tenido de haceros venir á mi casa.

—¿Por qué, señora? ¿No convinimos al separarnos en que seríamos amigos?

—No por cierto. Nos separamos de una manera extraña; y en honor de la verdad, debo deciros que estimais en muy poco mi amistad, puesto que habeis pasado tanto tiempo sin verme.

—He sido obediente; no he hecho más que cumplir vuestras órdenes.

—¿Y qué pensais de mí por haberos llamado?

—Pienso que necesitareis de mis servicios, y he venido á ponerme á vuestra disposicion.

—No os ha cegado vuestro amor propio, haciéndoos creer que estoy enamorada de vos, y que por eso os he hecho venir?

—Soy brusco, señora; pero no fátuo.

VIII.

Blanca hubiera querido que aquel hombre contestase afirmativamente.

Cada palabra suya le hacia retroceder.

Despues de una breve pausa, en la que buscó inútilmente el medio de humillar á aquel hombre:

IX.

—Voy á dispensaros un favor, y quiero que me le pagueis antes,—le dijo.

[redacted]

—¿Qué me exigís?

—Lealtad.

—Nó me cuesta trabajo corresponder á vuestros deseos.

—Decidme francamente qué es lo que pensais de mí despues de lo que ha pasado entre los dos.

—Pienso que sois un ángel bajo la forma de una mujer, y que lo que teneis de mujer os impide aparecer como ángel á los ojos de todo el mundo.

Pienso que si os hubiera hallado en la vida en otra situacion, en otras circunstancias que las que os rodean, es muy posible que hubiera renunciado á mis creencias, y que arrojándome á vuestros piés, os hubiera dicho:

«Sois digna de todo el amor de un hombre, yo os ofrezco mi vida.»

¿Quereis más sinceridad?

X.

Blanca no pudo contener las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—¿Me amais?—se atrevió á preguntarle.

—No,—contestó el capitan.—No os amo, no podria amaros sin delinquir.

XI.

Aquella acusacion era horrible.

Blanca se habia olvidado por un instante del lazo que la unia á un hombre, que aunque retirado de ella, tenia derecho á exigirle el cumplimiento de sus deberes.

—Me habeis herido de muerte,—exclamó.

—No es culpa mia. Engañada, habeis dado vuestra mano á un hombre indigno de vos; pero ese hombre es vuestro esposo. Vos misma aumentaríais vuestra desgracia, si aceptando el amor de otro hombre, faltárais á vuestros deberes.

Creedme, no ama el hombre que obliga á una mujer á faltar al decoro que se debe.

No ama á una mujer el hombre que haciéndola olvidar sagrados juramentos, pronunciados en un momento de amor ó de obcecacion, la conduce al abismo; y no puede presentarla á los ojos del mundo, porque la vergüenza aparece en su rostro.

Dios ha querido que nosotros retrocedamos en una situacion en la que es imposible que exista entre los dos más lazo que el de un afecto fraternal. Hoy os parecerán sin duda mis palabras una acusacion.

Acaso me maldecireis.

Pero mañana me buscareis, segura de que he sido el único, el verdadero amigo que habeis tenido en el mundo.

XII.

Blanca permaneció silenciosa un instante.

¡Qué lucha tan terrible sostenia su alma!

[redacted]

—Teneis razon,—dijo de pronto.—Yo soy una insensata; pero no sé que tienen vuestras palabras que ejercen sobre mí una influencia suprema.

Permitidme que os hable á mi vez con sinceridad; que perdiendo ese miedo natural de la mujer, os confie todos los sentimientos de mi corazon.

Querria negaros lo que pasa en mí; pero no puedo, no quiero, no debo; y mi desgracia es inmensa, porque hasta que os he conocido, hasta que os he oido hablar, no he sabido lo que era amor.

Acostumbrada á oir contínuamente galanterías, embaucada por mis triunfos, he pasado al lado de la felicidad sin comprenderla, sin desearla: hoy seria mi martirio. Es necesario que nos separemos.

—Es de todo punto necesario,—dijo el capitan.

XIII.

—Pero quiero que al separaros de mí,—repuso doña Blanca,—conserveis un recuerdo del afecto que me habeis inspirado.

Tengo desgraciadamente alguna influencia sobre el gobernador. Le he pedido que os nombre jefe de la expedicion que vá á partir en busca de Hernan Cortés. Aceptad ese puesto; os lo suplico, os lo ruego por el interés que os inspira seguramente mi desgracia.

—¡Oh! No es posible que tal merced me otorgue don Diego de Velazquez.—

—Os la otorgará.

—¿Quereis esclavizarme por agradecimiento?

—Quiero ofreceros una ocasion de alcanzar gloria, de distinguiros; quiero que me debais el triunfo, para inspiraros siquiera lástima.

XIV.

—Me inspirais mucho más,—exclamó el capitan con vehemencia,—me inspirais un afecto inmenso, entrañable, y para que no se borre nunca de mi alma, acepto vuestra proteccion.

Yo me haré digno de ella.

Os aseguro que si mis palabras han ejercido alguna influencia sobre vos, que si sabeis resistir con valor vuestra triste situacion, alcanzareis la felicidad que yo no podria daros.

—Pronto sabreis,—exclamó Blanca,—que soy digna de vuestro afecto.

XV.

Dos dias despues recordó Blanca su promesa á Diego de Velazquez.

—¿Quién es el agraciado?—preguntó este.

—El capitan Pánfilo de Narvaez.

—¿Vuestro enemigo?

—Si.

—Es imposible que yo le otorgue tal distincion.

[redacted]

—¿Por qué no?

—Se ofenderían otras personas que tienen muchos más títulos que él.

—Pues bien,—exclamó Blanca, jugando el todo por el todo;—debo advertiros una cosa. Ese hombre me ha ofendido, y quiero castigarle. ¿Qué mayor venganza puedo tomar que obligarle á tenerme gratitud?

—Pensad que es imposible lo que exigís.

—Pues para mí no hay nada imposible,—añadió Blanca, acentuando sus palabras.

XVI.

El gobernador se separó de ella dispuesto á contrarestar su influencia.

Aldonza decidió la cuestion.

—Es necesario,—le dijo,—que alejeis de Santiago al capitan Pánfilo de Narvaez, porque mucho me temo que si está aquí más tiempo, vá á enamorarse más que él mi ama.

XVII.

Las cosas más pequeñas deciden en la vida las más grandes.

Gracias á esta indicacion, á esta probabilidad de peligro, resolvió Diego de Velazquez confiar el mando de la escuadra que iba á salir en persecucion de Cortés, á Pánfilo de Narvaez.

Su nombramiento causó honda sensacion.

Como siempre, los que ambicionaban aquel puesto y no le habian obtenido, murmuraron.

Pero en estas ocasiones suele ser hasta un medio hábil, cuando se disputan personajes de talla un solo empleo, conferírsele al más insignificante.

XVIII.

Pánfilo de Narvaez no excitó tanta envidia como cualquiera de los otros que aspiraban á ocupar el puesto con que habia sido agraciado.

Satisfecha la ambicion del capitan, se dió á la vela con las instrucciones del gobernador, dispuesto á cumplir la promesa que habia hecho á Catalina, y á pagar con creces aquella deuda de gratitud á Blanca.

XIX.

En cuanto á esta... á su tiempo veremos lo que sucedió.

Bástenos por ahora decir que rompió sus relaciones con el gobernador Diego de Velazquez.

XX.

Poco antes de darse á la vela Pánfilo de Narvaez,

llegó de España á Santiago de Cuba un hombre que habia acompañado á Montejo en su viaje á la Península.

Este hombre era un fiel servidor de Diego de Velazquez, y acompañó á Saucedo cuando este fletó un buque para ir por cuenta propia en busca de Hernan Cortés.

XVI.

Martin, que así le llamaremos, habia hecho mucho daño al enemigo de Velazquez.

Habia visto á su esposa en Medellin, y habia cometido al hablarle algunas indiscreciones.

Pero ya volveremos á ocuparnos de este episodio y de algunos otros que hemos dejado pendientes.

Tiempo es ya de volver nuestros ojos á Hernan Cortés y sus soldados.

Capítulo LXXX.

Donde se vé cómo Cortés se prepara á quemar las naves.

I.

Dejamos á los audaces conquistadores de Méjico viendo partir con pena al capitan Francisco Montejo y á su camarada Alonso Hernandez Portocarrero, y á unos cuantos españoles encargados de tripular el buque.

A pesar de los triunfos que hasta entonces habian conseguido, la envidia que se despertó en su alma al ver que otros más felices que ellos iban á volver á la madre pátria, los desanimó en alto grado y los predispuso para seguir una vez más las malévolas indicaciones de los amigos de Velazquez que acompañaban á Hernan Cortés.

[redacted]

II.

—¡Dios sabe si Montejo cumplirá el encargo que le han dado!—decian algunos de estos.

—Lo más probable,—añadian otros,—es que se guarden él y sus compañeros el oro y las joyas que llevan, que lleguen á algun puerto de Italia, que truequen por monedas su tesoro, y que repartiéndose el producto de la venta, pasen el resto de sus dias regaladamente.

III.

El descontento se apoderó de los ánimos.

Los más adictos á Velazquez creyeron que aquella era una ocasion muy oportuna para prestarle un señalado servicio, y comenzaron á tramar una conjuracion.

Al principio combinaron el plan Ordaz y Velazquez de Leon.

IV.

—Sin duda alguna,—se dijeron,—Motezuma se dispone á salir á nuestro encuentro para derrotarnos.

—Antes que sufrir este descalabro, para evitarle debemos renunciar á una conquista imposible, apoderarnos de los buques y regresar á Santiago de Cuba.

—Si los soldados nos siguen, nada más fácil que obligar á Hernan Cortés á tomar esta determinacion.

—Serán inútiles cuantos esfuerzos hagamos á este fin. Yo, por mi parte, prescindiria de Hernan Cortés y de los que quieren quedarse á su lado. Lo que conviene es reunir el mayor número posible de adhesiones á nuestro plan, tenerlo todo preparado, apoderarnos de los buques que necesitemos, dejar uno ó dos para los que se queden, y partir sin despertar siquiera la más leve sospecha en nuestro jefe.

V.

Con cautela fueron ganando voluntades, y cuando ya estaban comprometidos en la conjuracion unos ciento, señalaron el dia en que debian verificar aquel acto de insubordinacion, á cuyo fin hicieron con el mayor sigilo todos los preparativos para darse á la vela.

Debian salir al puerto al amanecer.

Algunas horas antes los cien conjurados hablarian cada cual á uno ó dos de sus compañeros y los arrastrarian, para que cuando se apercibiera Hernan Cortés de la conspiracion careciese de los medios necesarios para evitarla.

VI.

Hernan Cortés y los hombres que le eran leales ni se apercibieron de lo que pasaba.

[redacted]

Los conjurados, temerosos de que sus compañeros no les siguiesen y los denunciaran, desobedecieron las órdenes de los jefes de la conjuracion, y en la noche que precedió al dia en que debian darse á la vela, en vez de perder el tiempo catequizando á sus camaradas, se dirigieron á bordo del navío con cuyo piloto contaban.

VII.

Uno de los conjurados, llamado Bernardino de Coria, se arrepintió.

No fué él el único de los que faltaron á su palabra.

Pero no satisfecho con renunciar á cometer un acto tan flagrante de deslealtad, verdaderamente contrito, creyó de su deber anunciar á Hernan Cortés lo que pasaba.

VIII.

Serian las nueve de la noche cuando llegó á la tienda del caudillo.

Conducido á su presencia:

—Necesito hablaros á solas,—le dijo.

Hernan Cortés dispuso que se retirasen las personas que le acompañaban.

IX.

Apenas estuvieron sin testigos, Bernardino de Coria cayó á los piés del capitan.

—Perdonadme, señor,—le dijo;—por un momento he sido criminal y merezco vuestro castigo. Pero mi arrepentimiento es grande, y aunque me someto al fallo de vuestra justicia, necesito deciros lo que pasa.

X.

Hernan Cortés no pudo ménos de asombrarse, en presencia de la actitud de aquel hombre.

—Habla,—exclamó;—¿qué ocurre?

—En este instante están embarcándose gran número de soldados, que aprovechándose de vuestra ignorancia en sus planes, se proponen abandonaros mañana para volver á Santiago de Cuba.

—Eso no puede ser...

—Os lo juro.

—¿Cómo lo sabeis?

—Yo he sido uno de los que cedieron á las insinuaciones de los que han tramado la intriga. Pero en el momento de ir á embarcarme, he comprendido la infamia que iba á acometer, y he venido á deciros lo que pasa, entregándome á discrecion para que me impongais el castigo que merezca.

XI.

Orgaz y Velázquez de Leon tuvieron buen cuidado de no aparecer como jefes de la conjuracion.

Así es que Bernardino de Coria y algunos otros atribuian la iniciativa de aquel acto, en primer lugar al licenciado Juan Diaz, y despues á dos soldados que en otras ocasiones habian manifestado grandes deseos de regresar á Cuba, y al piloto del navío en donde habian empezado á embarcarse los conjurados.

XII.

No bien oyó la delacion Hernan Cortés, mandó llamar á los capitanes, y dispuso que fueran sorprendidos y capturados los que tan criminal tentativa iban á llevar á cabo.

No queriendo privarse del concurso de los capitanes, y por otra parte, deseoso de evitar á sus soldados el espectáculo del castigo de un sacerdote, hizo caso omiso de la culpabilidad que recaia sobre el licenciado Juan Diaz y los capitanes amigos de Velazquez.

Pero necesitaba dar un ejemplar castigo, y como siempre, pagaron los más débiles.

XIII.

Sorprendidos los sediciosos, fueron aprisionados y sujetos al fallo de un tribunal que nombró inmediatamente Hernan Cortés para que sustanciase la causa.

Los dos soldados instigadores fueron condenados á muerte.

El piloto del navío que debia realizar los proyectos de los conjurados, fué condenado á una pena cruel.

Hernan Cortés ordenó que le cortasen un pié.

XIV.

Sofocada de aquel modo la rebelion, mandó que al dia siguiente se ejecutase la sentencia.

Los dos soldados murieron en la horca.

El piloto sufrió la mutilacion.

XV.

Inmenso fué el pesar que experimentó Hernan Cortés.

Pero para sacar á salvo su prestigio, necesitaba emplear aquellas bárbaras medidas.

[redacted]

No quiso presenciar la ejecucion, y mientras que en Vera Cruz tenia lugar el suplicio de aquellos desgraciados, se dirigió á Zempoala.

Algunos capitanes quisieron acompañarle.

Marina misma, que leia en sus ojos la tristeza de su alma, quiso ir en su compañía para destruir su pena.

Hernan Cortés prefirió la soledad.

XVI.

En efecto; necesitaba verse aislado para abarcar por completo su situacion, medir los peligros que le rodeaban, y buscar una solucion al problema de su porvenir.

Partió solo por el camino que conducia á Zempoala, y al mismo tiempo que avanzaba á través de los bosques, meditaba sobre su presente y sobre su por venir.

XVII.

—No hay duda,—se decia;—las cosas han llegado á tal extremo, que Motezuma intentará darme una batalla para ver si consigue vencerme.

Yo no puedo rechazar el reto, porque de esa primera lucha depende la conquista de este imperio.

La Providencia me ha favorecido, y los enemi-

gos de Motezuma pueden auxiliar fácilmente mis propósitos.

Tengo fé y confianza en mis fuerzas.

Pero ¿qué es un hombre sólo, si pierde ante sus soldados el prestigio?

Que están cansados, que desean volver atrás, que les importa poco abandonarme, pruébanlo las repetidas tentativas que han hecho para huir de mi lado.

Y sin embargo, yo no debo, no puedo consentir que en esta situacion, estando á punto de realizar mis esperanzas, me falte su concurso.

Como general, podria buscar infinitos medios de defensa, utilizando los muchos que me proporcionan los enemigos de Motezuma; podria, para sacar partido de mi pequeño ejército, fundar poblaciones, fortificarlas.

Pero ¿qué es esto? La lucha que yo debo sostener aquí no debe parecerse á ninguna otra. La fé es la que ha de darme el triunfo; si no combatimos con fé, nuestra derrota es segura.

¿Qué haré yo para levantar el espíritu de mis soldados? ¿Qué estímulo emplearé para obligarles á avanzar?

Y dominado por este deseo, pidió á su imaginacion una idea salvadora sin encontrarla.

XVIII.

—¡Ah!—exclamaba.—A éstas horas me llamarán

cruel mis soldados, porque ven perecer á sus compañeros.

Era necesario un castigo ejemplar.

No hay que ceder á la piedad.

La lástima debilita las fuerzas del soldado.

¡Si yo encontrase un medio de aparecer á sus ojos grande, heróico! ¡Si pudiera hacerles olvidar con algun acto sublime el horror de que estará poseida su alma despues de haber visto perecer á sus compañeros!...

XIX.

Permaneció estático algun tiempo.

De pronto se animó su fisonomía.

Brilló en sus ojos el fuego de la inspiracion.

—Sí, sí,—exclamó;—debo llevar á cabo este pensamiento; es mi única salvacion; puede ser mi mayor timbre de gloria.

XX.

Y volviéndose al campamento, llegó cuando las sombras de la noche ocultaban á los despavoridos indios los flotantes cadáveres de los ajusticiados.

Capitulo LXXXI.

El amor y el peligro.

I.

Hernan Cortés no quiso ver á nadie aquella noche.

Hasta con Marina se mostró reservado y desdeñoso.

Muy temprano se retiró á su lecho.

Su sueño fué agitado.

Una hora escasa dormiria.

La lucha que sostenia su espíritu le despertó, y no le dejó volver á conciliar el sueño.

El acto que iba á ejecutar era en extremo arriesgado.

Iba á jugar el todo por el todo.

II.

Marina, que habia leido en sus ojos la agitacion de su espíritu no durmió tampoco.

[redacted]

Le amaba demasiado para no preocuparse vivamente de su situacion.

III.

A las altas horas de la noche entró en la habitacion del caudillo.

—Sufres, Hernan,—le dijo,—y yo no puedo vivir tranquila mientras tú padeces. Habla, que yo sea como siempre digna depositaria de tu confianza, que yo endulce tu pena, que yo sufra contigo si es preciso sufrir.

IV.

—Marina,—exclamó Hernan Cortés,—no sé qué tienes para mí; pero sólo tu vista reanima mi espíritu y renueva mi fé.

Sufro, sí, ¿para qué ocultarlo? Sufro por que he soñado la gloria de conquistar el imperio de Méjico, y quiero á toda costa realizar ese sueño.

Pero ¿qué es la voluntad de un hombre sólo, por heroismo que sienta en su alma? ¿Qué puedo hacer, si mis soldados me abandonan?

—Despues de lo que ha sucedido, están aterrorizados.

—Lo comprendo; pero no tenia más remedio que castigar á los culpables, y he obedecido á una imperiosa necesidad.

—Hoy los dominas por el terror.

—Por el prestigio querria dominarlos. ¿Tú me amas, no es verdad?

—¿Puedes dudarlo, Hernan? Lo que yo siento hácia tí no es amor, es algo más; es una idolatría. No sé qué influencia ejerces sobre mí; pero sí que solo siendo tú esclava, puedo ser dichosa.

V.

—¿Crees tú posible,—repuso Hernan Cortés,—que despertado de nuevo en mis soldados el espíritu guerrero que les ha animado hasta ahora, podré llegar á Méjico y apoderarme de la ciudad? ¿Crees tú que los amigos de Motezuma me ayudarán en esta empresa?

—Mi corazon me dice que has nacido para ser rey de toda mi raza.

—No te engañan las ilusiones.

—Es un presentimiento.

—Pues bien; no vacilo más: cúmplase mi suerte. ¿Estás dispuesta ayudarme como hasta ahora?

—Y á morir por tí si es preciso.

VI.

—Pues bien,—prosiguió el caudillo;—mañana no tendrán mis soldados más remedio que seguirme. Yo avanzaré hasta encontrarme frente á frente del ejército de Motezuma.

[redacted]

Empieza á amanecer. No me fio de ninguno de los capitanes que salieron conmigo de Santiago de Cuba.

No me fio tampoco de Saucedo; pero no sé por qué me inspira simpatías y confianza Luis María, ese jóven que acaba de llegar con Saucedo, y que tanto afecto me ha demostrado.

—Ese será leal.

—Pues bien; haz que le llamen, que venga en seguida. Quiero hablarle, y muy pronto sabrás cuál es mi resolucion.

VII.

Marina obedeció.

Poco despues se presentó Luis María á Hernan Cortés, y este, despues de hablarle al alma, despues de convencerse de su adhesion y de su energía para cumplir sus órdenes, le comunicó su pensamiento.

VIII.

Luis María buscó á los pilotos y marineros que cuidaban de los navíos que habia en el puerto.

Con dádivas y amenazas logró ponerlos de su parte.

Los pilotos y los marineros obedecieron al pié de la letra las instrucciones que habian recibido.

IX.

Hernan Cortés abandonó su palacio.

El sentimiento religioso latia en su pecho.

La fé iluminaba su alma.

La sangre ardia en sus venas.

La ambicion de gloria le avasallaba.

Inmediatamente mandó que su ejército se reuniese en la playa.

Una vez formado delante de los navíos, partió solo en un bote á recorrer las embarcaciones.

X.

Los capitanes y los soldados observaban con creciente interés sus movimientos.

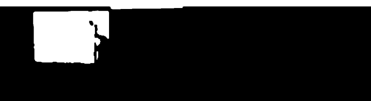
Despues de reunir en una carabela á los pilotos y de hablarles, volvió á la playa.

Un instante despues los esquifes de sus embarcaciones se acercaron á la orilla con velámen y aparejos de los buques.

XI.

—¿Qué significa esto?—preguntaron los más osados.

—Esperad,—respondió Hernan Cortés.





HERNAN CORTÉS.—Manda barrenar las naves.

[redacted]

La ansiedad era inmensa.

Las once naves que habia en el puerto comenzaron á sumergirse en el agua.

—¡Hablad... hablad!—gritaron todos.—¿Qué significa eso?

—Eso significa,—respondió Cortés,—que he mandado barrenar las naves, que muy en breve se habrán sumido en el abismo; que no podeis huir, y no os queda otro remedio que triunfar ó morir (D).

XII.

Al asombro sucedió la admiracion.

Cortés les pareció un hombre sobrenatural.

—Guiadnos al combate,—gritaron todos.

XIII.

Y con aquel sublime acto de heróico valor, continuó con nuevo brío la conquista del vasto imperio de Méjico.

Capítulo LXXXII.

Llegada de nuevos españoles á Vera Cruz.

I.

Es indefinible el prestigio que ejercè el valor sobre las masas.

Que un soldado, desde las últimas filas, dominado por el valor, llegue en breve término á la primera jerarquía del ejército; que desde este puesto continúe jugando á cada instante su vida, y no habrá uno sólo de los que estén á sus órdenes que no le admire, que no le haga olvidar ante la grandeza con que aparece á sus ojos la influencia de su pasado.

II.

La medida que acababa de tomar Hernan Cortés,

[redacted]

condenándose á vivir en aquel país, obligándose á conquistarle ó á perecer con todos sus compañeros, infundió tal ánimo en los españoles, que no ya los soldados, que siempre se dejan dominar por el prestigio del valor, sino los capitanes ménos adictos á la persona de Hernan Cortés, se resolvieron á seguir adelante en la empresa, y á no volver atrás, sino con el auxilio de los conquistadores.

III.

Conoció el valiente caudillo que convenia á su intento aprovechar aquella reaccion de entusiasmo para acelerar su marcha hácia Méjico.

Inmediatamente reunió á sus soldados en Zempoala.

Allí volvió á contarlos, y vió que tenia quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería.

No podia dejar abandonada la ciudad de Vera Cruz, y nombró á Juan de Escalante gobernador de ella, poniendo á sus órdenes cuatrocientos cincuenta hombres para que defendiesen la colonia de cualquiera invasion, y mantuviesen la amistad que con los habitantes de aquel país habian hecho los españoles.

IV.

Dispuesto todo para su marcha, convocó á los caciques de las provincias cercanas, y les encargó que

respetasen á Juan de Escalante y á sus soldados, que le facilitasen víveres, y que le prestasen todos cuantos servicios les exigiera.

Estas medidas tenian por objeto poner á Juan de Escalante en situacion, no sólo de defenderse de los soldados de Motezuma, si por casualidad lo atacaban, sino de cualquiera invasion de españoles.

V.

De un momento á otro esperaba Hernan Cortés que Velazquez saliera de la indiferencia y del abandono que aparentaba para con él, y enviase gente con el objeto de someterle á su obediencia.

En uno ú otro caso, convenia á Hernan Cortés estar prevenido y contrarestar el empuje de cualquiera de estos adversarios.

VI.

La actitud de los caciques no podia ser más favorable á sus intentos.

Todos estaban muy satisfechos de su amistad con el jefe de los españoles; no dudaban de que mientras les amparase no se atreverian los mejicanos á avasallarlos, y estaban muy resueltos á sacrificarlo todo por auxiliar á su protector.

VII.

El cacique de Zempoala, despues de asegurar á Hernan Cortés que obedeceria sus órdenes, puso á su disposicion doscientos tamenes, ó indios de carga, y gran número de soldados indios.

VIII.

Hernan Cortés eligió entre todos cuatrocientos hombres.

Pidió además al cacique cuatrocientos indios de los más nobles de su provincia, pretextando que deseaba llevarlos á su lado para que en todas partes pudieran atestiguar la amistad que le unia con los indios de aquella sierra.

Su principal objeto era asegurarse por este medio de que los zempoales no atentarian contra la seguridad de los españoles, porque podrian estos vengar cualquier desacato en los personajes que llevaban en rehenes.

IX.

Los soldados, con sus jefes, se despidieron de los que quedaban al mando de Juan de Escalante, y pernoctaron en Zempoala.

Al dia siguiente de madrugada iban á ponerse en marcha, cuando llegó un emisario de Juan de Escalante á conferenciar con Hernan Cortés.

Avisaba el gobernador de Vera Cruz que habia descubierto en la costa algunos navios españoles, que no habian querido admitir plática, á pesar de haberles hecho señales de paz.

X.

Sus presentimientos se habian realizado.

—Anunciad al gobernador que voy en seguida á Vera Cruz,—dijo al emisario.

Y buscó á Marina para participarle lo que pasaba.

No podia hablarla á solas.

Hallábase cerca de ella Pedro de Alvarado.

XI.

Hernan Cortés comunicó lo que pasaba á este último, y le encargó el mando del ejército durante su ausencia, dándole por auxiliar á Luciano de Sandoval.

Una alegría siniestra brilló en el rostro de Pedro de Alvarado.

XII.

Marina quiso acompañar á Hernan Cortés.

El caudillo no accedió á sus ruegos.

Por el contrario; la confió al cuidado de Pedro de Alvarado.

Inmediatamente se puso en marcha para Vera Cruz.

XIII.

Alvarado quedó dueño del ejército y de Marina.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores qué ideas cruzaron por su imaginacion.

Sigamos á Hernan Cortés.

XIV.

Al llegar á Vera Cruz se dirigió á la costa con Juan de Escalante y algunos soldados, é hizo señal á uno de los navíos que se descubrian para que enviasen gente á la playa.

Poco despues llegaron cuatro españoles, y acercándose con el mayor respeto, le manifestaron que iban en su busca.

XV.

—¿Cuál es el objeto de vuestra venida?

—Yo,—dijo uno de ellos,—soy escribano, y los que me acompañan son testigos.

Venimos, pues, á haceros una notificacion en

nombre del capitan de la escuadra que nos ha dirigido aquí.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Francisco de Garay.

—No me es desconocido ese nombre.

—Como que es el del gobernador de la isla de Jamaica.

—Sea por muchos años.

XVI.

—Ha recibido órden del rey para descubrir y poblar los países que tenga por conveniente,—continuó el escribano.

Con este objeto ha fletado tres navíos, en los cuales navegan doscientos setenta españoles á las órdenes del capitan Alonso de Pinedo.

El capitan ha tomado posesion de las tierras próximas al rio de Panuco, y se propone establecer una colonia cerca del Naothlan, que está á doce leguas de aquí, y habiendo sabido que os ocupais en conquistar estas tierras, me envia á notificaros sus deseos, y á intimaros que no extendais vuestras poblaciones por el paraje que él ha elegido.

XVII.

—Perdonad,—exclamó Hernan Cortés,—que no reconozca en vos derecho alguno para hacerme semejante intimacion.

[redacted]

La justicia nada tiene que hacer aquí.

El capitan Alonso de Pinedo y yo somos vasallos de un mismo rey.

Todo lo que de mí necesite puede pedirlo, y por mi parte creo que es igual obligacion en él servirme en lo que le ruegue.

—Teneis mucha razon; pero mi deber es notificaros la resolucion del capitan Pinedo, y así lo haré. Servíos acusarme el recibo.

—Siento que insistais tanto en desobedecerme.

—El deber es lo primero.

—Pues bien; en ese caso, ya que no quereis ir á llamar á vuestro capitan para que hable conmigo, pensemos en los medios para que él venga.

—No vendrá.

—En ese caso, os quedareis aquí, porque voy á prenderos del mismo modo que á los que os acompañan.

—Eso es un atentado.

—Juzgad como querais.

XVIII.

Y haciendo una señal á Escalante, se apoderó del escribano y de los testigos.

Ocultáronlos con el objeto de que el capitan Pinedo, notando la tardanza de su enviado, y no viéndole en la costa, fuese en su busca.

XIX.

Su deseo no tuvo resultado.

Pero queria á toda costa que desembarcasen los españoles para unirlos á su ejército, y pensó en una extratagema.

Dispuso que los trajes del escribano y de sus compañeros sirviesen para disfrazar á cuatro de sus soldados, á los cuales envió á la playa, mandándoles hacer señales á los buques para que el capitan se trasladase con algunos.

XX.

Esto surtió mejor efecto.

No tardaron en llegar á la playa catorce hombres armados con arcabuces y ballestas.

Los disfrazados, para no ser reconocidos, á medida que se acercaban ellos al esquife, retrocedian.

Cortés tenia emboscados algunos soldados para apoderarse de los enviados del capitan Pinedo.

Estos se detuvieron á bordo del esquife, y sólo tres, más animosos que sus compañeros, saltaron de él.

XXI.

Inmediatamente fueron aprisionados; los demás

se alejaron, y el capitan Pinedo, viendo lo inútil de sus esfuerzos, levó las anclas y se perdió de vista.

Los siete prisioneros, más por necesidad que por virtud, juraron adhesion á Hernan Cortés, que con ellos aumentó sus fuerzas, encaminándose inmediatamente á Zempoala.

XXIII.

El escribano Baltasar Coria no tardó por su gracejo en captarse las simpatías de todos los soldados.

Al ver lo bien que le recibieron, dió por bien empleada su actividad.

XXIII.

Hernan Cortés llegó á tiempo.

Si se hubiera detenido algunas horas, hubiera tenido que castigar á Pedro de Alvarado, malquistándose con los muchos partidarios que aquel capitan tenia entre los hombres que formaban su ejército.

Capitulo LXXXIII.

Un esclavo blanco.

I.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Apenas partió Hernan Cortés adonde le llamaba Juan de Escalante, Pedro de Alvarado buscó á Marina.

—Tú me estás engañando miserablemente,—le dijo.

—¿Por qué me hablas de ese modo?

—Porque estoy convencido de que amas á Hernan Cortés.

—¿Vuelves á mortificarme con tus celos?

—No puedo dominar la pasion que arde en mi pecho. Yo ódio á Cortés por que te ama, y no puedo contener más tiempo la sed de venganza que me devora.

—Yo creia que eras un hombre, y veo que eres un niño.

—Marina, es preciso tomar una resolucion. Hernan Cortés ha ido sólo: preciso es que no vuelva.

Marina se estremeció.

II.

—¿Qué intentas?—preguntó á Alvarado, haciendo un esfuerzo para disimular lo que sentia.

—En un instante de soberbia ha destruido los navíos que podian conducirnos á Cuba. No tenemos más remedio que seguir adelante. Los soldados me obedecerian con el mismo entusiasmo, con la misma lealtad que á él, si una flecha atravesase su corazon. Esa flecha debe partir del arco.

—¿Crees que haya uno sólo entre los que nos acompañan con bastante valor para matar á Hernan Cortés?

—¿Y qué me importa que no lo haya, si yo mismo, emboscándome, puedo cuando regrese destruirle?

—¡Accion digna de un caballero!

—La pasion quita el conocimiento.

—Pero no mata la honra en el pecho de los hombres hidalgos.

III.

—Marina,—exclamó Alvarado,—tú amas á Hernan Cortés.

—No le amo. Ya te he dicho que llegará un dia de venganza para mí, pero no ahora; y te advierto que evitaré, con mi propia vida si es preciso, que antes de que llegue ese dia se atente á la vida de Hernan Cortés.

IV.

—Piensa un instante de lo que seria de nosotros deshaciéndonos de él,—repuso Alvarado.

Los soldados me aclamarian su jefe.

Yo, que soy libre, que no necesito faltar á ningun deber, te haria mi esposa, y juntos avanzaríamos hácia Méjico, seguro yo de poder colocar en tus sienes la corona de Motezuma.

—¿Y el remordimiento?

—Tu amor me haria olvidarle.

—Es inútil que abrigues esos planes.

Yo puedo amar á un hombre digno; pero mi pecho no tendrá más que ódio para un asesino cobarde.

V.

Pedro de Alvarado, en el colmo de la desesperacion, se separó de Marina con ánimo de explorar el espíritu de las tropas y de ver si podia contar con ellas para realizar sus vengativos proyectos.

VI.

Llegó la noche, y Hernan Cortés no volvió.

Algunos capitanes se acercaron á Pedro de Alvarado, que como recordarán nuestros lectores, habia sucedido en el mando á Hernan Cortés.

VII.

—Mucho tarda nuestro jefe,—dijo uno de ellos.

—Ha hecho mal en ir solo,—añadian otros.

—No hay enemigos por estas cercanías.

—Pero de todos modos, no es prudente andar solo á deshora á través de los bosques.

—La imaginacion es el mayor enemigo que tiene el hombre,—dijo Pedro de Alvarado.

Ninguno de nosotros, y yo ménos que nadie, puede dudar del valor, de la energía y de la ambicion de gloria que tiene Hernan Cortés; y sin embargo, al ver que tarda, han cruzado por mi mente unas ideas...

—Habla.

—Son absurdos.

—¿Qué importa?

—Vinieron á anunciarle la llegada al puerto de algunos navíos españoles.

—Cierto.

—¿Y quién nos dice que no han venido á bordo de esos navíos emisarios de Velazquez con fuerzas suficientes para apoderarse de nuestro jefe?

—Eso seria horrible.

VIII.

—Para ese caso,—advirtió uno de ellos,—no estaba solo. Escalante tiene ciento cincuenta hombres.

—¿Y si han desembarcado trescientos ó cuatrocientos?

—Nos poneis en cuidado.

—No hay que alarmarse. Si tal hubiera sucedido, hubiera enviado á pedir refuerzos.

—No es hombre Hernan Cortés que se deje sorprender así como así. Pero otra de las ideas que me han asaltado, es más horrible aún.

—¡Qué negro lo veis todo!

—Figuraos, amigos, que he visto esconderse entre los árboles del bosque á los soldados españoles que han desembarcado, que Hernan Cortés ha vuelto solo, que en medio del camino han salido á su encuentro los adversarios, y le han hecho pedazos.

—No es posible pensar tal cosa.

IX.

—Así lo creo,—continuó Alvarado;—pero en la uerra todo está permitido, y aunque yo califico co-

[redacted]

mo vos de irrealizable tan fatídica idea, no puedo ménos de pensar en nuestra situacion si llegara á faltarnos nuestro jefe.

—Decididamente estais triste esta nòche.

—Nunca hemos pensado sobre eso, y debemos pensar. El refran dice que hombre prevenido vale por ciento.

—Si ese caso llegara, no nos faltaria un jefe.

—Vos mismo, que habeis sido designado por Hernan Cortés, podríais reemplazarle, podríais conducirnos al triunfo.

Todos asintieron.

X.

Estas manifestaciones halagaron á Pedro de Alvarado, y procurando cambiar de conversacion, se separó poco despues de sus camaradas.

La sed de venganza, de ambicion, que acababa de despertarse en su alma, le incitaron á armarse de una ballesta y á dirigirse al bosque por donde debia llegar Hernan Cortés.

XI.

La noche estaba muy oscura.

Oculto detrás de un árbol aguardó largo tiempo.

Al fin vió una sombra que avanzaba hácia Zempoala.

La flecha partió, y un poderoso gemido interrumpió el silencio de la noche.

Ebrio de gozo por haber consumado su venganza, volvió á Zempoala.

XII.

Los capitanes y la mayor parte de los soldados dormian.

Los centinelas, reconociéndole, le abrieron paso.

Pedro de Alvarado fué directamente á la casa en donde se albergaban Hernan Cortés y Marina.

Creyendo sola á la última, entró hasta su aposento.

Al entrar se detuvo aterrado.

XIII.

—Celebro veros, capitan,—le dijo Hernan Cortés, que estaba al lado de la india.

Alvarado tuvo que hacer un gran esfuerzo para reponerse.

Despues de comunicarle Hernan Cortés lo que habia sucedido:

XIV.

—Animad á los soldados para continuar la marcha.

Necesitamos avanzar: nuestros enemigos de España nos perseguirán sin descanso.

XV.

Al dia siguiente se supo que un indio habia sido muerto en el bosque por una ballesta.

Aquel indio era un emisario que habia enviado Marina á Hernan Cortés para prevenirle que tornase pronto.

Un español habia sido su asesino.

¿Quién era?

Hernan Cortés aseguró que el infame que habia cometido aquel atentado, pagaria con su vida tan villana accion.

XVI.

Por más indagaciones que se hicieron, no fué posible encontrar al culpable.

—Yo sé quién es el asesino,—dijo Marina en voz baja á Pedro de Alvarado.

—¡Silencio!—dijo este, estremeciéndose.—No me descubras y seré tu esclavo.

En efecto; desde aquel instante Marina le dominó por completo.

Capítulo LXXXIV.

El ejército se pone en marcha.

I.

El ejército, perfectamente organizado por su jefe, se puso en marcha.

Los españoles, guiados por indios conocedores del terreno, iban delante.

Formaban la retaguardia los indios de Zempoala, mandados por tres guerreros de los más distinguidos entre ellos, llamados Mamejí, Tamelli y Thenche.

Los tres eran caciques de otras tantas tríbus de la Serranía, muy acreditados por su valor, muy enemigos de Motezuma, y por lo tanto muy dispuestos á pelear al lado de los españoles.

II.

Los tamenes ó indios de carga más robustos se

[redacted]

encargaron de conducir la artillería, y los demás el bagaje de los españoles.

Antes de partir habló de nuevo Hernan Cortés á sus soldados.

III.

—Ya veis,—les dijo,—que es imposible volver atrás.

Es necesario morir ó vencer.

Grandes trabajos no esperan.

Cada uno de nosotros tiene que luchar contra ciento.

La Providencia nos acompañará y nos dará fuerzas para resistir el empuje de nuestros enemigos.

IV.

Haciendo todos de necesidad virtud, se mostraron dispuestos á arrostrar toda clase de penalidades, y el ejército se puso en marcha.

En Jalapa, en Socochima y en Texucla fueron objeto de gran curiosidad y de no escasas muestras de afecto.

V.

Habia cundido la voz del inmenso poder de aquellos hombres, y la curiosidad por una parte, y por otra la esperanza de que los librarian de ser tribu-

tarios del emperador Motezuma, hacia á los habitantes de aquella comarca mirar con verdadero cariño á los soldados españoles.

Agasajáronlos; muchos indios de estas ciudades se unieron al Estado mayor de Hernan Cortés; las insinuaciones de este bastaron para quebrantar en gran manera la fé que tenian en sus ídolos; y todo hacia creer que en caso de sufrir una derrota, podrian hallar fuerza los conquistadores en aquellos hombres cuya admiracion despertaban.

VI.

Para asegurar más y más su fidelidad, quiso Hernan Cortés que los misioneros se quedasen en aquellas ciudades para iluminar con el resplandor de la fé el caos de la idolatría.

VII.

Esto no era posible.

Los misioneros no podian abandonar al ejército, y por otra parte, se opusieron á los deseos de Hernan Cortés de dejar en cada una de las ciudades que recorrian una cruz para que la venerasen los indios en símbolo de la Redencion.

Era muy fácil, en el caso de fijar en sus templos la cruz, que hiciesen de ella testigo de los sacrificios que inmolaban en aras de los dioses.

Se renunció á la idea, y Hernan Cortés se contentó con saber que podia contar con la amistad de aquellas tríbus.

VIII.

Dirigiéndose hácia el Mediodía, encontraron una áspera montaña.

Estaba completamente desierta, y las estrechas sendas se hallaban al borde de inmensos precipicios.

IX.

Tres dias emplearon en aquel mal paso, y el trasporte de la artillería fué en extremo difícil.

No era sólo la aspereza de la montaña el obstáculo que tenian que vencer.

Contínuos aguaceros, frios graciales, les atormentaban sin cesar, y las noches fueron horribles para los caminantes.

Lo peor fué que les faltaron víveres.

X.

Hernan Cortés animaba á sus soldados con su ejemplo, y al fin consiguió llegar con ellos á la cumbre de la montaña.

En ella hallaron un adoratorio completamente desierto.

La desesperacion de los soldados creció de punto.

En vano Baltasar de Coria entretenia sus pesares con chascarrillos y cuentos oportunos.

La falta de víveres asustaba á aquellos hombres mucho más que la presencia de un formidable ejército.

XI.

Con los primeros rayos del alba descubrieron en la falda de la montaña que se hallaba á sus piés poblaciones muy próximas y valles cubiertos de verdura.

Allí comenzaba el departamento de Zocotlan, provincia dilatada y populosa.

XII.

Para que recobraran las fuerzas los soldados, dispuso Hernan Cortés que algunos indios fuesen en nombre suyo á buscar provisiones á los pueblos más próximos.

Volvieron con víveres, y al dia siguiente comenzó el ejército á bajar la montaña.

Hizo el caudillo que los tres capitanes de los indios, acompañados de algunos de sus soldados, se dirigiesen á la ciudad donde residia el cacique del valle de Zocotlan.

Siguióles el ejército, y no tardaron los que formaban la vanguardia en descubrir una gran pobla-

cion, llena de elevadas torres y de suntuosos edificios.

XIII.

Uno de los soldados que acompañaban á Hernan Cortés, de nacion portuguesa, comparó aquella poblacion á Castellblanco.

Los españoles adoptaron este nombre provisional para denominarla.

XIV.

Avanzaron las tropas, y pronto supieron por los capitanes indios que el cacique de Zocotlan, informado de su llegada, se disponia á salir á recibirlos.

No tardó en cumplir su promesa Olinteth, que asi se llamaba el cacique, saliendo al encuentro de los españoles con afectada amistad.

XV.

En efecto: la noticia de su llegada no habia sido nada agradable para él.

Pero tenia noticias del poderío de aquellos hombres, y para no irritarlos, quiso cumplir con ellos.

XVI.

No se ocultó, sin embargo, á Hernan Cortés la frialdad de la acogida.

No faltaron algunos entre los españoles que quisieran castigar aquel desvío.

Hernan Cortés procuró apaciguarlos.

Aceptó el ceremonioso trato que le dispensó Olinteth, y se propuso cuanto antes confirmar la creencia que tenia de sus fuerzas, para proseguir con más éxito su marcha á Méjico.

Capítulo LXXXV.

Zocotlan.

I.

Zocotlan se diferenciaba mucho de las provincias que anteriormente habian recorrido los españoles.

Allí empezaba á notarse la civilizacion del imperio de Méjico.

Los edificios eran más regulares y más cómodos.

El comercio y la industria tenian alguna vida.

Las calles estaban más deslindadas.

En una palabra, Zocotlan reflejaba algo de la grandiosa idea que se habian formado los españoles de Méjico.

II.

El cacique habitaba en su palacio.

Tenia en torno suyo, como primeros servidores, á sus parientes.

Gran número de criados formaban su cohorte.

III.

Olinteth era un hombre de unos cincuenta años.

Señor de muchos pueblos, que eran los que formaban el valle de Zocotlan, habia logrado, más que por su valor, por su talento, por su tacto para gobernar, ser objeto de la veneracion de todos sus habitantes.

IV.

Aunque ajeno por carácter á las luchas del imperio, como era poderoso, Motezuma habia procurado ponerle de su parte, y en vez de someterle á pagar tributos, en vez de esclavizarle como á los caciques de Zempoala y de Zimpacingo, le habia tratado con consideracion, no le habia pedido más que atenciones amistosas para con sus soldados al atravesar por sus provincias para ir á conquistar las tribus del confin del imperio.

Tenia, pues, Olinteth una gran idea del emperador, y aunque sabia los triunfos alcanzados por los españoles, no se presentó á ellos con la humildad de los caciques de la Serranía.

Por el contrario; trató á Hernan Cortés de igual

[redacted]

á igual, y disfrazó el temor con las formas de la etiquéta y de la galantería.

V.

Despues de hospedar en una de las mejores casas de la ciudad á Hernan Cortés y á sus capitanes, y de dar órden á sus vasallos para que agasajasen á los soldados, al dia siguiente de la llegada de los españoles fué á visitar con toda solemnidad á Hernan Cortés.

Espléndidamente ataviado, seguido de una cohorte numerosa, llegó á la morada del caudillo.

VI.

Prevenido como estaba este de antemano, se presentó tambien á sus ojos con sus mejores galas y acompañado de su Estado mayor.

Despues de saludarse ambos personajes, quiso explorar Hernan Cortés el ánimo del cacique, y para ver si era tambien enemigo de Motezuma, le habló de esta manera:

VII.

—¿Sois súbdito del emperador de Méjico?

—¿Hay alguno, por ventura, en la tierra que no

sea esclavo de Motezuma?—contestó vivamente Olinteth.

Al pronto se indignó el caudillo español.

Pero para dominarse, añadió con gran calma:

—Poco sabeis del mundo, toda vez que ignorais que todos cuantos me acompañan y yo somos vasallos de un rey muy poderoso, de quien son súbditos personajes más ilustres que el mismo Motezuma.

VIII.

Tambien Olinteth supo dominarse.

—No tengo motivo para dudar de vuestro poder,—exclamó.—Pero permitidme al ménos creer que Motezuma es el príncipe más poderoso de cuantos estados conocemos los que aquí vivimos.

No hay, no puede haber un monarca que impere en mayor número de provincias.

No hay, no puede haber un soberano que viva en una sociedad más grandiosa que la que habita Motezuma.

Cuanto de fatuoso puede ofrecerse al deseo del hombre, allí se encierra.

No hay riquezas comparables á las que él posee.

No hay monarca, ni puede háberle, que disponga de ejércitos más numerosos que los suyos.

No hay pueblos más desgraciados que los que no le acatan y veneran; porque es tan grande su poder, que los rebeldes, no sólo no disfrutan de los benefi-

[redacted]

cios que dispensa á sus vasallos, sino que cada dia son inmolados en aras de sus dioses.

¿Qué dominio no ejercerá en el mundo, cuando no hay año que no perezcan veinte mil esclavos á los piés de sus ídolos?

El caudillo dejó dibujar en su rostro una sonrisa.

IX.

—Por todas esas causas,—respondió,—es inferior, muy inferior á cualquiera de los reyes del mundo en donde nosotros hemos nacido, y de donde venimos.

No ignoro las grandezas del imperio ni las maravillas de la ciudad en donde habita Motezuma, y bien podeis creer que si no tuviera á mis ojos la importancia que tiene, ni yo ni mis soldados habríamos venido de luengas tierras á buscar su amistad; porque tenedlo entendido: no es el deseo de arrrebatarle sus riquezas, ni de disminuir su importancia el que aquí nos trae. Tenemos una mision más alta que cumplir.

Venimos en nombre de la paz; pero no quiere decir esto que temamos la guerra. El más insignificante de mis soldados bastaria para contrarestar el empuje de un ejército de Motezuma.

Así pues, sin provocacion de vuestro monarca no haré nunca armas contra él.

Pero si por acaso no comprendiese los buenos de-

seos que nos animan, si tratase de rechazar la amistad que vengo á ofrecerle, la destruccion de toda su grandeza seria obra de un instante.

Todos cuantos obstáculos opusiera á mis designios desaparecerian ante la fuerza de voluntad de mis guerreros.

El cielo me ayudaria con sus rayos, porque sabedlo de una vez para siempre: vengo á borrar vuestra nefanda religion, vengo á poner término á esos horribles sacrificios que haceis en aras de vuestros dioses; esos sacrificios de que hablais como un timbre de grandeza.

Sólo á este precio obtendrá Motezuma la amistad de mi rey y mi apoyo.

X.

Olinteth no se atrevió á replicar.

La energía con que hablaba Hernan Cortés le hizo comprender que provocaria una guerra sangrienta cualquiera protesta de su parte.

Se retiró humildemente, y cuando Hernan Cortés estuvo solo con sus capitanes y soldados:

XI.

—No temais,—dijo,—aunque encontremos á nuestro paso caciques poderosos, que como el de esta ciudad sean partidarios de Motezuma.

[redacted]

Lo que nosotros buscamos son dificultades y riquezas.

Venciendo obstáculos se adquiere fama.

De las riquezas viene la fortuna.

XII.

Estas palabras infundieron aliento á los españoles, y la actitud que todos tomaron intimidó al intérprete y á sus vasallos.

XIII.

El cacique varió por completo de aspecto.

Agasajó á los españoles, y procurando rehuir toda conversacion sobre Motezuma, aspiró á presentarse como neutral en aquella cuestion á los ojos de Hernan Cortés.

Para él, aquellos hombres, que á pesar de lo que habian oido decir de Motezuma, se atrevian á desafiar sus iras, eran séres sobrenaturales.

Por otra parte, el desprecio que hacian de los dioses de los indios le amedrentó más, y si no amigo de corazon, no tardó en hacerse amigo en la apariencia de aquellos hombres.

XIV.

Los soldados del caudillo eran objeto de gran curiosidad.

Sus armas, sus tropas, los caballos que llevaban, la facilidad y la energía con que los manejaban, la repugnancia que demostraban hácia los sacrificios humanos, todo aquello hacia creer á los indios de Zocotlan que los españoles eran hombres superiores á los de su raza.

XV.

Cinco dias permanecieron en Zocotlan los españoles.

Olinteth les ofreció antes de partir cuatro esclavos para que amasasen el pan de cazabe que habia de servir á la manutencion de los españoles, y además puso á sus órdenes veinte indios, hijos de las más nobles familias de la ciudad, para que guiaran al ejército.

XVI.

Cortés, que no queria perder fuerza luchando con aquel cacique, para mostrarse más amigo suyo, le consultó sobre el camino que deberia seguir.

Dos eran los que podian abrirle paso á la capital de Méjico.

El uno conducia á la provincia de Cholula.

El otro á la de Tlascala.

Olinteth aconsejó á Hernan Cortés que eligiese el primero.

XVII.

—Cholula es una ciudad pacífica.

Los habitantes son en su mayor parte mercaderes, y os agasajarán seguramente.

Tlascala es una provincia belicosa: siempre está en guerra.

Sus habitantes son muy sanguinarios, y de seguro os obligarán á pelear con ellos.

XVIII.

Los jefes indios de la retaguardia del ejército manifestaron á Hernan Cortés que no debia seguir el consejo de Olinteth.

Los de Tlascala estaban unidos por lazos de amistad y de interés con los zempoales y totonaques.

Indómitos por carácter, se hallaban en guerra continuamente con Motezuma, y podian fiarse mejor de ellos que de los de Cholula.

XIX.

Hernan Cortés consultó á Marina, y esta creyó el consejo provechoso.

Entonces el caudillo se despidió de Olinteth.

XX.

—Me habeis asegurado,—le dijo,—que en Tlascala puedo encontrar peligros que vencer, y como los peligros no me intimidan, elijo ese camino.

El ejército se puso en marcha hácia Tlascala.

[redacted]

Capitulo LXXXVI.

Tlascala.

I.

Tlascala era una de las provincias más importantes del imperio de Méjico.

Ocupaba una extension de más de cincuenta leguas.

El terreno era montuoso y desigual.

La mayor parte de las poblaciones se hallaban establecidas en las cumbres de los collados.

II.

Esta provincia habia sido antiguamente un reino; pero la dominacion del monarca duró en ella muy poco tiempo.

La guerra civil les obligó, como una transaccion, á fundar una especie de república, con lo cual sólo consiguieron nombrar muchos reyes para deshacerse de uno solo.

III.

Dividióse el territorio en varias secciones.

Cada una de ellas nombraba un delegado con la mision de residir en Tlascala, donde habia un senado, cuyas resoluciones eran acatadas por todos.

IV.

Este adelanto en la ciencia de gobernar no pudo ménos de asombrar á los españoles.

En esta especie de república, muy semejante á la de Venecia, vivieron largo tiempo, haciendo frente á las ambiciones de los emperadores de Méjico.

V.

Por más esfuerzos que habia hecho Motezuma, nada habia podido lograr.

Aquel Senado, que tenia un soldado en cada ciudadano, y que habia logrado adherir á su partido á los otomíes, tribu bárbara que habitaba á su lado, como

quien dice, habia destruido todos los planes invasores de Motezuma.

Este se habia visto obligado á respetar la autonomía de aquella parte del territorio, llevando su ejército por opuesto lado á la conquista de las provincias que acababan de recorrer los soldados de Hernan Cortés.

VI.

Todas estas noticias las adquirió el caudillo de los españoles por medio de un anciano indio, que celebró una larga conferencia con Marina.

Supo además que los habitantes de Tlascala estaban todos preparados para la guerra, sin poder averiguar la causa de aquella agitacion.

VII.

Despues de abandonar la provincia de Zocotlan, creyó prudente Hernan Cortés detenerse en Xacacingo, á fin de averiguar despacio las causas del movimiento que se notaba en Tlascala y de formular sus planes en cuanto lo averiguase.

Al poco tiempo supo que la actitud de Tlascala era motivada por las tiranías de Motezuma.

VIII.

Nada más favorable á sus designios.

Inmediatamente envió un mensaje al Senado de Tlascala, para que en él se presentasen Marina y Aguilar á pronunciar en su nombre el consabido discurso.

IX.

Instruidos los zempoales que designó, se adornaron con las insignias de embajadores.

Consistian estas en unas mantas de algodon torcido, que colocaban sobre sus hombros y anudaban por los extremos.

En la mano derecha llevaban una saeta larga con plumas en la parte superior.

En el brazo izquierdo una rodela ó escudo hecho con una concha de tortuga.

X.

Los indios conocian el lenguaje simbólico de los colores.

Las plumas rojas en la parte superior de la saeta, anunciaban desde luego una embajada de guerra.

Las blancas indicaban una embajada de paz.

Las insignias bastaban para que fuesen los embajadores indios considerados y respetados en las poblaciones que recorrian; pero les estaba de todo punto prohibido abandonar los caminos reales ó carreteras de las provincias adonde iban.

[redacted]

En cuanto los hallaban fuera de ellos, perdian la inmunidad de que iban revestidos.

XI.

Hé aquí una prueba de que el instinto habia hecho adivinar á los habitantes de aquel país las principales nociones del derecho de gentes.

Adornados, pues, los cuatro zempoales con estos atributos, se pusieron en marcha y llegaron á Tlascala.

XII.

Nuestros lectores no podrán ménos de maravillarse de todas las particularidades que constituian la civilizacion de aquella gente.

En Tlascala habia un palacio, destinado exclusivamente para recibir y alojar á los embajadores que salieran de las tríbus, reinos ó provincias que formaban el imperio de Méjico.

Este palacio era conocido con el nombre de Calpisca.

XIII.

Apenas vieron llegar los de Tlascala á los cuatro zempoales, los condujeron á la morada en donde de-

bian alojarse con el mayor respeto y consideracion, y para el dia siguiente fué convocado el senado.

Esta especie de consejo supremo de los de Tlascala se reunia en un salon inmenso, adornado con taburetes de madera de una sola pieza, á los que daban el nombre de yopales.

Los senadores ocupaban sus asientos por órden de antigüedad.

XIV.

Al llegar los emisarios se levantaron de sus asientos, y los saludaron con las mayores muestras de cortesía.

Segun la costumbre establecida en aquel país, los embajadores levantaron las saetas, y colocaron una parte de los mantos que llevaban sobre su cabeza.

Este era un signo de humildad y sumision.

XV.

Terminada esta ceremonia, avanzaron hasta que entraron en el salon.

Una vez allí, hincaron la rodilla en tierra, y sin levantar los ojos del suelo, aguardaron á que les concedieran el permiso necesario para dirigirles la palabra.

El más antiguo era el que ocupaba el sitio pre-

[redacted]

ferente, ó lo que es lo mismo, el que desempeñaba las funciones presidenciales.

XVI.

—Podeis dar cuenta de vuestra mision,—exclamó el presidente.

Los cuatro zempoales se sentaron en el suelo sobre sus piernas, á la usanza de los árabes.

Uno de ellos pronunció estas palabras, que conserva la historia:

—Noble república, valientes y pudorosos tlascaltecas: el señor de Zempoala y los caciques de la Serranía, vuestros caciques y confederados, os envian salud, y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber que de la parte del Oriente han llegado á su tierra unos hombres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas al cielo.

»Ministros de otro Dios superior á los nuestros, á quien ofenden las tiranías y los sacrificios de sangre humana; que su capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que con el impulso de su religion desea remediar los abusos de nuestra tierra y las violencias de Motezuma; habiendo ya redimido nuestras provincias de la opresion en que vivian, se halla obligado á seguir por vuestra república el camino de Méjico, y quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel

tirano, para tomar por suya vuestra causa y ponerla entre las demás que justifican su demanda.

»Con esta noticia, pues, de sus designios, y con esta experiencia de su benignidad, nos hemos adelantado á pediros y amonestaros de parte de nuestros caciques y de toda nuestra confederacion, que admitais á estos extranjeros como á bienhechores y aliados de vuestros aliados.

»Y de parte de su capitan, os hacemos saber que viene de paz, y sólo pretende que le concedais el paso por vuestras tierras, teniendo entendido que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia y de la razon, que defienden la causa del cielo: begninas por su propia naturaleza, y sólo rigurosas con el delito y la provocacion.

XVII.

Terminado este discurso, se levantaron los cuatro zempoales, y haciendo una profunda reverencia, se volvieron á sentar para aguardar la respuesta.

Conferenciaron entre sí los senadores, y el presidente respondió en estos términos:

—El senado, jefe supremo de la república tlascalteca, acepta con gratitud la proposicion de los zempoales y totonaques, sus confederados.

»Necesita, sin embargo, algun tiempo para deliberar acerca de la respuesta que está en el caso de dar al jefe de los extranjeros.

»Podéis, pues, retiraros y esperar.

XVIII.

Obedecieron los zempoales, se encaminaron á su hospedaje, y los senadores quedaron en sesion para discutir acerca del partido que debian tomar en aquella situacion.

Lo qué allí sucedió es una prueba muy evidente de que la humanidad es siempre la misma, bajo cualquiera de las formas en que se ha presentado en el mundo.

XIX.

Dieron, pues, al principio gran importancia á la llegada de los extranjeros.

Estimáronles desde luego como dignos de las mayores consideraciones.

Pero á medida que cada cual fué expresando sus ideas particulares, se establecieron diferencias entre ellos.

XX.

Defendian unos que se permitiese á los españoles pasar por la república, sin molestarles en lo más mínimo.

Opinaban otros, que siendo una raza diferente á

la suya, debian declararles la guerra y destruirlos de una vez para siempre.

Otros accedian á que se les permitiese el paso, pero por las fronteras de la república.

XXI.

En medio de aquella confusion, el más anciano, el presidente del senado, Magiscatcin, habló de esta manera, segun refiere la historia más autorizada de la conquista de Méjico:

—Bien sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fué revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de la antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo que habitamos una gente invencible, gente que vendrá de las regiones del Oriente, y con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para sujetar la tierra.

»Y aunque entre la gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion que serán unos hombres celestiales, tan valerosos que valdrá uno por mil, y tan benignos que tratarán sólo de que vivamos segun razon y justicia.

»No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que coinciden estas señas con la de esos extranjeros que teneis en vuestra vecindad.

»Ellos vienen por el rumbo del Oriente.

»Sus armas son de fuego.

»Casas marítimas sus embarcaciones.

»De su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco.

»Su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados.

»Y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo que repetidamente nos asombran, parecen que nos hablan al cuidado y vienen como avisos ó mensajeros de esta gran novedad.

»Pues ¿quién habrá tan atrevido y temerario, que si es esta la gente de nuestras profecías, quiera probar la fuerza con el cielo y tratar como enemigos á los que traen por armas sus mismos decretos?

»Yo, por lo ménos, temeria la indignacion de los dioses, que castigan rigurosamente á los rebeldes; y con sus mismos rayos parecen que nos están enseñando á obedecer, pues habla con todos la amenaza del trueno, y sólo se vé el estrago donde se conoció la resistencia.

»Pero yo quiero que se desestimen como casuales estas evidencias, y los extranjeros sean hombres como nosotros; ¿qué daño nos han hecho para que tratemos de la venganza? ¿Sobre qué injuria se ha de fundar esta violencia?

»Tlascala, que mantiene su libertad con sus victorias, y sus victorias con la razon de sus armas, ¿moverá una guerra voluntaria que desacredite su gobierno y su valor?

»Esta gente viene de paz; su pretension es pasar por vuestra república: no lo intentan sin nuestro permiso. ¿Dónde está su delito? ¿Dónde nuestra provocacion?

»Llegan á nuestros umbrales fiados en la sombra de nuestros amigos, y perderemos los amigos por atropellar á los que desean nuestra amistad.

»¿Qué dirán de esta accion los demás confederados?

»¿Y qué dirá la fama de nosotros, si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas?

»¿Ganárase tanto en vencerlos como se perderá en haberlos temido?

»Mi sentir es que los admitamos con benignidad, y se les conceda el paso que pretenden.

»Si son hombres, porque está de su parte la razon.

»Y si son algo más, porque les basta para razon la voluntad de los dioses.

XXII.

Habia entre los senadores uno jóven, valiente, de talento.

A pesar de sus pocos años, su calidad le habia elevado al primer puesto militar de la república.

Los aplausos, las ovaciones de triunfo que obtuvo sobre los senadores Magiscatzin, proponiéndose á seguir sus consejos, quedaron destruidos por el discur-

[redacted]

so que pronunció Xicotencal, que era el senador á quien nos referimos.

XXIII.

Hé aquí tambien cómo refiere la *Historia de la Conquista de Méjico* las palabras que pronunció contra los españoles aquel denodado guerrero:

—«No en todos los negocios,—dijo,—se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos; más inclinadas al recelo que á la osadía, y mejores consejeras de la paciencia que del valor.

»Venero, como vosotros, la autoridad y el discurso de Magiscatzin.

»Pero no extrañareis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes ménos desengañados, y no sé si mejores; que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo.

»Verdad es que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desengaño.

»No es mi ánimo desvanecer esta voz que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos.

»Pero dejadme que os pregunte: ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos extranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo del Oriente que venir de las regiones celestiales, que consideramos donde nace el sol?

»Las armas de fuego y las grandes embarcaciones

que vosotros llamais palacios marítimos, ¿no pueden ser obra de la industria humana, y que se admiran por que no se han visto?

»Y quizá serán ilusiones de algun encantamiento, semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros.

»Lo que obraron en Tabasco, ¿fué más que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los zempoales, ¿no puede ser artificio para ganar á ménos costa los pueblos?

»Yo, por lo ménos, la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno, porque no conforma con lo demás que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion.

»Estos nombres, si ya no son algunos mónstruos que arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata, y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion, destruyen los templos, despedazan las aras, blasfeman de los dioses, ¿y se les dá estimacion de celestiales?

»¿Y se duda la razon de nuestra resistencia?

»¿Y se escucha sin escándalo el nombre de la paz?

»Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república, y vienen amparados en una falta de atencion que merece castigo.

[redacted]

»Y esas impresiones del aire y señales espantosas tan encarecidas por Magiscatzin, antes nos persuaden á que los tratemos como á enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias.

»No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer; que nunca se acompañan de errores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado.

»Mi sentir es que se acabe de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas para que los miremos como tiranos de la pátria y de los dioses.

»Y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco que invencibles en Tlascala.»

XXIV.

En vista de las observaciones de Xicotencal, acordó el senado que este guerrero reuniese sus tropas y saliese al encuentro de los españoles.

Si los vencia, la gloria de la república llegaria á su mayor apogeo.

Si eran vencidos, habria entonces lugar á tratar de la paz, atribuyendo para con los españoles la direccion de la guerra á la influencia de los otomíes.

XXV.

La primera resolucion que acordaron, y que llevaron á efecto inmediatamente, fué la de aprisionar á los zempoales, acto que consumaron con gran asombro de estos.

Las dificultades empezaban á amenazar á la fortuna, que hasta entonces habia sido inseparable compañera de Cortés.

[redacted]

Capítulo LXXXVII.

Los tlascaltecas.

I.

Inmensa era la ansiedad con que aguardaba Hernan Cortés el regreso de los embajadores.

Envió indios para que saliesen á su encuentro, y todos volvian asegurándole que ni siquiera los divisaban.

II.

—Mala señal es esta,—dijo Marina.—Es costumbre entre los indios, cuando no aceptan las condiciones que les presentan los embajadores, apoderarse de ellos, y en este caso la guerra seria inevitable.

—Poco me importaria la guerra,—exclamó Hernan Cortés;—lo que me hace sufrir es la duda.

—Yo conozco á esta gente,—dijo Marina.

—De todos modos, conviene estar prevenidos para cualquiera eventualidad.

III.

Hernan Cortés consultó á los caciques de los indios zempoales, y todos auguraban mal de la detencion de los embajadores.

Al mismo tiempo ponderaban la ferocidad, el valor de los tlascaltecas.

Cada minuto que pasaba, aumentaba la ansiedad, la zozobra, la fiebre del caudillo.

Aguardó un dia.

IV.

—Ya no es posible esperar más,—dijo á Marina.

Y llamando á sus capitanes:

—Todo me hace creer que nuestros embajadores han sido hechos prisioneros por los tlascaltecas.

De un modo ó de otro, necesitamos castigar el ultraje inferido; es necesario luchar y vencer.

Pongámonos en marcha, y si rechazan nuestra amistad y quieren la guerra, peleemos.

V.

Contando desde luego con que tendria que lu-

char, organizó el ejército de la mejor manera posible para salir airoso del lance.

Todos los españoles y los indios zempoales se pusieron en movimiento.

El camino se abria á través de dos montes elevados.

Las faldas de aquellos montes ofrecian á su vista paisajes encantadores.

VI.

No habrian andado dos leguas, cuando admiró á los españoles, y sorprendió á Hernan Cortés, una gran muralla de piedra que apareció á su vista.

Es sorprendente la idea que aquella muralla daba de los adelantos en el arte de las fortificaciones.

En la parte exterior estaba la piedra labrada y unida con fuerte argamasa.

La entrada era angosta.

Otra segunda muralla formaba con la primera un callejon estrecho, en el cual de seguro tendrian que sucumbir los que quisieren penetrar; porque sólo podian pasar dos hombres, y desde lo alto de la muralla era muy fácil para los tlascaltecas destruirlos.

VII.

No fué poca fortuna para los españoles encontrar franco aquel desfiladero formidable.

Pudieron, pues, los soldados de Hernan Cortés atravesar aquellas fronteras, y una vez dentro del territorio tlascalteca, vieron abrirse poco á poco el terreno hasta formar un dilatado valle.

VIII.

No muy lejos de allí descubrieron un destacamento de veinte ó treinta indios, con grandes plumas en la cabeza, lo cual significaba que eran soldados que se hallaban en pié de guerra.

Hernan Cortés dispuso que algunos indios zempoales se acercasen á los soldados tlascaltecas brindándoles la paz.

Pusiéronse en marcha los emisarios; pero los indios, al verlos acercarse, se alejaron.

El terreno, por más que era espacioso, estaba lleno de collados, que impedian descubrir todo su perímetro.

IX.

Al ver alejarse á los tlascaltecas, dispuso Hernan Cortés que seis ginetes corrieran á llamarles.

Pero estos no tardaron en volver, anunciando que al llegar al collado habian visto una numerosa hueste de indios, resueltos, no ya á tomar la defensiva, sino la ofensiva.

[redacted]

X.

En efecto; Xicotencal habia tomado sus medidas para dar la batalla á los españoles.

Es incalculable el número de soldados que habia reunido en pocos minutos.

Deseoso á toda costa de destruir á los extranjeros, por si no bastaban las propias fuerzas de la república, habia pedido apoyo á otros estados vecinos, y al llegar Hernan Cortés con su ejército al campo de batalla, divisó que un crecido número estaba á las órdenes de Xicotencal.

XI.

Pero este general conocia admirablemente la táctica de la guerra, y habia distribuido sus tropas de tal manera, que parecia imposible que un puñado de hombres pudiera resistir el empuje de sus enemigos.

XII.

Marina quiso acompañar á Hernan Cortés.

—No; quédate con Aguilar y con los tamenes.

Al mismo tiempo dispuso que sus tropas atacásen desde luego á los tlascaltecas.

A los seis ginetes unió catorce más, y les mandó

cerrar con las tropas indias que habia al pié del collado.

Preparó la artillería para que funcionase; dió las órdenes necesarias á sus soldados; asimismo indicó á los zempoales el papel que debian desempeñar en la lucha, y con la confianza en Dios, dió la señal de ataque.

XIII.

Los ginetes cayeron sobre más de mil indios sin quebrantarlos.

Resistieron con tal fuerza el empuje, que sin perder terreno apenas, hirieron á cinco ginetes y á dos caballos.

Volvieron á embestir los ginetes, y entonces salieron en auxilio de los tlascaltecas más de cinco mil soldados, que estaban emboscados para proteger la vanguardia.

Casi al mismo tiempo llegaron en socorro de los ginetes los infantes, y cerraron contra los indios.

XIV.

Las primeras descargas de los cañones diezmaron las filas de los tlascaltecas, y los pusieron en fuga.

Los tlascaltecas dejaron más de ochenta cadáveres, y algunos prisioneros en poder de los españoles.

XV.

Empezaba á anochecer, y no queriendo Hernan Cortés malograr el triunfo, dió órden para que se suspendiera el combate, y ocupó con sus tropas unos caseríos próximos al paraje en donde estaban, en los que halló provisiones para abastecer á su ejército.

XVI.

Durante la noche reinó el mayor silencio en torno suyo.

Pero temeroso de una emboscada, estableció centinelas dobles, que estaban preparados para resistir cualquier golpe de mano.

Al dia siguiente debia ser testigo de una de las más grandes batallas que se han reñido en el Nuevo Mundo.

Capítulo LXXXVIII.

Valor desesperado.

I.

No se habian descuidado los tlascaltecas.

Por la mañana muy temprano se presentaron á vista de los españoles en mayor número que el dia anterior, y con una actitud verdaderamente amenazadora.

El plan de ataque era sorprender á los españoles, darles una carga enérgica, y retirarse para volver á combatir de nuevo.

II.

La costumbre que tenian de gritar al comenzar el combate, fué causa de que los españoles comprendie-

sen desde luego sus intenciones y los aguardasen prevenidos.

Las flechas disparadas por los indios no produjeron efecto alguno, por no alcanzar adonde estaban los españoles.

En cambio estos, con los pedreros ó cañones pequeños, rechazaron el empuje de los indios.

Se retiraron estos, y Hernan conoció la estratajema.

Púsose en marcha al frente de sus tropas hasta llegar á una eminencia, y desde ella descubrió un ejército, del que sólo era vanguardia el que se habia presentado á combatir.

III.

A juzgar por el espacio que ocupaban los indios, calcularon los españoles que habia más de cuarenta mil hombres.

Allí estaban reunidos los indios de varias naciones, distinguiéndose entre sí por el distinto color de las plumas que ostentaban en su cabeza.

Xicotencal, rodeado de un estado mayor muy brillante, compuesto de todos los nobles de Tlascala y de todos los jefes de los ejércitos aliados, mandaba las tropas.

IV.

Sin la experiencia del triunfo de Tabasco, es muy

posible que los españoles hubieran retrocedido desmayados.

Pero ya conocian lo que significaban aquellas grandes masas de hombres, y animados por el ejemplo de Hernan Cortés, le siguieron, poseidos de un inmenso valor.

V.

El terreno era bastante desigual, razon por la cual ni los caballos ni los cañones podian servir de mucho.

Despues de andar más de una hora por aquellas sinuosidades, encontraron un camino llano.

La artillería y los caballos podian en aquellos parajes servirles de mucho.

VI.

El ejército enemigo se hallaba á la distancia de un tiro de arcabuz.

No se atrevia á moverse.

Los soldados indios atronaban el espacio con sus gritos de guerra.

Hernan Cortés tuvo tiempo para dar órdenes á sus capitanes y disponer sus tropas del modo más feliz al triunfo.

[redacted]

VII.

—Es necesario acometer,—dijo á sus soldados.

E hizo la señal, poniéndose inmediatamente en marcha su ejército.

Pero los indios retrocedieron.

Al retroceder obedecieron á una órden, que demostraba hasta qué punto la táctica moderna de la guerra era conocida de los tlascaltecas.

VIII.

Xicotencal pensó que al retirarse avanzarian los españoles, y queria que avanzasen para extender las alas de su ejército y acorralar al enemigo.

Así lo hizo.

Apenas los vió separarse de los soldados que podian defender sus espaldas, se abrió su ejército en dos alas, y con rapidez eléctrica formó un círculo, dentro del cual quedaron los españoles.

Acto contínuo comenzaron á estrechar el espacio en donde los tenian encerrados.

IX.

Pero Hernan Cortés, conociendo el designio de sus

adversarios, tomó las medidas más oportunas para desbaratar los planes de Xicotencal.

De pronto cruzó el espacio una lluvia de flechas.

Tambien cayeron á millares flechas sobre los españoles.

Ningun efecto producian estas armas.

X.

No tardaron en comprenderlo así los indios, y con el deseo de decidir el combate, se acercaron á los españoles para luchar con ellos cuerpo á cuerpo, empleando las lanzas y los escudos especiales de que se servian para luchar.

El combate fué sangriento, terrible.

La artillería aprovechaba sus disparos, destruyendo filas enteras de indios.

Y como uno de los principales deberes de los soldados de aquel país era separar á los muertos del campo de batalla, para que el enemigo no se gazara en su obra, cada muerto ó herido suponia tres hombres ménos: él y los dos que le llevaban á ocultar.

XI.

Hernan Cortés, con los ginetes y sus capitanes, cada uno con un peloton de soldados, formaron infinitos grupos, que lucharon con un denuedo hijo de la desesperacion.



HERNAN CORTES.—...cortaban la cabeza a la yegua, y la colocaban en una lanza como presea del triunfo.

[redacted]

A pesar del escaso número en que se hallaban, lograron hacer retroceder á los indios, y Hernan Cortés, antes de que se reanimasen, procuró abrirse paso para ocupar un punto desde el cual fuera posible desplegar en ala sus tropas, para luchar frente á frente con el enemigo, teniendo guardadas las espaldas.

Al grito de *¡San Pedro y á ellos!* dió una carga terrible á los tlasoaltecas, y los puso en precipitada fuga.

XII.

Uno de los ginetes, Pedro de Moron, que montaba una yegua muy ligera, no pudo contener el empuje del animal y llegó á separarse de sus compañeros.

Varios indios, al verle solo le rodearon, y unos lograron apoderarse de las riendas de la yegua, en tanto que los otros arrebataban al ginete la lanza.

La yegua recibió muchas heridas, y cayó muerta.

Tambien fué herido Pedro de Moron, y en tanto que unos cortaban la cabeza á la yegua, y la colocaban en una lanza como presea del triunfo, otros aprisionaban al ginete y se lo llevaban al cuartel general.

XIII.

Pero no tardaron en llegar algunos españoles, y arremetiendo con feroz empuje á los indios, consi-

guieron poner en libertad á Pedro de Moron y precipitar la fuga del enemigo.

XIV.

El combate duró más de una hora.

Poco despues, un silencio sepulcral reinó en torno de los españoles triunfantes.

Un tlascalteca prisionero confió á Hernan Cortés que el general en jefe del ejército indio habia mandado retirar á su ejército, porque en la refriega habian perecido la mayor parte de sus capitanes, y faltando guias á sus soldados, no se atrevia á empeñarse de nuevo en la lucha.

XV.

Millares de tlascaltecas perecieron en aquella jornada, siendo de notar que en su mayor parte pertenecian los muertos á las familias más nobles de la república.

Todos habian peleado con un heroismo increible.

Los españoles tuvieron la ventaja de no experimentar una sola pérdida.

XVI.

Los tlascaltecas procuraron adjudicarse el triun-

[redacted]

fo, presentando á Xicotencal la cabeza de la yegua.

El general en jefe, para animar á los habitantes de Tlascala, llevó aquella presea al senado, y fué tan grande la admiracion que causó entre los habitantes de la poblacion, que fué sacrificada con gran pompa en uno de los templos.

XVII.

En la refriega quedaron heridos diez españoles y algunos indios zempoales, que animados por el ejemplo de sus soldados, combatieron con verdadera energía.

Hernan Cortés dispuso que el ejército se encaminase á una aldea vecina, para ofrecerle allí descanso.

XVIII.

Todos los habitantes de la isla desaparecieron al aproximarse los enemigos; pero no pudieron llevarse consigo los víveres que tenian.

Gracias á esto, pudieron entregarse á un verdadero festin los que con tanto denuedo acababan de luchar.

Las condiciones especiales de aquella poblacion impulsaron á Hernan Cortés á tomar alguna medida para fortificarla y poder resistir allí el empuje de los tlascaltecas, á quien aun no consideraba vencidos.

XIX.

En efecto: el espectáculo de los que habian sucumbido produjo en Tlascala, en vez de desaliento, nuevos deseos de vengar la muerte de sus hermanos.

Hiciéronse grandes demostraciones en memoria de los que habian fallecido.

Los embajadores zempoales fueron sacrificados para aplacar á los dioses y pedirles su influjo.

XX.

Xicotencal pidió refuerzos, y casi al mismo tiempo que los pedia llegó uno de los caciques de la confederacion con diez mil soldados, á los que se unieron otros muchos, llevándolos á la pelea á las órdenes de Xicotencal.

XXI.

Mientras todo esto se preparaba para reanimar la pelea, Hernan Cortés, con un pequeño destacamento formado por españoles y zempoales, salió á explorar el terreno.

Durante todo el dia recorrieron algunas poblaciones, hicieron algunos prisioneros, y se apoderaron de una crecida cantidad de víveres.

[redacted]

XXII.

El caudillo supo que el general en jefe de los tlascaltecas se hallaba alojado á unas dos leguas de distancia, y que trabajaba dia y noche para presentar de nuevo la batalla á los españoles.

Es de notar, que los zempoales, indignados de la conducta de los tlascaltecas, sentian hácia ellos un profundo rencor, y se consideraban más crueles con el que consideraban vencido, que con los mismos españoles.

XXIII.

Hernan Cortés reprendió estos abusos.

Pero como contribuian á debilitar al enemigo, hacia muy poco por evitarlos.

Los prisioneros estaban aterrorizados.

Creian que habia llegado su última hora.

XXIV.

Hernan Cortés quiso intentar de nuevo la paz.

Dejándoles en libertad y agasajándolos, les encargó que viesen á Xicotencal y le dijesen que sentia en extremo las desventuras á que habia dado lugar la batalla; desventuras de las que no era responsabl

porque habia pedido la paz, y habia tenido que aceptar la guerra, porque no era posible que sufriese contradiccion de nadie.

XXV.

—Decidle,—añadió,—que aún deseo la paz, y que si estoy resuelto á combatir y vencer de nuevo á sus ejércitos, por numerosos que sean, no por eso insisto ménos en pedirle que se avenga á la razon y evite la destruccion y la muerte, que de seguro sembraré en sus filas si de nuevo me provoca.

XXVI.

Esta determinacion, y sobre todo el verse en libertad cuando se creian próximos á morir, entusiasmó á los indios, que partieron muy animosos á cumplir la mision que les habia confiado Hernan Cortés.

Xicotencal, no sólo no quiso escucharles, sino que mandó que los castigaran por haberle hecho semejantes proposiciones.

Hizo que les cortaran las orejas y les encerrasen en aquel estado lastimoso.

Poco despues mandó sacarles del encierro.

XXVII.

—Volved adonde se halla vuestro protector,—les

dijo,—y manifestadle que nos veremos cuando amanezca el sol mañana, porque mi ánimo es traerle vivo con todos los suyos al templo de mis dioses, para sacrificarlos en sus aras.

XXVIII.

La insistencia del general en jefe de los tlascaltecas indignó á Hernan Cortés, y apenas lo supieron los españoles, desearon castigar aquella ofensa.

Al dia siguiente, apenas amaneció, todos abandonaron el cuartel general, y avanzaron hasta elegir una posicion ventajosa para recibir al enemigo.

Allí formó Hernan Cortés su ejército, guarneció los lados con la artillería, y destinando los ginetes para acudir en socorro de los destacamentos de sus tropas que estuvieran en más peligro, aguardó el momento de la lucha con ánimo sereno, con la seguridad del triunfo.

XXIX.

Poco tuvo que hablar á sus soldados.

Sus palabras recordándoles la ofensa que les habia inferido Xicotencal, resolvieron á todos á morir ó á vencer.

Capítulo LXXXIX.

Una victoria providencial.

I.

Xicotencal reunió todas las fuerzas para dar una nueva batalla á los españoles.

Mentira parece que pudieran resistir estos el empuje de aquellos indomables guerreros.

Su jefe habia hecho cuestion de honra la victoria sobre el enemigo, y á fin de que aquel dia pudiera realizarse su propósito de aprisionar á los españoles y llevarlos maniatados ante el ara, para sacrificarlos allí, se puso en movimiento con las tropas de todos los caciques confederados, que componian, segun la historia, un número de cincuenta mil hombres.

II.

Al frente de aquel ejército iba un alto dignatario

con una especie de lanza, en cuyo extremo superior habia un águila de oro, insignia de Tlascala que infundia gran aliento en los soldados, y que sólo servia para las grandes empresas.

III.

Hernan Cortés se preparó para esperar al enemigo.

Avanzaban todos en una masa compacta, dando grandes voces, y demostrando los vivos deseos que tenian de acabar con los españoles.

Cuando estuvieron á tiro de cañon, dispuso Hernan Cortés que se hicieran disparos, y los estragos que causaron las balas y la metralla en aquellos infelices les detuvieron.

IV.

Xicotencal necesitó emplear toda su elocuencia para impulsarles á avanzar.

Irritados al ver que los disparos de los cañones diezmaban sus filas, se adelantaron en confuso tropel, disparando sus flechas y sus hondas.

Pero los arcabuces y las ballestas les contuvieron de nuevo.

Mucho tiempo duró el combate, sin que los españoles experimentasen pérdida alguna.

V.

Xicotencal conoció que necesitaba hacer un supremo esfuerzo, aunque sacrificase á muchos de sus soldados, y todo su ejército cayó como un torrente desvastador sobre los españoles y zempoales, logrando romper sus filas y separarlos.

Sólo el poder de sus armas y la superioridad que tenian sobre los indios como militares, fué causa de que no quedaran todos destruidos.

VI.

Un suceso providencial salvó la vida, comprometida muchas veces, de los españoles.

Xicotencal era un hombre de un carácter majestuoso, díscolo, pendenciero.

Uno de los caciques confederados que habian acudido á prestarle su apoyo en aquella guerra, temeroso de sacrificar á todos sus soldados, quiso formar parte de la reserva, y no obedeció con puntualidad las órdenes del general en jefe para que se lanzara al combate.

Preguntaba en medio de la pelea Xicotencal dónde se hallaba el cacique Hizperagua y su hueste.

Viendo que no acudia á su llamamiento, corrió con una gran parte de sus tropas á su encuentro para

animarle, y el cacique le respondió, que convencido de los estragos que causaban las armas de los españoles, no queria sacrificar á su gente.

VII.

Tal indignacion produjo esta respuesta en Xicotencal, que olvidándose de lo necesaria que era á sus fines la union de todos los indios, acusó de cobarde al cacique y le irritó de tal manera, que no pudiendo soportar el cacique aquellas acusaciones, abandonó el papel modesto de subordinado, y encarándose con su jefe:

VIII.

—Soy tan valiente como tú,—le dijo,—y en prueba de que no te temo, vamos á medir nuestras fuerzas si quieres, y verás cómo soy más poderoso que tú.

Xicotencal no se contuvo tampoco, y los dos caciques se fueron á las manos.

Los soldados, viendo en peligro á sus jefes, se pusieron respectivamente de su parte.

IX.

Aprovechándose de esta circunstancia, dispuso

Hernan Cortés una carga terrible contra sus adversarios.

El éxito fué tan brillante, que quedaron muertos infinidad de indios, heridos muchos más, y los restantes tuvieron que retirarse en desórden, dejando para mejor ocasion sus querellas intestinas.

X.

Los españoles volvieron á su cuartel.

Sólo habian perdido un hombre.

Veinte habian sufrido heridas leves, tan leves que aquella misma noche pudieron prestar servicios en calidad de centinelas.

XI.

Pero aunque tan poderoso triunfo habian alcanzado, la verdad era que el desaliento más profundo se apoderó de todos ellos.

—Esto es lo que nos espera,—decian los más atrevidos.—Antes de llegar á Méjico tendremos que sostener muchas batallas como esta, y no hay fuerza que pueda resistir luchas tan desiguales. ¿Qué importa que haya un imperio que conquistar? Si la suerte nos ha favorido en tres ó cuatro ocasiones, al fin se cansará de prestarnos su ayuda, y sucumbiremos de una manera desastrosa.

Volvamos á Vera Cruz, partamos desde allí á Santiago de Cuba.

Lo demás es desafiar la muerte á todas horas.

XII.

Estas y otras proposiciones parecidas salieron de los lábios de los españoles, y llegaron á oidos de Hernan Cortés.

No era aquella la ocasion, ni de reprimirlos, ni de satisfacer sus deseos.

Hernan Cortés se hizo el sordo, y aguardó á que despues del descanso mudasen de opinion.

XIII.

No es posible, al recordar los episodios de batallas tan formidables, sostenidas por el conquistador de Méjico con un puñado de valientes contra ejércitos tan formidables; no es posible, repetimos, no atribuir la mayor parte de sus triunfos á los misterios de la Providencia.

XIV.

Al dia siguiente llamó Hernan Cortés á los capitanes, y les encargó que tranquilizasen á los soldados, haciéndoles desistir de sus deseos de volver á Santiago de Cuba.

Los esfuerzos de los capitanes fueron inútiles.

La actitud de los soldados era decisiva, enérgica.

Se querian volver atrás.

Otra vez se vió obligado el gran hombre á jugar el todo por el todo.

XV.

—A grandes males, grandes remedios,—se dijo.

Y reuniendo á todos los españoles en la plaza del pueblo, que se habia convertido en plaza de armas, les habló con su natural elocuencia.

—Hemos alcanzado portentosas victorias,—les dijo;—en nuestras expediciones hemos logrado poner de nuestra parte á los zempoales y totonaques, que como habeis visto, están dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre por nuestra causa.

Dentro de poco los mismos tlascaltecas nos abrirán sus brazos.

Sin embargo, en vuestro semblante noto el desaliento; todos deseais volver la espalda al enemigo, como si os hubieran vencido: esto es indigno de españoles.

XVI.

—Pero no quiero dar un solo paso,—continuó,—sin contar con vosotros.

A la salida de Santiago de Cuba me aclamásteis por vuestro jefe.

Cuando he resignado el mando, he vuelto á recuperarle por vuestra voluntad; porque siempre he querido contar con la fuerza que dá á un jefe el voto sincero de los que se hallan á sus órdenes.

En la situacion en que estamos, avanzar es triunfar: volver la espalda al enemigo es perder para siempre el prestigio que hemos alcanzado; es considerarnos vencidos; es abandonar á nuestros aliados, que lo han sacrificado todo por nosotros; es entregarlos á la indignacion y á la venganza de los tlascaltecas; es cometer una infame accion; es deshonrar á nuestra patria y á nuestro rey á los ojos de los indios; es más aún, es renunciar á la sagrada mision que aquí nos ha traido de difundir la religion cristiana entre estas tríbus bárbaras.

Si vuestro deseo es que volvamos, volved vosotros.

Yo lucharé solo con los enemigos hasta que me destrocen; porque es preferible morir de esa manera, á volver á nuestra patria con los ojos bajos, con la conciencia intranquila, con la seguridad del desprecio, con la persuacion de no haber cumplido los deberes que nos ha confiado la patria.

XVII.

Estas palabras, pronunciadas con la enengía, con la elocuencia, con el calor con que hablaba en las ocasiones solemnes el ilustra conquistador, anima-

ron á los capitanes, quienes trasmitieron su entusiasmo á los soldados, y uno de ellos, interpretando los sentimientos de todos:

XVIII.

—Amigos,—exclamó,—nuestro capitan pregunta qué debemos hacer; pero al preguntarnos nos enseña que no es posible nuestra retirada sin oprobio y vergüenza para todos. Sigámosle al combate; derramemos si es preciso hasta nuestra última gota de sangre.

XIX.

Este propósito fué aceptado por aclamacion, disponiéndose todos con nuevo brío á proseguir la senda que les trazaba el caudillo.

[redacted]

Capítulo XC.

Los hijos del sol.

I.

La derrota de los tlascaltecas produjo en la república honda sensacion.

Aguardaban los senadores con ánsia el resultado del combate, y su desesperacion era inmensa al ver que á cada instante llegaban en precipitada fuga gran número de indios, anunciando que los españoles causaban con sus armas estragos terribles en las filas de su ejército.

II.

Como á estas palabras acompañaba el espectáculo de los muertos y los heridos que trasladaban á la ciudad desde el campo de batalla, las mujeres y los

niños, los ancianos y los hombres que habian acudido de la poblacion, estaban consternados.

III.

—¿Qué gran desgracia es esta?—decia Magiscatzin.—¿Qué poder supremo tienen esos hombres, que siendo en tan pequeño número, resisten el empuje del formidable ejército de Xicotencal?

IV.

Tres batallas habian ganado, y ya la plebe de Tlascala consideraba á sus enemigos como dioses, porque sólo siéndolo era como podian vencer el empuje de guerreros tan temibles, y que en todos los combates habian quedado victoriosos.

V.

En vista de la nueva derrota, dispuso Magiscatzin que se reunieran todos los senadores para deliberar acerca del partido que deberian tomar.

El pueblo deseaba la paz á toda costa, y no ocultaba á los magistrados de la república que eran estos sus deseos.

La mayor parte de los senadores creian imposi-

ble el triunfo de sus tropas, y parecian dispuestos á retirarse con sus familias á los montes, abandonando el campo á sus enemigos.

Pedian algunos que cesasen las hostilidades, que se aceptase la paz propuesta por los españoles, y que les llevasen en triunfo á la ciudad, considerándolos como divinidades.

Para oir á unos y á otros, para tomar una resolucion en tan graves circunstancias, se reunió el senado.

VI.

Hasta la inesperada lucha de Xicotencal con el cacique fué considerada como obra del supremo poder de los españoles.

—Por fuerza están encantados, ó poseen el don de encantar,—dijo una voz en la asamblea.

Esto fué un rayo de luz.

En semejante caso, sólo los magos y agoreros de la república podian dar un consejo saludable, podian salvar á la patria de las desventuras que pesaban sobre ella.

VII.

Los magos y agoreros gozaban de gran influencia en Tlascala.

Eran queridos y respetados, y el senado en masa dispuso que acudieran á su presencia.

No tardaron en presentarse.

Magiscatzin se encargó de interrogarlos.

VIII.

—No ignorais el desastre que pesa sobre nosotros,—les dijo.

—Harto lo sabemos,—exclamó Izuf, el más anciano de los agoreros.

—La situacion de nuestras tropas es desesperada. La formidable república de Tlascala se vé al borde del abismo.

IX.

—No creais, gran Magiscatzin,—añadió Izuf,—que pasan desapercibidas para nosotros esas desventuras.

Tres dias y tres noches hace que pedimos á nuestra ciencia los medios de evitar semejantes catástrofes.

Hemos trazado infinitos círculos, hemos consultado los astros, hemos pedido á nuestra ciencia la revelacion de los más insondables secretos, y al fin hemos triunfado.

X.

Estas palabras despertaron un vivísimo interés en el auditorio.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres?—preguntó Magiscatzin.

—Sí,—añadió Izuf;—son hijos del cielo: él los ha engendrado en la tierra, y de su seno han salido de las regiones orientales.

—¿Y en qué consiste su poderío?

¿Cómo siendo tan pocos pueden sembrar el espanto y la muerte en nuestras filas, y vencer á millares de hombres?

—Porque las batallas han tenido lugar en presencia del sol.

Mal podia su padre abandonarlos en tan crítico trance.

El les presta toda su fuerza, todo su influjo: por eso han vencido.

—¡Ah!—exclamaron todos.

XI.

—¿No es cierto,—añadió Izuf,—que al oscurecer se han retirado á sus cuarteles?

—Sí,—contestaron todos con creciente interés.

—¿Y eso no os dice nada?

—¿Qué puede significar?

—Eso significa, que apenas hunde el sol su frente en el ocaso, pierden toda la fuerza que les dá.

¡Ay de ellos si nuestros ejércitos les hubieran sorprendido en medio de la noche!

¡Entonces habríais visto cómo triunfaban!

Si quereis, pues, librar á la república de las calamidades que la amenazan, si quereis triunfar para siempre de sus enemigos, es necesario que Xicotencal vaya con su ejército en medio de las sombras de la noche á su guarida, que allí los sorprenda, que allí luche con ellos, y no dudeis entonces del triunfo de los tlascaltecas.

XII.

Profunda admiracion causaron las palabras de los magos.

Inmediatamente se notició á Xicotencal el descubrimiento que habian hecho, y para tranquilizar al vulgo, le participaron la revelacion que habian hecho los augures.

XIII.

Los ánimos se tranquilizaron.

La esperanza renació en el pecho de los abatidos tlascaltecas.

Emisarios partieron á comunicar á Xicotencal las órdenes de Magiscatzin.

—«Es necesario que los ataqueis al ponerse el sol,» —le mandaba á decir el presidente del senado.

XIV.

Xicotencal, que tampoco habia podido explicarse

el triunfo de los españoles, dió fé á las palabras de los augures.

Inmediatamente tomó las medidas necesarias para sorprender de noche á los españoles.

XV.

Apenas oscureció, en medio del mayor silencio, se pusieron en movimiento todas las fuerzas que habia podido reunir Xicotencal.

Los españoles estaban en el pueblo que habian fortificado y convertido en cuartel general.

El jefe de los indios dispuso que los diez mil hombres que llevaba se repartiesen en tres grupos, y atacasen de pronto y por distintos lados la fortaleza de los españoles.

Una señal debia ponerlos á todos en movimiento para lanzarse sobre el enemigo.

XVI.

Xicotencal hizo la señal convenida.

Los indios se precipitaron sobre el asilo de los españoles.

Una terrible descarga, á la que siguió una encarnizada lucha brazo á brazo y cuerpo á cuerpo, consternó á los enemigos, que dando crédito á las palabras de los guerreros, de que no les costaria trabajo

dominar á los españoles, por carecer de fuerza mientras el sol estuviese oculto, habian ido á provocar á los extranjeros.

XVII.

Hernan Cortés habia sabido por medio de sus espías la llegada del ejército; comprendió que Xicotencal intentaba efectuar una sorpresa, y se preparó para contrarestar su empuje.

La resistencia desconcertó á los indios.

XVIII.

Pero olvidándose el caudillo indio de los augures, y buscando en sus propias fuerzas la energía necesaria para intentar de nuevo el triunfo, atacó por segunda vez la fortaleza.

Poco tardó en convencerse de lo inútil de sus esfuerzos.

Los indios se retiraron en el mayor desconcierto, dejando gran número de cadáveres y de heridos.

XIX.

Hernan Cortés, al verlos huir, dispuso que una gran parte de sus soldados y todos los ginetes corrieran en su seguimiento.

[redacted]

Para consternar más y más al enemigo, mandó poner en los pretales de los caballos ruidosos cascabeles, y como en medio de la noche oyeron aquel sonido inesperado los indios, su pavor se aumentó, y Xicotencal no bastó á contenerlos.

XX.

Muchos quedaron en el cuartel general del jefe indio.

La mayor parte regresaron á la ciudad, y comunicaron su desesperacion á sus hermanos, desmintiendo las creencias de los augures.

XXI.

Parece todo esto fabuloso, y sin embargo, la *Historia de la conquista de Méjico* ofrece en cada una de sus páginas escenas como la que acabamos de referir.

Capítulo XCI.

¡La única esperanza de un pueblo derrotado!

I.

Aguardaban con ánsia los tlascaltecas desde la ciudad el resultado de la última tentativa que su general en jefe iba á llevar á cabo, para reducir á los españoles.

Los adoratorios estaban llenos de fieles, que suplicaban á sus ídolos que favoreciesen el esfuerzo de sus soldados.

II.

Pero la ansiedad quitaba la devocion, y aquella noche velaron casi todos los tlascaltecas esperando en los alrededores de la ciudad la llegada de emisarios que participasen el triunfo de la justicia.

[redacted]

¡Cuán grande fué la consternacion de los tlascaltecas al saber las primeras noticias de la frustada sorpresa de Xicotencal.

III.

Inmediatamente se trasmitieron unos á otros la fatal nueva, y el pueblo en masa pidió que fueran castigados los augures.

—Su ciencia es falsa,—decian unos.

—Nos han engañado,—exclamaban otros.

—Los enemigos son más poderosos que nosotros, saben más.

Y todos á una se agolpaban á las puertas del senado para pedir á los senadores que propusiesen la paz con los españoles, porque ya desesperaban de vencerlos.

IV.

¡Qué agitacion, qué desaliento, qué amargura para los tlascaltecas!

Las esposas preguntaban por los esposos que habian ido á luchar por la patria.

La mayor parte de las familias no recibian de los séres queridos de su corazon más que un cadáver yerto.

V.

Los senadores hicieron entonces justicia á las palabras de Magiscatzin.

—Tenia razon,—decian;—esos extranjeros son los séres sobrenaturales cuya venida han anunciado nuestros dioses.

No hay más remedio que acatar su voluntad, que aceptar la paz que nos brindaron al principio, y que desechamos para nuestra desventura.

VI.

—Pero al mismo tiempo,—exclamó otro,—es preciso castigar á los falsos augures, porque ellos han sido causa de la última y más espantosa derrota que hemos sufrido.

—Sí, sí; que sufran el castigo que merecen,—gritaron todos.

Y á estos gritos de los senadores se unieron los de la plebe, que pedia con verdadera furia el castigo de los augures.

VII.

Mientras que enviaba Magiscatzin soldados en ɔca de los magos, acordaba el senado por unanimi-

dad que partiese adonde se hallaba Xicotencal una comision de senadores, con el objeto de proponerle que pusiera término á las hostilidades, y que dejase el paso franco á los españoles.

Inmediatamente partieron los senadores.

VIII.

La muchedumbre en tanto se agolpaba en torno de los augures, á quienes conducian presos al senado los agentes de Magiscatzin.

Las tinieblas de la noche desaparecian.

Los primeros rayos del alba iluminaban aquella escena terrorífica.

Marchaban los augures al senado con la cabeza hundida en el pecho, con los ojos bajos, con el temor pintado en el rostro, con el desaliento más profundo en todo su sér.

Acompañaba su marcha un terrible griterío.

La plebe llenaba de improperios á aquellos hombres que les habian engañado.

Y cuando se presentaron ante el supremo tribunal de la república, la exacerbacion popular se aumentó con la indignacion de los senadores.

IX.

—Habeis sido unos miserables,—exclamó Magiscatzin con voz solemne.

Vuestra ciencia es mentira, y si no lo es, vuestra indignidad no tiene ejemplo.

De todos modos, es necesario que sufrais el castigo que habeis merecido.

Tres de vosotros, los que más influencia habeis ejercido en nuestro ánimo, los que con más seguridad habeis indicado el medio de vencer á los españoles, sereis inmediatamente inmolados ante el ara de nuestros ídolos.

Los demás serán entregados al desprecio del pueblo, para que nunca crea en sus augurios.

X.

Dictada la sentencia, fueron trasladados los reos al oratorio principal de la ciudad, en donde los sacerdotes, prevenidos de antemano, aguardaban las víctimas para inmolarlas.

Los tres augures salpicaron con su sangre el ara.

El pueblo, profundamente preocupado por los sucesos que estaba presenciando, se trasladó desde el adoratorio hasta el senado, donde acababa de llegar la comision de senadores que habia conferenciado con Xicotencal.

XI.

El caudillo de las tropas tlascaltecas se negaba á obedecer las órdenes del senado.

[redacted]

—No se vence á los hombres como yo,—habia dicho.

Mientras me quede un solo soldado, mientras haya una sola gota de sangre en mis venas, lucharé con los españoles hasta vencerlos.

Decid á la república que he tomado su defensa, y que sólo volveré á su seno, ó muerto, ó victorioso.

XII.

Esta respuesta consternó á los tlascaltecas.

Xicotencal estaba unido con Amaiza, jóven india de peregrina belleza, de la que tenia dos hermosos hijos.

Hasta entonces Amaiza habia permanecido solitaria en su morada.

Creia en el valor de su esposo, y estaba segura de verle llegar de un momento á otro con la aureola de la victoria.

Supo que habia sido vencido.

Pero no quebrantó su crencia esta noticia.

XIII.

El mismo Magiscatzin, seguido de gran número de senadores y altos dignatarios, fué á buscar á Amaiza.

—Es necesario que salves á Tlascala.

Cuantos esfuerzos ha hecho tu marido para vencer á los españoles, han sido inútiles.

El destino los trae á nuestro suelo, y es necesario acatar su voluntad.

Xicotencal no quiere obedecer nuestras órdenes.

Podíamos arrebatar de sus manos el mando de las tropas.

Pero no queremos dar este triste ejemplo.

Vé tú, lleva á tus hijos, preséntate á tu esposo.

Pídele en nombre de los tlascaltecas que renuncie á la venganza que abriga su pecho.

Haz que acepte la paz con los extranjeros, y que con ella libre á nuestra desventurada patria de las terribles amarguras que la esperan.

XIV.

A las súplicas de los senadores se unieron las de todas las mujeres que tenian en el ejército á sus hijos, sus maridos ó sus hermanos.

—Convéncele por piedad,—exclamaron todos.

XV.

Amaiza se conmovió, y abandonando su morada, llevando de la mano á sus hijos:

—Yo os volveré la paz,—exclamó.

Púsose en marcha hácia donde se hallaba su esposo.

Pero mandó que la dejasen ir sola.

XVI.

—Lo que yo no pueda conseguir de Xicotencal,—dijo,—no lo conseguirá nadie.

Dos horas despues se presentaba al enfurecido caudillo de los tlascaltecas.

Capítulo XCII.

Fanatismo

I.

Xicotencal comprendió desde luego el objeto de la llegada de su esposa.

Amaiza cayó de hinojos á sus piés, y presentándole á sus dos hijos:

—Por ellos y por mí, te ruego, esposo mio, que obedezcas las órdenes del senado y devuelvas la paz á la república.

—No, mil veces no,—exclamó Xicotencal.

—¿Quieres unir una nueva derrota á las que ya ha experimentado tu ejército?

—Quiero vengar la sangre derramada de mis soldados, quiero luchar hasta el último instante con los extranjeros.

—¿Ignoras que los protegen los dioses?

—Poco me importa que los protejan; yo estoy seguro que he de vencerlos.

II.

Amaiza añadió nuevas súplicas á las que ya habia formulado, y Xicotencal, que la amaba tiernamente, despues de contemplarla:

—Oye y comprenderás mi resolucion,—dijo.

Amaiza escuchó con la mayor atencion.

—Pronto hará treinta lunas que una noche, volviendo tarde á mi morada, ántes de penetrar en ella, entré en el adoratorio.

La soledad y el silencio reinaban en aquel asilo.

Un butío me habia contado que llegaria para Tlascala un dia terrible.

III.

—Séres extraños, sobrenaturales,—me habia dicho,—caerán sobre nuestra pátria para esclavizarla.

»Todas las culpas de nuestros mayores serán castigadas en nosotros.

IV.

—Bajo la impresion de esta profecía,—continuó Xicotencal,—nó pude ménos de pensar en su cumplimiento.

Al encontrarme solo en el adoratorio, mi corazon se estremeció.

Permanecí algun tiempo estático, y al cabo una vision se apareció á mi vista.

Tenia una forma extraña.

Su aspecto todo me horrorizaba.

Su acento heló la sangre en mis venas.

V.

—No temas, Xicotencal,—me dijo;—esos hombres extraños que han de caer un dia sobre nuestra raza como un azote del cielo, podrán ser vencidos por el guerrero más esforzado de Tlascala.

»Nuestros dioses no quieren que continúe por más tiempo el poder del senado.

»En Méjico hay un emperador.

»Su valor le ha conquistado el cetro.

»Tlascala no debe ser ménos grande que el imperio de Motezuma.

»El vencedor de los enemigos de Tlascala será aclamado por todos los tlascaltecas, y convertido en emperador.

VI.

—Esto me dijo aquella vision, y desapareció rápidamente.

Desde aquel instante un vehemente deseo hay en mi alma.

No temia, y esperaba á los enemigos de Tlascala.

He deseado su llegada.

He pasado muchas noches en vela ideando los medios de vencerlos cuando se presentaran.

Esa ocasion ha llegado.

Yo he logrado alcanzar gran prestigio como guerrero entre los tlascaltecas.

Al acercarse los extranjeros, he logrado que me confien el mando supremo del ejército.

He luchado y he sido vencido.

Mientras me quede un solo soldado lucharé, y mi corazon me dice que al fin venceré.

Si venzo, Amaiza, la república se convertirá en un imperio poderoso, que dará envidia al de Motezuma; y si es preciso lucharé con él y tendré dos imperios.

¿Comprendes, esposa mia, ya las razones que tengo para seguir los impulsos de mi corazon y desobeder al senado?

Si yo te ofrezco un trono, si yo te ofrezco gloria y riquezas para mis hijos, ¿no es preferible la muerte á haber soñado estos triunfos y no conseguirlos?

Parte, Amaiza, parte de nuevo á Tlascala, dí al senado que estoy seguro de vencer; que si no venzo, vale más morir con honra que doblegarse á un enemigo, que presentándose como conquistador, procurará esclavizar á los tlascaltecas.

VII.

Amaiza conocia á Xicotencal.

Era imposible disuadirle.

Apenas escuchó sus últimas palabras, se despidió de su esposo y volvió á la ciudad.

VIII.

Al ver que habia sido inútil la presencia de Amaiza, enviaron un segundo mensaje los senadores á Xicotencal.

Pero el caudillo de los indios, negándose rotundamente á obedecer las órdenes de Magiscatzin:

IX.

—Decidles,—contestó,—que el verdadero senado lo componemos mis soldados y yo, y que si los senadores abandonan á la patria, yo estoy resuelto á morir peleando por ella.

Despues de dar esta respuesta, hizo los preparativos necesarios para emprender un segundo ataque.

X.

A la energía unia la astucia.

Necesitaba saber á fondo la situacion en que se

[redacted]

hallaban las fortificaciones de los españoles, y al efecto, enterado de que muchos de los indios de los alrededores del cuartel general de los extranjeros solian llevarles provisiones, que aceptaban ellos con el mayor gusto, hizo que unos cuarenta soldados suyos pasaran á los ojos de los españoles como abastecedores, y cargados de maiz, gallinas y otras provisiones, los envió á la presencia de Hernan Cortés.

Les encargó que con el mayor cuidado examinasen la calidad y consistencia de las fortificaciones.

Convino con ellos en una señal que haria para darles á conocer el momento oportuno de atacar á los extranjeros, y una vez de acuerdo, los envió muy temprano.

En seguida reunió todo su ejército, y le distribuyó de la manera más conveniente para dar con seguridad el golpe que proyectaba.

XI.

Llegaron los encubiertos espías de Xicotencal al cuartel de sus enemigos, y despues de servirles generosamente las provisiones que llevaban, so pretexto de curiosidad, comenzaron á cumplir la mision que se les habia encargado.

XII.

Uno de los zempoales sospechó desde luego la intriga de Xicotencal.

Observando atentamente á los espías, notó que algunos de ellos examinaban minuciosamente las fortificaciones, y se asomaban de cuando en cuando como si esperasen ver á alguien en los caminos que abrian paso hasta el sitio en donde estaban.

Inmediatamente comunicó á Hernan Cortes las observaciones que habia hecho.

XIII.

Marina, por su parte, confirmó estas sospechas, y Hernan Cortés dispuso que inmediatamente fueran aprisionados y sometidos á una declaracion.

Negaron al principio el verdadero objeto de su visita.

Hernan Cortés les impuso grandes castigos para que declarasen la verdad.

Los más débiles refirieron la mision que les habia confiado Xicotencal.

XIV.

Acto contínuo, á pesar de encontrarse muy enfermo, tomó las precauciones necesarias para resistir el empuje de los indios.

No le bastaba esto.

Necesitaba amedrentar al indómito guerrero, y obedeciendo á una de esas imperiosas necesidades de la guerra, que obligan á los hombres más generosos

á cometer crueldades, dispuso que á quince de los espías les cortasen las manos.

XV.

Los infelices se presentaron á su vista.

—Os dejo en libertad,—les dijo Hernan Córtés. Id á buscar á Xicotencal, decidle que le espero, y que os envio á su presencia para que podais darle cuenta del estado de mis fortificaciones; y que en vista de las noticias que le llevais, disponga lo más conveniente para atacarme.

XVI.

Los indios, que estaban atemorizados, obedecieron esta órden.

No tardaron en encontrar á Xicotencal con su ejército, que se acercaba á la fortaleza.

El espectáculo de aquellos hombres horrorizó á todos los soldados de Tlascala.

Xicotencal experimentó una ira terrible.

Habian sido descubiertos sus planes, y habia perdido su empresa.

XVII.

Los indios mutilados le dijeron que Hernan Cortés habia adivinado sus intenciones, y que por no

haberlo querido declarar, les habia puesto de aquella manera.

Los españoles adquirieron con este motivo gran importancia á los ojos de Xicotencal.

XVIII.

Vaciló algunos instantes sobre el partido que tomaria.

Resuelto á jugar el todo por el todo, iba á ponerse en marcha, cuando llegó al paraje en donde estaba todo el senado en masa, y á su frente Magiscatzin.

Iba en nombre de la república de Tlascala á arrebatarle el mando del ejército.

Xicotencal resistió aún.

Pero los senadores hablaron á los caciques, estos á su vez hablaron á los capitanes, les impusieron obediencia, y no tardaron todos en abandonar al caudillo.

No tuvo este más remedio que someterse.

XIX.

Los caciques volvieron con sus tropas á sus provincias, y los tlascaltecas se retiraron á la ciudad para deliberar sobre el modo mejor de aplacar el enojo de los españoles.

Estos pasaron toda la noche con la mayor tranquilidad aguardando al enemigo.

á cometer crueldades, dispuso que á quince de los espías les cortasen las manos.

XV.

Los infelices se presentaron á su vista.

—Os dejo en libertad,—les dijo Hernan Córtés. Id á buscar á Xicotencal, decidle que le espero, y que os envio á su presencia para que podais darle cuenta del estado de mis fortificaciones; y que en vista de las noticias que le llevais, disponga lo más conveniente para atacarme.

XVI.

Los indios, que estaban atemorizados, obedecieron esta órden.

No tardaron en encontrar á Xicotencal con su ejército, que se acercaba á la fortaleza.

El espectáculo de aquellos hombres horrorizó á todos los soldados de Tlascala.

Xicotencal experimentó una ira terrible.

Habian sido descubiertos sus planes, y habia perdido su empresa.

XVII.

Los indios mutilados le dijeron que Hernan Cortés habia adivinado sus intenciones, y que por no

Capitulo XCIII.

La triste necesidad.

I.

¡Triste es la condicion de los vencidos!

Aquellos indómitos guerreros, que pocos dias antes despreciaban á los embajadores de Hernan Cortés cuando iban á proponerles la paz, despues de haberse creido con bastante fuerza pára someter á aquellos hombres, á aquellos semidioses, que hasta entonces sólo habian conseguido triunfos, completamente abatidos, desesperados de poder contrarestar el empuje de aquel puñado de hombres, acudian á la paz, que antes habian despreciado, como su única salvacion.

II.

El senado, cediendo á la presion de las circunstan-

[redacted]

cias, acordó el nombramiento de una embajada para que fuese á proponer á Hernan Cortés la amistad de los tlascaltecas, dándole excusas y presentándole la actitud hostil que hasta entonces habian tenido como completamente opuesta al espíritu de los verdaderos habitantes de Tlascala.

III.

La comitiva se puso en marcha, en tanto que Xicotencal, herido de muerte por la derrota que habia sufrido, se ocultaba en el fondo de su morada devorado por la fiebre, é inquietaba á su amante esposa Amaiza, porque todo hacia creer que la desesperacion del guerrero iba á acabar con su existencia.

IV.

La embajada se puso en marcha.

Desde muy lejos descubrieron los soldados de Hernan Cortés á los que la formaban.

Abria la marcha un piquete de indios, que en vez de armas llevaban cargas sobre los hombros.

Seguian cuatro altos dignatarios ricamente adornados con trajes y plumas blancas, emblema de la paz que iban á proponer.

Acompañábanles á muy poca distancia los individuos de su servidumbre con sus mejores galas y con los atributos simbólicos del objeto de su misiva.

Cuarenta indios tamenes iban cargados de provisiones.

V.

La comitiva avanzaba con lentitud.

Deteníase de cuando en cuando, y todo hacia creer que sus vacilaciones obedecian al temor, porque era natural que los españoles, despues de haber visto rechazados sus ofrecimientos, no habian de aceptar de los vencidos lo que les habian negado los que aspiraban á ser vencedores.

VI.

Apenas descubrieron en las alturas á algunos de los centinelas de Hernan Cortés, hicieron las mayores demostraciones de humildad y obediencia.

Inclinábanse todos hasta tocar el suelo con las manos.

Despues de haber tocado aquella tierra, acercaban las manos á sus lábios, y las besaban con grandes muestras de respeto.

Aquellas reverencias, aquellas genuflexiones, sólo se empleaban en la etiqueta india para saludar á los príncipes, al emperador de Méjico.

Al fin y al cabo venció el miedo del porvenir al miedo del presente, y se acercaron al pié de la morada.

[redacted]

VII.

Hernan Cortés, accediendo á los deseos de Marina, le permitió bajar con unos cuantos zempoales y una escolta de unos cuantos españoles hasta donde se hallaban los emisarios del senado.

—¿Qué os trae aquí?—les preguntó Marina en su idioma.—¿Quién os envia? Hablad.

VIII.

Uno de ellos, que por su edad precedia á los otros:

—Venimos,—le contestó,—en nombre del senado, legítimo representante de la república de Tlascala, á saludar á los vencedores y á suplicarles humildemente paz y amistad.

IX.

Inmediatamente les guió Marina á la presencia de Hernan Cortés, explicándole en castellano lo que habian hablado.

Dispuso el caudillo de los españoles mostrar una mezcla de serenidad y dulzura para con los vencidos.

Reuniendo en torno suyo á sus capitanes, concedió audiencia á la puerta de su morada á los embajadores de Tlascala.

X.

Las mismas genuflexiones que habian hecho al divisar á los centinelas desde lejos, las repetian en presencia de Hernan Cortés.

Los criados de los embajadores llevaban regalos, que ofrecieron á Hernan Cortés.

El embajador que habia hablado con Marina, fué el que habló despues al caudillo.

Marina sirvió, como en todas las ocasiones, de intérprete.

XI.

—No culpeis, gran señor, á Tlascala,—dijo el indio,—de los ataques que ha sufrido tu gente.

Tlascala es noble, Tlascala es generosa y hubiera aceptado de buen grado la paz, si otras naciones bárbaras que están confederadas con ella, si los otomíes y los chontales no hubieran reunido sus huestes y obligado al senado á combatir.

En vano trató de oponerse á sus designios, en vano manifestó que le habíais enviado embajadores pidiéndole la paz, y que su mejor deseo era pactar amistad con los que de tan luengas tierras venian precedidos de inmarcesible gloria.

Todo fué inútil.

Los soldados, desobedeciendo al senado, ataca-

[redacted]

con tus huestes y han sufrido el castigo que merecian.

Hoy sólo un deseo, sólo un grito resuena en la ciudad de Tlascala: todos á una piden la paz.

No es el senado; es la nobleza, es el pueblo, quien nos envia como representantes suyos para pedirte de rodillas que avances cuando quieras con tus soldados á la ciudad, donde podrás permanecer todo el tiempo que gustes, seguro de que no habrá un solo soldado en Tlascalà que no se considere dichoso sirviéndote y sirviendo á tus soldados como á hermanos.

Olvidate del pasado; confia en el presente.

XII.

Hernan Cortés ocultó la satisfaccion que experimentaba al oir aquellas palabras, y aprovechándose de la situacion que su fortùnà le deparaba:

—Gran trabajo me cuesta,—respondió,—acceder á los deseos de Tlascala. Mucha benignidad tengo que buscar en mi alma para corresponder á vuestras esperanzas.

No sé siquiera cómo os he consentido venir á mi presencia, ni cómo os he escuchado.

Habeis sido conmigo todos, absolutamente todos, verdaderos criminales, y debiera entregaros para que os castigasen mis soldados.

Pero los poderosos no deben guardar rencor.

Yo os perdono de buen grado.

Yo, que os propuse la paz, no puedo rechazar las súplicas que hoy me dirigís.

Sin embargo, es preciso que yo me convenza de que deseais sinceramente mi perdon.

Todos mis soldados desean tomar venganza de vosotros, porque la guerra que les habeis hecho ha sido una guerra exterminadora.

Yo reprimiré su enojo.

Yo procuraré ganar su voluntad para que os perdonen.

Si obrais, como espero, con lealtad, al fin y al cabo accederán á vuestras súplicas.

Volved ahora á Tlascala.

Comunicad al senado las palabras que acabais de oir, y venid dentro de algunos dias á ratificaros en vuestra proposicion.

XIII.

Hernan Cortés tomó esta determinacion, porque se sentia enfermo, porque habia hecho esfuerzos sobrehumanos para no verse obligado á caer en el lecho, y queria algunos dias de reposo.

Con su respuesta, no sólo lo lograba, sino que hacia costosa á los tlascaltecas la paz, que con tanta sumision le pedian.

[redacted]

Capítulo XCIV.

Una condicion.

I.

Mientras tenian lugar las batallas que hemos descrito, no cesaban de ir y venir correos desde Méjico hasta las ciudades más próximas á Tlascala, porque Motezuma habia organizado un completo servicio de espionaje cerca de los españoles.

II.

Cada triunfo que estos obtenian, irritaba más y y más al monarca, que hasta entonces no habia tenido rival, ni habia encontrado vencedor.

Apenas supo la última y desastrosa derrota de los tlascaltecas, comprendiendo que una vez apoderados de aquella república, podrian hacerle mucho daño los

extranjeros, no tuvo más que un deseo: el de evitar á toda costa que la paz se llevara á cabo entre los españoles y tlascaltecas.

III.

Al efecto envió dos embajadas.

Una á Hernan Cortés.

Otra á la república.

Llevaba esta la mision de estorbar á toda costa la amistad entre los habitantes de Tlascala y sus enemigos.

A la otra la habia encargado ofrecer en su nombre un presente á Hernan Cortés, porque le convenia tenerle propicio, y aun hacerle creer que no estaba dispuesto á luchar con él, para poder tomar todas las medidas necesarias á evitar un conflicto como el que habian sufrido los tlascaltecas.

IV.

Los emisarios de Motezuma que llegaron á Tlascala encontraron á los habitantes de la ciudad en el más lamentable desaliento.

Los embajadores de Magiscatzin habian repetido ante el senado las palabras de Hernan Cortés.

La respuesta del caudillo de los españoles se habia divulgado entre los tlascaltecas, y no habia uno

[redacted]

solo que no quisiese manifestar á Hernan Cortés la sinceridad de los deseos que les animaban para pactar la paz, y la resolucion que tenian de acatar á los españoles como séres sobrenaturales.

V.

Un contínuo clamor se oia en todas partes.

—¡La paz!—gritaban los tlascaltecas; habiendo perdido en poco tiempo aquella energía, aquel valor, aquella benignidad que hasta entonces les habia caracterizado.

Los clamores del pueblo llegaban hasta la solitaria mansion de Xicotencal, aumentando su pena.

VI.

Como sucede siempre en la vida, los altos dignatarios, las personas más importantes de la república, habian abandonado al caudillo.

Si hubiera vencido á los españoles, si hubiera destruido su ejército, si hubiera conquistado la victoria, toda la república en masa habria acudido á recibirle, á colmarle de aplausos.

El entusiasmo popular habria apurado las manifestaciones para demostrarle el agradecimiento.

VII.

Habia sido derrotado, y todos los sacrificios que habia hecho, todas las pruebas de valor que habia dado, pasaban desapercibidos para sus compatriotas.

El que hasta entonces se habia distinguido siempre por su pericia militar, por su arrojo, por su abnegacion, veia disminuir en la opinion pública la consideracion que se habia grangeado.

Ni una sola persona se habia acercado á su morada á manifestarle el sentimiento que experimentara por las desdichas que habian sobrevenido.

VIII.

Llegaron los embajadores de Motezuma á tiempo en que todos los habitantes de la república en masa pedian á los senadores que fuesen solemnemente hasta el cuartel general de Hernan Cortés á implorar la amistad que últimamente les habia ofrecido el caudillo de los españoles.

Los astutos enviados de Motezuma pudieron conseguir que todos hicieran una manifestacion al senado, y que tres senadores, acompañados de su servidumbre, corrieran á pedir á Hernan Cortés la paz que deseaban.

IX.

Pero empleando la misma astucia, por medio de uno de sus criados más fieles, avisaron á aquellos de sus compatriotas que debian conferenciar con Hernan Cortés, que inspirasen á este unas condiciones que de seguro harian abortar los deseos de los tlascaltecas.

Casi al mismo tiempo llegaron al cuartel general de Hernan Cortés los emisarios de Motezuma que sus compañeros á Tlascala.

X.

Habláronle en nombre del emperador de Méjico, manifestándole que tenia noticias de su inmenso poderío, que habia visto con pena que no quisiera escuchar sus súplicas; pero puesto que avanzaba hácia la ciudad imperial, deseaba manifestarle su consideracion y su aprecio.

Ofreciéronle en nombre del emperador infinidad de dijes y de preciosidades de oro, que los plateros de aquel tiempo tasaron en mil pesos.

Llevaban asimismo la mision de que detuviera su marcha Hernan Cortés.

XI.

Mas no les pareció prudente á la primera visita,

y cuando se presentaban con la aureola de la victoria á sus ojos, insistir en un deseo que habia rechazado.

Pero valiéndose de cuantos medios estuvieron á su alcance, inspiraron á Hernan Cortés la idea de exigir que la paz que deseaban los tlascaltecas le fuese pedida con la mayor humildad y mansedumbre por el mismo Xicotencal, que con tanto ardor habia combatido.

XII.

Cuando los senadores, acompañados de numeroso séquito, llegaron á presencia de Hernan Cortés á reiterar los deseos que tenian de pactar con los españoles:

—Accederé á vuestros deseos,—añadió Hernan Cortés,—si el mismo Xicotencal viene á pedirme nuestro olvido del pasado.

XIII.

Partieron con la esperanza de conseguir del valiente caudillo de los indios la realizacion de los deseos de Hernan Cortés.

Pero al llegar los embajadores de Motezuma, habian preparado el terreno, y Xicotencal estaba dispuesto á morir antes que á doblegar su cuello á las exigencias de Hernan Cortés.

[redacted]

XIV.

Uno de los emisarios de Motezuma se habia acercado al guerrero.

—Van á exigirte, —le habia dicho,—que te humilles ante el jefe de los españoles.

Vergüenza y oprobio seria para todos el que consumases semejante humillacion.

Si quiéres que tu nombre se olvide y se escarnezca, si quieres que el desprecio más profundo escriba el epitafio de tu losa, accede á los deseos de Hernan Cortés.

—No accederé,—le dijo Xicotencal.

XV.

Al dia siguiente fueron á participarle, en nombre del senado, las exigencias del caudillo español.

—Nunca,—respondió á los que le hicieron semejante proposicion.

XVI.

El senado se reunió en sesion solemne, y mandó llamar á Xicotencal para pedirle en nombre de la patria aquel sacrificio.

Xicotencal llegó á ser la última esperanza de los tlascaltecas.

Los que le habian abandonado corrieron á cercar su casa, á postrarse de hinojos ante él, pidiéndole que los librase del conflicto que les amenazaba.

Xicotencal no quiso recibirlos.

XVII.

Al dia siguiente fué citado al senado.

Los senadores ocuparon sus asientos.

El pueblo llenó los alrededores de palacio.

Xicotencal no acudió á la cita.

Los senadores enviaron emisarios á su morada para que le buscasen.

XVIII.

Xicotencal no estaba.

Habia desaparecido de Tlascala.

La consternacion fué general.

¿Qué habia sido del valiente caudillo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

[redacted]

NOTAS DEL TOMO PRIMERO.

(A) Hacíanse estas pinturas de órden de Teutila, para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad, y á fin de facilitar su inteligencia, iban poniendo á trechos algunos caractéres, con que al parecer explicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demás con números y señales significativas, en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto y daban entera la razon: primoroso artificio de que se infiere su capacidad, semejante á los geroglíficos que practicaron los egipcios, siendo en ellos ostentacion del génio lo que en estos indios estilo familiar, de que usaron con tanta destreza y facilidad los mejicanos, que tenian libros enteros de este género de caractéres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades y daban á la posteridad los anales de sus reyes.

(B) En ambos acontecimientos puede tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad, pero no tenemos por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los españoles y poner estorbos á la introduccion del

Evangelio; pues es cierto que pudo, suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia, fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formase aquellos cuerpos visibles condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que más veces sucede, viciando los sentidos y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las Sagradas Letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en Méjico y en diferentes partes de aquel imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortés creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

(C) No llamaban los habitantes del imperio Méjico á su ciudad, sino Tenochtitlan.

Nosotros nos permitimos llamarla así para evitar confusion.

(D) De Agatocles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de Africa, incendió los bajeles en que le condujo, para quitar á sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitan de los etolos, y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino más que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras; y si consideramos á Hernan Cortés con ménos gente que todos, en tierra más distante y ménos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallarémos que fué mayor su empeño y más heróica su resolucion; ó concediendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados, porque fueron primeros, dejarémos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de excederlos.

[redacted]

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Páginas

INTRODUCCION 1

PARTE PRIMERA.

La Fortuna.

CAPÍTULO	I	Embarque en la Habana de las tropas de Hernan Cortés	6
—	II	Donde se vé cómo empezó á sospechar la existencia de Méjico	17
—	III	Los tres capitanes de Juan Grijalva	28
—	IV	Donde se vé que Grijalva prefiere lo cierto por lo dudoso	38
—	V	La ambicion	48
—	VI	El amor	56
—	VII	Hernan Cortés y sus enemigos	66
—	VIII	Un astrólogo	76
—	IX	Efectos de la astrologia	88
—	X	El ascendiente del valor	94
—	XI	Un matrimonio sin amor	105
—	XII	Una visita al cielo	110
—	XIII	Una arenga oportuna	118

			Páginas.
Capítulo	XIV......	La isla de Cozumel....................	126
—	XV......	Un triunfo moral........................	134
—	XVI.....	Una avería y un buen encuentro.........	142
—	XVII....	Historia de un cautivo.................	151
—	XVIII....	Ante el peligro........................	161
—	XIX......	La infancia de un gran hombre..........	172
—	XX......	Camino de Salamanca..................	181
—	XXI.....	El amor, el juego y las armas.............	190
—	XXII.....	Las rayas de la mano....................	199
—	XXIII....	El político y el guerrero.................	211
—	XXIV....	La toma de Tabasco.....................	219
—	XXV.....	Una desercion...........................	229
—	XXVI....	Zozobras.................................	238
—	XXVII...	Emboscada..............................	246
—	XXVIII...	Los prisioneros..........................	255
—	XXIX....	Preparativos de los contendientes.......	264
—	XXX.....	La civilizacion y la barbárie............	273
—	XXXI....	Expiacion................................	279
—	XXXII...	Caoniana................................	285
—	XXXIII...	La paz...................................	295
—	XXXIV...	El manantial de la vida.................	302
—	XXXV....	Amor....................................	309
—	XXXVI...	Cuando una mujer quiere...............	319
—	XXXVII..	Llegada á San Juan de Ulúa.............	324
—	XXXVIII..	Teutela y Pilpatoe......................	333
—	XXXIX...	Preparativos............................	341
—	XL......	Las apariencias.........................	350
—	XLI.....	Diplomacia de los indios................	361
—	XLII.....	Motezuma...............................	369
—	XLIII....	Ultimatum de Hernan Cortés............	377
—	XLIV.....	Al maestro, cuchillada..................	384
—	XLV.....	El imperio de Méjico...................	393
—	XLVI....	Supersticion............................	403
—	XLVII...	Motezuma y sus consejeros.............	414
—	XLVIII...	El ultimatum de Motezuma y el desaliento de los españoles..................	422
—	XLIX....	Primera parte de una intriga femenil....	431

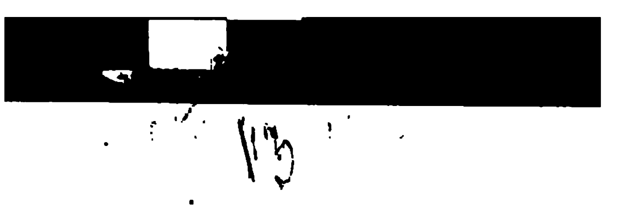
[redacted]

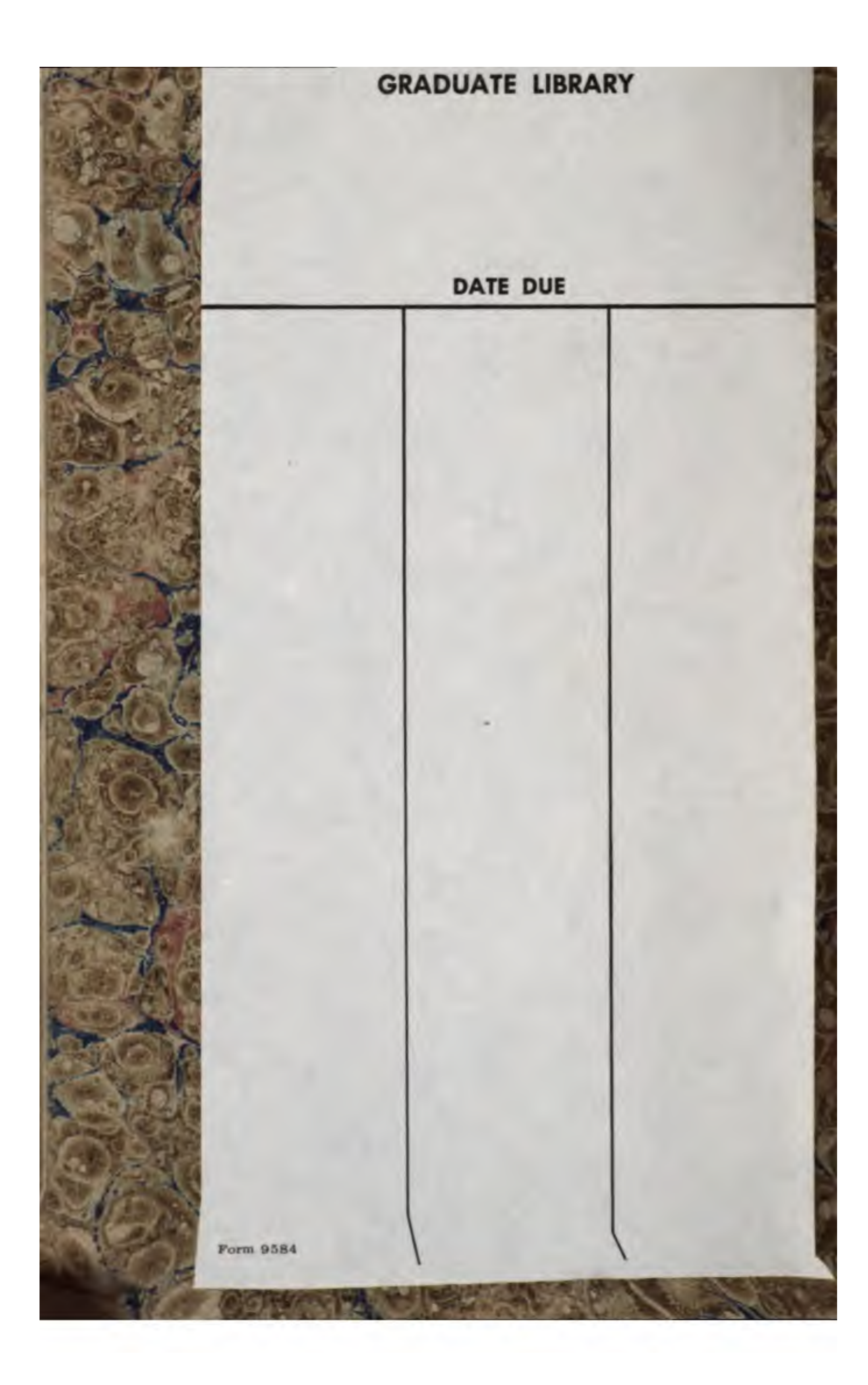
			Páginas.
Capítulo	L......	Segunda parte	438
—	LI.......	Un golpe maestro	444
—	LII......	Zempoala	454
—	LIII.....	Quiavislan	464
—	LIV......	Los cobradores de tributos	475
—	LV.......	Alta política	486
—	LVI......	Vera Cruz	492
—	LVII.....	La tercera embajada	498
—	LVIII....	Tiempo perdido	505
—	LIX......	Noticias interesadas	514
—	LX......	Donde se vé cómo el cacique de Zempoala quiere hacer á los españoles instrumento de su venganza	518
—	LXI......	Sacrificios bárbaros	527
—	LXII.....	Destruccion de los ídolos	535
—	LXIII....	El triunfo de la religion católica sobre la idolatría pagana	541
—	LXIV....	El tropezon de una mula	553
—	LXV.....	Donde se vé que por todas partes se vá á Roma	563
—	LXVI....	Una conversacion aprovechada	570
—	LXVII....	Donde se vé que la mujer virtuosa es más fuerte que el hombre	578
—	LXVIII...	Un mozo de provecho	590
—	LXIX....	Causas del mal humor de un hombre	599
—	LXX.....	Riquezas	611
—	LXXI....	Un pretendiente hábil	617
—	LXXII...	Donde se vé á Velazquez muy alegre porque cree poder vengarse de Hernan Cortés	625
—	LXXIII...	Aldonza	632
—	LXXIV...	Rarezas de las mujeres	641
—	LXXV....	Un mozo listo	648
—	LXXVI....	Donde se vé que el juego anda entre bobos	657
—	LXXVII..	Un caballero y una dama	668
—	LXXVIII..	El despecho	680

			Páginas.
CAPÍTULO	LXXIX..	El corazon humano	687
—	LXXX.....	Donde se vé cómo Cortés se prepàra á quemar las naves	698
—	LXXXI...	El amor y el peligro	708
—	LXXXII..	Llegada de nuevos españoles á Vera Cruz.	714
—	LXXXIII..	Un esclavo blanco	724
—	LXXXIV..	El ejército se pone en marcha	732
—	LXXXV..	Zocotlan	739
—	LXXXVI..	Tlascala	749
—	LXXXVII.	Los tlascaltecas	765
—	LXXXVIII.	Valor desesperado	772
—	LXXXIX..	Una victoria providencial	784
—	XC.....	Los hijos del sol	793
—	XCI.....	¡La única esperanza de un pueblo derrotado!	802
—	XCII.....	Fanatismo	810
=	XCIII....	La triste necesidad	820
=	XCIV....	Una condicion	827

ERRATA NOTABLE.

La letra A, correspondiente á la primera nota que está en la página 358, debe entenderse que corresponde al final del párrafo primero de la página 356.




GRADUATE LIBRARY
DATE DUE
Form 9584




UNIVERSIT
3 9015

